
WILLIAM R. BURNETT

PERSEGUIDO



E T I Q U E T A



N E G R A

Lectulandia

Perseguido sale de la pluma del mejor W. R. Burnett. Clinch, el antihéroe protagonista, un ex-convicto que trabaja como chófer para un político poderoso que entra en conflicto con otros poderes emergentes en la ciudad. Todo está sembrado para que surjan problemas y Clinch se ve ubicado en el centro del torbellino.

Lectulandia

W. R. Burnett

Perseguido

Etiqueta negra - 111

ePub r1.1

Titivillus 27.11.16

Título original: *Underdog*
W. R. Burnett, 1957
Traducción: Beatriz Campón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO UNO

Clinch no llegó a conocer al Gran Dan hasta que a ambos los enviaron a la enfermería. Sabía todo lo que se decía él, por supuesto, ya que era la comidilla de la prisión, e incluso sabía que Dan había estado preguntando por él. Clinch era un tipo solitario, y durante las horas de paseo en el patio central nunca hablaba con el resto de los reclusos, siempre evitaba cualquier contacto y si alguien le dirigía la palabra se limitaba, por lo general, a mirarlo con desprecio. Su compañero de celda, un pequeño giboso al que llamaban el Jorobado, era prácticamente la única persona con la que hablaba. Un día, en el taller de máquinas, el Jorobado le dijo:

—El Gran Dan estuvo ayer preguntando por ti en el patio.

Clinch no respondió.

—Es un gran tipo —continuó el Jorobado—. El jefe de los celadores lo trata de usted. En serio, no bromeo.

—A mí me parece un gran charlatán —dijo Clinch.

El Jorobado pareció sorprenderse.

—¿Dan Moford? Estás loco, Clinch. Es un gran tipo.

—Lo encerraron, ¿no es cierto? —dijo Clinch—. Ahora no es mejor que ninguno de nosotros.

El Jorobado movió la cabeza negativamente y rió con tristeza.

—Evasión de impuestos. ¿Es eso un crimen? Ese tipo controla la ciudad entera. ¡Un político importante! Estuvo preguntando por ti, Clinch. Quería saber por qué estás siempre solo en una esquina.

—¡Que se joda! —exclamó Clinch, y volvió a su trabajo.

Las cárceles nunca duermen. Incluso en plena noche se oye un ligero murmullo, un tintineo lejano y continuo, un zumbido metálico, una siniestra actividad que recuerda la de una gran fábrica funcionando secretamente en el campo enemigo.

Clinch estaba tan desvelado como la cárcel misma. Raramente dormía de un tirón más de una hora, y entonces se desperezaba y permanecía tumbado con las manos debajo de la cabeza, pensando, pensando..., mientras el Jorobado roncaba, cambiaba de postura, se retorció y a veces lloriqueaba. El Jorobado había apuñalado a un hombre en una pelea en un bar. El hombre, borracho, había estado burlándose de su joroba, según alegó él repetidas veces. A pesar de todo, Clinch intuía que debió haber por el medio un asunto de drogas, pues de otra forma el Jorobado no estaría ahora cumpliendo una condena en una cárcel federal. El Jorobado siempre negaba cualquier relación con asuntos de drogas. En la cárcel los hombres siempre lo negaban todo. Todos insistían en que con ellos se había cometido una injusticia. Esa era una de las razones por las que Clinch nunca hablaba sobre sus propios asuntos y andaba siempre solo. Con él también habían cometido una injusticia. ¡Claro que sí! Un golpe de

aficionado lo había conducido hasta allí. Resultaba gracioso teniendo en cuenta que había salido bien de muchos golpes importantes.

Otra razón por la que mantenía la boca cerrada era que no deseaba tener a un detective esperándolo en la puerta cuando por fin lo dejaran en libertad. ¡Era mejor dejar las cosas como estaban! Pero la razón principal de su aislamiento era su carácter. Tenía un temperamento solitario por naturaleza.

Pero incluso en la cárcel, a nadie le gusta que sus compañeros lo desprecien y lo rechacen, razón por la que Clinch era muy impopular. Los débiles querían unirse a él; los fuertes, una minoría, se ofendían por su autosuficiencia y su imperturbabilidad. Querían doblegarlo, imponerle su voluntad. Pero Clinch seguía su camino sin desviarse un solo centímetro. En todo el tiempo que llevaba en la cárcel, no había cometido una sola falta de ningún tipo. Era lo que se llamaba un recluso modelo. Trataba de usted a los celadores y era muy respetuoso con las personas de mayor autoridad, con el capellán, los médicos y el jefe de los celadores. Nunca lo llevaron delante del director. Y sólo negaba su colaboración a una persona, al psiquiatra de la prisión, el doctor Gerem, pero se la negaba con gran cortesía.

A veces, por la noche, permanecía tumbado riendo cínicamente.

«Si supieran esos hijos de puta lo que realmente pienso de ellos», se decía.

Para Clinch era una gran satisfacción hablar de una manera y pensar de otra; actuar de una forma y reservar su auténtica naturaleza para más adelante, cuando ya no le acarrearía castigos inmediatos.

«¡Malditos estúpidos!», pensaba riendo, recordando cómo les satisfacía a los celadores su acusado acatamiento, tan poco común en la prisión; cómo el capellán siempre le sonreía y se detenía para charlar un rato; cómo incluso el doctor Gerem parecía impresionado por su actitud.

En realidad, Clinch sentía antipatía y desconfianza por todo el mundo, y tenía una buena razón para ello.

Había sido un niño delgado y de escasa estatura, que no había recibido cariño alguno. Cuando tenía cinco años, su padre se marchó de casa y abandonó a la familia. A los seis, su madre volvió a casarse y se marchó con su nuevo marido, dejando a Clinch con unos parientes que no lo querían y que evitaban que se mezclara con sus propios hijos. A los diez años, lo enviaron a un orfanato. Cuando tenía dieciséis, lo metieron en un reformatorio por un robo de poca monta. Ahora tenía veintinueve años y sólo guardaba un recuerdo agradable. El recuerdo de una vieja mujer que había conocido una fría noche de invierno cuando tenía dieciocho años. Nevaba y Clinch carecía de abrigo. «¡Y en Detroit puede hacer un frío endiablado!», se decía siempre que recordaba aquel episodio. Pues bien, la anciana lo llevó a su casa, lo alimentó y le proporcionó un abrigo grande y pasado de moda. ¿Por qué? Clinch no encontraba explicación. En ese momento creyó que aquella anciana fea y gorda deseaba que él hiciese algo por ella. Pero ¿el qué? Y si era así, la vieja mujer nunca hizo la más mínima insinuación. Había comido opíparamente y había conseguido un

cálido abrigo sin entregar nada a cambio. No tenía sentido. Con frecuencia, por las noches, Clinch pensaba en esa anciana enigmática.

«¡Joder! Ya debe estar muerta», pensaba, y recordaba el viento frío procedente del lago, la nieve cayendo oblicuamente y la anciana preguntándole por qué no se iba a su casa. ¿A su casa? ¿En dónde estaba eso?

Una noche, cuando estaban a punto de acostarse, el Jorobado se aclaró la garganta y dijo:

—Clinch, tú ya me conoces. No soy un soplón, pero tengo que hablar contigo.

—Está bien, habla —dijo Clinch, al tiempo que se encaramaba a la litera superior.

El Jorobado levantó la vista y frunció ligeramente el ceño, con desconcierto. Se sentía turbado por dos motivos: uno nuevo, otro viejo. El nuevo era que iba a hablar a fondo con Clinch de su bienestar. El viejo era que Clinch dormía en la litera de arriba. Se negaba a utilizar la de abajo. Y Clinch era alguien, mientras que él era un don nadie. En la cárcel, el tipo más duro o el más importante se apropiaba de la litera inferior y se oponía a que su compañero de celda la ocupase. El Jorobado era un tipo de litera superior. Se sentía incómodo en un lugar privilegiado, pues en el fondo de su corazón sabía que no se lo merecía. Clinch era mucho más duro, más importante. Pero el primer día de condena, entró en la celda y simplemente arrojó sus pertenencias en la litera de arriba.

—Ocuparé ésta —dijo.

—¿Por qué? —le preguntó el Jorobado.

—Porque lo digo yo —respondió Clinch.

Una manera condenadamente extraña de ocupar una litera. Lo que el Jorobado desconocía era que existían dos motivos por los cuales prefería utilizar ésta. Los individuos de la litera inferior estaban marcados, eran elementos perturbadores a los que los celadores no quitaban la vista de encima. Pero el motivo principal era que a Clinch le gustaba y no le importaba lo que pensarán los otros reclusos. No le gustaba tener a nadie durmiendo encima de él; le daba la impresión de estar atrapado.

Por lo tanto, el Jorobado se sentía doblemente molesto mientras hablaba con Clinch, que estaba ya tumbado en su litera a punto de dormir.

—Quiero hablarte de Whitey.

Clinch resopló desdeñosamente, pero no hizo ningún comentario.

—Mira, Clinch —dijo el Jorobado—, yo no meto la nariz en lo que nadie me llama, no me entrometo en los asuntos de otras personas, pero ¿qué tienes contra Whitey? ¡Joder, él dirige todo el pabellón!

—A mí no me dirige —respondió Clinch.

—Se queja de que nunca quieres hablarle.

—¿Por qué habría de hablar con ese hijo de puta?

—Es un tipo importante.

—Primero Dan Moford, ahora Whitey. ¿Qué es esto?

El Jorobado parecía sorprendido.

—¡Oh!, él no es tan importante como el señor Moford, no se puede comparar. Pero aquí, en este pabellón, es importante. ¡Diablos, hazle un poco de caso!

—¡Que se joda! —dijo Clinch.

—¡Demonios!, podría ayudarnos a salir, favorecernos. Nuestro celador depende de él, ¿sabes? En el pabellón Whitey manda más que los celadores. Tú lo aguantas un poco y...

—¡Si hablo con él, sí que va a aguantarme! —exclamó Clinch—. Se cree tan importante, tan duro. Todos los reclusos buscan la forma de complacerlo, pero yo no complazco a nadie. Ningún recluso es mejor que yo. Deja que se ocupe de sus asuntos, que yo me ocuparé de los míos.

—¡Está bien! —dijo el Jorobado hastiado—. Pero te lo advertí.

—En cierta ocasión se acercó a mí —dijo Clinch—. Yo ni siquiera le dije «hola» a ese cabrón.

Clinch se lo había quitado de encima, pero eso había creado un problema y lo tenía muy en cuenta. Sólo existían dos maneras de tratar con sujetos como Whitey; quitarlos del medio de una patada o someterse a su voluntad. Ninguna de las dos satisfacía a Clinch. Si trataba a Whitey a patadas, podrían meterlo en una celda de castigo y sólo conseguiría una penalización en su ficha. Por otro lado, someterse a la voluntad de un bocazas como aquél podría acarrearle aun más problemas. Clinch sería capaz de aguantarlo, e incluso de divertirse, pero si eso tenía sentido cuando se trataba de las autoridades, carecía por completo de él con un ser despreciable y drogadicto como Whitey. La sublevación sería inevitable. Y luego... la celda de castigo y la marca en su ficha.

Hasta ahora, había evitado cualquier problema con Whitey evitándolo a él directamente. Quizá podría continuar así.

Clinch se inclinó y miró al Jorobado, que estaba subiendo a su litera.

—Haz lo que quieras, Jorobado —dijo—. Me parece bien. Arrástrate detrás de él como el resto de los reclusos del pabellón. No habrá odios.

Volvió a tumbarse y hubo un largo silencio.

Finalmente el Jorobado dijo:

—Ya he estado arrastrándome. Él consiguió que me devolvieran el privilegio de mantener correspondencia que me habían retirado. Aunque no sé a quién diablos voy a escribir... —se detuvo de pronto—. Pero eres tú el que me preocupa, no yo.

Clinch se inclinó y lo miró de nuevo.

—Estás bromeando, ¿verdad? Te figuras que puede enfadarse contigo, si yo continúo haciéndolo de lado.

Después de un largo silencio, el Jorobado dijo:

—Sí, también es eso.

Clinch se tumbó de nuevo, riendo. Siempre la misma charlatanería, los intereses

personales. ¡Malditos hipócritas, todos eran iguales!

El doctor Frank Gerem, el psiquiatra de la prisión, estaba fumando su acostumbrada pipa de después de cenar y mirando por la ventana hacia el patio de la cárcel, cuando entró el doctor Planck, el jefe de los servicios médicos. Ambos se saludaron con un movimiento de cabeza, luego Planck se sentó y encendió un cigarro.

—Tengo entendido que enviaste a Moford a la enfermería —dijo Gerem—. ¿Qué le ocurre? ¿O es sólo la típica excusa?

—No —respondió Planck—. Ha cogido algún tipo de infección y tendrá que hacer reposo durante una temporada. Probablemente sea gota, la buena vida. Pero todavía no se puede saber. Quizá sea artritis, aunque lo dudo. De una cosa sí estoy seguro: sus pies lo están matando.

Gerem rió ligeramente, luego se puso serio y dijo:

—Moford no es hombre de cárcel.

Planck levantó la vista y lo miró sorprendido.

—Quebrantó la ley, ¿no es cierto?

Gerem se encogió de hombros.

—Eso es un tecnicismo. ¿Para qué sirven las cárceles? ¿Rehabilitación? Él no la necesita. ¿Castigo? ¿Está, en tu opinión, siendo castigado?

—¡Vamos! No sigamos con este tema. Existen unas leyes y si las quebrantas te envían a la cárcel.

—Sólo si te atrapan.

Planck suspiró cansado.

—¡Naturalmente!

A veces Gerem lo irritaba hasta extremos insospechados; siempre buscándole cinco pies al gato. Para el doctor Planck el bien y el mal eran conceptos sencillísimos. Para Gerem, apenas parecían existir.

—¿Estudiaste alguna vez su caso? —preguntó Gerem después de un largo silencio.

—¡Dios mío! —estalló Planck—. Yo no tengo tiempo para estudiar casos. Mi trabajo consiste en entrapar a estos tipos incapacitados e intentar curarlos.

—Yo creo que su contable cometió un error de cálculo. Desde el punto de vista político, las cosas estaban calientes en la ciudad. La prensa de la oposición consiguió esa información y acosó al fiscal del Estado. Así que... Moford fue juzgado y declarado culpable. Por lo demás está limpio. Naturalmente, le acusaron de todo lo que pudieron —hubo una pausa—. Bueno, él no tiene remordimientos por ello, no tiene remordimientos por nada. Él mismo te lo contaría si le dieras la oportunidad. Constituye mi caso más sencillo, es un individuo tan normal que a veces me parece anormal. Sólo hay una cosa extraña: su coeficiente de inteligencia no es, ni con mucho, tan alto como debería, considerando su posición. Ello me lleva a preguntarme

si sabemos qué es la inteligencia, si conocemos o no lo que estamos intentando medir. Moford es sin duda el hombre que más alto ha llegado de todos los que han pasado por aquí en muchos años; y sin embargo, tenemos muchos ladronzuelos y estafadores con un coeficiente de inteligencia mucho más alto.

—Siempre me pregunté si la psiquiatría era una ciencia —dijo Planck, sonriendo ligeramente—, o un mero fraude de alta calidad.

—No nos dejemos llevar tan lejos —contestó Gerem sonriendo.

Hubo un largo silencio. Ambos permanecieron sentados fumando pensativos y contemplando el patio de la cárcel. Anocheceía y comenzaban a encenderse las luces de las garitas de vigilancia situadas sobre los muros.

Justamente cuando Planck se levantaba para ir a acostarse, se abrió la puerta y entró un enfermero vestido con una bata blanca, un preso de buena conducta llamado Bog.

—Perdóneme, doctor Planck —dijo—, pero han apuñalado a un hombre en el corredor, en el extremo norte del comedor y acaban de traerlo a la enfermería. El doctor Macey quiere saber si...

—Iré enseguida. ¿Quién es?

—Clinch, señor. ¿Lo recuerda?

Gerem se levantó de pronto.

—¿Te importa si te acompaño?

Planck se volvió y le lanzó una mirada burlona.

—¿Uno de tus cachorrillos, Frank?

—Bueno, en cierto modo —admitió Gerem—. Pero podríamos decir también todo lo contrario.

—Uno de tus problemas, entonces.

Salieron de la habitación y caminaron por el corredor seguidos de Bog, que se esforzaba en dejar claro que no estaba escuchando, aunque sus orejas se mantenían tan atentas como las de un conejo.

—No, ni siquiera eso —decía Gerem—. Él no responderá, no hablará, pero eso sí, rehusará cortésmente.

—No recuerdo quién es —declaró Planck, luego se volvió hacia Bog, que aún fingiendo no escuchar hizo que le repitieran la pregunta varias veces antes de prestar atención—. ¿Quién es ese Clinch? ¿Por qué lo encerraron?

—Cumple condena por robar un coche —respondió Bog—. Es un buen tipo, nunca se mete en líos.

—¿Quién lo apuñaló?

—No lo sabe —dijo Bog inocentemente—. El corredor estaba a oscuras. Acababan de apagar las luces principales. La cena había terminado.

—¡Claro que lo sabe! —exclamó Gerem.

Planck pasó por alto el comentario de Gerem.

—¿No ha tenido ningún contratiempo últimamente? ¿Ninguna marca en su ficha?

—No —contestó Bog—. Nunca causa problemas. Siempre evita tener contactos con otros reclusos.

Gerem se volvió rápidamente y miró a Bog. Se dio cuenta de que en su cara había una mirada de profunda satisfacción que inmediatamente desapareció y fue reemplazada por su habitual expresión de servilismo.

—Me parece entender que Clinch no le preocupa mucho —dijo Gerem.

Bog se mostró sorprendido.

—Como ya dije, doctor, él nunca importuna a nadie. Nunca hemos cruzado una sola palabra, ni de una manera ni de otra.

—No tiene importancia —dijo Gerem encogiéndose de hombros.

La mayoría de estos hombres eran tan transparentes para él como niños de cinco años, aunque todos se cubrían con un caparazón que resultaba difícil traspasar. Los criminales habituales tenían, en cierto modo, una religiosidad propia, con reglas, disposiciones y tabúes que no guardaban ninguna relación con aquéllas de la sociedad establecida; un grupo de salvajes viviendo a escondidas entre las personas civilizadas. A Gerem le interesaban profundamente, pero también lo sacaban de quicio. Y esta irritación le preocupaba, pues la consideraba una pueril manifestación emocional, indigna de su profesión.

Clinch estaba tumbado en la camilla de reconocimiento, en una pequeña habitación contigua a la enfermería. Vestía sólo unos calzoncillos y su cuerpo delgado parecía fuerte como el hierro bajo la fría luz de la lámpara. Sus antebrazos, velludos y demasiado grandes en comparación con el resto del cuerpo, estaban tatuados por la parte inferior. En el antebrazo derecho aparecían las iniciales U.S.N. En el izquierdo, rodeadas por una antorcha, las iniciales G.C. y el dibujo de una mujer desnuda. Habían utilizado una tinta encarnada de brillo azulado que producía un fuerte y desagradable contraste con su lechosa piel de recluso.

El doctor Macey estaba limpiando el corte largo y profundo que Clinch tenía en el costado derecho, y un enfermero, Willy, uno de los reclusos con buena conducta, lo ayudaba.

—Es un buen corte —dijo Macey—. ¿Qué tipo de arma blanca utilizaron, Clinch?

—Una navaja casera, me imagino. No lo sé. No vi nada —respondió Clinch. Su cara esbozó una mueca de dolor y apretó los dientes para no gritar.

Por encima de él, Macey y el enfermero intercambiaron una mirada significativa.

—¿No viste nada? —le preguntó Macey.

—Absolutamente nada —respondió Clinch.

Se abrió la puerta detrás de ellos y Haswell, el ayudante del director, entró seguido casi inmediatamente por Gerem, Planck y Bog.

Haswell se quedó cerca de la puerta, observando lo que pasaba en silencio. Era un hombre fornido, de alta estatura y hombros cuadrados, con una cara inmutable y

regordeta, y mirada cansada producida por su miopía.

El doctor Planck se acercó a examinar la herida antes de que le pusieran un vendaje. Los dos enfermeros intercambiaron miradas de difícil interpretación. Macey retrocedió unos pasos en deferencia a su superior. Finalmente Planck dijo:

—Está bien, Macey. Véndalo. Creo que vivirá.

—¿Qué tal se encuentra, doctor? —preguntó Haswell con su voz grave y ronca.

—Bien, no quedará incapacitado —respondió Planck—. Quizá con una semana de reposo se recupere, siempre que la herida cicatrice sin ningún problema, y ¿por qué no iba a hacerlo?

—¿Podría hablar con él ahora?

—Por supuesto. Tan pronto como terminen de vendarlo.

Macey y Willy siguieron trabajando. Todos en la pequeña habitación permanecían en completo silencio. Finalmente Planck dijo:

—Bien, hay un programa en la televisión que quiero ver. Me marchó corriendo. ¿Vienes, Frank?

—Quizá el doctor Gerem debería quedarse —dijo Haswell—. Así me ayudaría con este hombre.

—Sin duda. Me quedaré —contestó Gerem, satisfecho ante la oportunidad que se le había presentado.

Planck se marchó. Mientras tanto continuaron vendándolo, y por fin Macey se volvió y dijo:

—Creo que ya lo tenemos —luego se dirigió a Willy—. Prepárale una cama.

Willy asintió con la cabeza y se dirigió de mala gana hacia la puerta, pero se detuvo allí y comenzó a ordenar varias botellas y frascos que estaban en un carrito. Bog se fue al fondo de la habitación con la intención de pasar desapercibido. Pero Haswell se dio cuenta de sus intenciones y dijo:

—Vamos, muchachos. ¡Fuera!

Willy y Bog salieron lentamente, a regañadientes, muriéndose por poder oír el interrogatorio. Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Haswell le dijo a Macey:

—Doctor, ¿le importaría comprobar que no haya nadie merodeando por el pasillo?

El joven Macey sonrió y asintió con la cabeza.

—A veces pienso que utilizan radar —observó.

—¡Y que lo diga! —exclamó Haswell, sonriendo ligeramente—. Un hombre eructa en este cuarto y a los quince minutos ya lo están comentando en el taller.

Macey salió riendo al pasillo. Haswell se acercó a la mesa y contempló a Clinch. Gerem estaba detrás de él, manoseando su pipa apagada. Clinch permanecía mirando el techo.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber Haswell.

—Estoy bien, gracias, señor.

—¿Quién lo hizo? —le preguntó Haswell en tono amistoso, después de un breve

silencio.

—Le juro que no lo sé, señor —respondió Clinch—. Estaba oscuro. Yo iba solo, pensando. Los otros reclusos caminaban en ambas direcciones. Y de pronto, alguien me clavó la navaja al pasar. Eso es todo lo que sé.

Haswell lanzó una mirada a Gerem, luego dijo:

—Esa es una historia con muy poco fundamento, Clinch. Las luces auxiliares estaban encendidas y en ese momento en el corredor no había más de un puñado de reclusos. ¿Para qué proteger a ese hombre, Clinch?

—¿Proteger? Señor, yo no protejo a nadie más que a mí mismo. ¿Por qué habría de hacerlo?

Haswell volvió a mirar a Gerem, que dio un paso hacia adelante y dijo:

—Podrías tener tus razones. Por ejemplo, quizá quisieras resolver este pequeño asunto tú solo más adelante. Si se te ha pasado esa idea por la cabeza, olvídala. Sólo te acarrearía más problemas.

—Doctor Gerem —dijo Clinch—, ¿cómo podría pensar en pegar una puñalada al tipo que me la pegó a mí, cuando ni siquiera sé quién es? Quizá todo fue un error. Quizá iba dirigida a otra persona. Eso es lo que yo creo. Yo no tengo problemas con nadie. Pregunte a cualquiera de su confianza. O al señor Andrews, de nuestro pabellón. Sencillamente, no lo vi.

La palidez poco corriente de Clinch empezó a preocupar a Haswell.

—De acuerdo, Clinch. De acuerdo. Hablaremos más adelante, cuando te sientas mejor. El director está muy preocupado. No había ocurrido nada parecido desde hacía dos o tres años. Al director no le gusta.

—Lo siento, señor —dijo Clinch—. Pero no fue culpa mía.

Haswell oyó un ligero movimiento en el pasillo y abrió la puerta al momento. ¡Willy! Esbozó una sonrisa llena de servilismo y dijo:

—La cama está preparada, señor. Lista, señor.

Gerem se acercó a la camilla de reconocimiento y contempló a Clinch, luego le dijo a Haswell:

—¿Puedo hablar con él a solas un momento?

Haswell asintió con la cabeza y salió de la habitación, empujando a Willy delante de él.

Hubo un silencio. Gerem encendió su pipa y le dio una larga bocanada. Finalmente dijo:

—Clinch, sólo quiero que sepas que a mí no me engañas. Quizá con los otros lo consigas, pero no conmigo. ¿Qué es esto, una guerra particular?

Clinch no hizo ningún comentario.

—Pudo haber terminado contigo, Clinch, tú lo sabes —suspiró y contempló por un instante la cazoleta de la pipa—. En realidad, si el corte hubiera sido un poco más en el centro, ya no estarías aquí. Estarías en una caja en el depósito de cadáveres.

—Doctor Gerem —dijo Clinch—, tiene mi palabra, señor. No sé quien lo hizo. Y

no mantengo ninguna guerra con nadie. Estoy deseando olvidarlo, si todos los demás lo están.

—Bien, pero no todos los demás lo están —dijo Gerem—. Y tú lo sabes. Este asunto permanecerá en los archivos de la cárcel hasta que se descubra al culpable.

—Mire, doctor, yo no hice nada. Me dieron un navajazo mientras estaba dedicado a mis propios asuntos, eso es todo. ¿Por qué me acosa? ¿Tiene algún sentido?

Después de una pausa, Gerem dijo:

—No, no lo tiene. De acuerdo, Clinch. Protégete a ti mismo si es eso lo que deseas, pero no intentes ser juez, jurado y ejecutor. Ese es uno de los defectos de los hombres de tu clase.

—Doctor, ni siquiera sé quién me lo hizo —dijo Clinch pacientemente—. ¿Cómo podría...?

—¡Está bien, está bien! —respondió Gerem, sintiéndose furioso consigo mismo por haberse irritado.

Mientras Willy y Bog empujaban la camilla por el corredor camino de la enfermería, Clinch sentía un odio y un resentimiento tan intensos que le causaban más dolor que la herida del costado. A pesar de todo su cuidado y precaución, Whitey había logrado convertirlo en uno de los hombres marcados de la cárcel. Whitey, varias veces rechazado, lo había calculado todo. Darle simplemente un cortecito, el muy hijo de puta. Pero nada de matarlo. Lograr que su nombre apareciera, de una forma u otra, en el parte de incidentes. Los camorristas eran los tipos que por regla general recibían una cuchillada, y quizá así conseguiría ensuciar la buena reputación de Clinch a pesar de su immaculado historial. Whitey había sido lo suficientemente perspicaz para imaginar que Clinch no diría a las autoridades quién lo había hecho. ¿Qué ganaría con ello? Abrirían una investigación y Whitey podría negarlo todo. Y por otro lado, tenía amigos entre los celadores.

Fue un buen trabajo, sin la menor duda. ¡Un buen trabajo!

«¡Malditos sean! —pensaba Clinch mientras lo conducían a la enfermería—. ¿Por qué no pueden dejarme en paz? ¿Por qué?»

La enfermería era una sala de gran tamaño. Tenía las paredes pintadas de blanco y estaba débilmente iluminada por unos globos translúcidos que colgaban del alto techo, proyectando una luz fría y poco acogedora. Pero aquí y allá había algunas camas iluminadas por potentes conos de luz procedentes de las lamparitas de lectura. De hecho, el hombre que ocupaba la cama contigua a la de Clinch estaba leyendo un periódico, cuyas páginas pasaba con gran estrépito mientras fumaba un cigarro. ¡Dan Moford! Clinch le volvió la espalda y permaneció tumbado con la vista clavada en la pared, mientras Willy y Bog sacaban la camilla cuchicheando.

Dan era un hombre corpulento, de cabello castaño, abundante y rizado, que aparecía salpicado aquí y allá por mechones plateados. Rondaba los cuarenta y cinco años, pero su rostro, aunque de facciones marcadas y toscas, era sonrosado, sin apenas arrugas o imperfecciones de ningún tipo, lo que le otorgaba un aspecto más juvenil. Sus ojos, de mirada clara, agradable y resuelta, eran grandes y azules, con acentuadas bolsas en la parte inferior, particularmente en los extremos, que subrayaban su forma triangular. Sus manos grandes y anchas estaban cubiertas de vello rubio, sus antebrazos parecían fornidos, y aunque excedía el peso que le correspondía para su talla, daba la impresión de encontrarse en plena forma.

En realidad, mostraba tan buena salud y estado de ánimo cuando trasladaron a Clinch de la camilla a la cama, que éste había sentido de pronto un ataque de odio y resentimiento. ¿Cómo se las podía arreglar para tener tan buen aspecto estando en la cárcel, por el amor de Dios? Comportándose como si estuviera en su casa, en su propia cama, rodeado de sus sirvientes.

«¡Afortunado hijo de puta!», murmuró Clinch para sus adentros, mientras permanecía tumbado observando la inmaculada pared.

La cama que ocupaba Clinch era la última de la fila. Más allá sólo estaba la pared y una amplia ventana con barrotes. La cama inmediata a la de Dan se encontraba vacía.

«¿Por qué diablos tuvieron que ponerme aquí? —se preguntaba Clinch—. ¿Será que este palurdo es un soplón? ¡Pues no me he encontrado yo con soplones en mi vida! Como aquel abogado, ¡maldito cabrón!, que conocí cuando yo estaba en el reformatorio. Un avasallador, además; engañaba a todos los individuos del pabellón sin que ninguno se diera cuenta, hasta que por fin el Cojo lo vio todo claro. Sí, quizá sea eso. Este tipo se está pegando la gran vida y mientras sea un soplón se lo permiten.»

Clinch no tenía mucha confianza en sus propias deducciones. Eran producto del odio y del resentimiento. ¡Joder!, un tipo como Dan Moford, con millones en el banco y un partido político respaldándolo, no se veía obligado a hacer de soplón para nadie. Aunque podría hacerlo sólo por maldad. ¡Lo cierto es que había tipos tan extraños en este asqueroso mundo!

Clinch continuó tumbado, conjeturando sobre Dan Moford. Si uno se paraba a pensarlo, resultaba extraño que hubieran metido entre rejas a un sujeto como Moford. A los tipos millonarios no los encierran. Y desde luego, no por delitos menores. Sí, e incluso cuando se trataba de un delito de gran envergadura, ¿quién había oído alguna vez que enviaran a un millonario a la silla eléctrica, a la cámara de gas o a la horca? Siempre terminaban en un manicomio y más tarde los dejaban en libertad. Resultaba muy extraño que al Gran Dan lo hubieran enviado allí. ¿Qué tipo de partido político había estado dirigiendo? De acuerdo, cometió un delito federal. ¿Y qué? No había tal Tío Sam. Los tipos que dirigían el gobierno federal sólo eran políticos, ¿qué otra cosa? Como los que dirigían los estados, las ciudades o los distritos. Sí, resultaba

condenadamente extraño que un individuo como Dan Moford no hubiera podido evitar las consecuencias.

—¡Joder, los Indians han vuelto a perder! —exclamó una voz grave.

Clinch se sobresaltó ligeramente y luego permaneció inmóvil, fingiendo que no había oído nada.

—¡Eh, tú! ¿Estás durmiendo? —un breve silencio—. ¡Diablos! No puedes haberte dormido tan pronto. Te acaban de traer. —Silencio. Luego, en un tono más bajo, dijo—: Bueno, quizá le hayan dado al pobre cabrón algún somnífero.

La voz molestó a Clinch. Era grave, despreocupada y clara. Clinch vaciló, luego se volvió y dijo:

—¿Me hablas a mí?

—Sí —contestó Dan, lanzándole una mirada y mostrando al sonreír unos dientes blancos y fuertes—. ¿Te gusta el béisbol?

—No —respondió Clinch con brusquedad.

Dan soltó un gruñido.

—¿Por qué demonios no ponen a mi lado a alguien que le interese el béisbol? ¡O cualquier otra cosa, por el amor de Dios! La gente aquí no parece interesarse por nada.

—Excepto por largarse cuanto antes —dijo Clinch.

—¡Joder! A todos nos interesa salir, a mí, a ti, al resto de los reclusos; pero ¿es eso un impedimento para interesarse por algo más? De acuerdo. Siéntate a meditar tristemente. ¿Para qué te sirve?

—Para nada bueno —contestó Clinch—, pero quizá los reclusos no podemos evitarlo.

—Haz que se interesen por algo y lo evitarán. Nunca supe que hubiera tantos tipos apáticos en el mundo.

—¿Estuviste antes en chirona? —le preguntó Clinch, poseído por una fuerte hostilidad y un repentino ataque de odio y resentimiento, el mismo que había experimentado cuando vio por primera vez a Dan, sentado en la cama, fumando un cigarro como si fuera el amo de la cárcel.

—No —respondió Dan—. Bueno, nada que merezca la pena mencionar. Me vi envuelto en un pequeño lío cuando era un chiquillo. Nada de importancia. Una buena pelea propia del Muelle 6. Perturbación del orden, asalto y violencia, ya sabes. Generalmente todo queda reducido a una multa, pero era un asunto político y ellos tenían su propio juez. Así que a varios de nosotros nos metieron en la cárcel.

Después de un silencio, Clinch dijo:

—Sospecho que esta vez debieron tener también su propio juez.

Clinch deseaba ardientemente perturbar a Moford, hacer que perdiera la confianza, que pusiera en tela de juicio algunos asuntos.

Pero el Gran Dan se limitó a bajar el periódico, riendo a carcajadas.

—¡Oye! —dijo cuando dejó de reír—. Había oído que eras uno de esos sujetos

que no abren la boca para hablar con nadie. Me parece que has dado en el clavo. Sí, señor. Tenían su propio juez, un juez federal esta vez. Washington intervino en el asunto. En las últimas elecciones yo había tirado abajo a uno de sus favoritos. Y además... —se detuvo para reír—. Además era culpable. Un asunto complicado.

Clinch se sentía demasiado aturdido para poder hablar, así que permaneció tumbado mirando al Gran Dan. ¡Culpable! Ningún hombre en la cárcel pronunciaba esa palabra. Sólo se les oía mencionar que eran inocentes.

—¡Oye! —llamó Dan—. Tengo entendido que un tipo intentó cortarte en dos. ¿Qué pasó? ¿Tenías una deuda pendiente y no la cancelabas?

¡Ya estamos! ¡La charlatanería! Le das conversación a un tipo y luego intentas sonsacarle, pero todo para divertirte, naturalmente.

—No —dijo Clinch—. Creo que alguien se equivocó de individuo. Nunca he tenido una simple queja en esta cárcel.

—Ese Whitey es un hijo de puta —dijo Dan.

Clinch pegó un ligero bote en la cama, pero no hizo ningún comentario.

—Sí —continuó Dan—. Tuve un pequeño enfrentamiento con él la primera semana. Entonces yo estaba en tu galería. Lo amenacé con que lo echaría de allí si no me dejaba en paz, así que me dejó en paz.

—¡Whitey! —gritó Clinch, reuniendo todas sus fuerzas—. ¿Qué tiene él que ver en todo esto?

—¡Joder! Se ha corrido por toda la cárcel que fue Whitey —dijo Dan, mirándolo sorprendido—. Todos los reclusos con buena conducta lo saben.

—Bueno, es una noticia para mí. Yo no vi nada. Estaba oscuro.

Dan estaba a punto de continuar la conversación, cuando las enormes puertas situadas en el otro extremo de la enfermería se abrieron y entró Haswell, seguido de un celador que traía a Whitey. Clinch gruñó para sus adentros, luego se volvió y se puso a contemplar la pared.

Oyó cómo decía Dan:

—Creo que está dormido. ¡Hola, Whitey!

Oyó a Whitey murmurar algo.

—Debemos despertarlo —dijo Haswell.

—¡Diablos! Déjenlo dormir —rogó Dan—. Estuve hablando del asunto con él y no tiene la menor idea de quién lo hizo.

—¿Se da cuenta? —dijo Whitey.

—¿Qué se supone que debo hacer, Dan? ¿Fiarme de tu palabra? —preguntó Haswell—. A mí me contó lo mismo, pero no lo creí.

—¿Por qué no? —se interesó Dan—. ¿Cree usted que encubriría a Whitey? ¿Por qué razón? De cualquier modo, está exhausto. Déjelo dormir hasta mañana.

Clinch permaneció tumbado procurando no moverse, pero estaba tan nervioso y aturdido que su cuerpo temblaba ligeramente. ¿Qué pretendía el Gran Dan? ¿Cuáles eran sus intenciones, por el amor de Dios? ¿Sería un soplón del director, después de

todo? ¿Había creído la historia de Clinch? ¿Qué estaba sucediendo?

Haswell refunfuñó durante un momento, luego abandonó la sala, seguido de Whitey y el celador.

Cuando ya se habían ido, Clinch se volvió y miró al Gran Dan, que estaba leyendo la página de deportes con el cigarro en la boca. Se apoyó en un codo y continuó mirándolo, sintiéndose desconcertado e inseguro.

Finalmente Dan lo miró y se echó a reír.

—Eres un maldito embustero —dijo, y rió de nuevo.

Clinch no hizo ningún comentario. Necesitaba recapacitar. Dan pretendía algo, sin duda. Pero ¿el qué? ¿Qué podía ser? Se volvió hacia la pared y permaneció tumbado reflexionando. Sus pensamientos eran tan confusos que acabó durmiéndose.

Se despertó sobresaltado. Las luces auxiliares estaban encendidas. La enfermería permanecía en silencio. Se podían oír las bocinas de los coches en el lejano bulevar. Debía ser tarde, muy tarde.

Dio la vuelta con cautela. El Gran Dan estaba tumbado de espaldas con los brazos debajo de la cabeza, contemplando el techo y fumando un cigarro. Parecía murmurar algo.

Clinch se giró maldiciendo y por fin volvió a quedarse dormido.

A la mañana siguiente, cuando Clinch se despertó de las mejores horas de sueño que había tenido en la cárcel, el doctor Planck estaba sentado en el borde de la cama del Gran Dan y ambos hablaban en voz baja. Clinch cerró los ojos otra vez y permaneció tumbado escuchando la conversación.

—Desconozco de qué se trata, Moford, seré franco —decía el doctor—. Pero no me gusta, no me gusta tener esta responsabilidad. Sus pies ya no deberían molestarle después de estos días de reposo. Voy a sugerir una valoración por médicos especialistas.

—Quizá pueda salir de este antro, ¿verdad, doctor?

—Es posible; pero habrá que cumplir las formalidades burocráticas y todo...

—Mi abogado vendrá la próxima semana. Hable con él, ¿querrá, doctor?

—Seguro, Moford, lo haré. ¿Cuánto tiempo le queda?

—Unos seis meses, me imagino, teniendo todo en cuenta. Todos los permisos que conceden, ya sabe.

—Miraré en los archivos. Pero hay una cuestión, yo en su lugar dejaría de fumar..., al menos hasta que tengamos el diagnóstico correcto. No quiero alarmarlo, pero podría estar sufriendo alguna enfermedad que, bueno..., hablaremos más adelante. Más vale que deje de fumar. Ahora tengo que irme.

—De acuerdo, doctor, y gracias —dijo Dan.

Planck caminó hasta el otro extremo de la sala sin mirar una sola vez hacia la derecha o la izquierda, y salió al pasillo. Clinch abrió los ojos y observó al Gran Dan,

que estaba sentado con la vista perdida momentáneamente en la distancia, luego sacó uno de sus puros, lo encendió y comenzó a fumar con gran satisfacción.

Clinch se echó a reír convulsivamente. ¡El tipo era un maldito farsante! Su risa rayó la histeria antes de que pudiera refrenarse.

El Gran Dan lo miró con dulzura.

—¿Pero qué demonios te pasa tan temprano?

Clinch titubeó y luego explicó:

—He oído lo que te decía el médico.

—¡Ah, los médicos! Cuando no saben qué le ocurre al enfermo, le prohíben fumar, beber y retozar en la hierba. ¡Maldita manía! Siempre quieren que deje de hacer aquello que me produce más placer. ¿Tiene algún sentido?

Clinch comenzó a reír de nuevo. Finalmente se detuvo.

—Señor Moford, usted es un tipo realmente divertido —dijo.

Y Dan respondió:

—Y tú eres una gran sorpresa para mí. Quería saber por qué estabas siempre en una esquina, como una rata asustada, preparado para luchar. Pero ¡diablos, tienes sentido del humor!

Pasaron varios días. Aunque Clinch a duras penas lo creía, la curiosidad por el asunto Whitey comenzó a decaer. Haswell había hablado con él varias veces, pero sin demasiado interés, rutinariamente, según le había parecido a Clinch; y el psiquiatra, Gerem, había estado allí en una ocasión.

«Si no me equivoco —se decía Clinch—, el asunto está a punto de olvidarse y no creo que me traiga ninguna consecuencia.»

A pesar de que lo intentaba con firmeza, no podía negar que la actitud del Gran Dan había tenido mucho que ver. Incluso el doctor Gerem trataba a Dan con respeto y lo escuchaba con interés cuando hablaba. Y esto a Clinch le hacía sentirse molesto. Hasta le molestaba, en cierto modo, la ayuda que Dan le prestaba.

«Él también cayó, ¿no es cierto? —se preguntaba—. ¿Cómo puede ser mucho mejor que el resto de los reclusos? Nosotros hacemos cualquier cosa por unos centavos, y él está podrido de dinero y estafa al gobierno. ¿Qué es peor? Y el médico lo escucha como si fuera el director. ¡Malditos hipócritas!»

¿Qué pretendía Dan? ¿Por qué lo ayudaba? Ahora estaba claro que no era un soplón. Quizá simplemente se aburría y no conocía otra forma de entretenerse. Sí, eso debía ser. Un pez gordo, acostumbrado a dirigir y a mandar tipos a su alrededor, tenía que mantenerse ocupado...

—¡Eh! —llamó Dan, y Clinch se sobresaltó—. Esos malditos Indians han vuelto a perder —arrojó el periódico impaciente.

Clinch se volvió y se incorporó apoyándose sobre un codo.

—De acuerdo, perdieron —dijo—. ¿Y qué quiere que haga? ¿Que me suicide?

Dan ignoró el comentario.

—Tenían mucha fuerza —explicó—, y el mejor bateador de la gran liga, pero lentos. ¡Esos holgazanes son lentos! Ese tipo grandullón que tienen, vale, es un buen bateador de *home run*, pero sólo gana la primera base cuando batea un *home run*. Un día, en Cleveland, vi como ese tipo golpeaba limpiamente la pelota sobre la derecha y el *fielder* derecho lo eliminaba en la primera base. ¿Crees que bromeo? Deberían llamarse los Elefantes, en vez de los Indians.

Clinch no hizo ningún comentario. Dan se volvió y lo miró.

—¿Qué demonios te pasa? ¿No te gusta el béisbol? ¿Ni siquiera tuviste infancia?

Clinch se limitó a reír.

—Me imagino que ahora me dirás que te criaste en los barrios bajos y que no tenías oportunidad de divertirte. ¿Es eso?

Clinch se encogió ligeramente.

—Bueno...

—He acertado —dijo Dan—. Mira. Yo también me crié en los barrios bajos. Jugábamos en la calle. La bofia nos perseguía. Los coches nos atropellaban. Rompíamos los cristales de las ventanas. Pero jugábamos, ¡por el amor de Dios! Y lo pasábamos endiabladamente bien. Sin duda había también tipos indeseables por allí, pero maldito el caso que les hacíamos.

—Mire, señor Moford —dijo Clinch—. A mí simplemente no me gusta el béisbol. ¿Es eso un crimen?

—Está bien —respondió Dan de mala gana, y volvió a su periódico. En varias ocasiones, mientras leía, parecía a punto de hacer un comentario, pero recordaba lo que habían hablado y se contenía.

Clinch lo observó en silencio durante un rato, luego le dio la espalda y se quedó de cara a la pared.

«Grandísimo cabrón —murmuró—. Un país libre, ¿no es así? ¿Por qué ha de gustarme a mí lo mismo que a él?»

La herida de Clinch no estaba cicatrizando tan bien como se había esperado, y cuando el abogado del Gran Dan, Tom Mitchell, apareció por fin, Clinch aún se encontraba en la enfermería. Mitchell era un hombre flemático, de gran estatura, pelo cano y carácter sencillo, del que Clinch desconfió a primera vista, aunque esta desconfianza no se debía a nada personal. Odiaba y temía a todos los abogados, y para él Tom Mitchell era un ejemplo notorio del farsante próspero y bien situado.

Clinch permaneció tumbado escuchando con los ojos cerrados.

—A primeros de mes, ¿eh? —estaba diciendo Dan—. ¡Joder, eso es dentro de una semana!

—Exacto —confirmó Mitchell—. Hemos obtenido mejores resultados de lo que esperábamos. Creo que el fiscal quedó un poco sorprendido al examinar la rígida

sentencia que el juez había dictaminado. No va a interferir.

—Bien, bien.

—Pero el elemento decisorio fue el informe del doctor Planck —continuó Mitchell—. Dijo que deberías estar en manos de los especialistas.

—Tendremos que agradeceréelo de alguna manera —dijo el Gran Dan.

—No, no —se apresuró a responder Mitchell—. Es sincero. Lo decía en serio, no pretende nada.

—Pero ni siquiera tiene un traje decente —protestó Dan—. Mira, Tom, tenemos que...

—No, Dan —dijo Mitchell con firmeza—. No me compliques ahora las cosas.

Clinch rió displicente para sus adentros.

«Lo quiere todo, ¡el muy hijo de puta! —pensó—. Yo me conformaría con el diez por ciento de lo que le cobra a Dan por sacarlo de aquí.»

Sin saber por qué, se sentía sumamente desdichado y nervioso. El asunto Whitey se había olvidado por completo. Gozaba de buena reputación, razón por la que Whitey no se atrevería a molestarlo de nuevo. Podría pasar el resto de la condena con los ojos cerrados, como se decía en la cárcel. ¿Pero por qué el mundo parecía tan gris?

—... ¡Clinch! —llamó Dan.

Se incorporó sobresaltado. Tanto Dan como el abogado lo estaban mirando. Los ojos grises del abogado eran fríos, escudriñadores. Clinch apretó los labios y desvió la vista. A lo largo de su corta vida, había visto demasiadas veces aquella mirada característica de los hombres de leyes. Parecía decir: ¿cuánto le ha caído a este tipo? ¿Merece la pena molestarle por él? ¿O debería dejarlo para los hambrientos abogados de oficio?

—Salgo libre la próxima semana —dijo Dan—. Ahora quiero que tú hables con Tom.

—¿Sobre qué? —preguntó Clinch bruscamente.

Dan se volvió hacia Mitchell.

—Este es un tipo realmente difícil, Tom, pero en el fondo es buena persona —se volvió hacia Clinch—. Cuéntale tu caso. A mí me parece realmente sorprendente.

Clinch apretó los labios, bajó los ojos y se sentó, maldiciéndose por haber sido un bocazas. Una noche, él y Dan habían estado hablando de condenas y le había contado todo lo referente a la suya, calificándola de injusta. Por supuesto, más tarde le explicó cuidadosamente que había dado algunos golpes de profesional. No quería que Dan pensara que él era uno de esos tipos que se quejaban sin razón, uno de esos que siempre decían «Conmigo se cometió una injusticia».

Mitchell observó a Clinch con curiosidad.

—¿Quieres o no quieres hablar? —preguntó.

—¡Vamos! —lo alentó Dan, viendo que Clinch guardaba silencio—. Habla. Cuéntale. Quizá pueda conseguirte la libertad condicional o algo por el estilo.

—No —respondió Clinch—. Ya no me queda mucho para salir. Podría empeorarlo.

—Escucha, Clinch —dijo Dan, moviendo su enorme cabeza—. No seas necio. ¿Cómo podría empeorarlo?

Clinch titubeó y luego dijo:

—Me gusta hacer las cosas a mi manera. Sé arreglármelas muy bien.

Dan comenzaba a mostrarse impaciente. Estaba a punto de retomar la observación, cuando Mitchell levantó la mano para impedirse.

—Déjalo tranquilo, Dan. Debe saber lo que hace.

—¡Qué diablos va a saber! —respondió Dan.

—Bueno, allá se las componga.

Cuando se marchó el abogado, Dan continuó tumbado en la cama, leyendo una revista y fumando un puro. Tenía la cara encendida, los labios apretados. Finalmente se volvió hacia Clinch y dijo:

—¿Sabes lo que eres? Un estúpido hijo de puta.

—Dan —dijo Clinch—. No quiero problemas, no quiero problemas de ningún tipo.

Dan se volvió para mirarlo.

—Escucha, señorito, deja que te diga algo. Cuando un tipo anda siempre evitando meterse en problemas, los encuentra antes que aquél al que le importan un comino. ¿Por qué crees que Whitey te clavó una navaja? El primer día que pasé aquí, amenacé a ese cabrón con echarlo de la galería. ¿Me la clavó a mí? ¡Eres un estúpido!

Hubo un largo silencio. Dan volvió a su revista. Clinch sintió en su interior un odio muy intenso, quería saltar de la cama y meter a Dan en cintura hasta que cambiase de tono.

—De todas formas —dijo, logrando por fin controlarse—, ¿qué demonios le importa todo esto?

—No es asunto de mi incumbencia, ¡qué diablos! —le espetó Dan—. Y ahora no me molestes. Estoy leyendo.

Clinch necesitó casi media hora para calmarse. Se encontraba en tal estado de tensión que a duras penas podía estirar las piernas. Mantenía los puños cerrados como queriendo golpear a alguien, para así desahogar la violencia que se había acumulado en su interior.

Aquella noche rehusó cenar. Más tarde el doctor Macey entró para reconocerlo, y dijo:

—No me gusta como está fluctuando la temperatura.

Dan permanecía en silencio.

Cuando encendieron las luces auxiliares, Clinch volvió la cara hacia la pared y permaneció tumbado con la vista clavada en la enorme ventana enrejada.

«¿Qué pretende? —seguía preguntándose—. ¿Cuáles son sus intenciones? ¿Por qué se preocupa por mí? ¿Por qué no deja de molestarme?»

Poco a poco fue cayendo en un sueño irregular. Se despertó sobresaltado y cambió de postura. Era muy tarde. Dan estaba tumbado boca arriba, con los brazos debajo de la cabeza, fumando un puro.

—¡Dan! —llamó Clinch.

—¿Sí?

—¿De verdad cree que ese tipo podría ayudarme?

—Así lo creo.

—¿Cuándo puedo hablar con él?

—Volverá el sábado —dijo Dan—. Pero sin duda le causaste una mala impresión. Sin embargo, yo soy el que paga y hará lo que le diga.

—De acuerdo, Dan.

Entonces oyó como Dan se reía en voz baja y volvió a invadirle el resentimiento.

—¿De qué diablos se ríe? —preguntó.

—¡Bueno! —exclamó Dan—. Estaba aquí tumbado pensando en un tipo que conozco.

Y Dan empezó a contar una historia larga y laberíntica sobre un hombre llamado Al Cramer, que siempre evitaba comprometerse y en consecuencia siempre se veía en apuros. A Clinch le pareció que la historia no tenía mucho sentido, pero Dan la encontraba muy divertida y no paraba de reír. Cuando Clinch se quedó dormido, Dan aún seguía hablando.

Dan casi no parecía el mismo, pensó Clinch. Estaba sentado en el borde de la cama con un bastón en su enorme mano, esperando a que llegara el momento de abandonar la cárcel. Llevaba el pelo muy corto y cuidadosamente peinado. Vestía un traje de franela azul, zapatos de ante gris, una camisa de seda blanca con los cuellos muy largos y una corbata de punto a rayas rojas y grises. ¡Ahora sí que parecía un pez gordo!

—Tienes mi dirección y el número de teléfono —le decía a Clinch—. Cuando salgas, y Tom me comentó que no tardarás mucho, pégame un telefonazo. Necesito a un tipo como tú. Tengo tres coches y dos de ellos están casi siempre en el garaje. Tú te dedicas a eso, ¿verdad? ¿No eres mecánico?

—Sí —contestó Clinch.

—¿Sabes conducir?

—¡Claro que sé, por el amor de Dios! ¿Qué se creía?

—¿Pero sabes conducir bien?

—El mejor —respondió Clinch.

—De acuerdo. Mi mujer abolla con mucha frecuencia las defensas del coche, así que la llevarás cuando vaya de compras. Y a mí comienzan a disgustarme las autopistas, debo estar haciéndome viejo, así que me llevarás también de vez en cuando. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Para empezar te daré cien a la semana y la comida. Después ya veremos.

¿Satisfecho?

—¡Sin duda! —respondió Clinch.

«¿Pero por qué? ¿Por qué?» —se preguntaba.

Lo mismo había ocurrido con aquella mujer vieja y gorda que le proporcionó un abrigo y comida. No tenía sentido.

Más tarde, se personó Mitchell con el doctor Gerem y Haswell.

—Bien, nos marchamos —dijo Mitchell.

Dan le dio la mano a Haswell y luego a Gerem.

—Adiós, muchachos. No estuvo mal del todo. ¡En absoluto! A veces resultó tan divertido como ir de excursión.

—Vamos a echarle de menos, Dan —dijo Haswell—. Ha sido un placer tenerlo aquí.

«¡Ya estamos! —pensó Clinch, bajando de la cama sin que nadie lo ayudara, pues ya se levantaba y caminaba por la habitación—. ¡Dadle coba, vamos, dadle coba! ¡Ya os joderá!»

Entonces Dan se volvió y le tendió la mano a Clinch. La estrecharon brevemente.

—Te estaré esperando, muchacho —dijo Dan.

Clinch no respondió. Dan, Mitchell, Gerem y Haswell salieron en grupo, charlando y riendo. Haswell le daba a Dan amistosas palmaditas en la espalda. Las grandes puertas de batiente se balancearon varias veces hasta cerrarse definitivamente. El silencio inundó la sala, un silencio profundo, de muerte. Clinch dudó unos instantes y luego se sentó en el borde de la cama, contemplando la enorme ventana de rejas por la que comenzaba a asomar la luz del sol.

Sin la presencia de Dan la estancia parecía mucho más grande, inhóspita y vacía. Clinch se sintió solo y abandonado, pero luchó para ahuyentar ese sentimiento.

«Suntuoso cabrón», murmuró; luego empezó a reír al recordar cómo Dan había encendido un cigarro sólo unos minutos después de que el médico le hubiera prohibido fumar.

Oyó un leve movimiento detrás de él y se volvió. Willy había entrado sin meter ruido y estaba quitando las sábanas de la cama del Gran Dan.

—Ahora ya no queda nadie con clase en este tugurio, ¿verdad, Clinch?

Clinch lo ignoró.

—Los grandes tipos siempre se comportan así —continuó Willy—. Democráticos. Les dirigen la palabra a cualquiera, no como esos otros presuntuosos insignificantes.

Clinch cogió una revista y se puso a hojearla.

—Sí —insistió Willy—, eso es lo que digo siempre. Clase. Puedes reconocer a los que la tienen a un kilómetro de distancia. Hablan con todo el mundo, no tienen miedo a nada. Seguro que lo vamos a echar de menos.

CAPÍTULO DOS

Clinch llegó a la gran ciudad en un autobús de la compañía Greyhound atestado de pasajeros, que avanzaba a través del pesado tráfico de la autopista del sur como una ballena rodeada por un banco de marsopas.

«¡Pues si que se circula mal por esta autopista! —se decía, mientras miraba a través de la ventanilla—. ¿Qué sucedería si estallase un neumático? ¡Boom! Y ya tienes un accidente en cadena.»

Entonces recordó lo que el Gran Dan le había dicho. «Las autopistas comienzan a disgustarme.» Bueno, ahora entendía por qué. A él también le hacía sentirse a disgusto, después de haber estado encerrado durante una temporada. Las bocinas no dejaban de tocar; los coches iban de un sitio a otro, cambiando de carril una y otra vez; los conductores insultaban y avasallaban a los que iban despacio; y durante todo el tiempo, una ola interminable de vehículos avanzaba mecánicamente hacia la gran ciudad invadiendo los seis carriles como una despiadada marea de hojalata y mal olor.

Caía la noche. Los anuncios de neón comenzaban a encenderse a ambos lados de la autopista y en las carreteras circundantes. Una gran nube de humo y neblina se cernía sobre la ciudad a poca altura, mostrando un brillo rojizo en la parte inferior. Los altos edificios empezaban a aparecer, desnudos y desamparados bajo la ya escasa luz del anochecer. A lo lejos, a la derecha, Clinch divisó el río salpicado por las luces rojas y verdes de los embarcaderos, que al reflejarse en las aguas oscuras parecían duplicarse.

Según se aproximaban al núcleo urbano, el tráfico empeoraba más y más. De todos los lados surgían vehículos que se unían al aluvión, al tiempo que el sonido frenético de las bocinas y los frenos se hacía casi insoportable. Clinch esperaba de un momento a otro un accidente que parecía no llegar. Las estridentes sirenas de la policía de tráfico no dejaban de sonar, produciendo un zumbido similar al de un mosquito y sobresaliendo por encima de los bocinazos, los gritos y los chirridos que formaban la sinfonía de la autopista.

Acababa de anochecer. Las luces traseras de los automóviles parecían rubías, mientras que las delanteras proyectaban largos conos de luz blanca, que se reflejaban en los cristales y embellecedores de cromo. Los enormes letreros indicadores iluminaban al pasar las ventanillas del autobús en tonos rojos, verdes y dorados. El autobús abandonó la autopista y enfiló una calle desierta, en la que se veían coches oscuros aparcados aquí y allá: estaba atravesando el barrio financiero. Clinch miró a su alrededor, sintiéndose de pronto oprimido por el silencio y la soledad del lugar. Parecía que sus habitantes se habían marchado repentinamente, conscientes de que se acercaba una terrible catástrofe. Pero entonces el autobús giró por una calle más ancha y bordeó una plaza de aspecto sórdido. Sonaba música honky-tonk, mezclándose con el ruido procedente de una barraca de tiro al blanco. Por todas

partes relucían las luces chillonas de los neones, y Clinch comenzó a sentirse más a sus anchas.

El tipo de la estación de autobuses le había dicho:

—¿Un hotel barato? A la derecha, bajando la calle, amigo. El Ingle. No es gran cosa, pero está limpio y es mucho mejor que el resto de los estercoleros que hay por aquí.

El lugar no estaba del todo mal. Clinch subió al piso superior acompañado de un hombre que servía para todos los menesteres, un tipo de unos sesenta años que hacía tanto las funciones de botones como las de recepcionista, y que pareció doblegarse cuando Clinch le dio una propina.

—Gracias, compañero, gracias —dijo el viejo—. Si necesitas algo, sólo tienes que decírmelo.

—¿Algo como qué?

—Cualquier cosa que un joven de tu edad pueda desear —continuó el anciano.

—¿Hay fulanas en este antro?

—Sí, un par. Y son discretas.

—¿De unos cuarenta años?

El viejo se detuvo para calcular y luego dijo lentamente:

—Bien..., no son jóvenes, hijo. No son jóvenes.

Clinch había estado esperando durante mucho tiempo y con verdadera ilusión su primera noche fuera de la cárcel..., pero esos dos vejstorios... ¡Joder! Era preferible ver como resultaba la noche y no lamentarse.

—Ya te avisaré, abuelo —dijo.

—Está bien, de acuerdo —respondió el anciano mientras salía. Tenía una enorme nariz enrojecida por pequeñas venas. Clinch pudo imaginar cómo gastaría la propina que le había dado.

La habitación de Clinch estaba en el segundo piso y tenía vistas a la calle. Desde la ventana se divisaba la plaza polvorienta y sombría, provista de un viejo quiosco de música, senderos entrecruzados de cemento y varios árboles negruzcos y marchitos. Más allá de la plaza, había una especie de feria permanente, con casetas de tiro al blanco, barracas de atracciones, espectáculos pornográficos, exhibiciones de fenómenos curiosos y charlatanes que gritaban por los altavoces.

«Ya he tenido bastante tranquilidad», se dijo Clinch, mientras abría la ventana y el ruido callejero inundaba la habitación, aumentado por los bocinazos de los automóviles que circulaban por la calle de dos carriles que pasaba frente al hotel. «¡Un lugar de animación nocturna, como nunca había visto!», continuó, riéndose.

No había baño en la habitación, pero sí una ducha que funcionaba bastante bien,

considerando su antigüedad. Así que Clinch se remojó durante un rato y luego se vistió con la ropa limpia que le habían dado en la cárcel. Camisa blanca de sport, pantalones beige, cazadora y mocasines marrones. Vestido de esa manera no llamaba la atención y podía mezclarse con los habitantes de cualquier gran ciudad. Era sólo un tipo vulgar, delgado y de baja estatura, que pasaba tanto por conductor de autobús como por oficinista.

Sin embargo, Clinch tenía una cara poco común. Era larga y estrecha, con las mejillas ligeramente hundidas, los pómulos prominentes y la boca carente de expresión. Sus ojos eran grises y pequeños, y miraban evasivos. El pelo negro, cortado al rape, era tan áspero como la borra de un viejo sofá. Su piel mostraba un color blanquecino y su cara no se iluminaba cuando sonreía.

Pero como por regla general la gente no es muy observadora y no suele darse cuenta de nada (a menos que se llame su atención, y entonces, por supuesto, creen haberlo notado desde el primer momento), muy pocos consideraban la singularidad del rostro de Clinch como algo fuera de lo normal. No reconocían la violencia contenida, la crueldad, el odio, la cautela, el miedo. Los desconocidos se dirigían a él tratándolo de «compañero», «colega», «camarada», «socio». Y él ni siquiera sabía el significado de cada una de esas palabras.

Cuando bajó de su habitación, el vestíbulo estaba desierto a excepción del mismo anciano, que resultó llamarse Charley.

—¿Dónde se puede comer barato por aquí? —le preguntó Clinch.

—En el bar de al lado —contestó Charley—. Tiene mentís bastante razonables, aunque depende de lo que pidas, claro. Las hamburguesas y los perritos calientes es lo que suelen tomar los clientes, pero yo prefiero el menú francés.

—¿Francés?

—Así es como lo llaman. Sin embargo, es un griego el que regenta el local.

Clinch estaba de pie, moviendo la cabeza en señal de desaprobación. Aquello sonaba horrible. ¡Joder! ¿Por qué no dar una vuelta por ahí? Pero justo cuando estaba saliendo del hotel, se le acercó rápidamente el viejo y le dio un codazo.

—Entra, hijo —dijo, mientras Clinch lo miraba sorprendido.

Clinch dio la vuelta. La puerta principal se abrió y una mujer de unos cuarenta años, alta y de complexión fuerte, adornada con bisutería barata como si fuera un árbol de Navidad, entró y se dirigió hacia el ascensor. La mujer los miró al pasar, y sus ojos oscuros y húmedos, con los párpados maquillados en verde y las pestañas postizas, mostraron un marcado interés ante este nuevo y joven pichón.

—Esa es Claire —dijo Charley.

Clinch soltó un gruñido.

—¿Por cuánto?

—Diez; cinco si le gustas.

—No es mi tipo, abuelo —dijo Clinch, luego se volvió y salió a la ruidosa calle.

Cuando ya no se le divisaba desde el hotel, Claire regresó del ascensor y se

acercó al mostrador, en donde Charley estaba manoseando varias cartas.

—¿Y bien? —preguntó Claire.

—No lo sé —respondió Charley—. Quizá más tarde. Salió a echar una ojeada. Ya sabes como se comportan los tipos jóvenes cuando llegan a la ciudad por primera vez. Pero no es tan fácil como ellos creen. Así que quizá más tarde.

Claire bostezó abiertamente, luego ocultó la boca con una mano grande y enguantada.

—De acuerdo. Voy a descansar un rato. Si me llama un tipo de Mandeville Arms, despiértame, abuelo.

—Oh, sin duda lo haré. Enseguida tendrás que pagarme el alquiler. Claire fingió no haber pido nada, mientras se apresuraba hacia el ascensor.

Clinch descubrió un bar pequeño, oscuro y apartado, y entró a beber algo. Estaba casi vacío; sólo había dos tipos en el otro extremo, bebiendo cerveza y viendo una comedia en un pequeño televisor, cuya imagen, al igual que el sonido, era borrosa e imprecisa.

—¿Por qué no compras un televisor nuevo, Mac, por el amor de Dios? —preguntó uno de los bebedores de cerveza.

El camarero ignoró su comentario.

—Al menos podrías fijar la imagen —insistió—. No oigo ni una maldita palabra...; ¡vale!, ahora está mucho mejor. Me llega una palabra de vez en cuando.

El hombre que lo acompañaba rió groseramente y dio una palmada en la barra.

Clinch estaba sentado delante de su *manhattan*, meditando. Aquella mañana, cuando atravesó la puerta de la cárcel, todo parecía muy claro, su futuro estaba decidido de antemano. Le estaba esperando un trabajo, un trabajo condenadamente bueno. Quizá podría mantenerse apartado de cualquier problema. ¡Joder! Los hombres siempre estaban metiéndose en líos y luego se veían obligados a cumplir una condena. Y, ¿para qué? ¡Vaya tontería! Había comenzado esta nueva etapa sintiéndose bastante animado, pero un vistazo a la gran ciudad y..., bueno..., no sabía exactamente qué le pasaba. Lo único que sabía era que no deseaba verse obligado a realizar esa llamada telefónica. Seguro que Mitchell lo había sacado, y seguro que Dan le había pagado para que lo hiciera. Pero ¡diablos!, todo eso era historia pasada. ¿No podía ocurrir que cuando telefonara a Dan no consiguiera hablar con él? Probablemente algún hijo de puta le preguntaría:

—¿Quién? ¿Quién? Lo siento pero el señor Moford no conoce a nadie con ese nombre. No puedo molestarlo con un asunto como éste.

¡Joder, Dan era un pez gordo en esta ciudad! Probablemente recibiría cientos de llamadas cada día.

«¿Puede dejar su nombre y su número de teléfono, loco cabrón?», se preguntó a sí mismo enojado. Sin embargo, continuaba sin atreverse a llamar.

En toda su vida, nunca había pedido nada a nadie, y ahora le resultaba difícil, terriblemente difícil. Quizá Dan ya tuviera un chófer y si lo llamaba sólo conseguiría ponerlo en un aprieto... Sus pensamientos iban y venían, sin dirigirse a ninguna parte; y comenzó a sentirse cada vez más nervioso y excitado.

—¡Otro! —pidió.

—Aquí tienes, hijo —dijo el camarero con una sonrisa; este tipo estaba bebiendo cócteles y preocupándose por sus propios asuntos. ¡Un buen cliente! No como esos dos vagos del final de la barra, bebiendo cerveza barata y protestando por todo.

En cuanto a la cena, Clinch se decidió finalmente por un par de hamburguesas y una gran taza de café solo. Mientras comía apoyado en la barra, se reía sardónicamente para sus adentros. Durante los meses de cárcel, había estado esperando con ilusión la primera noche en la calle. Buscaría una chica bonita, la invitaría a un par de martinis, la llevaría a cenar a un lugar agradable, tomarían algunas copas más y luego irían a las carreras. Pero parecía que todas las chicas bonitas estaban comprometidas, paseando en grupo o en pareja. ¿Y para qué molestarse con las chicas gordas y solitarias, o con las solteras que siempre buscaban tener una aventura amorosa? ¿Por qué conformarse con los restos en una noche como ésta?

Eran más de las nueve. Clinch había estado casi dos horas rondando por los bares y vagando por las calles. De vez en cuando se acordaba de Dan y entonces, durante unos momentos, atravesaba un estado emocional lleno de contradicciones, en el que intentaba convencerse de que debía telefonear a casa de Dan y dejar su número, pero siempre terminaba rechazando la idea.

Terminó las hamburguesas, pagó la cuenta y abandonó el local, caminando lentamente por la calle atestada de gente y observando con cautela los rostros al pasar. El tráfico era ensordecedor; sonaban las campanas de las señales, las bocinas de los automóviles, y a ambos lados de la calle se elevaba el ruido estridente de las atracciones y barracas.

A las diez, Clinch entró en uno de los tugurios para ver un espectáculo de *striptease*. La suerte lo acompañó y pudo conseguir un asiento en la primera fila. Encima de él había una pasarela.

La artista principal se llamaba a sí misma Catalina la Grande. Era alta y de complexión fuerte. Su cuerpo empolvado parecía joven; su cara, vieja. Se contoneaba con lascivia, pero mecánicamente, con la mirada perdida.

«Estará pensando en cómo pagar el alquiler, o algo por el estilo», imaginó Clinch impasible.

Un poco después de las once, Clinch salió a la calle atestada de gente junto con el

resto del público, formado en su mayor parte por hombres de mediana edad. Pero había también algunas mujeres que reían tímidamente, agarradas al brazo de algún hombre.

—¡Un espectáculo estupendo! —dijo un tipo gordo, que había empujado por descuido a Clinch cuando salían por el estrecho pasillo.

Clinch apenas lo miró.

A las dos de la madrugada, se encontraba en un bar oscuro y pequeño, situado en el otro extremo de la plaza. Estaba lleno de borrachos y la máquina de discos no dejaba de sonar. Clinch resistía muy bien el alcohol. Podía beber indefinidamente sin mostrar ninguno de los signos característicos de la embriaguez, pero había pasado una larga temporada sin probarlo, y las copas que había saboreado a lo largo de la noche comenzaban ahora a hacerle efecto. Sentía el labio superior entumecido y de vez en cuando se le nublaba ligeramente la vista.

Ya no reía sardónicamente para sus adentros. A primeras horas de la noche, con aún mucho tiempo por delante, había sido fácil. Algo ocurriría. Algo tenía que pasar en esta primera noche. Pero la noche ya casi estaba terminando, los bares no tardarían en cerrar, los borrachos se dirigían tambaleándose hacia sus casas, y comenzarían las horas muertas: las calles vacías, con un taxi o un coche patrulla transitando de vez en cuando; todo apagado excepto los ocasionales letreros luminosos de los restaurantes nocturnos y la pálida luz de las farolas; y por todas partes, el silencio latente de una gran ciudad que esperaba la llegada de un nuevo día. ¿Un nuevo día? No, sólo un día más. Un día idéntico a otros muchos.

¿Y Clinch? Pronto estaría entre las cuatro paredes de la habitación del hotel; una celda no demasiado diferente de la que había abandonado, excepto que el Jorobado no estaría allí.

De pronto, una violenta discusión se inició al fondo del local. Clinch ni siquiera echó una ojeada. Pagó rápidamente y salió a la calle. No deseaba verse mezclado en peleas de bar. Toda su vida había intentado evitarlas. La cabeza rota, un coche patrulla, problemas con la policía. ¡Eso lo dejaba para los matones!

Aunque ya era mediados de septiembre, todavía hacía calor en el exterior. No corría ni una brizna de aire, y la ciudad olía a cerrado como una buhardilla vieja. Delante de él estaba la plaza, con su quiosco de música y sus árboles negruzcos; y al otro extremo, el hotel en donde le esperaba una nueva celda.

De pronto sintió que la desesperanza le atenazaba la boca del estómago. Detroit, Kansas City, San Luis, y ahora esta gran ciudad en la que nunca había estado anteriormente: todas le parecían iguales; sólo sus nombres eran diferentes.

Decidió atravesar la plaza desierta. Los cabarets habían cerrado hacía tiempo y los estridentes altavoces estaban en silencio. Sólo los locales de máquinas recreativas, las casetas de tiro al blanco y algunos puestos de hamburguesas permanecían todavía

abiertos.

Clinch comenzó a caminar por uno de los senderos principales que conducían al viejo quiosco de la música. De pronto, a su izquierda, en un paseo lateral, algo le llamó la atención y se detuvo. Vio cómo en la penumbra un hombre alto tenía agarrada a una muchacha por el brazo y la golpeaba en la cabeza y en los hombros con su propio bolso. La muchacha gemía y suplicaba, pero no parecía hacer demasiados esfuerzos para evitar los golpes. El hombre no cesaba de maldecirla.

Clinch continuó caminando. ¡Al diablo con ellos! ¿Acaso era asunto suyo? Sin embargo, se detuvo de pronto. No cabía la menor duda de que se trataba de un tipo despreciable, un chulo igual que Whitey, los seres más indignos del género humano, según su opinión. La mayoría eran violentos con las mujeres y sumisos con los hombres. Clinch, semiborracho, recordó de pronto el rostro desagradable y arrogante de Whitey.

—¡Eh! —gritó—. Deja en paz a esa chica.

El tipo alto se volvió hacia el sendero y lanzó una mirada a Clinch. No conseguía verlo bien en la oscuridad. Sólo se percató de que era delgado y de baja estatura. Todavía sujetando a la muchacha por el brazo, le relató a Clinch lo que haría con ella y cómo lo haría, mientras la muchacha gemía indefensa.

Clinch había estado conteniéndose durante toda la noche mientras aumentaba su decepción. La respuesta depravada de aquel hombre fue como un repentino e inesperado puñetazo en la mandíbula. Perdió la cabeza. De un salto se encontró enfrente al tipo, que soltó a la muchacha y retrocedió ligeramente. Clinch lo golpeó en el vientre con el puño derecho y luego, cuando se encorvó, lo golpeó con el izquierdo. La muchacha gritó al oír el repentino chasquido producido por el segundo puñetazo. El hombre cayó de rodillas y permaneció allí tumbado, aturdido.

—¡Maldito chulo despreciable! —gritó Clinch—. No vuelvas a hablarme así. Otro golpe y te rompo la cabeza.

El hombre no dijo nada. Poco a poco levantó la cabeza y miró a Clinch, que lo contempló desdeñosamente durante unos instantes, luego se volvió y se dirigió hacia el camino principal. Oyó unos pasos ligeros que corrían tras él y se volvió. La muchacha había recuperado su bolso e intentaba alcanzarlo.

—No me dejes aquí —dijo lloriqueando—. Me matará.

Clinch pudo verla ahora con toda claridad. Era joven y delgada, de pelo negro y piel morena. Parecía italiana. No era una belleza. Vestía ropas baratas, y sus facciones eran poco elegantes, pero tenía unos bonitos ojos negros, grandes y melancólicos.

—¿Es tu chulo?

—No —respondió la muchacha.

—¿Intentaba aprovecharse?

—Sí.

—¿Quién te protege?

—Nadie —dijo la muchacha.

Clinch se volvió para mirar al hombre, que en ese preciso momento estaba poniéndose de pie.

—¿De verdad le tienes miedo? —preguntó.

—Es muy fuerte —contestó la muchacha—. Y no me dejará en paz. ¿Por qué no me llevas a algún sitio?

—¿A dónde?

—A cualquier parte. Me han puesto de patitas en la calle esta noche. Estaba buscando un nuevo sitio para vivir, cuando empezó a perseguirme.

—¿En dónde están tus cosas? ¿Se quedaron con ellas?

—Sí —respondió la muchacha tristemente.

Clinch lo lamentó. Siempre la misma historia. Volvió a mirar al tipo. Entonces, sobresaltado, reparó en un coche patrulla que circulaba lentamente por el extremo opuesto de la plaza. El tipo alto se volvió y desapareció presuroso entre los árboles.

—Vayámonos de aquí —dijo Clinch; ahora se encontraba completamente sereno y maldecía en voz baja—. ¡La bofia!

—¡Dios mío! —gimió la muchacha.

La luz procedente de los faros del coche patrulla los iluminó, el automóvil se detuvo con un chirriar de frenos y una de las puertas se abrió de golpe. Clinch se volvió. Un policía alto y fuerte corría hacia ellos por el sendero.

—¡Eh, vosotros! —llamó—. Esperad un momento.

Clinch y la muchacha se detuvieron y el policía no tardó en alcanzarlos. Los examinó rápidamente.

—¿Te estaba ofreciendo sus servicios en este parque? —preguntó.

—No, oficial —respondió Clinch cortésmente, mientras la muchacha lo miraba atónita—. Acabamos de salir de aquel bar de allí y hemos tomado este atajo.

—¿No ha visto a otro individuo por aquí?

—Quizá. No lo sé, señor —dijo Clinch.

El policía observó a Clinch detenidamente.

—¿Dónde te alojas, muchacho?

—En el Ingle.

—¿Conoces a Charley?

—Sin duda, es un viejo simpático, señor.

El policía se quitó la gorra y se rascó la cabeza. Luego sacó una linterna y valiéndose de su luz observó a la muchacha.

—¿Cuántos años tienes, encanto? —preguntó.

—Veintiuno —contestó la muchacha.

—No los aparentas. ¿Qué haces para ganarte la vida?

—Soy camarera, pero acabo de quedarme sin trabajo.

—¿Tienes la cartilla de la seguridad social?

—Sí, señor —dijo la muchacha, revolviendo largo rato en el bolso hasta encontrarla.

El policía la examinó y luego se la devolvió.

—Conforme. Pero si yo estuviera en vuestro pellejo, por las noches me mantendría alejado de este parque. Últimamente han pasado cosas muy desagradables. Está bien, podéis marcharos.

—Gracias, oficial —dijo Clinch—. Muchas gracias.

—De acuerdo, de acuerdo —contestó el policía hastiado, luego se volvió y caminó lentamente hacia el coche patrulla.

—¡Caramba! —exclamó la muchacha, mientras pasaban junto al quiosco de música y tomaban el sendero que conducía al final de la plaza—. Tú sí que sabes cómo tratar a los polis. A mí me dan muchísimo miedo.

Clinch titubeó y luego dijo:

—¿Qué te parece si vamos al Ingle? Te conseguiré una habitación.

—Es bastante caro, ¿verdad? ¿Qué pasa con tu habitación?

—No pasa nada —respondió Clinch—, pero es demasiado pequeña para dos personas. Y además, a mí me gusta dormir solo.

—¡Vaya! Eres un tipo extraño. ¿Te ocurre algo?

—No me ocurre nada, nena —dijo Clinch—, como tú misma podrás comprobar.

El viejo Charley estaba dormido en una silla detrás del mostrador, roncando. Cuando Clinch lo zarandó ligeramente para llamar su atención, se despertó sobresaltado.

—¡Abuelo! —dijo Clinch—. Te traigo un cliente.

El viejo se despertó lentamente, se levantó bostezando y se acercó al mostrador.

—¿Tiene equipaje?

—No.

—Pago por adelantado. Lo siento.

—Está bien. ¿Hay alguna habitación libre cercana a la mía?

—Sí, la de al lado. Pero no se comunican.

—No importa.

Clinch sacó la cartera y pagó una noche por adelantado. Después la muchacha firmó la ficha de admisión con mano temblorosa: Lola Smith.

—Dame la llave, abuelo —dijo Clinch—. No es necesario que subas. Regresa a tu silla.

—Vete al ascensor y espera un minuto —le pidió Charley a la muchacha. Cuando ésta ya se había marchado, se dirigió a Clinch en voz baja—. Es muy joven, amigo. ¿Seguro que sabes lo que estás haciendo?

—Tiene veintiuno.

—¡Narices! —exclamó Charley, mientras Clinch cogía las llaves y se dirigía al ascensor.

Tan pronto como Charley oyó el motor del ascensor, fue a la centralita y llamó a

Claire. Tiempo después, Claire contestó con voz soñolienta.

—El tipo joven ha traído una chica —explicó Charley—. Así que puedes descansar.

—Ya estaba haciéndolo.

—Será mejor que mañana no descanses —dijo Charley—. Deberás pagar tu cuenta.

—Mañana me ocuparé de eso —respondió Claire.

Estaban tumbados uno al lado del otro en la oscuridad, fumando un cigarrillo.

—¿Te gustó? —preguntó Lola.

—¡Claro! —dijo Clinch. Se sentía cansado y deprimido.

—Me parece una tontería tener dos habitaciones. Es un gasto innecesario. ¡Con lo que cuesta ganar dinero!

Cuando Clinch se levantó, la cama crujió con gran estrépito.

—Me voy a dormir. Debe ser alrededor de las cuatro.

—¡Es mucho más tarde! —exclamó Lola—. Pronto será de día. ¿Por qué no vuelves a tumbarte e intentas dormir?

Clinch no respondió. Se levantó y comenzó a vestirse. Lola se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

—Eres un tipo extraño —dijo. Hubo un largo silencio y después continuó—. ¿Qué deseas que haga?

—¿Que hagas? No deseo nada. Duérmete.

—Ese tipo al que golpeaste, Herb, era repugnante. Nunca dejaría que me tocara. Olía mal. ¿Cómo se atrevería a intentar forzarme?

—Probablemente se encontraba en una situación desesperada. No se puede matar a un hombre por intentarlo.

—Tú no pareces encontrarte en la misma situación que él.

—No —respondió Clinch.

—Bien..., entonces, a eso me refiero. ¿Qué quieres que haga?

Clinch cayó por fin en la cuenta y se echó a reír.

—Escucha, nena. Me estás malinterpretando. Yo no soy un chulo. Golpeé a aquel tipo porque me contestó groseramente, luego tú viniste corriendo detrás de mí.

—¡Bien! —exclamó Lola—. Entonces, ¿qué hago?

—Me imagino que tendrás que hacer la calle —dijo Clinch—. ¿No es eso lo que has venido haciendo?

—No durante mucho tiempo, ni siquiera un año. Estuve trabajando de camarera. Yo era muy ingenua. Nunca me enteraba de lo que pasaba, luego conocí a Paul. Parecía una buena persona, pero enseguida me metió en el oficio; fue algo paulatino. Al principio, ni siquiera me di cuenta —rió tristemente—. ¡Chico, era tan ingenua!

Clinch acababa de vestirse y estaba deseando marcharse.

—¿Y qué pasó con ese Paul?

—Lo detuvo la policía, por robo o algo así. Está en la cárcel, es lo último que he

oído de él.

—¿Has estado sin protección?

—Sí. Intentándolo.

—Es muy duro y poco aconsejable. ¡Joder, eres joven! Podrías establecerte con una buena *madame*. Si estuviera en Detroit o en Kansas City, sabría cuál aconsejarte. Pero aquí..., bueno, no conozco mucho este lugar.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Lola—. Me han retenido mis pertenencias; debo casi treinta dólares.

Entonces Clinch habló con repentina violencia y la muchacha retrocedió.

—¿Cómo voy yo a saber lo que tienes que hacer? ¿Qué te ocurre, por el amor de Dios? ¿Eres una niña pequeña o qué?

Abandonó la habitación dando un portazo.

No podía dormir. Lo peor del asunto era que ella parecía una chiquilla: indefensa, perpleja. Una auténtica palomita. Clinch estaba tumbado mirando el techo, mientras la luz del amanecer cambiaba de gris a azul, y luego a un amarillo pálido, al abrirse el sol camino entre los rascacielos del centro de la ciudad. La ciudad comenzaba a despertarse. Los autobuses gemían al pasar; y en la distancia, Clinch pudo oír el sonido metálico producido por las campanas de los tranvías. A lo lejos silbaba una sirena, probablemente en la fábrica siderúrgica.

Estaba tumbado pensando e imaginando lo que ocurría a su alrededor. Miles de hombres se dirigían al trabajo, donde pasarían varias horas. Y después volverían a casa, pero ¿para qué? Niños llorando, esposas quejándose, facturas. Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. ¿Merecía la pena vivir así? Clinch se estremeció ligeramente, luego se levantó, sacó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesita de noche, lo encendió y volvió a tumbarse. Y por otra parte...; la soledad, como esta noche. Problemas, la policía, la cárcel. ¿Quién se comportaba más sabiamente? ¿Es que había alguien que lo hiciera? Clinch lo dudaba. El tiovivo no dejaba de dar vueltas y más vueltas hasta que finalmente se rompió.

Sí, ¡joder!, así eran las cosas, se decía Clinch. Sus pensamientos volvían en contra de su voluntad a ocuparse de Lola. Le parecía una criatura indefensa, confusa, asustada. Pero el mundo estaba lleno de palomitas, después de todo, que no duraban mucho en ningún sitio. Nadie podía hacer demasiado por ellas; por lo tanto, ¿por qué de entre toda la gente tenía que preocuparse precisamente él...?

Todavía permanecía tumbado recordando las delicadas manos de Lola, sus caricias sumisas y más bien torpes, sus gemidos y suspiros..., su preocupación casi cómica por agradarle.

«¡Joder! —pensó—. Apenas la conozco.»

Se levantó repentinamente, salió al pasillo y llamó a la puerta de su habitación.

—Un momento —gritó Lola en el acto, con voz temblorosa.

Resultaba evidente que no había dormido.

Abrió la puerta unos centímetros y se asomó con curiosidad. Sus grandes ojos negros miraban asustados.

—¡Ah, eres tú! —dijo.

—¿Esperas a alguien más? —preguntó Clinch.

—No, Dios mío —gritó Lola, poniéndose inmediatamente a la defensiva—. ¿A quién podría esperar?

Clinch entró y cerró la puerta tras sí. Lola se había puesto de prisa una combinación. Sin tacones, no medía mucho más de metro y medio. Su exuberante pelo negro, rizado y abundante, le caía por la espalda.

—Oye —dijo Clinch—, ¿cuántos años tienes? En la plaza dijiste...

—¿Por qué? —preguntó nerviosa.

—Quiero saberlo.

—Cumpliré dieciocho en noviembre.

—¡Cielo santo, menor de edad! ¡Podrían enviarme a la cárcel! —exclamó Clinch.

—¡Oh!, nadie sabe mi verdadera edad. En las solicitudes de empleo siempre pongo veintiuno.

—¿No tienes un hogar o una familia?

—No aquí —respondió Lola—. Éramos demasiados hermanos y mi madre apenas podía mantenernos a todos. Los mayores tuvimos que marcharnos.

—¿Eres italiana o algo así?

—No. Mi madre es serbia. Mi padre..., bueno, no es más que un norteamericano corriente, me imagino. Mi verdadero apellido es Smith. Solían tomarme el pelo, pero ése es. Oye, ¿por qué te interesan todas estas cosas? ¿Por qué no estás durmiendo?

—¿Y por qué no lo estás tú?

Lola comenzó a llorar. Se sentó en el borde de la cama y se frotó los ojos con las manos.

—Vamos, no llores —dijo Clinch.

Lola lo miró asustada, luchando por controlar sus propios sentimientos.

—No sé qué voy a hacer —dijo después de un largo silencio.

Clinch se sentó en una silla de respaldo alto enfrente de ella.

—Esa es la razón por la que he vuelto, nena. ¿Te resulto simpático?

—Claro, claro que sí —respondió Lola con vehemencia.

—Bien, entonces, ¿qué te parece si te quedas aquí conmigo durante una temporada?

«¿Qué estoy diciendo, por el amor de Dios?», pensó Clinch. Sin embargo, le gustaba esa condenada muchacha estúpida, le gustaba de verdad. Y ahora más que nunca, sentada allí con su combinación barata, el pelo negro colgando sobre la espalda y una expresión de agradecimiento y perplejidad en sus grandes ojos oscuros. «¡Difícil enfrentarse a unos ojos como esos!», se dijo, intentando justificar su inaudito y estúpido comportamiento.

—Sí —dijo Lola—. Me quedaré. ¿Qué deseas que haga?

—Nada, absolutamente nada —gritó Clinch—. Sólo que vivas aquí unos días.

—Claro, lo haré encantada —dijo Lola, observando perpleja el rostro de Clinch.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó Clinch tras un silencio largo e incómodo.

—Sí, creo que sí.

Comenzó a buscar presurosa el bolso por la habitación. Cuando lo encontró, revolvió en su interior hasta topar con una cajetilla arrugada que contenía dos cigarrillos retorcidos.

Clinch cogió uno, lo enderezó en silencio, lo encendió y permaneció sentado fumando. Lola volvió al borde de la cama y colocó el cigarrillo sobrante en la mesita de noche.

—Lo guardaré para ti —dijo.

Clinch estuvo a punto de decirle que tenía un cartón entero en su habitación, pero al notar que ella renunciaba a fumarlo con una agradable sonrisa, cambió de opinión.

—Gracias, nena —dijo.

—¿Sabes una cosa muy graciosa? —preguntó Lola, doblando las rodillas y echando hacia atrás su negra melena con un gracioso movimiento de su cabeza más bien pequeña—. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Bueno, por lo menos me quité el sombrero —dijo Clinch.

Lola lo miró fijamente sin comprender.

—¿Qué?

—Nada, nada —respondió Clinch bruscamente, arrepentido por haber hablado de aquel modo.

—Bueno, ¿cómo te llamas? —continuó Lola—. ¿Sabes?, estaba tumbada preguntándome cuál sería tu nombre, cuando llamaste a la puerta. ¿No lo encuentras divertido?

—Me llamo Clinch.

Lola entreabrió sus gruesos labios.

—¿Clinch? Es un nombre extraño. ¿Es un apodo?

—No.

—¿Pero cuál es tu nombre de pila? No es ese, ¿verdad?

—Llámame Clinch o grita: «¡Eh!». Lo que prefieras.

—No te gritaré «¡eh!». Esa no es forma de tratar a una persona —dijo Lola con pedantería.

—Nací en Canadá —explicó Clinch—. Mi vieja me puso Gerald. En Canadá no es un nombre de maricas como en los Estados Unidos. Por eso aquí prefiero Clinch.

—Yo creo que Gerald es un nombre muy elegante. ¿Te gusta el mío? Si no es así puedo cambiarlo.

Clinch se lamentó para sus adentros. ¿Qué tipo de conversación estúpida era ésta?

«¿Sabes una cosa? —se dijo—. Debes estar un poco loco, Gerald.»

—Lola es bonito —dijo.

Hubo un largo silencio. Se dispuso a marcharse, pero Lola comenzó a hablar de nuevo.

—Mira, ya es de día y no he pegado ojo. No es que me importe, yo no necesito dormir mucho.

—Podrás hacerlo ahora —respondió Clinch con firmeza, al tiempo que se levantaba.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí? —preguntó Lola apresuradamente. Sus ojos mostraban un leve temor.

—Me gusta dormir solo. Ahora acuéstate. Te veré hacia la una.

Lola se levantó presurosa y se acercó a Clinch.

—¿Seguro que te veré?

—¡Joder, claro que sí!

Lola alzó los brazos ligeramente y se acercó un poco más a él, como si fuera a besarlo y abrazarlo, pero Clinch dio la vuelta rápidamente y salió de la habitación. La muchacha se apresuró tras él antes de que pudiera cerrar la puerta.

—Te veré a la una, Gerald.

Clinch se estremeció levemente.

Lola y Clinch llevaban cerca de una semana recorriendo la ciudad y a Clinch comenzaba a escasearle el dinero. Cuando salió de la cárcel, tenía un fajo de billetes esperándolo y con un poco de moderación le hubiera durado bastante tiempo. Clinch, generalmente cuidadoso con el dinero, se decía que debía cortar este estúpido despilfarro, pero lo cierto era que se estaba divirtiendo de verdad.

En primer lugar, había desempeñado las pertenencias de Lola y eso supuso treinta y cinco dólares, aunque había resultado más barato, se decía intentando justificar el desembolso, que comprarle un montón de ropa nueva. Y por otro lado, tenía que pagar el alquiler diario de dos habitaciones, y aunque Lola continuaba lamentándose por este gasto innecesario, Clinch rehusaba escucharla. Y luego estaban los desplazamientos en taxi, el dinero para comer, para tomar alguna copa, para ir al cine y otra media docena más de alocados caprichos.

«Me estoy quedando sin blanca, ¡maldita sea!», se dijo una noche.

Pero cuando recogió a Lola para ir a cenar y la vio tan bonita, luciendo un sencillo vestido azul, olvidó los problemas y la llevó a un enorme y deslumbrante club nocturno, medio vacío, en el que el cubierto costaba dos dólares y las bebidas aguadas tenían unos precios escandalosos.

Lola apenas paraba de hablar. Nunca en su difícil y corta vida se había divertido tanto. Hablaba de manera casi incoherente, sin cesar, y finalmente Clinch renunció a escucharla. Durante un rato elogió la elegancia del club, el maravilloso servicio, la calidad del espectáculo, el *maître*. Era la primera vez que estaba en un lugar como éste y todo avivaba su imaginación. Luego su actitud cambió por completo y empezó

a preguntarse en voz alta de dónde sacaban los otros clientes todo el dinero que estaban malgastando, lo que finalmente la llevó a recordar su antiguo estado de pobreza y exclamó.

—¡Imagínate! Setenta y cinco centavos por una bebida. Yo podría hacer todas las comidas de un día con ese dinero. ¡Oh, sí, sí que podría! Varias veces lo he hecho con menos.

Continuó hablando sin parar, mientras Clinch permanecía sentado en silencio, observando a los hombres prósperos y a las elegantes mujeres que había a su alrededor. ¡Mucho dinero en este local!

Clinch comenzó a preguntarse qué aspecto tendría el aparcamiento. Habían llegado en taxi y no lo había visto. En San Luis, cuando era un joven inexperto, había atracado a cientos de tipos elegantes en los aparcamientos de los grandes clubs. Es tarde, está oscuro. Un tipo se acerca para recoger su coche. Está medio borracho y se siente feliz. Le colocas una pistola en la espalda y no entra en discusiones. Le levantas la cartera y corres hacia una callejuela mal iluminada. No tienes un coche con el que escapar. Coges el dinero y arrojas la cartera por encima de la valla de un patio trasero, donde presumiblemente nadie la encuentre hasta la mañana siguiente, si es que la encuentran. Entrás en un cine nocturno o en un bar atestado de gente, y ¡trabajo terminado!

Nunca lo habían detenido por este delito. Ni siquiera era sospechoso, que él supiera. De acuerdo, eran golpes de poca monta, pero le habían permitido vivir bien durante un año, trabajando al mismo tiempo como mecánico en un enorme garaje del centro de la ciudad.

Un elemento a su favor. Si la situación empeoraba, él conocía un oficio. Los mecánicos siempre tenían trabajo. De hecho, los dueños de los garajes les piden que trabajen para ellos si son medianamente buenos, y Clinch era muy bueno.

Pero por otro lado, ¿para qué pasarse toda la vida arreglando coches, ensuciándose de tal forma con aceite y grasa que nunca se llega a estar limpio?

¡Dios, aquellas uñas! Clinch se estremeció. Él había trabajado de mecánico en Detroit durante una temporada y no podía soportar mirarse las manos. Y las mujeres también se daban cuenta.

De pronto se acordó de Dan.

—¿En qué estás pensando, Gerald? —preguntó Lola, volviendo a la realidad.

Clinch se sobresaltó.

—En nada, en nada —respondió con sequedad.

El rostro de Lola cambió de expresión.

—¿Te has divertido lo suficiente? —preguntó Clinch.

Lola afirmó lentamente con la cabeza.

Cuando salieron del enorme club, Lola lo cogió del brazo y le preguntó:

—¿Por qué te alejas de mí de esa manera?

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Clinch, mirando a su alrededor

en busca del aparcamiento.

—Generalmente todo va bien, pero luego te alejas de mí, te quedas sentado con la mirada perdida. ¿Comienzas a cansarte de mí, Gerald?

—Deja de llamarme Gerald. Odio ese maldito nombre.

Lola retrocedió ligeramente.

—¿Pero cómo debo llamarte?

—No me llames de ninguna manera. ¿No puedes hablar sin utilizar mi nombre como una muletilla?

—¿Qué te parece Jerry? —preguntó Lola, agarrándolo del brazo con fuerza y mirándolo a los ojos.

—De acuerdo, Jerry —dijo Clinch, sin prestarle atención—. Cualquier cosa es mejor que Gerald.

—Muy bien, entonces te llamaré Jerry —añadió Lola con risilla sofocada.

Clinch descubrió el enorme aparcamiento al otro extremo del club y al pasar por delante con Lola lo observó de reojo.

«Asaltas al pez gordo adecuado en un lugar como éste —se dijo—, y consigues un buen pellizco.»

—¿Vamos a ir paseando? —preguntó Lola. Al ver que Clinch no respondía continuó hablando—. Sí, demos un paseo. Hace una noche tan agradable.

—¡Joder, pero si hay siete u ocho kilómetros! —exclamó Clinch—. ¿Estás loca?

—¿Tantos? —dijo Lola, entreabriendo la boca sorprendida—. Me pareció que sólo habíamos tardado un minuto en llegar. Bueno, podemos pasear un rato y después coger un taxi. Jerry, sin duda estás gastando mucho dinero conmigo. Nunca nadie se había gastado tanto.

Clinch se volvió para mirarla. En sus enormes ojos negros distinguió una ligera expresión de orgullo. ¡Qué estúpida y alocada criatura! ¡Qué palomita! De pronto extendió los brazos y la rodeó con tanta fuerza que Lola pegó un grito.

—¡Ay, Jerry! —exclamó, mientras ella lo rodeaba también con sus brazos, devolviéndole el apretón.

—¿Sabes lo que eres? —preguntó Clinch—. Eres una pobre criatura indefensa. Eso es lo que eres.

Lola lo miró perpleja.

—¿A qué te refieres? A veces dices cosas muy extrañas. No consigo entenderte.

Más tarde, el estado de ánimo de Clinch era muy distinto. Se encontraban en la habitación de Lola y no parecía interesarse por ella lo más mínimo. Lola trataba de llamar su atención de diversas formas, pero Clinch permanecía allí sentado, mirando el suelo.

Intentaba descubrir si debía deshacerse de ella. ¿Para qué iba a colgarse una piedra de molino alrededor del cuello? ¡Santo cielo! ¿Por qué se iba a responsabilizar

de esta insensata criatura? ¿No podía volver a trabajar de camarera? ¡Joder!, incluso podía volver a hacer la calle, si llegara el caso. Ya lo había hecho anteriormente.

—Ya sé lo que te pasa —dijo Lola por fin.

—¿Sí? —preguntó Clinch, levantando la vista.

—Sí. Has gastado todo el dinero.

Clinch se sobresaltó ligeramente.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, es muy sencillo, no podía durar siempre. ¡Dios, y menos de la forma en la que lo gastabas! No dejaba de preguntarme de dónde salía toda esa pasta.

Clinch continuó sentado mirándola.

—Pero no es problema, Jerry —continuó Lola apresuradamente—. A mí no me preocupa que tengas o no dinero. Y tampoco debería preocuparte a ti. Lo conseguiremos. Mira, aquí hay dos mujeres del oficio. Las dos son tan viejas que podrían ser mi madre, pero se ganan la vida. Y si ellas pueden, ¿por qué yo no?

Clinch la miró fijamente, luego estalló en una carcajada.

Lola parecía molesta, desconcertada.

—¿Por qué te ríes? Tú has visto a esas mujeres. No te lo conté antes, pero un día una de ellas, la que se llama Claire, se dirigió a mí muy ofendida y me dijo que si intentaba montármelo por aquí, haría que Charley me pusiera de patitas en la calle —soltó una carcajada—. ¡Si ella supiera! Charley ya me había preguntado si...

—¿Qué? —gritó Clinch.

Lola retrocedió ligeramente.

—Sí —dijo, asintiendo con la cabeza afectadamente—. Si no me crees, pregúntale a él. Me dijo que aquí me resultaría fácil y...

—¡Ese viejo chulo despreciable y entrometido! —dijo Clinch, mostrando su enfado.

—Tenía buenas intenciones —gritó Lola, sintiéndose muy molesta por el inesperado curso que estaba tomando la conversación.

—¡Vaya descarado el de ese viejo hijo de puta!

Lola estaba a punto de llorar.

—Pero Jerry, no lo entiendo... ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan enfadado conmigo? Simplemente intentaba explicarte...

Clinch se inclinó hacia adelante, la cogió por la muñeca y la sentó en sus rodillas.

—Mira, estúpida —dijo, evitando sus besos—, intenté decírtelo antes. Ahora escúchame. Yo no soy de ese tipo, yo no vivo de las mujeres. ¿No puedes metértelo en tu cabezota?

Lola comenzó a gemir y a lloriquear como un niño.

—Pero Jerry, sólo intentaba explicarte que no debes preocuparte por el dinero. Yo puedo conseguirlo. Yo...

—Vamos, cállate, ¿quieres? No tiene sentido que pierda el tiempo hablando de esto.

A las cinco de la madrugada, Clinch estaba paseando arriba y abajo por la habitación, tratando de vislumbrar qué camino debía tomar. Si intentaba asaltar a varios tipos en los aparcamientos de los clubs, necesitaría un comprador. Pero estaba en una ciudad extraña y no podía arriesgarse a caer en una casa de empeños inadecuada y verse envuelto en problemas. ¡Joder! Algunos de esos hijos de puta tenían línea directa con la brigada del robo. Podían denunciarte en cinco minutos y hacer que un coche patrulla te detuviera antes de alejarte una manzana.

«Telefonea a Dan —repetía una voz en su interior—. Por el amor de Dios, telefonéalo. No te metas en problemas. Trabaja. Cien a la semana no es una cantidad despreciable. ¿O prefieres pasar otra temporada en chirona? ¿Para qué?»

Pero para Clinch ésta no era una decisión fácil. Tenía la impresión de que iba a pedir ayuda.

«Arréglatelas tú solo —insistía otra voz—. Lo has estado haciendo durante más de veinte años, desde que eras un muchacho. ¿Por qué detenerse ahora?»

«Llama a Dan», instaba la otra voz.

CAPÍTULO TRES

Cuando Clinch vio el enorme y elegante edificio de apartamentos en el que vivía Dan, se arrepintió de haber ido y estuvo a punto de dar la vuelta. Estaba de muy mal humor. En primer lugar, North River no estaba muy cerca del centro de la ciudad y de la otra orilla del río donde él estaba viviendo, y en Steelton se había equivocado de autobús y había ido a parar a varios kilómetros de su destino. En segundo lugar, como consecuencia de haberse equivocado, llegaba tarde, muy tarde. En tercer lugar, el vecindario le hacía sentirse inseguro y fuera de su elemento; era el tipo de barrio que siempre había evitado y que ni siquiera solía atravesar en coche. Olía a gente rica, ociosa, esnob.

El edificio de apartamentos ocupaba casi media manzana y tenía quince pisos de altura. Dan vivía en el último, por supuesto.

«Natural, no podía ser de otro modo —pensó Clinch—. ¿Conque criado en los barrios bajos, eh? Bueno, seguro que ahora no va mucho por allí.»

A él le parecía que Dan era un hombre de una pieza, el típico pez gordo.

Clinch iba vestido descuidadamente: con una cazadora, zapatos mocasines y sin corbata. Pero después de echar una ojeada al entorno de Dan, sintió no haberse acicalado un poco.

«¡Cielos! —se dijo, retrocediendo de pronto—. ¿Qué pensará Dan cuando me vea entrar con esta pinta? ¿Tengo el aspecto de un tipo que pide trabajo después de haberse gastado toda la pasta con una tía estúpida y perdida? ¡Joder! ¡No! Parezco un payaso que haya llegado por error hasta esta parte de la ciudad.»

Comenzó a sudar lleno de aprensión y nerviosismo.

Una larga escalinata con peldaños de piedra conducía a un amplio pórtico, detrás del cual se alzaban unas puertas de cristal y bronce de extraordinaria altura, por las que se entraba en el *hall* del edificio. Clinch no se sentía con ánimo para subir aquellas escaleras. Tenían algo de la grandiosidad, de la fría impersonalidad de un museo o de un monumento nacional, que lo intimidaban. Subió un tramo y luego dio la vuelta.

«Es demasiado tarde —se dijo—. Le telefonearé desde algún lugar y le diré que he sufrido un retraso. Quizá podamos vernos en la ciudad. ¡Joder, debe tener una oficina!»

Estaba de pie en el bordillo contemplando el edificio, cuando un enorme cupé dos puertas le pasó silbando, rozándole casi los pantalones. Se volvió furioso. ¡Jesús! ¿Es que estos idiotas eran también los dueños de las aceras? Al volante iba una hermosa mujer de pelo rubio, con un vestido amarillo. Su cabello ondeaba al viento. Vaya manera de conducir ese cacharro. ¡Santo cielo! Clinch se estremeció cuando la mujer giró el volante y enfiló la rampa que llevaba al garaje situado en la planta baja del edificio. El coche desapareció dando un coletazo, como si se tratara de un pez nadando entre las rocas. Luego oyó un débil sonido metálico y se estremeció de

nuevo. ¡Acababa de abollar una de las defensas!

Clinch se volvió sobresaltado al darse cuenta de que alguien le estaba hablando. Un fornido portero —un ex-policía, probablemente, pensó Clinch—, vestido con un largo abrigo militar de color verde oscuro y una gorra con galones dorados, había bajado las escaleras.

—¿Está buscando a alguien? —preguntó. Su rostro resultaba agradable, pero en sus ojos había una expresión poco amistosa, inquisitiva.

Clinch estuvo a punto de contestarle que se ocupara de sus propios asuntos. Vivían en un país libre, ¿no era cierto? Nadie era dueño de las aceras, ¿verdad? Y entonces, de pronto, se le ocurrió que quizá el portero podría ayudarlo a salir del aprieto.

—Sí, al señor Moford.

El portero se mostró visiblemente sorprendido.

—¿Al señor Moford? ¿Puedo preguntarle para qué?

El viejo portero medía más de un metro ochenta y tenía la espalda muy recta. Parecía alzarse como un gigante por encima de Clinch, que medía poco más de un metro sesenta y era propenso a caminar encorvado.

«No es de tu maldita incumbencia», quería contestarle Clinch, pero logró tranquilizarse y le habló cortésmente. De hecho, era como hablar con uno de los celadores, o con un policía, y eso sabía hacerlo muy bien.

—Bueno, me pidió que viniera a verlo a las dos, pero me equivoqué de autobús y como ya son más de las tres, me preguntaba si...

—¿Para un trabajo de algún tipo? —supuso el portero.

—Sí.

Clinch no era capaz de llamarlo «señor», quizá a causa del falso abrigo militar y los galones de oro.

—Estoy seguro de que se ha equivocado —dijo el portero—. Debería haber ido a su oficina, en el centro de la ciudad, en el edificio Waverly.

—¿No está él aquí?

—Que me maten si lo sé —contestó el portero.

—Bueno, quiere que trabaje de chófer, y me dijo que viniera aquí. Tengo la dirección en mi bolsillo.

El portero lo observó durante un momento.

—De acuerdo —respondió de mala gana—. Iré a comprobarlo. ¿Ve aquella rampa? Baje al sótano y espere allí. Yo lo llamaré, y si tiene razón, alguien subirá con usted en el ascensor de servicio. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Clinch.

El portero pareció sorprenderse.

—¿Sólo Clinch?

—Eso es.

A pesar de todo, Clinch no se resistió al placer de impresionarlo.

—El Gran Dan ya me conoce.

El portero lo contempló de nuevo detenidamente, luego, con gran dignidad, se encaminó hacia la larga escalinata de piedra.

—¡Lacayo! —murmuró Clinch, luego dio la vuelta y bajó la rampa.

El garaje era muy amplio. Los coches estaban aparcados en fila. Todos eran grandes y brillantes, de diversos colores, últimos modelos, de las mejores marcas, los más caros, los más potentes. Dos tipos vestidos con mono estaban de pie al lado del automóvil gris con capota verde que la mujer rubia acababa de dejar. La parte derecha del parachoques estaba abollada.

—Chico, no tiene remedio —decía uno de los tipos—. ¡Un abollón nuevo cada semana! ¡Sistemático! Ben, ¿qué te parecería comprarle a tu mujer un coche de siete billetes de los grandes y encontrarlo lleno de abolladuras?

—Le daría una patada en el culo —dijo Ben tranquilamente.

—Si pudieras comprárselo, dársela sería un placer —añadió el otro hombre, y ambos rieron.

Ben se volvió de pronto y miró a Clinch.

—¿Qué quieres? —le preguntó en un tono poco amistoso.

—De ti, nada —respondió Clinch.

Ahora ambos lo estaban mirando.

—El general que está ahí afuera me ordenó que esperara aquí. Vendrá a avisarme.

Hubo un largo silencio. Luego Ben se rió con disimulo.

—El general, ¿eh? ¿Te refieres al viejo Fallen Arches?

Clinch se volvió y se puso a inspeccionar el garaje. Ben y el otro tipo del mono intercambiaron miradas interrogativas, luego se encogieron de hombros restándole importancia.

Dan estaba sentado al sol en mangas de camisa, con un bastón entre las rodillas y una copa de ginebra sobre una mesita situada cerca de él. Detrás de la barandilla, la gran ciudad se extendía a su alrededor. Los cristales de las ventanas relucían al sol; el humo se elevaba al salir de las chimeneas; el ancho río discurría hacia el sur por su sinuoso cauce, y desde aquella altura los puentes no parecían mayores que simples cerillas.

—¡Por el amor de Dios, Clinch! —dijo Dan—. ¿A qué se debe este retraso? Llevo más de una hora esperándote. Siéntate, siéntate.

Clinch se sentó enfrente de él sin decir una sola palabra. Estaba tan nervioso e irritado que no confiaba en que pudiera hablar. Un tipo joven, vestido con un fajín y una chaquetilla blanca de camarero, lo había acompañado en el montacargas, mirándolo como si estuviera loco o fuera un tipo raro. Luego le había indicado la puerta de servicio y por equivocación había ido a parar a la cocina, en donde estaba una mujer de color que al verlo entrar inesperadamente estuvo a punto de gritar.

—¿Viene por las cañerías? —le preguntó, una vez que se había recobrado.

Finalmente llegó a la terraza, pero al verse de pronto en un lugar tan elevado, se sintió aun más perturbado. Las alturas le producían vértigo, le horrorizaban. En cierta ocasión, había subido al último piso del edificio más alto de San Luis con una tía medio chiflada que había venido de un pueblo y deseaba verlo todo, como ella decía. La mujer daba gritos de alegría, e incluso había intentado subirse al parapeto para tener una vista mejor. Clinch había estado a punto de desmayarse.

Sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—¿Le gusta este lugar, Dan? —preguntó, señalando con imprecisión la barandilla, tras la cual se extendían kilómetros y kilómetros de bulevares, calles, paseos y avenidas.

—¡Ya lo creo! ¿Qué te pasa? Pareces enfermo —se volvió y llamó—: ¡Jamie! ¡Jamie!

Segundos más tarde, apareció en la terraza un hombre de color de aspecto elegante, rostro tan negro como el carbón y pelo entrecano. Vestía un uniforme blanco inmaculado.

—Sí, señor Moford.

—Mi amigo desea beber algo. ¿Qué te apetece, Clinch?

—Lo que usted está bebiendo tiene buena pinta.

—¡Estupendo! —exclamó Dan.

Jamie se retiró y Clinch observó con los labios apretados cómo se alejaba. ¡Chico, vaya vida! El Dan que había conocido en chirona y el que ahora tenía delante eran dos personas totalmente distintas. No era extraño que aquella noche en la enfermería pareciera encontrarse tan a gusto, con su periódico y su cigarro. ¡Joder! Estaba realmente acostumbrado a ser el gallo del gallinero y a que le sirvieran como a un sultán.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Dan.

—Me equivoqué de autobús.

—No, no me refiero a eso. Hace más de una semana que saliste, ¿no es cierto?

—Bueno, yo... —titubeó Clinch, moviéndose inquieto.

Dan estalló en una carcajada y golpeó el suelo con el bastón.

—Poniéndote al día, ¿eh? Comprendo, comprendo. Pero tengo la impresión de que te excediste un poco. ¡Santo Dios, pareces nervioso! Reclínate y relájate. ¿Qué demonios te pasa?

Clinch estaba tan nervioso que deseaba levantarse sin decir palabra y alejarse corriendo de aquel lugar. ¿Qué diablos estaba haciendo él allí? Nunca había pensado encontrarse algo como esto. Tampoco sabía exactamente qué había esperado, pero ¡santo cielo!, éste era el tipo de vida con el que los pobres hijos de puta colgados del caballo o de la hierba siempre soñaban, y del que hablaban a todas horas. No era real.

Jamie le trajo su bebida justo a tiempo. Bebió aproximadamente la mitad sin separar el vaso de los labios, mientras Dan lo observaba en silencio.

—Lo necesitaba —dijo Clinch suspirando. Sus pálidas mejillas comenzaron a colorearse.

—Escucha, muchacho —dijo Dan—. No tienes por qué ponerte nervioso cuando estés conmigo. Ambos somos ex-presidarios. Recuérdalo.

Clinch no pudo evitar reírse ante tal observación, le parecía tan absurda considerando el ambiente.

—No es usted, Dan. Es este lugar.

—Comprendo. Demasiado elegante, quizá; pero mi lema es «vive por todo lo alto». Si tienes dinero, gástalo. ¿Por qué habría de vivir en un apartamento de tres habitaciones? —hubo un breve silencio, mientras Clinch terminaba su bebida—. Y bien, ¿estás preparado para empezar a trabajar? Necesito una persona. Tendrías que ver las facturas que pagó mi mujer mientras yo estuve fuera. Todas ellas de reparaciones. Además, en el barrio es conocida como la Rompecoches. No es que pretenda que tú arregles las defensas, pero conducirás cuando ella tenga que...

Dan continuó hablando, pero Clinch ya no lo escuchaba. Se había acordado de pronto de la rubia de cabellos al viento. ¿Podría ser ella?

Sí lo era. En aquel momento apareció en la terraza, procedente del salón.

—¡Oh! —exclamó—. Perdona, Dan. No sabía que estabas ocupado.

Ahora lucía una especie de vestido de terciopelo negro, ceñido con un cinturón color escarlata. Llevaba su larga melena rubia recogida en una cola de caballo. Una preciosa y elegante muñeca, pensó Clinch, una ex-actriz de revista, o algo parecido. Se puso de pie. El vaso le temblaba en la mano y el hielo no dejaba de tintinear.

—Éste es el muchacho del que te hablé, Rhea —dijo Dan—. De ahora en adelante será nuestro chófer.

La mujer echó un vistazo a Clinch y sonrió cortésmente.

—¡Estupendo! —dijo—. ¿Tú eres Clinch?

—Sí, soy yo.

Clinch la observó con los ojos entornados, al estilo de la cárcel. Era alta y muy voluptuosa, rondaría el metro setenta y cinco. Probablemente se ocupaba de su silueta día y noche, dieta, masajes, etcétera, etcétera. Sus facciones resultaban muy naturales y refinadas, excepto la boca que era un poco grande y de labios gruesos, quizá exagerada por el carmín, decidió Clinch. Sus ojos eran azul verdosos, con párpados un poco caídos. Resultaba difícil calcular su edad, pero ya no era una jovencita, se dijo Clinch, por lo menos tenía treinta años, o quizá más. Había signos de un cierto cansancio alrededor de sus ojos, una fatiga parcialmente disimulada, como si el esfuerzo constante por mantener las apariencias comenzara a notarse. De todas formas, era una preciosidad, una auténtica preciosidad, consideró Clinch. Una belleza profesional.

Miró a Dan y luego a su alta y elegante esposa. Típico. Dan tenía la pasta, ella la presencia. Dan había conseguido esta mujer gracias a su dinero. La mujer había conseguido el dinero gracias a su atractivo. ¡Perfecto!

De pronto se dio cuenta de que la mujer se estaba dirigiendo a él y se sobresaltó ligeramente.

—... después de todo, tengo que llamarte por un nombre y Clinch no parece un nombre en lo más mínimo.

—Es cierto, ¿qué opinas tú? —preguntó Dan.

—Bueno —dijo Clinch, volviendo en sí—, Jerry. Ese es mi nombre de pila. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aprobo Dan.

Su esposa asintió con la cabeza, y luego se dirigió a Dan.

—Voy a descansar hasta la hora de cenar —dijo, y comenzó a caminar hacia la puerta, pero de pronto se volvió—. No olvides que tenemos entradas para el espectáculo de esta noche.

Dan refunfuñó, pero no hizo ningún comentario. Su mujer desapareció tras las enormes puertas que conducían a la sala de estar. Clinch pudo oírla tararear durante un momento mientras atravesaba el vestíbulo.

—Ahora cómprate un traje azul —dijo Dan—, varias camisas blancas y corbatas oscuras. Te daré un cheque. Y compra también una gorra de plato azul oscuro. No tendrás que ponerla con mucha frecuencia, pero deberás tener buen aspecto cuando lleves a Rhea. Conmigo no importa, si lo prefieres puedes no ponerla. Sí, también necesitarás ropa de trabajo, monos. Y además, ¿qué te parece un pequeño adelanto? Seguro que gastaste toda la pasta poniéndote al día con alguna mujer.

—De acuerdo, Dan, de acuerdo —dijo Clinch un poco desanimado ante la perspectiva de la gorra de plato. Pero después de todo, no tenía ningún valor para Dan. Era sólo para impresionar cuando llevara a su esposa. A las mujeres les gustaba impresionar.

—Hay una habitación en la parte de atrás de la casa que puedes utilizar, y también puedes comer aquí. Jamie y Cleo cuidarán de ti. Una vez que te acostumbres a ellos, te resultarán una pareja muy agradable. Ellos cuidaron muy bien a Rhea cuando yo estuve fuera.

Clinch gritó de alegría para sus adentros. ¡Vaya plan! ¡Qué fantástico plan! Manutención, estancia, dinero. Lo mejor de lo mejor. Viviría como un rey, casi como el mismísimo Dan. Bueno, todo estaba arreglado. Ahora sólo tenía que hacer una cosa. Deshacerse de Lola.

—Mañana por la mañana, ¿de acuerdo, Dan? —preguntó— Tengo algunos asuntos que me gustaría...

—Claro, claro —respondió Dan—. Pasa por aquí mañana a cualquier hora. No te preocupes.

Antes de que se marchara, Dan le entregó trescientos cincuenta dólares en metálico.

—Habría tardado mucho en cobrar un cheque por esta cantidad —había explicado Clinch.

Dan continuó sentado solo en la terraza hasta unos minutos después de las seis, luego se levantó, atravesó la sala de estar, llegó al otro extremo de la casa y llamó a la puerta de Rhea.

—¿Eres tú, Dan? —preguntó Rhea—. Pasa.

Estaba sentada en la cama con tres almohadas en la espalda; vestía una mañanita rosa y leía una revista de modas. Dan se sentó al lado de la cama.

—¡Ese maldito espectáculo! —gruñó—. ¡Hablan y hablan! Prefiero los musicales.

—Dan, después de todo lo que tuve que discutir con la agencia. Fue un gran éxito en Nueva York.

—Bueno, iré, iré —dijo Dan de mala gana.

Hubo un corto silencio, luego Rhea levantó la vista.

—Realmente no espero mucho de ese, ¿cuál es su nombre?, Jerry.

—Es un buen tipo —dijo Dan dulcemente—. No nos dará ningún problema.

—No lo comprendo. Siempre estás haciendo cosas por el estilo. ¿Por qué no llamas a una buena agencia de empleo?

—Jamie resultó un buen tipo, ¿no es cierto?

—Sí, pero Jamie tenía algo más. Sencillamente no podía ganarse la vida tocando el clarinete. De todas formas, Cleo era una sirvienta experimentada antes de que se casara con ella. Este Jerry, bueno, es en cierto modo un criminal, ¿no es así?

—Técnicamente, me imagino que sí —respondió Dan.

—¡Técnicamente!

—¡Joder! También yo cumplí una condena, ¿no es cierto?

Rhea negó impaciente con la cabeza.

—No es lo mismo. Tú no habrías cumplido ninguna condena si no hubiera sido por aquel fiscal general. Y no estoy muy segura de que no fueras traicionado.

—¿Cómo? —preguntó Dan impaciente.

—No lo sé. Es sólo una sospecha que... bueno, no tiene importancia.

Después de un silencio, Dan dijo:

—Volviendo a Clinch, es difícil explicarlo, pero supongo que podría decir que en cierto modo lo contraté porque me daba pena. Es retraído, un muchacho extraño. Pero a su manera, un buen tipo. Puedes apostar.

—Tiene una mirada mezquina —dijo Rhea—. ¿Nunca te fijaste en sus ojos? No tienen color; son los ojos más descoloridos y fríos que he visto nunca. ¿Por qué fue a parar a la cárcel?

—Por conducir un coche robado de un estado a otro, un asunto de poca importancia —gritó Dan impaciente. Luego se levantó y comenzó a caminar arriba y abajo por la habitación, haciendo girar el bastón entre los dedos.

—A veces me alarmas, Dan. Nunca en mi vida vi a un hombre tan despreocupado.

—Las cosas nos han salido bien, ¿no es cierto? —preguntó Dan de forma terminante—. ¿Tienes alguna queja?

—De acuerdo, Dan, de acuerdo —murmuró Rhea hastiada—. No entremos en una de esas discusiones esta noche. Deseo disfrutar de la cena y vestirme lo mejor posible para ir al teatro. No quiero que me duela el estómago. Así que..., de acuerdo.

Dan pareció dudar y después dijo:

—Rhea, cariño, tú ya me conoces. No me gusta sacar las cosas de sitio, pero esto ocurre en parte por tu culpa. Me preocupa terriblemente cómo conduces.

Rhea sonrió, visiblemente complacida.

—¿De verdad te preocupas por mí? No sabía que hubiera algo que te perturbara.

—¡Maldita sea! —gritó Dan—. A veces se me pone la carne de gallina, cuando tú vas conduciendo por ahí. Cuando oigo una ambulancia, pienso: «Dios mío, imagina que sea Rhea».

—¿Y qué harías? Bueno, ya lo sé, te buscarías otra rubia.

—Probablemente —dijo Dan burlón—. Pero no me gustaría.

Rhea observó su rostro durante un instante, luego ambos estallaron en una carcajada.

Aunque Clinch estaba muy tenso y el nerviosismo le hacía sudar y acobardarse ante la decisión que había tomado, no dejaba de decirse:

«¿Por qué te resulta tan difícil, imbécil? Te deshaces de ella, eso es todo. Quizá sea conveniente que le des unos dólares. Sobrevivirá. Todas se las arreglan para sobrevivir. ¿Acaso es tu hermana, o algo por el estilo? ¿Por qué te resulta tan difícil?»

Charley estaba hablando con Claire en el mostrador de recepción. Clinch cogió su llave en silencio; pero antes de que se alejara, Claire le dijo:

—¡Hola, encanto!

Clinch la miró con los labios apretados y luego la saludó con un brusco movimiento de cabeza. Tenía aproximadamente la misma estatura que la esposa de Dan, pero ese era el único parecido.

—Cuando te canses de pasar la noche con una aficionada, pégame un telefonazo —dijo Claire, y Charley soltó una risotada.

Clinch no hizo ningún comentario, se volvió y caminó hacia el ascensor.

—Soy capaz de aguantar a un tipo duro de verdad, como a Gary Cooper —dijo Claire—, pero no a los que fingen serlo.

—Tengo la impresión de que últimamente te estás volviendo muy engreída —apuntó Charley, riendo de nuevo—. Sobre todo desde que hemos llegado a un acuerdo.

Claire rió desmesuradamente.

—Tendrías que ver a algunas del centro de la ciudad. ¡Esas sí que se pavonean!

Charley rió y golpeó el mostrador con la palma de la mano.

—De cualquier manera, Claire, sería mejor que no ofrecieras tus servicios en recepción, ¿de acuerdo? ¿Qué clase de lugar crees que es éste? —preguntó una vez calmado.

—Un cuchitril —respondió Claire—. Pero los he visto peores.

Lola no estaba en su habitación. Clinch llamó a la puerta con los nudillos, luego con los puños, e impaciente acabó dándole patadas. Maldiciendo, luchó contra un sentimiento de pánico que no podía comprender.

—Debe estar en mi habitación —murmuró—. Pero ¿por qué?

Entró rápidamente y encendió la luz. Eran más de las cinco, el sol comenzaba a ocultarse y la oscuridad se cernía lentamente sobre la gran ciudad. Miró en el cuarto de baño, e incluso en el armario, pero Lola no aparecía. Maldiciendo, volvió de prisa a su habitación y comenzó a abrir todos los cajones. La ropa estaba allí y la vieja maleta de cartón reposaba bajo la cama. ¿Y si a pesar de todo...? Bueno, había abandonado todas sus pertenencias en el último lugar en el que había vivido, aunque la habían obligado, claro, ¡pero incluso así!

Clinch regresó a su habitación, encendió un cigarrillo e intentó tranquilizarse.

—De acuerdo, ha volado —murmuró—. ¿No era eso lo que querías?

¡Chiquilla alocada! Probablemente habría ido a dar un paseo, o algo por el estilo, y se habría encontrado con algún tipo vil y zalamero... Ella ni siquiera era capaz de distinguir la mano derecha de la izquierda..., era una auténtica palomita..., un ser inocente.

Cogió el teléfono y llamó a recepción.

—¿Charley? ¿Dónde está Lola?

—No lo sé —respondió Charley—, salió alrededor de las tres y no comentó a dónde iba. Debo decir que estaba preciosa con aquel vestido azul.

Clinch oyó como alguien hablaba al fondo y como Charley se reía. Esa puta de Claire, sin duda alguna, burlándose de Lola. Colgó el teléfono, apagó la luz y se sentó en el borde de la cama, fumando un cigarrillo. La oscuridad iba lentamente apoderándose de la habitación y el bullicio procedente de la plaza se hacía más audible según se acercaba el final del día. Se distinguía el ruido seco procedente de las casetas de tiro al blanco y el agudo tintineo de la campanilla de las dianas; se oían los claxons de los vehículos que circulan por la calle de dirección única, y el sonido desafinado y tristón de las señales acústicas de tráfico. En la distancia, el lamento de una sirena se alzaba por encima de cualquier otro sonido. Pronto sería de noche y los amantes de la vida nocturna no tardarían en aparecer, abarrotando la calle, los espectáculos de revista, los bares oscuros e inmundos.

Intentó ver la hora en su reloj de pulsera, pero estaba tan oscuro que no pudo distinguir las agujas. Encendió la luz y quedó sorprendido al ver que sólo habían pasado unos quince minutos desde su regreso.

«Supongo que será mejor que salga y coma algo», se dijo.

El tiempo transcurría lentamente. Clinch se levantó, fue a un espejo y habló a su propia imagen.

—Clinch, ¿qué diablos te pasa? Estás hecho un lío porque la pequeña vagabunda no ha regresado todavía. Nunca sabe en que hora vive.

Pero una voz insistía:

«Ya anocheció, ¿no es cierto? Eso puede verlo, ¿verdad? Voló, amigo. Así es como actúan las tías tiradas, como perros vagabundos a los que se ha recogido.»

Pero de pronto oyó unos pasos que sin duda alguna correspondían a Lola, y sintió una violenta emoción que no logró comprender.

Se abrió la puerta y entró Lola, alegre y juvenil con su vestido azul. Clinch la cogió por la muñeca, la atrajo hacia él y la abofeteó con fuerza.

—¿En dónde demonios has estado? —gritó.

Lola lo miró atemorizada, luego se cubrió la cara con las manos, se sentó en el borde de la cama y comenzó a lloriquear. Algo le cayó en la alfombra con un suave golpe.

Clinch se inclinó para recogerlo y se quedó mirando sin comprender. Era un paquete plano y ligero, envuelto en papel de regalo.

—¿Qué diablos es esto? —gritó.

—Es una corbata —dijo Lola, mirándolo a través de los dedos—. Una vez me hablaste de la corbata de rayas rojas y grises que llevaba el señor Moford el día que salió de la cárcel..., y quise comprarte una. La he buscado por toda la ciudad; por eso regresé tarde.

Clinch abrió el paquete en silencio. Envuelta en papel de seda había una corbata de lana de rayas rojas y grises; una corbata barata, de mala calidad, que no tenía nada que ver con la de Dan.

—¿No te gusta? —preguntó Lola.

Clinch no respondió.

Lola se sentó y lo miró con tristeza.

—Pensé que te gustaría —dijo.

—Claro que me gusta, nena. Espera, voy a enseñarte como me queda —respondió después de un momento.

Fue al espejo y se puso la corbata, anudándola con cuidado. Era muy fina y resultaba difícil hacer un nudo decente. Por fin se volvió para que ella la viera.

—¡Es preciosa! —exclamó Lola—. ¿Es como la del señor Moford?

—Sí —respondió Clinch—, es idéntica.

Permaneció de pie mirándola. Luego Lola preguntó:

—¿Por qué me pegaste? Nunca pensé que tú harías una cosa así.

Clinch luchaba para no mostrar su turbación.

—Perdí la cabeza. Estaba enfadado.

—¿Por qué? —preguntó Lola, mirándolo sin comprender.

—Lo estaba, sencillamente —dijo, y añadió con rapidez—: Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a salir esta noche, una buena cena y una película, si es que hay alguna que te apetezca ver. Luego alquilaremos un coche y quizá podamos ir hasta la orilla del río. De todas formas, hay algo que tengo que hacer.

—¡Estupendo! ¡Magnífico! —exclamó Lola—. ¿Pero qué tienes que hacer?

—No te preocupes por eso. Sólo te dejaré un momento.

Rhea bostezó y se tapó la boca con una mano elegantemente enguantada, mientras Dan sacaba las llaves para abrir la puerta.

—Un serial disfrazado, no era más que eso —dijo Dan— ¿Cómo pudiste llorar por una...?

—Sentí tanta lástima por aquella pobre mujer —respondió Rhea.

—Pero ese era su trabajo —dijo Dan riendo.

Tan pronto como Dan acercó la llave a la cerradura, la puerta se abrió desde el interior y apareció Cleo, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dan—. ¿Qué haces levantada a estas horas de la noche, Cleo?

—Ese hombre está aquí —dijo Cleo—. Jamie no confía en él, así que nos quedamos levantados. Dice que tiene que hablar con usted esta noche.

—¿Qué hombre? —preguntó Dan desconcertado.

—El hombre que estuvo aquí por la tarde y yo confundí con el fontanero.

—¡Clinch! ¿En dónde está?

—Sentado en la cocina, leyendo una revista. Lo acompañaron desde el garaje. Roy dice que había una chica con él en un coche. Roy trabaja en el garaje.

Dan comenzó a echar pestes por lo bajo, pasó rozando a Cleo y se apresuró hacia la cocina.

—Cleo, ¿estaba ese hombre borracho? —preguntó Rhea.

—No, señora —dijo Cleo—. Pero no me gusta. No me gusta en absoluto. Tiene esos ojos que nunca pestañean, o algo por el estilo. Te miran fijamente, muy quietos. No sé, no me gusta.

Cuando Dan entró, Clinch se levantó con los labios apretados. Dan parecía muy alto y elegante con un traje gris y una corbata de lana azul oscuro. Pero su cara estaba enrojecida y parecía enfadado.

—¿Qué demonios es esto, Clinch? Es más de media noche.

Clinch le tendió un fajo de billetes.

—Aquí está el dinero, Dan. No lo toqué. Lo siento, pero no puedo aceptar ese empleo.

—¡Bueno, joder! —gritó Dan; su cara mostraba desilusión y enojo al mismo

tiempo—. ¿Por qué no esperaste a mañana y...?

—Quería devolverle el dinero y hacérselo saber. Se suponía que mañana empezaría a trabajar. No quería causarle trastorno alguno.

Dan no hizo ningún movimiento para coger el dinero, sino que continuó mirándolo.

—¿Qué demonios es esto, Clinch? ¿Una de tus locas ideas, como en la cárcel? Ni siquiera querías que te ayudara a salir. ¿Recuerdas?

Clinch se revolvió a disgusto.

—¡Diablos! Todo había quedado dispuesto esta tarde —continuó Dan—. ¿Qué pasó?

—Dan —dijo Clinch, haciendo un esfuerzo para lograr hablar—, he conocido a una chica.

Dan comenzó a reír burlescamente.

—¿Quieres decir que esta tarde conociste a una chica? ¡Buen trabajo, muchacho!

—No —respondió Clinch pacientemente—. Estamos juntos desde que salí, pero yo...

—No puedes dejarla, ¿verdad? —dijo Dan—. Bien, de acuerdo. Consigue un pequeño apartamento, o algo así, por los alrededores. Tú eres el que sale perdiendo. Tendrás que pagar un alquiler y comer fuera la mayoría de las veces.

Clinch continuaba de pie mirando a Dan con la boca ligeramente abierta.

—No habías pensado en eso, ¿eh? —dijo Dan—. Clinch, a veces eres un poco lento de reflejos.

—Pero me dijo que viviría aquí y yo creí...

—Bueno, hubiera sido más cómodo para ti. Pero por lo demás, ¿qué diferencia hay, mientras resulte fácil encontrarte cuando te necesitemos? Más tarde solucionaremos el problema de horario, aunque trabajarás casi siempre durante el día. ¿De acuerdo?

—Sí, Dan —dijo Clinch, todavía un poco desconcertado por el favorable cariz que habían tomado los acontecimientos—. Sí, estupendo.

Un poco más tarde, Rhea entró en la habitación de Dan llevando un vaso de leche y un plato con galletas. Tenía puesto un pijama, y a Dan le pareció que estaba condenadamente guapa. Dan, en batín y pijama, estaba sentado en un enorme sillón al lado de la ventana y leía el *Sporting News*.

—Bueno —dijo Rhea, sentándose en un sofá situado justamente enfrente de él—, ¿qué pasó?

Dan le explicó riendo lo ocurrido, y luego dijo:

—Es un tipo extraño, ya te lo dije. Me tendía esos trescientos cincuenta dólares como si se tratara de una patata hirviendo, o como si les tuviera miedo.

Rhea parecía confusa, sentada allí moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

—¡Diablos! —exclamó Dan, al ver su expresión—. A veces, incluso entre los ladrones hay honradez.

—No se trata de eso. Me pregunto cómo será la chica..., si es que existe realmente una chica.

—Claro que hay una chica. ¿Por qué no habría de haberla? Clinch es humano.

—Pero estar a punto de rechazar un buen trabajo por... Dan, es un hombre de apariencia cruel, te des o no cuenta de ello. No me parece razonable.

—No hagamos una montaña de un grano de arena —dijo Dan—. No es un santo. Nadie dijo que lo fuera, pero creo que resultará. ¿No podemos darle una oportunidad?

—De acuerdo, Dan —dijo Rhea suspirando.

Dan la miró durante un momento y luego dijo:

—¿No sería mejor que tomaras una copa en lugar de ese maldito vaso de leche?

—Bebí demasiado antes de cenar. Quiero dejar de mantener tu ritmo. Y quizá fuera una buena idea que tú...

—No te comportes como una madre —dijo Dan—. Ya soy mayorcito.

Rhea lo miró, luego continuó sentada, bebiendo el vaso de leche en silencio.

CAPÍTULO CUATRO

Desde hacía algún tiempo, Clinch llevaba una vida rutinaria. Lola, con una bata por encima de los hombros y sus grandes ojos negros pesados por el sueño, lo despertaría a las siete en punto. Se afeitaría apresuradamente, maldiciendo su barba tiesa y difícil, y luego desayunaría en pijama, mientras Lola le preparaba la ropa. A las ocho menos cuarto estaría listo para partir. Lola lo besaría en la puerta, como cualquier esposa de la ciudad, y luego se pondría en camino.

«Lo único que me falta es la fiambarrera», se decía Clinch a menudo, sintiéndose irritable y de mal humor. La mañana no era un buen momento para él. En su opinión, las mañanas eran sólo para los currantes.

Clinch y Lola vivían a tan sólo un paseo de Crosley Arms, el edificio en donde estaba el apartamento de Dan. Jamie y Cleo les habían recomendado aquel lugar. Una calle serpenteante, larga y estrecha, conducía al río desde el gran bulevar en el que estaba enclavado Crosley Arms. Al final, cerca del río, había un pequeño y viejo centro comercial en torno a una plaza oblonga con algunos árboles, bancos y un pequeño parque infantil. El apartamento de Clinch estaba situado encima de una vieja droguería, y se accedía a él por una escalera exterior desvencijada, con un pequeño descansillo al lado de la puerta. Constaba de una habitación de tamaño mediano que utilizaban como cuarto de estar, comedor y dormitorio; una cocina diminuta, separada de la habitación por un biombo, y un baño en el que, según decía Clinch, «a duras penas podías ponerte la camisa». Dormían en un enorme sofá que se convertía en cama. El apartamento era muy viejo y destartado. Las cañerías no dejaban de sonar y gotear durante toda la noche, y casi nada funcionaba correctamente. Pero aun así no era tan malo, pensaba Clinch.

Desde las ventanas de la parte trasera veían el río por encima de los tejados de los edificios más bajos. Y por la noche, contemplaban una bonita vista de las luces reflejadas al revés, de los grandes remolcadores navegando, y del puente de la calle Kosciusko, que a lo lejos, hacia el sur, se elevaba en la distancia como una guirnalda de brillantes luces.

El pequeño descansillo cumplía las funciones de un agradable porche. Solían sentarse en el último peldaño y, mientras a su alrededor el vecindario se disponía a acostarse, fumaban, hablaban en voz baja o simplemente permanecían en silencio.

Lola resultó ser una gran sorpresa para Clinch. Por regla general, las tías de su clase eran vagas y desaseadas. Pero Lola era una buena e innata ama de casa, incluso un poco fanática en ciertas ocasiones, lo que no dejaba de irritar a Clinch. Pasaba varias horas al día luchando para mantener el viejo apartamento en perfecto orden. A veces Clinch se sentaba en el descansillo con la puerta abierta, mirándola desconcertado. Un día le preguntó:

—¿En dónde aprendiste a hacer todo esto?

Y Lola se rió con aire de superioridad y contestó:

—Cuando tenía siete años comencé a hacerme cargo de la casa. Los mayores nos vimos obligados a hacer todo el trabajo. Mamá estaba muy ocupada con los más pequeños.

¡Los mayores! ¡Siete! Clinch movió la cabeza en señal de desaprobación. Estaba ante un caso de mala suerte, eso era todo. ¿Qué otra cosa? Si Lola hubiera sido hija única, su vida habría sido diferente. Y sin embargo...

«¡Joder! —se decía Clinch—, yo fui hijo único.»

Lola sabía realmente cocinar y parecía divertirse haciéndolo. Y cómo insistía en que había que ahorrar..., escatimando gastos aquí y allá, regateando con el frutero... Clinch no podía creérselo.

Y también tenía su genio. Como aquella vez en la que Clinch había derramado un bote de cerveza sobre la mesa que acababa de limpiar. Su cara palideció y comenzó a gritar y a reñirlo. Clinch estaba tan sorprendido que ni siquiera se ofendió, limitándose a sentarse y mirarla.

Más tarde, Lola se sintió avergonzada de sí misma y le dijo:

—Cuando trabajo tanto me pongo un poco nerviosa. La mesa estaba resplandeciente. Podía verme reflejada, y vienes tú...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Clinch divertido—, cuando haga algo parecido, grita. Estaré conforme.

En general, las cosas estaban yendo mucho mejor de lo que Clinch había esperado. Incluso se produjeron algunos cambios sutiles en su personalidad, que a duras penas notaba. Estaba mucho menos tenso e irritable que antes, aunque había días, especialmente por las mañanas, en los que sin ninguna razón aparente le invadía el odio y el resentimiento, y era muy arisco en el trato.

Roy y Ben, los dos tipos que trabajaban en el garaje de Crosley Arms, raras veces sabían como tratarlo, y acordaron dejar que él fuera el que iniciara la conversación. Si les hablaba, le contestaban; si no, lo evitaban. Algunos días Clinch no decía ni una palabra.

Clinch ocupaba una esquina del enorme garaje. Los tres coches de Moford —una limusina azul oscuro, un cupé dos puertas de color gris y una ranchera— estaban aparcados uno al lado del otro en las plazas designadas. Clinch solía llegar a las ocho de la mañana e inmediatamente comenzaba a trabajar en ellos. La limusina, que raras veces se utilizaba y que Rhea nunca conducía, estaba en perfecto estado; pero los otros dos coches eran un problema, pues los parachoques se habían reparado tantas veces que era imposible disimularlo. Clinch se ocupaba de sacarles brillo, maldiciendo ante las abolladuras y raspaduras más imperceptibles.

«Esa mujer si que sabe como maltratarlos», decía para sus adentros.

Dan iba al centro de la ciudad dos o tres veces a la semana, alrededor de las once. La potente empresa constructora de la que era socio tenía una oficina en el

duodécimo piso del edificio Waverly. Dan resolvía todos sus asuntos desde el despacho que allí ocupaba.

Clinch lo llevaba hasta allí. Dan tenía un temperamento mucho más voluble de lo que se había imaginado. Unas veces hablaba y reía, otras permanecía sentado golpeando impaciente con su bastón el piso del coche, mientras Clinch lo conducía hacia el centro de la ciudad por la autopista del norte, en donde el tráfico ocupaba los seis carriles desde la mañana a la noche.

Clinch estaba siempre de vuelta a las doce, y entonces almorzaba en la cocina de los Moford. Cleo y Jamie habían llegado a la conclusión de que era un buen tipo, aunque un poco raro, y Cleo acostumbraba a prepararle un succulento almuerzo, aunque a veces significara tomarse alguna molestia. Si Clinch les dirigía la palabra, era para hablar del tiempo, había llegado el otoño y comenzaba a hacer frío, o para hablar de coches. Nunca eran demasiado afables.

En cuanto a Rhea...; bueno, Clinch nunca se sentía relajado en su presencia. En primer lugar, era la mujer más hermosa que había podido contemplar de cerca, y este simple hecho lo perturbaba. El cutis, la figura, el llamativo y abundante pelo rubio — aunque teñido, por supuesto, pero qué importaba—, la forma de vestir, los complementos, ¡qué elegancia! Y siempre desprendía un olor tan agradable, tan dulce, tan fresco, tan exótico.

—Probablemente lo único que hace es dormir, comer y ocuparse de su aspecto — refunfuñaba Clinch en voz baja.

Su actitud lo confundía y lo desconcertaba. Siempre se mostraba con él tan incómoda como él se mostraba con ella. Con frecuencia se preguntaba cuál podía ser el motivo. ¿Le tenía miedo porque era un ex-presidiario? No era probable; después de todo, su propio marido había estado en la cárcel. ¿Temía que pudiera enredarse con él? No había cumplido aún los treinta, mientras que Dan..., bueno, debía tener cuarenta y cinco, más o menos, y no se conservaba demasiado bien, cojeando de una pierna y todo eso. ¿Necesitaba un poco de atención y se negaba a aceptarlo? El corazón de Clinch comenzó a latir más deprisa de sólo pensarlo. ¡Chico, ella sí que era una mujer hermosa!

Cuando la llevaba de compras, siempre utilizaban el enorme cupé dos puertas de color gris. Ella insistía en que no le gustaba la limusina, y comentaba que era sólo para las «grandes ocasiones». En el cupé tenía que sentarse con él en la parte delantera. No parecía muy correcto ir al lado del chófer, pero después de todo, no podía sentarse en el asiento trasero. Clinch siempre esperaba una insinuación. Pero nunca ocurría. Se sentaba tan alejada de él como le era posible, y miraba constantemente al frente. A duras penas cruzaban una palabra. Ella le dejaba conducir sin hacer ningún comentario o sugerencia.

¡Un auténtico enigma!

Cuando utilizaba la autopista para llevar a Dan a la ciudad, siempre circulaba por uno de los carriles lentos. Pero a Rhea le gustaba la velocidad, así que Clinch tomaba

el carril de la izquierda, en donde había que ir a ciento diez o ciento veinte kilómetros por hora si no se quería ser desplazado. Y así, entraban en el núcleo urbano a gran velocidad, con el potente motor zumbando como un tigre contenido, y el cabello de Rhea, largo y rubio, volando al viento. Los hombres jóvenes sacaban la cabeza por la ventanilla para mirarla, y Clinch, con su gorra de plato azul oscuro, maldecía para sus adentros y echaba alguna que otra ojeada a los hermosos muslos de Rhea, que se adivinaban bajo su falda ceñida. ¡Y chico, sí que llevaba faldas ceñidas!

Todo el asunto era muy perturbador para Clinch, que no tenía una opinión demasiado elevada de las mujeres.

Y un día, de regreso a casa, ella comenzó a preguntarle por Lola. Muy cortésmente, por supuesto. Pero a Clinch le pareció que esa era la forma más antigua que las mujeres tenían de insinuarse. Consigue que un tipo hable de su propia mujer, que muy pronto estará hablando de las mujeres en general, y después, ¡sexo!

Las respuestas de Clinch eran breves y evasivas, y al cabo de un rato Rhea desistió.

Por regla general, a menos que surgiese alguna cosa especial, Clinch terminaba a las siete o siete y media. A veces, Lola iba caminando desde el apartamento y lo esperaba en la esquina, y entonces iban a cenar a algún sitio. Aquella noche, justo cuando Lola llegó a la esquina, comenzó a nevar copiosamente, al tiempo que se levantó un viento fortísimo procedente del río. Clinch recordó que Lola iba a ir a buscarlo y salió a su encuentro. Allí estaba, esperando pacientemente en la esquina, con el viento soplando a su alrededor y la nieve cayéndole sobre los hombros. Se había producido un cambio de planes. Le habían pedido que se quedara un poco más. Lola no podía volver caminando a casa con aquella tormenta, así que Clinch la llevó al garaje.

En aquel momento se abrió la puerta del ascensor y Rhea cruzó apresurada el garaje, envuelta en un abrigo de visón que la cubría de los ojos a los tobillos.

—¡Jerry, Jerry! —llamó—. Tengo que recoger al señor Moford en el edificio Waverly. Una reunión lo ha entretenido. Luego iremos a cenar a casa de los Masons en Upper River, y el señor Moford insiste en que con esta tormenta seas tú el que me lleves. Los Wilsons iban a venir a recogerme y..., pero no importa. Es un lío. Lo siento, Jerry, pero...

Lola contemplaba la escena con la boca abierta, mientras intentaba esconderse detrás de una columna. Pero Rhea la vio y preguntó a Clinch:

—¿Es esa Lola?

—Sí, señora —respondió Clinch—. Habíamos quedado en que pasaría a buscarme y...

—¡Vaya, qué pena! —exclamó Rhea—, pero...

A Clinch le pareció que estaba ligeramente enfadada.

—¿Podría volver a casa en un taxi, Jerry? —preguntó Lola tímidamente.

—Supongo que será lo mejor.

Clinch se sentía muy violento, y el hecho de que Roy y Ben estuvieran contemplando la escena empeoraba aun más las cosas.

Rhea reflexionó durante un momento, mientras observaba a Lola.

—No —dijo por fin—. Puede venir con nosotros. Lo único que tienes que hacer es dejarme en el edificio Waverly.

—No, Jerry —dijo Lola.

Clinch se volvió para mirarla. Parecía aterrorizada.

—Debemos darnos prisa —dijo Rhea—. Siento que haya ocurrido esto, pero... ¡Vámonos Lola!

Lola tragó saliva y no dijo nada.

Así que los tres se acomodaron en el asiento delantero del cupé, sentándose Lola en el medio. Y entonces se dirigieron al centro de la ciudad por la mojada, peligrosa y resbaladiza autopista, a través del viento racheado y la nieve. Clinch conducía por el carril de la izquierda, alcanzando a veces los ciento quince. Rhea parecía no darse cuenta, pero Lola miraba al frente aterrorizada, cerrando y abriendo sus pequeños puños.

Avanzaron en silencio hasta llegar a la marquesina del edificio Waverly. Un portero se acercó corriendo con un paraguas. Rhea se volvió y le dijo a Lola:

—¿Te das cuenta? No ha supuesto ningún problema.

Luego esbozó una sonrisa, que a Clinch le pareció fingida. El portero la cogió por el brazo y desapareció en el enorme edificio.

Lola comenzó a llorar.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Clinch con brusquedad, nervioso y de mal humor.

—¡Me gusta tanto! —exclamó Lola—. Fue tan amable conmigo.

—¡Amable contigo! —gritó Clinch—. Apenas dijo una maldita palabra. ¡Y aquella falsa sonrisa! A eso se le llama hipocresía, nena.

—Pero a pesar de todo fue amable —insistió Lola—. Creo que es una mujer muy agradable.

Clinch hizo una mueca, pero no añadió más comentarios. ¡Lola era una tía tan simple e infantil!

Una fría noche, algunas semanas más tarde, cuando Clinch comenzaba a subir la escalera exterior, la puerta del apartamento se abrió bruscamente y Lola bajó corriendo a recibirlo. Su largo cabello negro revoloteaba, y la expresión de su cara era de felicidad. Sólo llevaba una bata ligera, sin abrigo ni chal. Clinch, que no dejaba de tiritar a pesar de la gruesa camisa, el grueso suéter y la vieja chaqueta de cuero abotonada hasta el cuello, la cogió por el brazo sin hacer ningún comentario, la

arrastró escaleras arriba, la empujó dentro de la habitación y cerró la puerta de golpe.

—¿Qué demonios intentas hacer, Lola? —gritó—. ¿Coger una pulmonía?

Pero ella se limitó a reír, con la cara brillante de felicidad.

—Estuvo aquí —gritó, con una misteriosa sonrisita—. Vino a visitarme.

—¿Quién, quién? —preguntó Clinch preocupado. A veces Lola le hablaba de sus antiguas amigas, todas unas perdidas, y a él no le gustaba que merodearan por allí.

—¡Pues la señora Moford! —exclamó Lola; luego se puso a dar vueltas alegremente—. Estuvimos charlando casi una hora y media. Se sentó ahí, en esa silla. Le preparé una taza de té y comimos lo que había sobrado del pastel de moka.

—¿Por qué, por el amor de Dios? ¿Por qué? —gritó Clinch perplejo.

Lola lo miró fijamente.

—Bueno, por ninguna razón, excepto que es muy amable. ¡Ah!, y mira lo que me trajo. ¡Vaya si lo necesitaba!

Clinch se frotó la cara aturdido, mientras Lola cruzaba apresurada la habitación y volvía con una caja de unos grandes almacenes, en la que había un objeto negro y brillante envuelto en papel de seda.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Clinch.

—Un bolso —exclamó Lola—. ¡Y es precioso! Debió costarle veinte dólares. Acércate y échale una ojeada.

Se aproximó a la mesa y Clinch la siguió, desconcertado. Lola sacó el bolso cogiéndolo por la correa. Era más bien pequeño, con la forma de una caja rectangular. Estaba hecho de charol negro y tenía un enorme broche dorado en forma de corona.

—Pero ¿por qué habría de regalarte un bolso? —le preguntó Clinch ofendido—. Yo puedo comprarte uno. ¿Qué quería? ¿Intentó sonsacarte?

Lola no le hizo caso.

—Mira, cariño, mira todas las cosas que hay dentro.

Fue sacándolas una a una y mostrándoselas, luego las iba colocando cuidadosamente encima de la mesa. Una polvera, un frasquito para perfume adornado con pedrería, un peine, una agenda diminuta con un pequeño lápiz dorado, una cajita dorada y un estuche para la barra de labios.

Clinch miró cada objeto con los labios apretados. Todos tenían un aspecto muy elegante, justamente el tipo de cosas que la señora Moford llevaba siempre con ella.

—¿Para qué diablos sirve esta caja? ¿Para guardar heroína? —preguntó con desprecio.

—¡Pero Jerry! Es para píldoras —dijo Lola—. Para aspirinas, ya sabes. ¡Es todo tan bonito! Me vuelve loca.

Clinch reprimió un fuerte impulso para no coger el bolso y el montón de baratijas y tirarlo a la calle. ¡Qué descaró el de esa tía! ¿No podía él comprarle un bolso a su propia chica si lo necesitaba?

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lola—. ¿No puedes sonreír? ¿Viste alguna vez cosas tan bonitas?

Clinch se sentó y encendió un cigarrillo.

—¿Qué quería saber? —preguntó.

Lola se sentó enfrente de él con el bolso sobre las rodillas y comenzó a guardar cuidadosamente en su interior todos los objetos.

—No quería saber nada. La mayor parte del tiempo habló de ella misma. Y apostaría a que ahora sé más cosas sobre ella que tú.

—No haría falta saber muchas. ¿Qué montón de tonterías le contaste sobre nosotros?

—Nada, nada en absoluto —dijo Lola—. Estoy segura de que incluso cree que estados casamos —rió tontamente y luego continuó—. Trabajó en varios espectáculos en Nueva York. Apostaría a que no lo sabías. No era la artista principal, pero tampoco era una más del coro. Y le hicieron una prueba para una película.

—Hace más o menos diez años —dijo Clinch—. ¿Qué ocurrió?

—No era fotogénica. ¿Te imaginas? A mí me parece que es más guapa que la mitad de las estrellas de cine del momento.

—Ahora *seguiré yo* —dijo Clinch—. Decidió dejar su carrera y casarse.

Lola lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? Es cierto. Su novio no tenía dinero. Era aviador, piloto de líneas aéreas. Pero no se llevaban bien y se divorciaron muy pronto.

—No podía comprarle abrigos de pieles —dijo Clinch—. Eso es demasiado duro para una mujer como la señora Moford.

Lola lo miró sin comprender.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo. Lleva sólo cuatro años casada con el señor Moford. Se conocieron en Nueva York. Pero ella es de Ames, Iowa.

Clinch soltó una carcajada.

—Oye, vosotras las tías sí que tenéis verborrea. ¿Qué le contaste *tú a ella*?

—Casi nada. Pero, caramba, tenía que hablar algo.

—¿Qué le contaste? —preguntó Clinch con dureza.

—Bueno, le dije que...; déjame pensar. Le dije que mi madre era servia y que no hablaba muy bien el inglés. Y que yo había trabajado de camarera hasta que te conocí. Y que yo era del campo y nunca había pisado un instituto.

—Todavía creo que intentaba sonsacarte.

—No, Jerry. Sólo intentaba ser amable. Es una mujer muy agradable.

Clinch no hizo más comentarios. Lola hablaba sin tener pruebas, sin tener ninguna prueba. ¿Para qué discutir?

Rhea y Dan estaban sentados en la sala de estar, enfrente de la chimenea, tomando una taza de café. El viento soplaba con fuerza afuera en la terraza, golpeando las ventanas. De vez en cuando, una ráfaga entraba por la chimenea y hacía que las llamas bailaran y se retorcieran.

—Hacer eso fue una condenada estupidez —dijo Dan pensativo.

—Pero es que tú no la has visto —respondió Rhea—. Parece una niña grande y tonta. Sabía que tenía que haber algo extraño en esa chica para vivir con un hombre como ése.

—¿Extraño? ¿Qué hay de extraño en ella?

—¡Es tan joven! ¡Tan infantil! No debe tener más de dieciséis o diecisiete años. Y ni siquiera los aparenta.

Dan soltó una risotada.

—¡Joder! —exclamó—, Clinch es también bastante joven. No llega a los treinta.

—En cuanto a la edad, a mí no me parece ni joven ni viejo. Es lo que llamamos un tipo excéntrico. Créeme, Dan.

—Eso ya te lo dije yo —contestó Dan, impaciente.

—Y el modo en que mantiene aquel horrible lugar —continuó Rhea—. Ni una mota de polvo. Todo inmaculado. Deberías ver el cuarto de baño.

—No, gracias —respondió Dan, riendo de nuevo.

—No es divertido —dijo Rhea—. ¡Me da tanta pena esa pobre chiquilla!

—¡Oh, basta, Rhea! —exclamó Dan—. Si continúas así, lo próximo que harás será intentar que se case con ella.

—Debería hacerlo. Imagina que tengan un niño o algo parecido.

—¿Algo parecido? —preguntó Dan inocentemente.

Rhea mostró indicios de enfado, pero logró controlarse.

—Dan, sólo quiero dar mi opinión, luego no volveré a hablar del tema. No me gusta Jerry. Hay algo muy extraño en él, y creo que es un hombre peligroso.

Dan se pasó exasperado la mano por la cabeza. Estaba a punto de hablar cuando sonó el teléfono.

—¿Y ahora, quién demonios será? —gritó, sumamente enfadado—. Es más de media noche.

—Es la línea privada —dijo Rhea—. Yo contestaré —desapareció en el pequeño estudio de Dan y al momento regresó—. Es el señor Cramer, Dan.

Dan maldijo en voz baja y luego salió cojeando de la habitación. Rhea se sentó de nuevo enfrente del fuego y se sirvió otra taza de café. Dan estuvo hablando casi media hora. Cuando regresó, a Rhea le pareció que en su cara había una expresión que no estaba acostumbrada a ver. Dan se dejó caer en la silla, casi derribándola.

—Hemos perdido la contrata del gran viaducto —dijo Dan—. Al estaba a punto de suicidarse.

—¿Qué ocurrió?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Mañana voy a poner algunas cosas en claro en esta ciudad.

—¿Quién tiene la última palabra?

—La Junta de Obras Públicas. Yo proporcioné trabajo a la mayoría de esos hijos de puta. Su excusa es que nuestro presupuesto «se disparó». ¿Te imaginas?

De pronto se levantó y salió de la habitación. Rhea oyó como gritaba por el teléfono, sin interrumpir la conversación durante unos diez minutos. Finalmente regresó.

—Debo decir que no me gusta cómo me habló Al —explicó—. Todavía estaría trabajando en aquel condenado remolcador si yo no lo hubiera recogido y le hubiera proporcionado un empleo.

Se sentó y observó el fuego.

—No me gusta Al Cramer —dijo Rhea. Y al ver que Dan había levantado la vista con rapidez y la miraba de mal humor, añadió—: De acuerdo, de acuerdo. Sé lo que vas a decir. No me gusta Jerry. No me gusta Al. Pero tengo mis razones, Dan.

—Las tendrás.

Rhea se ruborizó ligeramente.

—Al me llamó varias veces cuanto tú estabas fuera. Preguntaba si había algo que pudiera hacer.

Dan observó su expresión.

—¿Y...?

—Me pareció que se estaba insinuando, aunque quizá esté equivocada.

—Probablemente tengas razón —dijo Dan—. Pero no puedes matar a un hombre por intentarlo.

—No sé qué pensar de ti, Dan —dijo Rhea después de un breve silencio—. ¡Es tu mejor amigo!

—¡Joder! ¡Es humano! —exclamó Dan—. Yo estaba en chirona y tú eres una preciosidad. ¿Qué hay de extraño en eso?

—Creo que me voy a la cama —dijo Rhea.

CAPÍTULO CINCO

La vida cambió radicalmente para Clinch en cosa de unos días. A menudo recordaba el pasado más inmediato, que en aquel entonces le había parecido bastante penoso, como un período de comodidad. La dolencia que Dan tenía en el pie la habían por fin diagnosticado como artritis. Últimamente había empeorado, y a veces, cuando se ponía de pie, se sentía inseguro. El problema principal era que Dan no caminaba como otras personas, sino que empujaba enérgicamente sus noventa kilos de peso hacia delante, como si luchara contra una gran fuerza invisible. No importaba cuantas veces se lo advirtieran, olvidaba siempre caminar con cuidado, hasta que un día tuvo una mala caída en el pasillo de la planta baja del edificio Waverly y se torció la muñeca y el hombro derecho.

Unos días más tarde, Rhea le pidió a Clinch que subiera del garaje pues deseaba hablar con él en privado. Mientras el ascensor lo llevaba a la última planta y Cleo lo recibía en la entrada, Clinch se notó nervioso, irritado y vagamente esperanzado. ¿Qué deseaba la muñeca?

Era la primera vez que se veían a solas fuera del coche. Rhea llevaba una bonita bata japonesa, y su largo cabello rubio, recogido en la espalda con un lazo, le caía a la altura de los hombros. Parecía muy tensa y nerviosa, lo que aumentó el desasosiego de Clinch.

Hablaron en el pequeño estudio de Dan, donde había un enorme globo terráqueo y una estantería llena de libros que ocupaba toda una pared. Rhea lo había decorado personalmente y era su cuarto favorito. Dan nunca leía los libros ni consultaba el globo terráqueo, sino que pasaba la mayor parte del tiempo en la sala de estar o en la terraza.

Clinch se quedó en el centro de la habitación, retorciéndose los dedos de la mano. Rhea se apoyó en el escritorio y habló con la mirada fija en el suelo, mientras jugaba con el cinturón de la bata.

—Jerry, quiero que a partir de ahora estés siempre con él. Yo lo convenceré. Llévale el maletín, espéralo. No quiero que se vaya cayendo por ahí. Ya sabes lo impaciente que es a veces. Si el ascensor no llega al momento, es capaz de utilizar las escaleras. Puede tener una caída seria, aunque ésta ya fue lo suficientemente mala.

Clinch apretó los labios. El asunto no le gustaba en absoluto. ¿De dónde salía esta muñeca con esas órdenes? No dijo nada.

—¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó Rhea levantando la vista e intentando descubrir por qué guardaba silencio.

—Sí —respondió Clinch.

—Yo misma lo acompañaría —dijo Rhea—, si me lo permitiera. Pero pondría el grito en el cielo. Sin embargo, contigo es diferente.

Clinch la observó con los ojos entornados. ¿Qué pretendía? ¿Cuáles eran sus intenciones? Alguna debía tener, sin lugar a dudas. Las mujeres siempre la tienen.

¿Estaba intentando deshacerse de los dos a la misma hora del día? ¿Por qué? ¿Algún galanteo? De lo que sí estaba seguro era de que no iba a ser con él, pues ahora se verían aun menos.

—¿Comprendes, Jerry? —preguntó Rhea.

Clinch afirmó con la cabeza.

—De acuerdo, señora Moford. Si usted lo quiere así, me quedaré a su lado todo el tiempo que pueda. Pero si él dice que me largue, me largo. No voy a discutir con él de este asunto.

—De eso deja que me encargue yo —dijo Rhea, luego esbozó la misma sonrisa fingida que le había dirigido a Lola, mostrando su hipocresía.

Clinch salió de la habitación maldiciendo entre dientes. Mientras bajaba en el ascensor, pensó con resentimiento:

«¿Qué soy yo, un enfermero o algo por el estilo? Me contrataron para conducir y mantener los coches a punto. ¿Dónde está mi bata blanca?»

Más tarde, mientras daba brillo al dos puertas, se dijo:

«No comprendo qué pretende esa muñeca.»

Dan permaneció en silencio durante largo rato, sentado contemplando el fuego. Rhea estaba sentada a su lado, fumando un cigarrillo y observándolo.

Por fin Dan movió la cabeza lentamente y dijo:

—De acuerdo. Si eso te va a hacer sentirte mejor, estoy conforme. Pero maldita sea, Rhea, no necesito una niñera. Me las he arreglado solo desde hace mucho años y ahora...

—¡Vamos, déjalo ya, Dan! —dijo Rhea—. Me sorprendes. Imagina que me ocurriera a mí. Imagina que no pudiera caminar demasiado bien, ¿no te gustaría que alguien...? Escucha, Dan. Jerry conduce para mí porque tú..., ¿no te das cuenta?

—No es lo mismo —respondió Dan—. Tú eres sólo una cría.

—¡Oh, vamos! No soy tan niña como todo eso.

Dan pasó por alto la observación.

—Y yo estoy cerca de los cincuenta. ¡Cincuenta! ¡Dios! Cuando era un muchacho pensaba que un tipo a los *cuarenta* debía ya retirarse. ¡Cincuenta! ¡Medio siglo! ¿Te das cuenta de lo que quiero decir?

Rhea lo miró durante largo rato, estaba preocupada. No le parecía que estuviera hablando con él.

—Dan —dijo por fin—, realmente me sorprendes. El doctor Jameson me dijo que creía que tu estado mejoraría muy pronto.

—¡Médicos! ¿Y qué pasa si no mejora? ¿Me imaginas en una silla de ruedas?

Rhea no hizo más comentarios, pero aquella tarde, cuando Clinch la llevó de compras al centro de la ciudad, le dijo:

—Vigila a Dan. No lo pierdas de vista. No dejes que te engañe con sus

fanfarronerías. No se encuentra del todo bien.

Clinch asintió con la cabeza de mal humor, luego pisó el acelerador y puso el coche casi a ciento treinta kilómetros por hora, intentando que Rhea se pusiera nerviosa, pero ella pareció no darse cuenta.

Así que Clinch, sintiéndose ofendido, no perdía de vista a Dan. Lo llevaba al edificio Waverly, subía con él en el ascensor cargando su maletín, lo esperaba horas y horas en diferentes antesalas, lo conducía de vuelta a casa por la frecuentada autopista, y luego lo acompañaba hasta el ático acarreando su maletín. No observaba nada malo en Dan y eso aumentaba su resentimiento. De acuerdo, estaba cojo y le dolían los pies, pero tenía buen aspecto. Y si bien era cierto que algunos días parecía irascible y de mal humor, y no tenía deseos de hablar, otros charlaba y reía sin cesar, bromeando y contando chistes.

De hecho, a Clinch le parecía que Dan solía hablar demasiado, llegando incluso a aburrir a la gente. Esto molestaba y avergonzaba a Clinch, haciendo que su estimación hacia él fuera poco a poco disminuyendo.

Y luego estaba el asunto del socio de Dan, Al Cramer. Clinch lo veía tres o cuatro veces a la semana. Siempre estaba rodeado de tipos rastreros, que reían más fuerte los chistes malos de Al que los buenos de Dan. Tanto Al como sus hombres parecían algo más que cansados de Dan, y aunque le daban palmaditas en la espalda y le guardaban un cierto respeto, Clinch tenía la sensación de que todos ellos deseaban que Dan se fuera a casa y se quedara allí.

«Dan debe saber lo que hace —se decía Clinch—, pero si alguna vez he visto a un hombre falso, ése es Al Cramer.»

Al tenía aproximadamente la misma edad que Dan, quizá algunos años menos, pero era lo contrario que él en todos los aspectos. Aunque era tres o cuatro centímetros más alto que Dan, el cual medía un metro ochenta, algo le hacía parecer larguirucho y flaco. Mientras Dan se mostraba lleno de vida, Al parecía sin fuerzas. Su pelo era negro y lacio, su tez aceitunada, como de una oscura palidez, y sus ojos avellanados miraban cansados. Su frente estaba permanentemente arrugada, razón por la que siempre parecía preocupado y ansioso. Era afectado y vanidoso, y siempre vestía con ostentación. Tenía un bigote estrecho y alargado, recortado cuidadosamente para que cayera a medio camino entre la nariz y la boca. Pero como su labio superior era más grande de lo habitual, su apariencia era extremadamente singular.

«A él no le queda bien», murmuraba Clinch.

Dan era natural en todo lo que hacía y decía. Al parecía todo pose, adoptando una postura para cada ocasión. Clinch se preguntaba a menudo qué era lo que Dan veía en él.

Conforme pasaban los días, Clinch mantenía los oídos cada vez más abiertos,

como hacían los presos de buena conducta, y se enteraban de muchas cosas. Al era un *protégé* de Dan. Ambos se habían criado en el Distrito Diecisiete (el más conflictivo de la ciudad), que Dan aún controlaba políticamente. Y ambos habían tomado un camino difícil. Al había trabajado como estibador en los remolcadores, luego se había convertido en dirigente de uno de los sindicatos y gradualmente había llegado a un puesto ejecutivo en una de las mayores compañías de remolcadores. Se le consideraba un político muy astuto y un as en las negociaciones con los sindicatos de estibadores. Aparentemente era el hombre de confianza de Dan en todos sus asuntos: vicepresidente del Club Político del Distrito Diecisiete bajo el mandato presidencial de Dan, y su mano derecha durante las elecciones locales. En la actualidad era uno de los socios de la empresa constructora Big Bend, que realizaba cualquier tipo de obra, desde escuelas hasta autopistas. Dan lo había ayudado a entrar.

«No tiene clase —pensaba Clinch—. Es un matón bien vestido, uno de esos tipos que ves en las redadas callejeras cuando la bofia anda buscando trapicheros.»

Poco a poco Clinch empezó a oír retazos de conversaciones que le permitieron hacerse una idea de la reputación que Dan tenía entre Al y sus muchachos. «... ya no tiene influencia, como en el asunto del gran viaducto...» Estaba sentado en la antesala del despacho de Al. Dan había ido al lavabo. Era evidente que alguien estaba hablando de él en aquel despacho.

Y unos días más tarde:

—... Dan es como un enorme oso...

—... Sí, pero no tan inteligente...

Fuertes carcajadas.

Una noche, de vuelta a casa, Dan comenzó a hablar de Al.

—Los dos cumplimos una sentencia por perturbación del orden, asalto y agresión. Sólo éramos un par de jóvenes gamberros, con gana de pelea. Más tarde él tuvo problemas con algún sindicato, por dar una paliza a un esquirolo, o algo por el estilo. No sé. Nada importante. Ambos éramos unos chavales. A él solían llamarlo el Flacucho. Era demasiado débil para pelear, pero si volvías la cabeza te tiraba una piedra.

—Puedo creerlo —dijo Clinch.

Dan lo miró sorprendido.

—¡Bueno, joder! ¿Qué querías que hiciera? Un tipo tiene que luchar lo mejor que puede; eso o darse por vencido —hubo un largo silencio—. Supongo que estás intentando decirme que no te gusta Al.

—No —respondió Clinch cauteloso—. Ni siquiera lo conozco. Simplemente estaba pensando.

Varias noches más tarde, de vuelta a casa, Dan dijo:

—Pasemos por el Regent Hotel y tomemos una copa, Clinch. Rhea me las está

racionando. ¡Ella y ese maldito médico! Dos antes de la cena. Se supone que ese es mi límite, pero a mi me gusta tomar por lo menos tres.

Clinch se encogió de hombros y asintió. No era asunto suyo si Dan quería tomar una o dos copas a escondidas. Dejó la gorra de plato en el coche y con el traje azul oscuro parecía un ciudadano más, no un chófer.

El bar del hotel estaba de bote en bote. Nadie les prestaba atención. Clinch sabía que a Dan no le gustaba estar de pie y que prefería una mesa. Pero ¡joder!, no era asunto suyo. Sin embargo, apoyaba el peso de su cuerpo sobre un pie y luego sobre el otro, desconcertado y de mal humor. Todos los peces gordos se daban cita en el bar del Regent. Dan era uno de ellos. ¿Por qué no se acercaba alguien y se ocupaba de él?

Dan llamó a un camarero que pasaba a su lado, pero éste, sin detenerse, le dijo por encima del hombro:

—Le enviaré a Carl.

Carl no aparecía. Esperaron. Clinch miró disimuladamente a Dan, que tenía la cara tan roja como un ladrillo. La gente entraba y salía empujándose unos a otros. Por fin apareció Carl e hizo una ceremoniosa reverencia.

—¿Una mesa, señor Moford? No, lo siento. Están todas ocupadas. Es la hora punta.

—Pero si estoy viendo dos vacías allí detrás —dijo Dan, señalando con su bastón.

Clinch se volvió. Dan estaba ya recibiendo otro trato. ¿Por qué no se daba cuenta y dejaba las cosas como estaban?

—¿Aquéllas? —preguntó Carl—. Están reservadas, señor. Sí, señor Moford. Si no le importa esperar...

Dan se volvió de pronto y se dirigió a la salida. Un grupo de amigos entraba en aquel momento. Uno de ellos se detuvo. Era un tipo alto, tosco, de pelo y piel morena. Gesticuló insolentemente y llamó a Dan:

—¡Eh! No te vayas, camarada.

—¡Hola, Mike! —saludó Dan sin detenerse.

Mike se inclinó hacia adelante y agarró a Clinch por el brazo. Había tomado algunas copas y estaba borracho.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. Nunca te había visto antes con Dan.

Clinch se soltó de un tirón, lo miró desafiante durante un momento y luego siguió a Dan hasta el vestíbulo. Dan dio unos cuantos pasos hacia atrás, pero luego pareció cambiar de idea y dando la vuelta se dirigió a la salida.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Clinch.

—Un amigo mío —dijo Dan—. Mike Leavitt. Uno de los muchachos del Distrito Diecisiete. El tesorero o el secretario del club, algo por el estilo. Yo le proporcioné el primer trabajo importante. Ahora es el jefe de Greengold and Connelly. Un irlandés corpulento e impetuoso.

Mientras salían por la puerta, Dan dijo:

—Iba a hablar con el gerente, pero al diablo con todo este asunto.

Condujeron en silencio durante largo rato. Finalmente, como si hablara para sí, Dan dijo:

—¡Después de todo el dinero que gasté en ese maldito lugar!

Parecía desconcertado. Pero sin embargo Clinch comenzaba a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Había sido un detalle más a añadir a los anteriores. Dan comenzaba a declinar, tanto si se daba cuenta como si no. Quizá fuera la temporada que había pasado en chirona, que nunca había hecho bien a nadie. Quizá fuera su enfermedad. O quizá fuera que los muchachos comenzaban a creer que Dan llevaba demasiado tiempo en candelera. Quizá estaban cansados de recibir órdenes. Quizá Al Cramer estaba intentando deshacerse de él. Existían todas estas posibilidades. Pero cualquiera que fuese, no era buena.

Clinch miró a Dan. El hombretón estaba sentado con el bastón entre las rodillas, la cabeza inclinada hacia adelante, la barbilla apoyada en el pecho, mirando al frente con los labios apretados, en silencio, descorazonado.

Clinch se sentía nervioso, incómodo, e incluso experimentaba una ligera sensación de desprecio hacia Dan. ¿No albergaba la más mínima sospecha? Y si era así, ¿por qué? Recordó el comentario: Dan es como un enorme oso; sí, pero no tan inteligente. ¿Había algo de verdad en esa afirmación?

Clinch, sentado al volante, no dejaba de preguntárselo.

La noche anterior a la Nochebuena, Rhea le pidió a Clinch que subiera del garaje. La encontró en el estudio. Había bebido un poco, sus mejillas estaban sonrosadas y parecía más relajada que de costumbre.

¡Chico, ella sí que era una muñeca estupenda! Se quedó mirándola durante un rato, pensando. ¿Podría ser que le gustase un poquito? ¿Sería posible?

—Normalmente terminas a las siete o las siete y media, ¿no es cierto? —preguntó Rhea.

—Sí, a menos que haya algo especial.

—Mañana es Nochebuena, Jerry. Quiero que venga Lola a buscarte a la hora de costumbre y que cuando llegue subáis los dos.

Clinch quedó estupefacto. ¿Qué pretendía? ¿Por qué? Luego lo comprendió. Estaban en una época de fraternidad: paz en la tierra, buena voluntad, sermoneaba el capellán de la cárcel. Había que invitar a los sirvientes a festejarlo. No le gustaba.

—Si a usted no le importa, señora Moford... —comenzó.

En los ojos de Rhea brotó un destello de odio, luego se calmó y dijo:

—Es idea de Dan, no mía, te lo aseguro, Jerry. ¿Debo decirle que prefieres no venir?

Clinch estaba violento, maldecía para sus adentros. ¡Dejar un asunto así en manos de una mujer! La miró. Aparentemente su odio había desaparecido, e incluso creyó

ver en sus ojos una expresión de regocijo. Sintió cómo se sonrojaba. ¡Maldita sea! ¿Por qué no podía comportarse de forma natural con esta tía? De acuerdo, llevaba abrigos de visón, conducía un coche de siete mil dólares y tenía mucha pasta. Pero una tía era sólo una tía. ¿Qué otra cosa?

—De acuerdo —dijo bruscamente—. Subiremos.

—Bien, Jerry.

Se quedaron en silencio. Él la miró. Ella hizo lo mismo, pero su mirada parecía vacía, impersonal. Clinch se volvió y salió.

Lola estaba emocionada. No acababa de creer que los hubieran invitado a subir al ático.

—¡Caramba, es estupendo! —gritó—. Siempre quise ver dónde vivían. A veces, cuando estoy limpiando la casa, intento imaginarlo.

A Clinch le horrorizaba ir. Lo consideraba un tormento. Pero por fin llegó el momento y ambos subieron en el enorme ascensor y llamaron a la puerta. Jamie los invitó a entrar. Había estado probando los licores de la despensa y estaba agradablemente cargado.

Un enorme fuego ardía en el corazón de la sala. Por todas partes había llamativos adornos, incluyendo un enorme árbol de Navidad que llegaba al techo y que tenía suficientes ornamentos y luces como para cubrir una docena de árboles de tamaño normal.

Dan estaba borracho. Rhea había también bebido un poco y a Clinch no le parecía la misma. Iba de un lado para otro envuelta en una túnica negra y dorada, hablando en voz alta, excitada. Tenía la cara enrojecida y se movía nerviosa, coqueteando, actuando sin demostrar mucho sentido.

A Clinch le gustaba así y se quedó mirándola.

Lola estaba de pie con la boca abierta, atónita, pero dándose cuenta de todo, como una jovencita aturdida que se emborracha en su primera fiesta.

Cuando Jamie entró con una bandeja llena de copas, Clinch aceptó una sin vacilar y tomó un gran trago. ¡Hombre, un Tom y Jerry, y sí que estaba bueno!

Dan hablaba en voz alta, agitando los brazos. Comenzaba a tener dificultades para expresarse, y de pronto se detuvo y gritó:

—¡Diablos! Debo haber bebido demasiado. ¡Bueno, es Nochebuena!

Se inclinó para coger un puro y estuvo a punto de caer sobre la mesa, incorporándose él mismo con alguna dificultad.

Clinch lo miraba con notable desaprobación. ¿Cómo podía nadie emborracharse de esa manera? Él era capaz de beber casi indefinidamente sin mostrar el más ligero signo de embriaguez. Para Clinch un borracho baboso era un ser detestable.

Levantó la vista. Rhea lo estaba mirando. Sus ojos mostraban el mismo brillo de odio que había notado con anterioridad. ¿Habría leído en su cara lo que sentía hacia

Dan? Las tías eran muy listas. No cabía la menor duda.

Incapaz de encender su cigarro, Dan cogió una copa y la levantó.

—¡Feliz, feliz Navidad! ¡Y que Dios nos bendiga a todos!

CAPÍTULO SEIS

Nochevieja y Año Nuevo se presentaron con abundante nieve y viento. El desorden de las vacaciones iba gradualmente desapareciendo y poco a poco la gente olvidaba sus buenos propósitos, aunque Clinch aún oía por todas partes conversaciones sobre cómo «afrontar el nuevo año». Eso le hacía reír, pues era consciente de que se trataba del mismo año pero con diferente número.

La vida transcurría para él más o menos como siempre, excepto en dos aspectos. Dan bebía mucho más y comenzaba a ser un problema, y había un tipo nuevo, que se llamaba Ted, trabajando en el garaje.

No había nada en el mundo que Clinch pudiera hacer para evitar que Dan bebiera, pero el otro asunto era algo que podía controlar muy bien, pensaba él..., por lo menos al principio. Ted estaba ocupando el lugar de Ben. Ben se había marchado una noche, así sin más. La noche siguiente Ted comenzaba a trabajar. Era un tipo de estatura mediana, fornido, cabello oscuro, y unos treinta años aproximadamente. Desde el primer momento saltó a la vista que tenía una buena opinión de sí mismo y que se sentía inclinado a hablar del asunto.

Clinch no sabía muy bien cómo calificarlo. No tenía nada que ver con un mecánico corriente, pero sin embargo parecía conocer el oficio. También conocía la ciudad, lo que demostraba que no era forastero. Y, al menos según las explicaciones que daba cuando alguien estaba dispuesto a escucharlo, había trabajado en toda el área metropolitana. Cuando se quitaba la ropa de trabajo y se ponía la ropa de calle, no parecía el mismo. Sus trajes eran muy distinguidos y llevaba un sombrero italiano que debía haberle costado treinta pavos.

Los primeros días intentó hacerse amigo de Clinch, incluso lo invitó a salir y tomar una copa. Clinch rechazó la invitación de forma poco amistosa, y cuando Ted le dirigía la palabra apenas contestaba. El otro hombre, Roy, era un compañero amable y tranquilo, que escuchaba pacientemente las largas, jactanciosas y enrevesadas historias que Ted contaba. La mayoría de las veces Ted hacía alarde de su suerte en el juego y con las mujeres. Clinch había oído conversaciones de este tipo en las cárceles, y siempre ponía mala cara cuando Ted relataba tan conocidas aventuras utilizando frases gastadas. «... y ella me dijo: ‘oye, encanto...’ Pero yo le dije...»

Por otro lado, Ted siempre llevaba bastante dinero encima; y Clinch había visto ya dos veces como una pelirroja de aspecto agradable pasaba a recogerlo a la salida del trabajo en cupé dos puertas nuevo y brillante, no un Caddy ni un Lincoln, pero sí un coche lo suficientemente bueno para gustarle a cualquiera.

No todo eran fanfarronerías, desde luego.

Y había otro detalle. No se daba por vencido con respecto a Clinch. Lo intentaba todo, y finalmente Clinch se vio obligado a cambiar de vez en cuando algunas palabras con él, para evitar tensiones. ¡Vaya obstinado hijo de puta! Y sin embargo,

no es que fuera exactamente ofensivo. Parecía que sólo quería hablar y presumir.

Pero una noche fue demasiado lejos. Rhea acababa de subir en el ascensor.

—Oye, compañero —dijo Ted—. Si yo estuviera en tu lugar, me comportaría como Flynn. ¿Tú cómo te lo haces?

Clinch lo miró de arriba a abajo, luego se dirigió hacia el dos puertas, lo aparcó en la plaza designada y regresó.

—Mira, sabiendo —dijo—. Puedes fanfarronear todo lo que quieras, pero no intentes mezclarme a mí. Ocupate de tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos.

Ted parecía sorprendido. Su cara estaba a punto de explotar, pero no dijo nada. Clinch se alejó. Minutos más tarde, Ted abordó a Roy y mantuvo una larga y apasionada conversación con él, mirando a Clinch de vez en cuando.

Algunos días más tarde, Ted comenzó a acosarlo de nuevo, o al menos a intentarlo. Clinch lograba quitárselo del medio, pero Ted empezaba a preocuparle. Había algo en todo esto que no comprendía. Comenzaba a ver a Ted como un tipo que estuviera representando un papel y exagerara su actuación.

Una noche, después de cenar, Lola dijo:

—Jerry, apenas has comido nada. Creía que te gustaban los espaguetis.

—¿Es que siempre debo tener hambre? —respondió Clinch con brusquedad.

—No, no —repuso Lola rápidamente, sintiéndose preocupada y dolida por el tono de voz—. Pero...

—¡No hay peros! —estalló Clinch—. ¡Santo Dios! Vivimos como si fuéramos máquinas. Cuando estaba solo, comía cuando tenía hambre y dormía cuando tenía sueño. Ahora tengo que consultar el maldito reloj para ver si ya es la hora.

Se dejó caer en una silla y encendió un cigarrillo. Lola se quedó mirándolo con la boca ligeramente abierta.

—Jerry, ¿qué ocurre? —preguntó finalmente.

—Nada, nada.

—Quizá te vendría bien coger unas vacaciones o algo así —dijo Lola—, has estado trabajando mucho.

—Vete a fregar los platos y déjame en paz —gritó Clinch.

Lola observó su cara durante un momento y luego comenzó a quitar la mesa.

Hasta hacía poco, Clinch siempre había hecho caso de sus presentimientos. Cuando te dedicas a robar puede pasarte cualquier cosa, y en cualquier momento. Cuando te andan buscando, cualquiera puede encontrarte rápidamente, incluso de casualidad. Muchas veces, en los viejos tiempos, Clinch se levantaba a media noche y desaparecía. ¿Por qué? Sólo un presentimiento. Pero en cierta ocasión se enteró de que habían ido a buscarlo apenas media hora después de que se hubiera marchado.

Ahora tenía el mismo presentimiento. Pero ¿por qué? ¿Por qué? No corría ningún tipo de peligro. ¿Cómo podría correrlo?

Se levantó y comenzó a pasear por la habitación. Por un momento sus ojos se encontraron con los de Lola, que lo miraba fijamente desde el otro lado del biombo.

Intentando calmarse, se sentó y comenzó a leer el periódico de la tarde. Pero le resultaba imposible concentrarse. Las letras se desdibujaban ante sus ojos. Se levantó y comenzó a pasear de nuevo.

—¿Seguro que te encuentras bien, Jerry? —preguntó Lola, incapaz de mantener la boca cerrada.

Clinch estalló. Estuvo gritando a Lola durante cinco minutos, diciéndole que estaba harto de su forma de vida, harto del trabajo diario, de la gorra de plato, de la grasa y la suciedad..., harto..., sumamente harto y cansado.

Lola se tiró en la cama llorando y se quedó tumbada mirando el techo, sintiéndose perdida, confusa.

A las nueve de la mañana siguiente, Clinch había levantado el enorme cupé dos puertas con el gato y se disponía a cambiarle las ruedas para que se fueran gastando uniformemente. De pronto levantó la vista. Ted estaba apoyado en una columna, observándolo.

—¡Hola! —dijo.

—¡Hola! —respondió Clinch.

¿A qué se dedicaba este tipo? No era un poli. Clinch podía oler a un policía a un kilómetro de distancia. Tampoco era un matón, de eso estaba seguro. ¿Qué era entonces?

Tras darle vueltas y vueltas en la cabeza, hora tras hora, Clinch comenzó a preguntarse por qué se sentía tan indefenso, tan desvalido.

«Necesito una pistola», se dijo de pronto. Y una vez tomada esa decisión, no se paró a analizar tan precipitada determinación, sino que inmediatamente comenzó a calcular cómo podía conseguir una. No era fácil para un ex-presidiario que no conocía la ciudad; es decir, no era fácil sin levantar sospechas o dar pie a comentarios.

Finalmente tuvo una idea. ¿Por qué no un arma con licencia para llevar en el coche?

Aquella mañana, camino de la ciudad, Dan parecía más animado que de costumbre, aunque podía deberse, pensó Clinch, a que ya hubiera tomado uno o dos tragos. Dan solía beber bastante ahora, incluso antes del almuerzo.

Sí, Dan parecía de muy buen humor, así que Clinch decidió sacar a colación el asunto de la pistola. Pero le resultaba difícil. ¿Qué pensaría Dan? ¿Se limitaría a reír? ¿Se enfadaría? Clinch se agitaba nervioso en su asiento, mientras avanzaban por la autopista y los altos edificios del centro de la ciudad comenzaban a surgir delante de ellos.

—Dan... —comenzó Clinch.

Pero cuando Dan se volvió y lo miró inquisitivo, se echó atrás. ¡Joder! Era una idea completamente estúpida. Podía imaginarse a Dan diciendo:

«¿Una pistola? ¿Para llevar en el coche? ¿Y para qué?»

—¿Sí, Clinch? —dijo Dan.

Clinch tragó saliva.

—Estaba pensando... que tendría que echar un vistazo a la ranchera. En la temporada de frío nunca se utiliza, y necesita un buen lavado y una mano de cera.

Dan lo miró desconcertado.

—De acuerdo, Clinch. Eso es asunto tuyo.

—Bueno, creo —continuó Clinch, con poca convicción—, que el maletero está lleno de trastos desde Dios sabe cuándo y que habría que sacarlo todo y seleccionarlo, guardando algunas cosas y...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Dan impaciente—. Haz lo que te parezca más apropiado.

—Está bien, Dan.

Clinch se sentía más y más incómodo conforme se iban acercando a la ciudad. Dan no dejaba de mirarlo, sin duda preguntándose qué demonios le ocurría.

Al día siguiente, Clinch se dio cuenta de que tenía que llevar a cabo la mentira que le había contado a Dan, así que se puso a trabajar en la ranchera. El maletero estaba lleno de todo tipo de cachivaches: aparejos de pesca, cestas de la merienda, raquetas de tenis, enormes termos, botas, chalecos de pesca. Clinch lo sacó todo, sudando y maldiciendo.

«¿Cómo podría caber todo esto en un espacio tan pequeño?», se decía, cuando de pronto descubrió algo que le sobresaltó de tal manera que se quedó paralizado, con la mano suspendida en el aire durante un momento, al igual que un perro de caza sobre la pista. Oculto en una esquina del maletero había un revólver del 45 metido en una funda, y junto a él una grasienta caja de cartón llena de munición.

Clinch vaciló y miró a su alrededor lentamente. Roy estaba enfrente dando brillo a un coche. Ted no parecía encontrarse por allí. Pero evitando correr riesgos, Clinch retiró la mano y comenzó a sacar algunos cachivaches y a apilarlos en una carretilla, que colocó al lado del automóvil. Ted estaba apoyado en la pared, un coche más allá, fumando un cigarrillo y observando a Clinch.

—¡Hola! —dijo.

—¡Hola! —respondió Clinch.

—¡Chico, ese coche si que estaba cargado! —exclamó Ted riéndose—. ¡Vaya montón!

—Sí —dijo Clinch.

Ted holgazaneó por el garaje un rato más, mientras Clinch, con una lentitud exasperante, se entretenía en trabajos sin importancia, esperando a que por fin se marchara. Cuando Ted salió a almorzar, sacó rápidamente el revólver y la munición, lo envolvió en uno de los monos sucios y lo metió en la bolsa que llevaba a casa para

lavar una o dos veces por semana.

«Necesito un trago», se dijo, mientras se enjugaba el sudor de la cara y se sentaba en un banco.

—¿Qué te pasa? ¿Cansado? —le preguntó Roy.

—Sí —dijo Clinch—. Hace mucho calor para esta época del año.

Roy se acercó y se quedó de pie delante de él.

—¿Te contó Ted las novedades? —dijo.

—No lo sé —respondió Clinch cansado—. Cuando me habla no le hago caso.

—Se marcha. Esta noche.

Clinch se sobresaltó ligeramente.

—¿Se marcha?

—Sí —dijo Roy—. Mañana tendremos a otro nuevo.

Clinch caminaba de vuelta a casa llevando la pesada bolsa de la ropa sucia. Se sentía desconcertado y confuso. El hallazgo del revólver lo había considerado como un tipo de indicio; era una sensación muy vaga, pero así era como la sentía. Había mentido a Dan en cuanto a la ranchera y luego se había visto obligado a llevar a cabo la mentira. Y ahora..., bueno, allí estaba el revólver, esperándolo. ¿Qué explicación tenía? ¿Pura casualidad? Clinch no creía que lo fuera, aunque nunca lo habría admitido delante de nadie.

Pero..., por otro lado..., Ted se marchaba. Nada parecía tener sentido.

«Quizá sea yo —se dijo—. Quizá sea culpa de la última temporada que pasé en chirona —de pronto se acordó del psiquiatra, el doctor Gerem, y rió socarronamente—. Sí, debe ser eso.»

Sabía que no tenía sentido intentar ocultarle a Lola el revólver, así que le mintió.

—Dan cree que es una buena idea que lo lleve —dijo—, cuando tengamos que hacer viajes largos. A la gente siempre la están atracando.

—Sí —dijo Lola, mirando el revólver con aversión y miedo—. Especialmente a los ricos. Pero Jerry..., por favor..., guárdalo y no me digas en dónde está.

—¿Que no te diga en dónde está? —gritó Clinch de mal humor—. En esta caja..., y mira, la meto en este cajón de aquí y me llevo la llave. Así no hay forma de que lo encuentres por casualidad, y no se va a disparar a través del cajón.

—No me gusta tener aquí ese arma —dijo Lola—. En cierta ocasión vi como a un niño se le disparaba un rifle del calibre 22 que se suponía estaba descargado. Desde entonces me dan muchísimo miedo.

—¡Ya! —respondió Clinch con vaguedad.

El tipo nuevo que llegó al garaje era un hombre de apariencia extraña, de unos cuarenta años y escasa estatura, que apenas decía una palabra y sólo se ocupaba de sus propios asuntos. Se llamaba Harry. Había servido en la Marina durante la Segunda Guerra Mundial y tenía ambos brazos profusamente tatuados. Acostumbraba

a llevar su almuerzo en una pequeña fiambarrera negra de cartón y generalmente consistía en un plátano demasiado maduro, una manzana y un tallo de apio. Tan pronto como el reloj señalaba el mediodía, se retiraba a un rincón y se ponía a masticar tranquilamente durante unos quince minutos, para después volver al trabajo.

—Después de tanta fanfarronería, esto es una especie de alivio —Roy le hizo notar a Clinch cierto día.

Clinch asintió con la cabeza. Harry le parecía un buen tipo. No le hacía sentirse incómodo en lo más mínimo. Tan sólo había una cosa sorprendente en Harry. A este hombrecillo taciturno, de aspecto inofensivo, le gustaba empapelar el interior de su taquilla con fotografías de atractivas mujeres, con imágenes de seductoras mujeres escasas de ropa.

—Me está echando a perder —dijo un día Roy—. Miro esas fotos, luego voy a casa y pego a mi mujer.

Pero las fotografías de esas atractivas mujeres no perturbaban a Clinch en lo más mínimo. Él también había estado en la Marina, y allí ese tipo de fotos era algo normal.

CAPÍTULO SIETE

Dan estaba más borracho de lo que parecía y Rhea lo sabía.

—De acuerdo, Dan, si quieres jugar una partida, ¿por qué no llamas a alguno de los muchachos, a Al Cramer, a Mike, a cualquiera que te apetezca? Haré que Cleo os prepare algo de picar y yo desapareceré.

Dan la miró en silencio largo rato y luego preguntó:

—¿Qué hora es?

—Son casi las diez.

—Aún es demasiado temprano —dijo, luego se sentó enfrente de la chimenea y encendió un cigarro.

—¿Qué quieres decir con que es demasiado temprano, Dan? —preguntó Rhea—. En todo caso es demasiado tarde. Los muchachos habrán salido o estarán a punto de acostarse.

Dan movió la cabeza impaciente.

—Es demasiado temprano para enterarse si hay partida —explicó—. No se localiza a nadie por teléfono hasta las once. ¿Qué día es hoy? —preguntó de pronto.

—Es viernes, Dan —respondió Rhea pacientemente.

—¡Cielos! Eso es lo que creía —dijo Dan—. Viernes, sábados y domingos, esas eran las noches.

Rhea lo miró y luego dijo:

—Pero no comprendo qué quieres decir.

Dan se rió.

—¿Quieres saberlo, cielo? De acuerdo, escucha. He estado alejado de esas grandes partidas desde que nos casamos, desde que estuve en la cárcel, desde que volví. No sé, no me apetecía. Ahora me gustaría intentarlo de nuevo, tengo un presentimiento.

—¿Qué partidas, Dan? ¿De qué estás hablando?

—Oh, no importa —contestó Dan dulcemente.

Hubo un largo silencio, luego Rhea dijo:

—Así que no puedes localizar a nadie por teléfono hasta las once.

—Eso es —respondió Dan, luego se le cayó el cigarro y al intentar recogerlo casi resbaló de la silla.

Rhea fingió no darse cuenta.

—Bueno, entonces lo mejor será que descanses. Yo creo que me voy a poner el pijama.

Dan agitó el recuperado cigarro.

—De acuerdo, nena, de acuerdo.

Clinch y Lola estaban a punto de desvestirse y meterse en la cama, cuando

llamaron a la puerta. Clinch se sobresaltó ligeramente, pero enseguida se calmó y gritó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Frank, de la droguería. ¿Puedes bajar y ponerte al teléfono, Jerry?

—Claro —gritó Clinch—. ¿Quién me llama?

—Creo que es la mujer de tu jefe, la señora Moford, ¿no es cierto?

—Sí —gritó Clinch—. Enseguida bajo.

Se sentía muy nervioso e inquieto. No sabía qué pensar. Lola no dejaba de mirarlo, también nerviosa.

—Algo malo debe de haber sucedido —dijo ella en voz baja.

Clinch no respondió, pero bajó corriendo a la droguería, que comenzaba a cerrar. Todas las luces estaban apagadas excepto una bombilla de azulada luz mortecina situada en la parte trasera de la tienda, que permanecía encendida durante toda la noche. Esa tenebrosa iluminación producía en Clinch, mientras hablaba por teléfono con Rhea, la sensación de estar en una pesadilla.

—Siento tener que pedirte esto, Jerry —dijo Rhea—. Sé que has estado trabajando todo el día, pero estoy segura que tiene pensado salir y si yo insisto en llevarlo, bueno..., nos pelearíamos. Y por supuesto, él no puede hacerlo. ¿Podrías acercarte por aquí?

—Estaré ahí tan pronto como pueda —contestó Clinch secamente, al tiempo que pensaba: «Hazle a un tipo un regalo de Navidad, sé amable con él, y luego oblígalo a trabajar como un burro —rió socarronamente para sus adentros—. Y yo solía preguntarme cuáles eran sus intenciones. ¡Joder! Necesita una enfermera... y yo hago ese papel.»

Sin embargo, las cosas podrían haber ido peor. A través del teléfono, la voz de la atractiva Rhea había sonado muy amistosa, sumamente amistosa.

Lola lo estaba esperando al lado de la puerta abierta. Clinch le explicó lo que tenía que hacer, luego cerró la puerta tras ellos, sacó el revólver, lo cargó, colocó la pistolera en el cinturón al estilo de la policía, y se puso una cazadora amplia y larga.

—¡Pero Jerry, el uniforme! —gritó Lola, mirando el revólver con los ojos muy abiertos, aterrorizada—. Si vas a llevar al señor Moford esta noche, tendrás...

—Sólo voy a acercarme por allí —explicó enfadado.

—Pero el revólver, Jerry, ¿por qué coges...?

—Quizá estemos fuera hasta tarde —dijo Clinch, luego dio la vuelta y salió apresuradamente, cerrando la puerta de golpe.

Lola pudo oír sus pisadas bajando la escalera exterior...; luego, silencio. Se volvió y cerró la puerta con llave, después se sentó y encendió la radio. Ya no estaba acostumbrada a estar sola, a pesar de lo mucho que había estado durante aquellos días vacíos, antes de conocer a Clinch. Se notaba nerviosa y asustada.

—¡Dios! —dijo a media voz—, espero que no pase nada malo. Pero últimamente Jerry...

Dan salió corriendo del ascensor. Clinch se dio cuenta de que estaba bastante borracho. Dan rió aun más fuerte cuando vio a Clinch apoyado en el cupé dos puertas, fumando un cigarrillo.

—Dio la casualidad de que pasabas por aquí —dijo Dan—, y decidiste entrar, ¿no es cierto?

—Así es, Dan —contestó Clinch.

—No sé que voy a hacer con esa mujer —dijo Dan—. Si continúa a mi lado mucho más tiempo, se va a convertir en un ser imprescindible, y entonces, ¿qué haría yo si le ocurriese algo? A propósito —preguntó de pronto—, ¿qué te parece mi inglés de clases nocturnas? Indispensable. Cuando me emborracho, hablo así.

—¿Iba a clases nocturnas? —preguntó Clinch.

—¡Claro que iba! —dijo Dan—. Mi viejo era un ignorante hijo de puta, y mi vieja no sabía hablar inglés.

Clinch se quedó sorprendido.

—¿No sabía hablar inglés?

—Era húngara, por el amor de Dios —dijo Dan—. Y mi viejo era de origen croata, pero incluso su abuelo había nacido ya en este país. Tengo que hacer una llamada telefónica.

Harry estaba de vigilante nocturno; preparándose para ir a casa, en realidad. Después de las once y media no quedaba nadie por allí, y Harry, con su característica tranquilidad, estaba recogiendo sus cosas. Clinch se sentía contentísimo con que Ted no anduviera por allí, riéndose sarcásticamente y más tarde haciendo comentarios. En su opinión, un tipo como Dan no debía mostrarse borracho en público.

—Toma —dijo Dan, arrojando a Clinch una pequeña agenda negra de direcciones—. En la primera página, debajo de «juego». Es el número más fácil del mundo, pero no puedo recordarlo.

—River 2-1000 —leyó Clinch.

—¿Te das cuenta? —dijo Dan—. Hasta un retrasado mental podría recordarlo.

Se dirigió hacia el teléfono instalado en una de las columnas y marcó el número. Clinch se acercó, todavía llevando la pequeña agenda.

—¿Oiga, River 2-1000? —preguntó Dan—. Aquí un amigo de Al, ¿hay partida esta noche? ¿En dónde? De acuerdo, gracias —colgó el auricular y se volvió hacia Clinch—. ¡Vámonos!

—Aquí tiene, Dan —dijo Clinch, devolviéndole la agenda.

—Métela en tu bolsillo. Guárdamela —dijo Dan, balanceándose peligrosamente.

Una vez en el coche, Dan le explicó qué tipo de partida era.

—La más importante del Medio Oeste. Dos, tres veces por semana. De las que distinguen a los hombres de los que no lo son.

—¿Quién la controla? —preguntó Clinch.

—Al Cramer. Bueno, no es que la controle exactamente, la organiza. Para los muchachos es una ventaja.

«¡Ya lo creo!», pensó Clinch.

—Ese número que aparece en la guía telefónica —le explicó Dan—. Y además hay que saber qué hora es buena para llamar. Alrededor de las once de la noche, los viernes, sábados y domingos. De otra forma, nadie te contestará.

—¿Cada noche cambia de sitio? —preguntó Clinch.

—No exactamente, hay sólo dos lugares. Un enorme garaje y la trastienda de una sala de billares. Esta noche es en el garaje. Es necesario conocer los dos lugares, pues nadie te va a indicar la dirección. Se está o no se está en el ajo; es una forma de mantener alejados a los atracadores.

—Y a la bofia —dijo Clinch.

Dan rió a carcajadas.

—¿A la bofia? ¿Quién se preocupa de la bofia? No. Hace unos cinco años entraron dos tipos armados y limpiaron el juego. Todavía hoy nadie sabe de dónde vinieron ni a dónde fueron. Así que desde entonces Al y los muchachos se han vuelto muy precavidos.

—Debió haber sido un buen botín —dijo Clinch.

—Lo fue —confirmó Dan—. Y ni siquiera se denunció a la policía. Un par de tipos listos y afortunados.

—Sí —dijo Clinch—. Pero me imagino que alguien les haría frente, Dan.

—No —respondió Dan—, no en aquel momento. Entonces éramos muy descuidados. Simplemente ocurrió. Ahora sería imposible.

Dan le indicó a Clinch el camino. Cruzaron el enorme puente de la calle Kosciusko hacia la orilla occidental del río y al llegar al River Boulevard se dirigieron al sur, en donde el tráfico comenzaba a disminuir, pues ya eran más de las once. A su izquierda corría el río, a su derecha se alzaban grandes bloques de apartamentos, cuyo aspecto era cada vez más pobre conforme se iban acercando al sur. Luego ya no aparecieron más edificios de apartamentos, sino almacenes, bares, cantinas y finalmente pequeñas naves industriales y amplios depósitos de mercancías. La iluminación de las calles era aquí más débil y apenas había tráfico.

El bulevar se estrechaba hasta quedar reducido a una única calle. Por todas partes se veían raíles, aunque no había ningún tren a la vista. De pronto varias luces rojas comenzaron a parpadear al fondo de la calle, en un paso a nivel. Clinch redujo la velocidad e intentó distinguir qué era lo que se acercaba.

—Será mejor que te detengas —dijo Dan—. Es el interurbano. Acostumbraba a cogerlo cuando iba al sur de la ciudad a ver a mi madre.

Se bajó una barrera. Clinch frenó en seco, al tiempo que se oyó un grave silbido.

—¡Qué diablos de sitio para un paso a nivel! —murmuró nervioso.

—Sí —dijo Dan—. Es la esquina de los suicidas.

A su izquierda, una enorme draga estaba trabajando en el río con gran ruido de maquinaria y traqueteo de bombas. La cubierta superior estaba profusamente iluminada por un arco de pálida luz azulada, y Clinch pudo ver a varios hombres en ropa de faena trajinando alrededor de la enorme estructura.

El interurbano cruzó a toda velocidad el paso a nivel, tambaleándose pesadamente. Sonaron las campanas, se apagaron las luces rojas parpadeantes y la barrera comenzó a elevarse lentamente. Otros tres coches estaban esperando, todos eran muy viejos y usados. Clinch notó como un par de tipos miraban a Dan y a su coche desde un dos plazas negro. Quizá era sólo envidia; el tipo de envidia que a menudo él mismo había sentido cuando veía una escena como ésta: chófer, un pez gordo, un coche de siete mil dólares..., sobre todo cuando andaba mal de pasta y se preguntaba cómo podría comer y pagar el alquiler de la habitación. Sí, probablemente era eso, envidia, odio. De todas formas, se alegró de haber llevado el revólver.

Cuando la barrera se levantó por completo, Clinch arrancó como si hubiera salido disparado por la boca de un cañón, y en cosa de dos o tres manzanas dejó a los otros tres coches muy atrás.

—¡Qué diablos! —exclamó Dan dulcemente—. ¡Yo no veo ningún fuego!

Clinch redujo la velocidad, pero no hizo ningún comentario. Después de un breve silencio, Dan dijo:

—Gira a la derecha en la calle Setenta y Seis, luego tuerce de nuevo a la derecha al llegar a Avalon.

En la calle Setenta y Seis las farolas escaseaban y la luz era más débil. En Avalon había tan sólo algunas lámparas, reliquias del pasado. Era un barrio de naves industriales, almacenes y garajes. Y aunque se veían algunos débiles focos de luz aquí y allá, parecía que no había un alma. Un profundo silencio se cernía por todo el barrio.

—Por ese callejón —dijo Dan—. Eso es. Ahora todo recto.

Recorrieron casi una manzana por una callejuela amplia y pavimentada, hasta que a su derecha comenzó a perfilarse una enorme estructura de hormigón similar a un almacén. Había tan sólo una luz encendida: una bombilla desnuda de escasa potencia que colgaba en la fachada del edificio. Pero según se iban acercando, Clinch pudo ver un pálido rayo de luz atravesando la callejuela. Aparentemente procedía de la puerta medio abierta de un enorme almacén.

—Ya hemos llegado —dijo Dan—. El aparcamiento está ahí a la derecha.

Clinch entró en el oscuro aparcamiento cruzando en diagonal la callejuela que conducía a la puerta del enorme almacén. Mientras aparcaba el coche, se fijó en la media docena de automóviles que había allí, todos grandes y lujosos.

Cruzaron la callejuela uno al lado del otro. El bastón de Dan resonaba sobre el pavimento. Un enorme letrero pintado ocupaba la parte superior del descomunal

edificio: TRANSTATE TRUCKING CO.

Atravesaron la puerta medio abierta, la cual se alzaba unos cinco o seis metros por encima de ellos. El espacio interior era muy amplio, con una acústica como de piscina. En el otro extremo había varios camiones de gran tamaño. Escasos puntos de pálida luz aparecieron aquí y allá. Desde algún lugar fuera de la vista llegaba un sonido metálico, seguido de ruidos agudos, como si alguien estuviera sacando largos clavos de un tablón. El amplio espacio de cemento aumentaba tantas veces el sonido que a Clinch le dañaba los oídos.

—Entremos —dijo Dan—. Hay que subir esa escalera.

Una escalera larga y estrecha, de peldaños de cemento, con un descansillo y una barandilla de metal conducía a una especie de altillo que parecía precariamente suspendido sobre el amplio piso inferior. En ese altillo se encontraban las oficinas y las habitaciones de almacenaje más pequeñas.

Mientras subían, un hombre vestido con ropa de faena pasó por debajo de ellos y luego desapareció tras el saliente de una pared, en dirección al ruido metálico. Clinch apenas pudo fijarse en él, pues al ayudar a Dan a subir aquellas escabrosas escaleras no había prestado atención a nada más. Sin embargo, tuvo la desagradable y vaga sensación de que el tipo del mono le resultaba familiar, una especie de intuición. Pero en aquel momento Dan tropezó y estuvo a punto de caer, y Clinch, sudando asustado, lo agarró y lo sujetó con fuerza, mientras Dan maldecía enfadado al tiempo que se incorporaba lentamente.

—Voy a tener que quedarme en casa, maldita sea —gritó—. Acabaré yendo a un asilo de ancianos.

—Chico —dijo Clinch—, estas escaleras son realmente difíciles.

Había olvidado todo lo referente al tipo del mono.

La puerta de acceso a la sala de juego estaba abierta de par en par y por ella salían espesas nubes de humo azulado que se extendían lentamente por el amplio garaje, alzándose luego hacia el alto techo. Dan entró seguido de Clinch, que no dejaba de mirar a su alrededor con desconfianza. El resto del tiempo, la enorme sala era utilizada por oficinistas y expedidores. Todos los escritorios estaban apilados contra una pared, y una amplia mesa rectangular, cubierta con un tapete verde, ocupaba la mitad de la sala. A su alrededor se apiñaba aproximadamente una docena de hombres; la mayoría tenía delante varios montones de billetes grandes. Todos ellos llevaban sombrero.

—¡Hola, Dan! —exclamó Al Cramer, que estaba apoyado contra una pared, fumando un cigarro—. Bueno, forastero, ¿qué te trae por aquí? ¡Eh, muchachos! ¿Qué os parece *esto*?

Los hombres sentados a la mesa levantaron la cabeza de mala gana, molestos por la interrupción.

—¡Hola! —dijeron, luego volvieron a los dados.

Nadie le prestó atención a Clinch. Retrocedió hasta un rincón alejado, se apoyó

contra la pared, encendió un cigarrillo y se puso a observar. Aparte de Al Cramer, nunca había visto antes a ninguno de aquellos hombres. La mayoría parecían prósperos hombres de negocios. Todos excepto dos eran de media edad, y esos dos, pensó Clinch, eran un par de matones, elegantemente vestidos, educados, refinados, pero matones al fin y al cabo. Los observó. Uno parecía italiano; el otro Dios sabía qué, quizá irlandés. Tenían unos treinta años, vestían trajes bien cortados y guardaban silencio, absortos en el juego.

No estaban desde luego en un casino. Era una partida improvisada, como solían llamarlas los muchachos en la Marina. No había comisión, ni juez de mesa. Cada uno se ocupaba de sí mismo. ¡Y de qué manera! Clinch calculó para sus adentros la cuantía de las apuestas. ¡Cielo santo! Se necesitaría la casa de la moneda para desbancar el juego.

El matón italiano apostó mil quinientos y ni siquiera se quitó el cigarrillo de la boca.

Había poca conversación.

El tiempo pasaba lentamente. Clinch continuaba de pie observando la partida, aunque apenas escuchaba y de vez en cuando perdía por completo el transcurso del juego.

—Dinero en abundancia, ¿verdad? —dijo una voz a su lado. Clinch se sobresaltó ligeramente. Era Al Cramer, con su frente arrugada y su fino bigote. Sonreía amigablemente.

—Sí —respondió Clinch.

—Es agradable ver a Dan por aquí —dijo Al—. Desde que se casó con la espléndida Rhea Williams no lo hemos visto mucho por la noche. En realidad, ha estado alejado del juego durante años. Y parece que le va muy bien. Un tipo afortunado, este Dan, y un gran muchacho.

Clinch cambió de postura, incómodo.

—Sí —respondió.

—Lo conozco desde hace años —continuó Al—. En realidad, fue mi primer amigo. Fuimos juntos a la escuela, a la escuela primaria, en el viejo Distrito Diecisiete.

Parecía que estaba intentando venderse a sí mismo, pensó Clinch, pero ¿por qué?

—¿Quieres sentarte? —le preguntó Al—. ¿Por qué no te acercas y te sientas encima de uno de esos escritorios? Te resultará menos pesado. Esto debe ser condenadamente aburrido para ti.

—Gracias —contestó Clinch, luego se volvió, cruzó la habitación y se sentó encima de una mesa.

La sala estaba ahora llena de humo. Los peces gordos jugaban en silencio, excepto para decir lo necesario.

Clinch permanecía sentado observando cómo el dinero cambiaba de manos. ¡Joder! Esos tipos manejaban el dinero como si se tratara de confeti.

La partida terminó a las cuatro menos cuarto. Dan se despidió riendo amigablemente y le dio la mano a aquellos que estaban más cerca de él, luego se volvió y salió del local, seguido por Clinch y Al Cramer.

Al llegar al descansillo, Al cogió a Dan por el brazo.

—No te mantengas tanto tiempo alejado del juego —dijo riendo—. Estos tipos nuevos necesitan una lección de vez en cuando.

Dan se rió y le dio una palmadita amistosa en la espalda.

—Te veré el lunes, Al.

—¿El lunes? —preguntó Al desconcertado.

—¿Estás bromeando? Es el día de la votación en el club, ¿no es así?

—¡Oh! —exclamó Al—. No sabía que ibas a ir, amigo. Todo parece marchar sin novedad, ¿para qué preocuparte tú de eso?

—Iré —dijo Dan—. No he faltado desde hace muchos años. Debo mirar por mis intereses, ¿no crees?

—Tienes muchos amigos, Dan. Tú lo sabes.

—De todas formas... —comenzó a decir Dan, luego se detuvo y se volvió hacia Clinch—. Vámonos. Volvamos a casa. Es tan tarde que Rhea puede haber estado llamando a la policía.

Clinch se limitó a asentir con la cabeza y se dispuso a ayudar a Dan a bajar las escaleras. Dan se volvió y gritó:

—No les ganes mucho, ¿eh, Al?

—Los dejaré limpios, los dejaré limpios —respondió Al, riendo y diciendo adiós con la mano.

Clinch y Dan comenzaron a bajar las escaleras en silencio. Era una tarea difícil, mucho más que subir las. Ya cerca de los últimos peldaños, Dan dijo:

—Seguro que fue un arquitecto municipal el que diseñó esta escalera, el cuñado en paro de algún concejal. O algún tipo especialista en reparar chimeneas.

Clinch consiguió por fin que llegara abajo. Los muchachos parecían divertirse observando la escena desde el descansillo. Clinch se sintió molesto, humillado. ¡Maldita sea! ¡Él no era una enfermera!

—Bueno —dijo Dan mientras salían por la enorme puerta—. Tenía el presentimiento de que ésta sería una buena noche. Rhea pensó que me había vuelto loco —rió a carcajadas y le dio a Clinch una palmadita en el hombro.

En el descansillo al lado de la sala de juego, Emilio, uno de los tipos jóvenes a quienes Clinch había calificado de matones, llevó a Al aparte y le preguntó:

—¿Quién era el tipo que estaba con el Gran Dan?

—Su chófer. Acompaña a Dan a todas partes desde que tuvo la sífilis o algo por el estilo.

—Iba armado —dijo Emilio.

—¡No! ¡Estás bromeando! —exclamó Al.

Emilio se volvió y llamó a su amigo, Bernie.

—Cuéntaselo —dijo.

—Llevaba un revólver —dijo Bernie, empujando hacia atrás el sombrero y frunciendo su cara de barbilla prominente y nariz respingona.

—¡No! —dijo Al escéptico.

—Yo lo vi —insistió Bernie—. ¿Qué opinas?

Al se llevó pensativo las manos a la cara.

—No lo sé. Si realmente lo viste..., bueno, cuando Dan sale por la noche le gusta llevar un gran fajo de billetes, y ya sabéis lo que ocurre.

Hubo un breve silencio. Emilio miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más lo estaba escuchando, luego dijo:

—Está acabado, Al. ¿Comprendes? Ya no puede continuar por más tiempo y tú lo sabes. La temporada que pasó en chirona lo marcó, y los tipos importantes temen verse entre rejas. Es un alma perdida.

Al miró solemnemente a Emilio y a Bernie, luego dijo:

—Dan Moford es mi mejor amigo.

Hubo un largo silencio mientras Emilio y Bernie observaban la expresión de Al, luego Emilio dijo dulcemente:

—Claro, claro, ya lo sabemos.

Después se volvió y Bernie lo siguió escaleras abajo.

La quietud que precede al amanecer se cernía sobre la gran ciudad, mientras Clinch y Dan conducían de vuelta a casa a lo largo del River Boulevard. Incluso el ancho río parecía dormido, cubierto por una neblina azulada, semejante a una colcha sobre la que se reflejaran las luces lejanas y solitarias de la otra orilla.

Dan aún se reía entre dientes. En apariencia se sentía muy bien, pensó Clinch, realmente bien, pues no había vuelto a tomar una copa desde que dejaron el garaje de Crosley Arms.

Clinch se sobresaltó ligeramente. Dan le estaba ofreciendo algo.

—Aquí tienes —dijo Dan—. He guardado esto en el bolsillo del chaleco para ti. Cógelo.

Clinch cogió el billete que Dan le ofrecía. Estaba a punto de guardarlo en el bolsillo de la camisa, cuando pudo verlo gracias a la luz del salpicadero. Casi perdió el control del volante.

—¡Dan! —gritó—. ¡Es un billete de quinientos dólares!

—Lo sé, lo sé —contestó Dan—. Cuando el dinero comenzó a rodar, separé este billete para ti. Un tipo que pasa toda la noche de pie después de haber trabajado durante todo el día..., qué diablos, debe recibir algo.

—¡Cielo Santo, gracias! —exclamó Clinch—. ¿Pero qué voy a hacer con todo este dinero? En cuanto intente cambiarlo, llamarán a la policía.

—Guárdalo —dijo Dan—. Te lo cambiaré más tarde —comenzó a reír de nuevo, golpeando el suelo del coche con el bastón—. Les gané cinco de los grandes, Clinch, cinco de los grandes.

—¿En efectivo? ¿Quiere decir que todo ese dinero está en el coche? —gritó Clinch.

—Claro —respondió Dan despreocupado.

—¡Vámonos a casa!

Dan rió a carcajadas mientras Clinch pisaba el acelerador.

Clinch acompañó a Dan en el ascensor. Mientras subían Dan le cambió el billete de quinientos dólares. En silencio, Clinch observó atónito cómo manoseaba un fajo de billetes capaz de parar un tren.

Por su cabeza pasaron vagos y deshonestos pensamientos. El fajo: Dan simplemente lo malgastaría. La huida: una nueva vida en algún otro lugar, sin tener que trabajar, sin sentir la rutina diaria, sin Lola, sin jefe. La libertad, sencillamente la libertad.

—Aquí tienes —dijo Dan—. Y gracias, muchacho.

Apretando los labios, resistiendo la tentación sin ni siquiera reconocerla como tal, Clinch caminó con Dan hasta la puerta del apartamento. Mientras Dan buscaba las llaves torpemente, la puerta se abrió desde el interior y apareció Rhea. Aparentemente estaba un poco nerviosa y excitada, no acicalada como de costumbre, con su sedoso pelo rubio todo revuelto y sus grandes ojos como asustados. ¡Diablos! Esa mujer siempre estaba bella, condenadamente bella, se dijo Clinch.

Dan pegó un grito y la atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza.

—Rompí el hechizo, nena, lo rompí. Quizá fue una corazonada de borracho, pero... ¡Espera hasta que veas la pasta!

Por encima del hombro de Dan, Rhea le daba a Clinch las gracias con los ojos. Su mirada era dulce, condescendiente. El corazón de Clinch comenzó a latir más deprisa. ¡Qué muñeca! Clinch dio la vuelta repentinamente.

—Gracias, Jerry —gritó Dan volviéndose—. Muchas gracias.

Se cerró la puerta. Clinch se volvió y la miró, luego se dirigió lentamente hacia el ascensor. Nunca la había visto así antes, toda dulzura, como indefensa.

«Puede ser mía —se dijo—. Puede ser mía.»

Cuando Clinch regresó al garaje, aparcó el cupé dos puertas en su plaza correspondiente, luego se bajó y se dirigió hacia la puerta abierta. Sus pisadas resonaban en el enorme garaje, desierto y mal iluminado. El profundo silencio le inquietó.

«Por las noches debería haber alguien vigilando por aquí —murmuró—.

Cualquiera podría esconderse y acechar a estos tipos ricos.»

Mientras subía la rampa y se dirigía hacia su apartamento, una luz débil y grisácea comenzaba a envolver las calles.

CAPÍTULO OCHO

A la mañana siguiente, cuando se estaba vistiendo para ir a trabajar, Clinch encontró la pequeña agenda negra de Dan en el bolsillo de la camisa que había utilizado la noche anterior. Sin decir nada a Lola, entró en el cuarto de baño con la intención de inspeccionarla.

Estaba llena de direcciones y números de teléfono con pequeñas iniciales escritas encima. Una decía: «Al-Shattuck-Ard. 7-2328», pero estaba tachada con lápiz y encima había otro número casi ilegible: «Ard. 7-7756», y a continuación una nota, «disc». Clinch continuó pasando las páginas y encontró otra referencia a Al: «Cl. pr. La. 1-7134-AL». Se rascó la cabeza sin comprender y luego se dio por vencido.

«¿Qué estás haciendo? —se preguntó a sí mismo irritado—. Es la agenda de Dan. Devuélvesela.»

Sin embargo, por alguna razón que no llegaba a comprender, sacó un lápiz del bolsillo y copió todos los números que hacían referencia a Al en el interior del pequeño botiquín de madera. Luego continuó pasando distraídamente las últimas páginas de la agenda, que estaban todas en blanco excepto una pequeña parte. Algunas estaban muy manoseadas. Clinch las inspeccionó y luego comenzó a reír a carcajadas.

Era la antigua agenda de las conquistas de Dan. Todas las direcciones aparecían tachadas, pero eran aún legibles:

Dora-Hotel Garner

Eileen-Bar Regent-Ard.7-1098

Babe-Ri. 1-9234

Cl. 1-5623-morena-distinguida-Siete Mares-Dorothy??

Las gemelas-Cl. 1-2165-Mike presentación

Había muchas más. Clinch continuó moviendo la cabeza y riéndose, hasta que oyó que Lola lo llamaba. Metió la agenda en el bolsillo de la camisa y salió del cuarto de baño.

—Son casi las ocho, Jerry —estaba diciendo Lola de una forma que a Clinch le pareció acusatoria.

—Está bien, son casi las ocho. Prácticamente no he dormido nada. Si el gran hombre no va hoy a ninguna parte, vendré a dormir la siesta.

A las once de la mañana Clinch recibió una llamada telefónica en el garaje. Era Dan.

—Acabo de despertarme —explicó Dan—. Jamie me dijo que estabas aquí. ¿Se puede saber qué demonios haces? Márchate a casa y quédate allí hasta el lunes. El lunes te necesitaré.

—Estupendo, gracias —dijo Clinch—. Escuche, Dan, me gustaría subir un

momento.

—De acuerdo, sube.

Dan estaba en la cama desayunando. Tenía un aspecto magnífico con su pijama floreado, y sonreía mientras comía. A Clinch le pareció distinto aquella mañana, muy distinto, ciertamente. Como el Dan que había conocido en la enfermería de la prisión.

Clinch sacó la pequeña agenda negra y se la entregó a Dan, que por un momento pareció no comprender, luego se recobró y la arrojó despreocupado sobre la mesita de noche.

—Quería devolvérsela yo mismo —explicó Clinch.

—Sí, gracias. Ahora recuerdo habértela dado.

Dan estaba eufórico, tenía ganas de conversar y sus ojos azules no dejaban de brillar. Clinch se fijó en sus manos velludas y en sus potentes antebrazos. Tenía la constitución de un luchador de los pesos pesados, aunque su pecho había disminuido un poco, se dijo Clinch, pero sólo un poco.

«En sus tiempos debió ser todo un tipo», pensó.

—Sí —estaba diciendo Dan—, durante toda mi vida las cosas me han ido así. Lo voy dejando, lo voy dejando, luego llega el momento del regreso. ¡Zas! Y comienzo de nuevo. Es divertido.

—Sí —respondió Clinch, sin saber muy bien de qué estaba hablando.

—Y no es que necesite la pasta. Podría comprar y vender a la mayoría de esos tipos. Fue el hecho de ganarlos, todos eran expertos y yo les hice gritar —se rió a carcajadas—. Quizá consiga un poco más de respeto en esta ciudad.

Se daba cuenta, claro, que se daba cuenta. Era un asunto importante para Dan, le había proporcionado una nueva dosis de energía, de confianza.

—Bueno, Clinch, márchate a casa. Tómate unas vacaciones. Tal como van las cosas, no sabría que hacer sin ti. Esa es la verdad. Clinch se sintió de pronto muy incómodo y molesto.

—Usted se ha..., bueno, se ha portado bien conmigo, Dan.

—Está bien —dijo Dan, un poco incómodo a su vez—. Te veré el lunes.

Cuando Clinch estaba atravesando el vestíbulo hacia la puerta principal, Jamie salió de una de las habitaciones interiores.

—¡Hola! —exclamó Clinch.

—¡Hola, Jerry! —dijo Jamie—. La señora está desayunando en el solarío. ¿Podrías pasar un momento?

Clinch vaciló durante un instante, sintiéndose nervioso, indeciso, luego dijo secamente:

—Claro, sin duda.

Rhea estaba sentada a una pequeña mesa, tomando una taza de café y mirando por la enorme ventana hacia el conjunto de rascacielos que formaban el centro de la ciudad. El sol brillaba y se reflejaba en los ventanales. Finos penachos de humo se elevaban por las delgadas chimeneas de los altos edificios. En la quietud, Clinch oyó

el gemido de un remolcador en el río. Rhea llevaba un vestido azul con brocados. Su pelo rubio brillaba como finos hilos de vidrio a la luz del sol.

—Buenos días —dijo Clinch, cuando ella se volvió para mirarlo. Sus ojos todavía parecían cansados por falta de sueño. Su rostro era dulce, tranquilo, sensual. Clinch la observó durante un instante, luego bajó los ojos.

—Oí como Dan hablaba contigo —dijo—. A veces se le oye en toda la casa. Creo que te ha dado unas vacaciones.

—Así es, hasta el lunes.

—Bueno, te las has ganado.

Se volvió y tomó un sorbo de café. Clinch cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro. ¿Qué tendría Rhea en la cabeza? ¿Por qué le había pedido que pasara?

—Sólo quería darte las gracias, Jerry —dijo, bajando la taza—. Si hubiera ido solo y se hubiera quedado hasta tan tarde..., bueno...

Clinch la miró escéptico. ¿Por qué estaba fingiendo? ¿Era sólo un pretexto para poder charlar? Si estaba interesada por él, ¿por qué diablos no daba el paso? No dependía de él, las cosas no estaban establecidas así. Ella era una muñeca espléndida y apasionada, de las que necesitaban muchas atenciones, y con Dan enfermo y envejecido...

—No tiene importancia —dijo Clinch—. Me alegro de poder ayudarlo.

—Dan es un hombre muy bueno —dijo ella—. Espero que sepas apreciarlo.

Clinch permaneció en silencio durante un momento. Esto era todavía más desconcertante. ¿Una coartada? ¿Se trataba de eso? Dan era un buen tipo, un tipo estupendo, pero...

—¡Oh, me doy perfecta cuenta!

—Estupendo —dijo Rhea—. Bueno, gracias.

Lo acababa de despedir. Era como si hubiera dicho: «De acuerdo, holgazán. Piérdete».

Clinch vaciló, luego dijo:

—Estaré aquí el lunes a la hora de costumbre, pero si entre tanto me necesitan, me encontrarán en mi casa. Sólo tienen que llamar a la droguería.

Rhea asintió con la cabeza. Clinch la observó durante un momento, luego dio la vuelta y salió. Bueno, era un primer paso; tal cual, se dijo Clinch.

El Club Político del Distrito Diecisiete estaba en River Boulevard, en lo más recóndito del barrio. Miraba hacia el río, hacia la zona en la que los grandes muelles de carga, con su maraña de mástiles, grúas y vagones de carbón, se adentraban en el agua. Los remolcadores y los cargueros permanecían fondeados a lo largo de la orilla; había largas filas de cobertizos y almacenes, y una enorme oficina en donde se contrataba a los estibadores y a los marineros. Por todas partes se veían grupos de parados, fumando y charlando. Los remolcadores, con un ligero balanceo, navegaban

en medio del río. Se oían gritos, sirenas, silbidos, y cuando arrojaban a tierra las pesadas maromas, media docena de parados las agarraban al vuelo, atrayendo el remolcador hacia ellos. Había varios bares y cantinas al aire libre, e incluso algunas tiendas de ropa. Todos edificios desvencijados, con la pintura desconchada y las paredes sin verticalidad.

Era un lugar ruidoso, lo mismo de día que de noche, pero nunca lo era tanto como en aquel momento el Club Político del Distrito Diecisiete.

Clinch estaba sentado en un banco en el vestíbulo pensando en sus asuntos, mientras la gente entraba y salía, hablando en voz alta y discutiendo. Era un local de grandes dimensiones, que recordaba a una armería. Disponía de una gran sala central para bailes y mítines, con una altura equivalente a la de dos pisos. Todo alrededor, a cierta altura, había una galería por la cual se accedía a las oficinas, a las salas de recreo y a las cámaras del consejo. La sala estaba en aquel momento atestada de personas discutiendo en grupos, mientras en el piso de arriba, en una de las cámaras del consejo, el comité directivo, formado por veinticuatro miembros, discutía indefinidamente.

Durante más de veinte años se habían desarrollado en este edificio luchas por el poder. Y había una buena razón para ello. El extenso Distrito Diecisiete mantenía un equilibrio de fuerzas en las elecciones locales. La persona capaz de controlar e influir en el voto del Distrito Diecisiete era un hombre con el que se tenía que negociar y al que se tenía que favorecer a cualquier precio. Dan Moford había sido presidente del comité durante casi diez años; en otras palabras, el jefe.

Clinch continuaba sentado, moviendo la cabeza negativamente y fumando un cigarrillo tras otro, mientras proseguía la discusión. Finalmente, alguien le tocó en el hombro. Levantó la vista. Era un hombre joven que no conocía y que llevaba una insignia muy llamativa.

—Dan dice que suba a almorzar —explicó el hombre—. Le enseñaré el camino. ¡Joder! Quizá pasemos aquí toda la noche.

Clinch asintió con la cabeza, se levantó y siguió al hombre hasta la ruidosa y sonora sala, luego subieron una escalera lateral que conducía a la galería y allí el hombre señaló una puerta.

—Espere allí —dijo—. Creo que Dan también va a almorzar. No ha tomado nada desde el desayuno, y son casi las tres.

Clinch miró ahora la insignia con detenimiento. Sólo tenía escrita una palabra: «Dan».

—¿Cómo va la cosa? —le preguntó Clinch.

—Son unos insensatos hijos de puta —dijo el hombre—. Creen que pueden derrocar a Dan. Pero no pueden.

—¿Por qué quieren hacerlo?

—¡Joder! No lo sé. Es alguno de los nuevos muchachos. Quieren a Al o a Mike —se rió con desprecio—. Lo que quieren es ir al infierno lo antes posible, me

imagino. Pero los venceremos, los venceremos. Póngase cómodo —se marchó apresuradamente.

Clinch entró en la pequeña sala de espera y se sentó. Estaba vacía y desprendía un fuerte olor a tinta y a libros viejos. Las ventanas estaban sucias y el suelo necesitaba que alguien lo barriera. En la sala continuaba la discusión.

Finalmente una muchacha regordeta, vestida con un delantal, entró en la sala de espera llevando una bandeja en la que había una humeante cafetera y una docena de bocadillos envueltos en papel aceitoso.

—¡Aquí está! —exclamó, poniendo la bandeja sobre la mesa—. ¡Sí que pesaba! ¿Es aquí donde va a almorzar el señor Moford, verdad? Todo es tan...

—Sí, creo que sí —contestó Clinch.

La muchacha regordeta se enjugó el sudor de la frente con un rápido movimiento de la mano.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Lo sabe usted?

—No —respondió Clinch—. No he oído nada.

—Si no eligen a Dan Moford merecerán que los ahorquen —dijo la muchacha—. Y yo estaría loca si volviera a hacer algo por este club, y si a mi padre no le gusta, puede tomárselo en dos veces. ¿Es que se han vuelto todos locos?

—No lo sé, hermana.

—Los hombres me desconciertan —dijo la muchacha—. Vivo con mis cinco hermanos y mi viejo, y si quiere usted mi opinión, le diré que están todos chalados —echó la cabeza hacia atrás con indignación y luego se volvió dispuesta a salir. Pero de pronto, se produjo en ella tal cambio de su expresión y actitud que Clinch se sobresaltó—. Aquí viene —gritó—. Aquí viene el señor Moford.

Al momento entró Dan seguido de su abogado, Tom Mitchell, el farsante de alta categoría y pelo cano, que finalmente había conseguido sacar de la cárcel no sólo a Dan sino también a Clinch.

—Aquí está su almuerzo, le traje su almuerzo, señor Moford —dijo la muchacha regordeta con voz entrecortada, inclinándose casi en una reverencia.

Dan tenía una expresión severa. De hecho, Clinch nunca había visto antes una expresión como ésa en su rostro. Dan se las arregló para sonreír a la muchacha, luego le dio una palmadita en el hombro.

—Gracias, Betts, gracias.

Betts se sonrojó hasta el cuero cabelludo y miró a Dan con adoración.

—No sabía que me conocía, señor Moford. Quiero decir, no sabía que se acordara de mí.

—¡Diablos! —exclamó Dan—. Recuerdo cuando te peinaban las coletas, y desde entonces no ha pasado mucho tiempo. Tú eres la hija de Bob Lint, ¿no es cierto?

—Sí, señor Moford.

Dan se rió y le dio de nuevo una palmadita.

—Vete y dile a quién debe votar, ¿quieres, nena?

—Como no vote a quien debe, lo mato —gritó Betts, luego salió precipitadamente.

El abogado había estado mirando la escena con expresión sardónica, luego desenvolvió un bocadillo, se dejó caer en una silla y comenzó a comer con delicadeza. Dan se encaramó en el borde de una mesa, se sirvió una taza de café y se puso a beber con la mirada perdida. Finalmente se volvió y le dijo impaciente a Clinch:

—Bueno, vamos. ¡Come!

Clinch se sirvió una taza de café, cogió un bocadillo y se retiró al otro extremo de la habitación, sentándose encima de una mesa.

—Esto es un lío —dijo Mitchell.

—Será aun mayor antes de que terminemos —dijo Dan.

Mitchell desenvolvió un bocadillo y se lo ofreció a Dan.

—Aquí tienes. Come. Conserva las fuerzas.

Dan cogió el bocadillo de mala gana y lo comió en tres grandes bocados. Mitchell hizo una mueca de repugnancia, luego desenvolvió otro bocadillo y se lo ofreció.

—¿Crees que puedes obligarlos a votar? —preguntó Mitchell.

—Sí.

—¿Y crees que debes?

—No sé nada de «deberes», voy a hacerlo.

—Puedes dividir el club por completo y perder este otoño las elecciones municipales.

Dan negó con la cabeza enérgicamente.

—No, lo que ahora suceda no tiene importancia. En noviembre ya se habrá olvidado. Lo he visto una y otra vez.

—Pueden conseguir uno o dos puntos, Dan. Esa condena... —Eso es un punto a su favor, pero también se olvidará. Las cosas se olvidan pronto, hasta las peores. Escucha, Tom, ahí afuera hay un grupo dispuesto a batirme, a derrocarme, y no voy a dejar que lo consigan. No es una cuestión de puntos, de beneficios. Todo eso es basura. Es una lucha auténtica. ¡Y voy a ganarla!

—De acuerdo, Dan —dijo Mitchell—. Estoy contigo. Pero si se llega a una confrontación de votos, puede haber problemas. Son dos tercios, ya sabes. Podría llevar a un punto muerto, y entonces ¿qué ocurrirá?

—Nos preocuparemos de eso cuando suceda. Quiero que esos veinticuatro hijos de puta se avergüencen delante de todos. Quiero sentarme allí, mirarlos a los ojos y observar cómo votan contra mí.

Mientras ocurría todo eso, Clinch mantenía la misma actitud que los presos de buena conducta. Estaba sentado de espaldas a Dan y Mitchell, pero no se perdía una palabra.

Hubo un breve silencio, luego alguien llamó con los nudillos en la puerta abierta. Era Al Cramer.

—¿Puedo pasar? —preguntó sonriente, echando una ojeada al interior.

—Pasa, Al —dijo Dan—. Coge un bocadillo de jamón.

Al entró y se sirvió una taza de café.

—Comeré algo más tarde —dijo, sentándose al lado de Dan. Segundos más tarde, Dan dijo suavemente:

—Al, pensaba que me habías dicho que no creías necesario que viniera hoy.

—No puedo leer el pensamiento, Dan —dijo Al con un tono de voz de queja que irritó a Clinch.

—¿No sabías nada de esta oposición?

—Algunas conversaciones vagas, eso es todo lo que oí.

—¿No sabías que un puñado de muchachos quiere elegirte a ti presidente?

—Dan, Dan —dijo Al—. Ellos no me quieren a mí. Sólo quieren un cambio. La única razón por la que se barajó mi nombre es porque soy el vicepresidente. No tardarán en nombrar a Mike.

—De acuerdo —dijo Dan—. Entonces ellos estarán conformes con votar a tres candidatos, tú, Mike y yo. ¿No es cierto?

—¡Por Dios, Dan! —imploró Al—. ¿De qué hemos estado hablando todo el día? Si se llega a una confrontación, el costo será alto, habrá una lucha de mil demonios.

—¿Y qué tiene de malo?

—¿Quieres echar a perder el club? Mira, Dan, todos estamos contigo, Mike, yo, todo el mundo. Pero muchísima gente cree que deberíamos tener una nueva imagen. Tú dirigirías las cosas desde la sombra, Dan. Sería solo una nueva imagen.

Dan dio una palmada en la mesa y soltó una carcajada.

—Una nueva imagen, ¿eh? Sin poder, sólo imagen. ¿Y tú esperas que me trague esa bola, Al? Una vez renuncie, estoy acabado, y tú lo sabes tan bien como la muchacha regordeta que trajo los bocadillos. No insistas.

Al suspiró.

—De acuerdo, Dan. No quiero que estés resentido conmigo, así que he dicho mi última palabra. Si se llega a una votación, votaré por ti. ¿Está claro?

«Sin duda, sin duda», se dijo Clinch.

—No digas si se llega a una votación —apuntó Dan—. Di *cuando* se llegue a una votación. Tan pronto como acabe de comer este bocadillo, quiero que hagas volver a los muchachos. Como presidente, de acuerdo con el reglamento, puedo imponer una votación, y es lo que voy a hacer.

En ese momento alguien comenzó a vociferar en la puerta y Clinch se volvió rápidamente. Era Mike Leavitt. Estaba tan enfadado por alguna razón que parecía que se lo llevaban los demonios.

—¿Así que vas a imponer una votación, Dan, lo vas a hacer? Te importa un comino si el club se va a pique, ¿verdad?

Dan se puso de pie y miró detenidamente a Mike, que era un tipo de aspecto rudo y gran estatura, unos diez años más joven que Dan.

Mike entró en la oficina y continuó hablando.

—¡Maldita sea! Deberías avergonzarte. Durante diez años has tenido un buen chollo, ¿no es así? Te convertiste en millonario, pero todavía estás hambriento, ¿verdad, Dan? El tipo más hambriento de la ciudad.

Dan le pegó un puñetazo. Incluso Clinch puso una ligera mueca de dolor ante tan sonoro y eficaz golpe. Mike se tambaleó y cayó de espalda en el vestíbulo. Clinch oyó gritos y carreras.

—No me hables en ese tono, desgraciado hijo de puta —gritó Dan; su pelo rizado aparecía revuelto por toda la cabeza y su pesado cuerpo en posición de lucha—. Puedo liquidar a seis como tú, incluso con las piernas en este estado.

Mitchell, con la vista clavada en la mesa, movía la cabeza lentamente en señal de desaprobación. Al Cramer tenía la cara verde.

Ahora estaban incorporando a Mike. Tenía los ojos vidriosos y no dejaba de menear la cabeza como un boxeador fuera de combate.

—¿Vosotros, hijos de puta, queríais pelea? —gritó Dan—. De acuerdo, ya la habéis tenido, y hasta el final.

—Dan, Dan —imploró Al—. Yo no quiero pelear. ¿En algún momento hablé de pelear?

A las cinco en punto Clinch continuaba sentado en el vestíbulo, esperando. Llevaba allí desde las tres y media pasadas. El lugar estaba en silencio desde hacía largo rato. En la sala de la planta baja la gente permanecía en grupos, hablando en voz baja. De pronto se oyeron gritos y voces procedentes de la galería. Clinch se levantó para ver qué ocurría. En ese preciso momento el tipo joven de la insignia bajaba a gran velocidad una de las escaleras que llevaban a las oficinas, gritando y saltando.

—¡Lo ha conseguido, lo ha conseguido! —gritó y luego arrojó su sombrero al aire—. ¡Dan es nuestro hombre, Dan es nuestro hombre! —y comenzó a cantar.

En la sala de la planta baja se desató un alboroto espantoso, que hacía vibrar los cristales de las ventanas.

—¡Dan! ¡Dan! ¡Dan!

Parecía que la gente salía de todos los rincones. Era como si toda esa muchedumbre se hubiera de pronto vuelto loca, completamente loca. Clinch tuvo miedo, un miedo instintivo al ver esa demostración violenta producida por la masa, e intentó salir del edificio y llegar a la calle, pero fue atrapado por la multitud y aplastado contra la pared. Alguien comenzó a abrazarlo. Él miró asombrado. Era la muchacha regordeta, Betts.

—¡Hola, encanto! —gritó—. ¡Bésame, bésame!

Sin poder evitarlo, nervioso, preocupado, Clinch la besó. Fue un beso sonoro, rotundo.

—Hablé con mi viejo y le dije: «Escucha, cabrón, si no votas a Dan Moford...»
—gritó, luego un tipo joven vestido con un jersey la atrajo hacia sí y la besó repetidas veces.

Clinch consiguió finalmente meterse en una cabina telefónica, mientras la muchedumbre se arremolinaba en la calzada y luego se dispersaba corriendo en todas las direcciones.

Clinch permaneció en la cabina telefónica. Mike Leavitt pasó por delante, escoltado por varios amigos visiblemente decepcionados. Más tarde apareció Dan, acompañado de Tom Mitchell, Al Cramer y varias personas más, todos intentando atraer su atención.

Clinch salió de la cabina.

Dan estaba hablando con Al, sonreía abiertamente.

—Unánime, Al —dijo—. ¿De qué diablos te preocupabas?

—Bueno —dijo Al, rodeando con el brazo los hombros de Dan—. Muchos tipos dicen una cosa y luego votan otra. Me imagino que esa es la explicación.

Al estaba solo, sentado en su despacho, con la mirada perdida en el vacío. La calle estaba a oscuras y en el cuarto sólo había una luz encendida, una lámpara de mesa que proyectaba un fino cono de luz sobre la silla y la superficie del escritorio. El resto permanecía en penumbra. El ruido sordo procedente de la ciudad llegaba hasta allí.

Minutos más tarde, hubo un ligero chasquido y la puerta del despacho se abrió. Al levantó la vista rápidamente.

—¡Al! —llamó una voz suavemente.

Era Emilio. Entró en el despacho seguido por Bernie. Hubo un largo silencio.

—¿Y bien? —preguntó Emilio.

—Hice todo lo que pude —dijo Al, moviéndose incómodo en su silla giratoria.

—No podemos negociar con ese cabrón, Al —dijo Bernie.

—Quizá no tengáis que hacerlo —respondió Al.

—¿Eh? —dijo Emilio.

—Naturalmente, muchachos, vosotros comprendéis que Dan es mi mejor amigo.

—¡Claro, claro! —respondió Emilio—. Lo comprendemos.

CAPÍTULO NUEVE

Harry se secó las manos en un trapo y se volvió hacia Clinch, que estaba lavando el enorme cupé dos puertas.

—¿Qué está ocurriendo arriba? —preguntó Harry, apuntando al techo con su barbilla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Clinch, sin levantar la vista.

—¡Vamos! —exclamó Harry—, tu jefe, parece un hombre nuevo. Siempre riendo, bromeando. Incluso ha dejado de utilizar el bastón, ¿no es así?

—Sí —dijo Clinch.

—Y la señora... también parece distinta. No sé —dijo Harry—. Siempre consigue deslumbrarme, así que no la miro mucho, pero...

Clinch recordó las fotos de modelos desnudas que Harry tenía en su taquilla y rió para sus adentros.

—Sí —dijo Harry meditabundo—. Sin duda eres un tipo con suerte al poder trabajar para esa gente. ¡Chico, parecen felices! Y este mundo está lleno de tipos amargados. Sí, eres afortunado.

Clinch continuó trabajando en silencio y Harry se alejó. «Felices» no era precisamente la palabra, y Clinch era muy consciente de ello. Era cierto que se había producido un cambio desde que Dan había vuelto a situarse a la cabeza, pero no era precisamente felicidad. En realidad, no era nada parecido, sino más bien una especie de frenética celebración que nunca terminaba. Dan estaba flotando. En apariencia su enfermedad había sido en parte imaginaria. La cojera había desaparecido y estaba casi como nuevo. Pero todavía continuaba castigando la botella, incluso más que antes. Parecía encontrarse en un estado de jubilosa desorganización, que afectaba a toda la casa. Ya nada se hacía a su debido tiempo. Jamie estaba con frecuencia borracho. Cleo se levantaba tarde. Y en dos ocasiones, Clinch había visto a Rhea mareada por causa del alcohol, sólo un poco, pero lo suficiente para notarlo. ¿Qué estaba intentando hacer, mantener el ritmo de Dan?

Aunque a veces el caos afectaba a Clinch desfavorablemente, él esperaba que continuase. En primer lugar, ya no tenía que acompañar a Dan a todas partes. Se defendía por sí solo, incluso conducía su propio coche durante el día. En segundo lugar, a Clinch le gustaba más Rhea cuando tenía unas copas encima. Parecía más humana, más accesible, como en aquella Nochebuena cuando ella estuvo tan simpática, moviéndose de un sitio a otro, sin dejar de decir tonterías. Era una tía que se contenía; Clinch se había hecho esa observación muchas veces. ¿Y por qué no? Lo estaba haciendo muy bien. Tenía todo lo que una mujer podía desear. ¿Por qué arriesgarse a perderlo por una pequeña satisfacción sin importancia? Sin embargo, el alcohol era bastante relajante. Y Clinch recordaba un viejo dicho que había oído de niño: el dulce ayuda, pero el licor es mejor.

Sí, le gustaba verla así.

Aquel día estaba lloviendo y las nubes estaban tan bajas que parecían rozar los altos edificios del centro de la ciudad. Clinch aparcó el coche en la zona de carga situada detrás de los grandes almacenes y permaneció sentado esperando a que Rhea saliese. Por lo general era puntual. Si decía que estaría allí, no acostumbraba a faltar.

Por fin la vio llegar. Caminaba muy deprisa, riendo y hablando por encima del hombro a un tipo de color, bajito y uniformado, que llevaba en los brazos una gran pila de paquetes. A Clinch le pareció que ella estaba preciosa. Alta, elegante, lo tenía todo. Salió rápidamente del coche, apartó a un lado al portero de color, abrió la puerta y lo ayudó a colocar los paquetes en el asiento trasero. Luego ayudó a entrar a Rhea y volvió corriendo a su asiento.

Mientras se dirigían a la autopista, Clinch comenzó a notar un ligero aroma a alcohol. Echó una ojeada a Rhea. Estaba sentada con la mirada al frente, pero su cara permanecía relajada, satisfecha.

—Este ha sido el almuerzo más largo que hice en mi vida —dijo, una vez que ya habían entrado en la autopista, en dirección a casa.

Clinch la miró. Tenía la cara sonrosada y no dejaba de sonreír.

—¿Almuerzo? Son más de las cinco —dijo Clinch, sin querer que la conversación terminase.

—Dan y yo comenzamos a almorzar a la una —dijo Rhea—, pero luego no dejé de llegar gente. No estoy segura de cuándo se marchó Dan. A las cuatro aún estábamos sentados allí unas seis personas. Tuve que darme prisa para poder hacer mis compras. Ésta es la razón por la que llevo todos esos paquetes a casa, en lugar de pedir que me los envíen. Ni siquiera estoy segura de lo que compré. Quiero verlo.

Clinch la miró. Lo que decía no tenía mucho sentido, como en Nochebuena.

Harry abrió la puerta del coche y ayudó a salir a Rhea. Ella dio un ligero traspies y Harry mostró una preocupación casi cómica, lo cual irritó a Clinch, que gritó:

—¡Échame una mano con estos paquetes!

—Será mejor que llame a Jamie —dijo Rhea, pero luego añadió—: ¡Oh, no! Es su día libre.

Clinch también cayó en la cuenta.

—Ayúdame a cargarlos —le dijo a Harry.

—Yo puedo llevar algunas de estas cosas —se ofreció Harry.

Pero Clinch lo cortó tajante.

—Ayúdame a cargarlos, tal como te dije.

Harry hizo lo que le ordenaron, luego lo ayudó a entrar en el ascensor, riéndose un poco de él.

—¿Puedes ver algo por encima de todos esos paquetes? —preguntó.

Clinch lo miró con desdén.

Subieron en silencio. De vez en cuando Rhea echaba una mirada a Clinch para ver si podía arreglárselas bien. A Clinch le estaban temblando las manos y él mismo temía que se le cayesen los malditos paquetes en el ascensor.

Cuando llegaron al último piso, Rhea sujetó la puerta mientras él salía. Luego la siguió por el pasillo, observando cómo ella caminaba, lenta, elegantemente. ¡Vaya muñeca!

Rhea abrió la puerta del apartamento y la sujetó mientras Clinch entraba realizando un difícil ejercicio de equilibrio, al igual que un malabarista. Rhea se echó a reír, pero a él no le importó en absoluto; era fenomenal, fenomenal.

—¿En dónde? —preguntó de pronto.

Rhea señaló el despacho y Clinch entró tambaleándose. Cuando estaba a punto de colocar la pila de paquetes sobre la mesa, comenzaron a caer por todos lados. Rhea entró corriendo a ayudarlo. Se cayó un paquete, después otro, mientras que Rhea intentaba inútilmente evitarlo. Finalmente no quedó ni uno y ambos se agacharon para recogerlos.

Sus manos se tocaron. Clinch la agarró por la muñeca. Ella se incorporó inmediatamente y los dos permanecieron de pie mirándose, mientras Clinch aún la sujetaba por la muñeca. Rhea se ruborizó. A Clinch le pareció que en sus ojos había una expresión de desconcierto. Rodeó su cintura con los brazos y con torpeza la atrajo hacia él.

—Nena —dijo jadeando—, eres la mujer más bonita que he visto en mi vida.

Rhea parecía sorprendida. Clinch la besó en el pelo, luego en el cuello, que era cálido y aterciopelado al tacto. Su cuerpo parecía debilitarse; luego creyó sentir una respuesta espasmódica.

De pronto Rhea colocó sus manos sobre el pecho de Clinch y le dio tal empujón que le hizo retroceder tambaleándose uno o dos pasos.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera! —gritó.

Clinch estaba con la boca ligeramente abierta, allí de pie, mirándola.

—¡Fuera de aquí! —gritó Rhea, ya un poco más calmada.

—De acuerdo —dijo Clinch, observando su cara—. Ha sido culpa mía.

Sin embargo ella había respondido, de eso estaba seguro.

Rhea se quedó mirándolo durante un momento, luego se volvió, atravesó corriendo el pasillo y entró en su dormitorio. Clinch oyó cómo la llave giraba en la cerradura.

«Cambié de opinión, supongo —se dijo a sí mismo—. No hay duda de que las mujeres son muy variables. ¡Bueno, eso es todo!»

Recogió cuidadosamente todos los paquetes, los colocó encima de la mesa, luego salió de la habitación y bajó al garaje.

—Oye, la señora tenía una o dos copas encima, ¿no es cierto? —le preguntó Harry.

—No lo sé —respondió Clinch.

Aparcó el cupé dos puertas en la plaza designada y luego se puso la ropa de trabajo.

«Bueno, lo intentaste y fallaste —se dijo a sí mismo, y comenzó a preguntarse qué ocurriría cuando Dan regresara a casa. Finalmente se encogió de hombros—. O yo estoy loco o ella no le dirá ni una palabra. Y si no lo hace... sabré en dónde estoy».

Cuando Clinch se marchó a casa a las siete y media, Dan todavía no había regresado.

Rhea estaba en la sala de estar, de pie al lado de la ventana, cuando llegó Dan. Eran casi las nueve.

—¡Hola, pequeña! —exclamó, arrojando el sombrero y el portafolios encima del sofá. Estaba un poco alegre, tenía la cara sonrosada y los ojos brillantes.

—¿Ya has cenado? Siento llegar tarde, pero...; bueno, me fue imposible terminar antes. Ya sabes lo que ocurre cuando un... —de pronto, cuando Rhea se volvió y vio su cara, dejó de hablar—. ¿Qué te pasa, cariño?

—Dan, quiero hablar contigo.

—Muy bien, de acuerdo. Siéntate, siéntate —hablaba en voz baja para esconder su desasosiego. Sin duda algo malo le había ocurrido a Rhea—. ¿Te preparo una copa?

—No, gracias, Dan —cruzó la habitación y se sentó en un diván.

A Dan le hubiera gustado servirse una copa, pero había algo tan...; bueno, no sabía qué le ocurría a Rhea y eso le hizo cambiar de opinión y sentarse en el sofá enfrente de ella.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó.

—Dan —dijo Rhea después de un breve silencio—. Me gustaría marcharme por una temporada.

Dan la miró sorprendido.

—¿Marchar? Claro, claro. Pero yo no puedo dejar esto ahora, nena. Quizá dentro de un mes o dos. ¿A dónde te gustaría ir? ¿A California? ¿Quizá a Honolulu?

—Quiero decir ahora, mañana —explicó Rhea—. Y me gustaría ir sola,irme unos días a ver a mi madre.

Dan no sabía qué pensar. Estaba allí sentado, mirándola, mientras se pasaba su enorme mano por la frente.

—Sí, comprendo —dijo por fin—. Ha sido muy duro desde que he regresado, ¿no es cierto? He estado enfermo, quejándome, y tú teniendo que cuidarme. Sí, lo comprendo. ¿Y quizá sea también el alcohol, Rhea? Ya sé que he estado bebiendo mucho más de la cuenta, pero vérmelas a diario con todos esos tipos..., ¿es por eso, Rhea?

Parecía muy preocupado y Rhea se inclinó hacia adelante y le cogió la mano.

—Me gustaría marcharme, eso es todo —dijo—. Dan, ¿nunca sentiste que...?

—Sí, sí, claro —la interrumpió Dan—. Uno empieza a estar un poco harto. Siempre la misma monserga, la misma rutina. Sé lo que quieres decir, nena, no necesitas darme más explicaciones —pero de todas formas parecía preocupado.

La madre de Rhea vivía en una pequeña localidad a unos ciento veinte kilómetros al sur de la ciudad. Se había trasladado allí tras la muerte de su marido para poder estar «más cerca de Rhea», aunque raras veces veía a su hija.

—He pensado que podía ponerme en camino después de desayunar. Es un viaje fácil, llegaré antes del mediodía —explicó Rhea—. Pasaré algunos días descansando y charlando con mamá.

—Bueno, ¿por qué no? —preguntó Dan, riendo alegremente aunque no se sentía muy animado. Había algo en este asunto que no llegaba a comprender.

—Entonces está todo arreglado —dijo Rhea—. ¿Y ahora no sería mejor que saliéramos y cenáramos algo?

Dan asintió con la cabeza. Los dos se levantaron y cuando Rhea se dirigió hacia el dormitorio a buscar su abrigo, Dan dijo:

—¿Quieres que llame a Clinch esta noche para decirle que revise el cupé mañana temprano, antes de que te lleve hasta allí?

Rhea vaciló un momento.

—Pero Dan, tú necesitas a Clinch aquí. Conduciré yo misma, así tendré un coche para moverme por allí.

—¡No! No vas a conducir tú —gritó Dan—, no en ese tráfico endemoniado que se forma en dirección sur. ¡Diablos!, hasta llegar a casa de tu madre la carretera parece un manicomio. Me volvería loco si supiera que vas conduciendo tú. Clinch puede dejar allí el coche y regresar en tren o en autobús. Y ahora ya no discutamos más. ¡Joder! ¡No tendría un solo minuto de tranquilidad!

Rhea titubeó, luego fue a buscar su abrigo. Cuando bajaban en el ascensor dijo:

—Dan, desearía que dejaras de tratarme como a una niña.

Dan la abrazó y se echó a reír.

—¡Mira quién está hablando! Sin duda tienes mala memoria. ¿Quién hizo que Clinch me siguiera a todas partes, que incluso me llevara el maletín? De acuerdo, ¿quién?

—Lo sé, Dan, pero..., bueno, estabas enfermo.

—Y tú eres una abollacoche. ¿No has notado cómo mejoraron las defensas desde que conduce Clinch?

Cuando salieron del ascensor y se dispusieron a cruzar el garaje, Rhea dijo:

—Podría coger el tren.

—¡Vamos, déjalo! —exclamó Dan—. ¿El de cercanías? Se detiene en cada estación. Ningún tren decente pasa siquiera a setenta kilómetros de ese remoto lugar. ¡Diablos! Te llevaría yo mismo, pero cada vez tengo más reuniones. Incluso el

alcalde me ha pedido que esté preparado. Quiere verme. Sé razonable, Rhea.

De pronto Rhea cambió de opinión y asintió con la cabeza levemente para su interior. La expresión de su cara se endureció por un instante.

—De acuerdo, Dan —dijo—. Jerry puede llevarme y dejar allí el coche.

Mientras entraban en el coche, Dan dijo con voz quejumbrosa:

—Desearía saber qué demonios es todo esto. Sé que a duras penas soportas a tu madre.

Rhea se mostró muy irritada.

—Dan, sólo quiero estar fuera unos días.

Dan la miró, puso cara larga y salió del garaje conduciendo en silencio.

—¿Qué te ocurre, Jerry? —preguntó Lola—. Estás tremendamente silencioso esta noche.

—Nada, nada —respondió Clinch, absorto en sus pensamientos. Había tenido razón. Rhea no iba a contarle nada a Dan. Ya eran casi las diez, así que hubiera tenido tiempo suficiente. Sentía una especie de siniestra satisfacción. No había estado muy descaminado, después de todo.

—¿Quién está ahí? —preguntó Lola de pronto, arrancando a Clinch de sus pensamientos.

Alguien subía corriendo la escalera exterior. Sonó un golpe en la puerta. El temor se adueñó momentáneamente de Clinch.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Frank. Tu jefe quiere hablar contigo, Jerry. Date prisa, ¿quieres? Estoy cerrando.

—¿Qué imaginas...? —comenzó a decir Lola, pero Clinch dio la vuelta y salió.

¿Sería eso? Bueno, en cualquier caso no podría durar siempre, y Clinch se dijo a sí mismo que de todas formas comenzaba a estar harto de aquella vida rutinaria, que necesitaba un cambio y que quizá lo intentaría de nuevo en Kansas City, o en su vieja ciudad predilecta, Detroit.

Pero tan pronto como oyó la voz de Dan, supo que todo estaba en orden.

—Espero no haberte levantado de la cama, muchacho.

—No, no, Dan —respondió Clinch—. Lola y yo estábamos escuchando la radio.

—Oye, Rhea ha tenido una idea alocada, quiere ir a Barkerville a visitar a su madre. Así que mañana ven temprano y revisa el cupé dos puertas. Quiere partir hacia las nueve —Dan le explicó que dejaría allí el coche y regresaría en autobús, luego continuó—: Debes estar de regreso hacia media tarde y preguntarle a Jamie. Ire en taxi al centro de la ciudad, luego puedes pasar a recogerme más tarde en la limusina.

¿Qué era todo esto?, se preguntaba Clinch. Últimamente Dan se las arreglaba muy bien solo. ¿Qué le pasaba a la ranchera? Dan había estado conduciéndola.

—De acuerdo, Dan. Llegaré temprano.

Clinch se quedó tanto tiempo con el auricular en la mano que Frank se vio obligado a decirle:

—¡Jerry! ¿Has terminado? Mi mujer me está esperando en el coche.

Clinch colgó con brusquedad, murmuró unas someras palabras de agradecimiento y salió del local. Pero no le apetecía volver inmediatamente al apartamento, volver a encontrarse con Lola y sus estúpidas observaciones, volver a escuchar la radio... Le apetecía sentarse en algún lugar y pensar sobre el asunto, pues en su opinión se trataba de una clara insinuación, todo hábilmente planeado por la pequeña mujer. ¡Había que esperar a que fuera la tía la que marcara la pauta! Clinch rió lacónicamente para sus adentros.

Conducían en silencio a lo largo de la ancha autovía del sur. El tráfico era muy denso y había cientos de camiones de todos los tipos, desde furgonetas de reparto hasta largos vehículos de carga pesada. Se oía el sonido de las bocinas, los camioneros eran increpados por otros conductores y éstos contestaban con la misma moneda, los amantes de la velocidad se escabullían de un carril a otro; y por todas partes, la policía de tráfico obligaba a los vehículos a detenerse a ambos lados de la calzada para multarlos o echarles un sermón. Sólo se podía conducir muy deprisa o muy despacio. Como Dan había dicho, era una casa de locos.

A las afueras de los suburbios, Rhea rompió el silencio:

—Me alegro de haber escuchado a Dan —dijo—. Resulta difícil conducir por aquí.

Clinch la miró desconcertado, pero no hizo ningún comentario. Se sentía ligeramente intimidado. Aquella mañana Rhea estaba más femenina que nunca, tranquila, sosegada, incluso un poco pálida.

Algunos kilómetros más adelante, cuando la autovía terminaba y comenzaba la ancha autopista estatal, Rhea señaló un edificio de grandes dimensiones situado al otro lado y dijo:

—Para allí, Jerry.

Clinch volvió a mirarla desconcertado, luego hizo lo que le ordenó. Era una especie de centro de recreo o albergue de carretera, se llamaba «La última oportunidad», y estaba decorado al estilo del Oeste. Había una especie de granero con una pista de baile, un bar, una estación de servicio y una pequeña cantina con un mostrador y varias mesas. La estación de servicio y la cantina estaban abiertas.

—Me apetece una taza de café —dijo Rhea.

—Claro —dijo Clinch.

Entraron en el comedor vacío. Una muchacha con cara soñolienta salió del fondo del local y se acercó al mostrador.

—Buenos días —dijo, luego observó a Rhea con interés.

—Usted siéntese —dijo Clinch—. Yo pediré el café.

—Solo —especificó Rhea—. Pide algo para ti y vuelve.

Clinch asintió con la cabeza. La muchacha lo observaba ahora a él, luego preparó los cafés —dos cafés solos en taza alta— derramando una buena cantidad sobre el mostrador.

—Veinte centavos —dijo, y entonces bostezó.

Clinch le dio el dinero.

—Limpia las tazas —dijo con severidad—. ¿Quieres que le gotee a la señora por el vestido?

La muchacha limpió las tazas sin hacer ningún comentario y Clinch las llevó a una mesa del fondo, en donde esperaba Rhea. Puso una taza enfrente de ella y se quedó de pie al lado de la mesa. Cuando estaba levantando su taza para beber, Rhea le dijo:

—Siéntate.

—Gracias —dijo Clinch. Se quitó la gorra de plato y se sentó al otro lado de la mesa.

—Apuesto a que te preguntas qué está ocurriendo, ¿no es cierto? —dijo Rhea.

—Bueno..., sí.

—Fue idea de Dan el que tú me trajeras. Dan siempre está pensando en los demás. Al principio me opuse, pero después cambié de opinión. Pensé que sería una buena cosa que los dos charlásemos un poco.

—Sin duda —dijo Clinch.

—En primer lugar, déjame decirte algo. No me gustas, Jerry, y nunca me gustaste, pero Dan me convenció. Ayer demostraste que yo tenía razón y que Dan estaba equivocado.

—No sé que me pasó —dijo Clinch, sus facciones se endurecieron—. Cometí un error, digámoslo así. Saqué una impresión equivocada..., quizá.

—¿Quizá? —preguntó Rhea.

—Digámelo usted —dijo Clinch.

—Si no hubiese sido por Dan, yo hubiera prescindido de ti hace tiempo —dijo Rhea—. Incluso ahora no sé muy bien qué debo hacer. Dan siempre encuentra excusas para todo el mundo. Es el hombre más bueno que he conocido, y que tú has conocido. Pero tú no tienes el suficiente sentido común y la suficiente decencia para apreciarlo.

—Escuche, señora Moford... —la interrumpió Clinch, desconcertado por el tono que estaba tomando la conversación.

—¿Conoces la historia de Jamie?

—No —repuso Clinch.

—Jamie tocaba el clarinete y estaba casado con Cleo, que trabajaba en nuestra casa. En cierta ocasión lo detuvieron por llevar marihuana en el coche. El coche estaba estacionado en un aparcamiento, cualquiera pudo haberla puesto dentro. Cleo

le pidió ayuda a Dan. Dan consiguió sacarlo y le ofreció un trabajo. Desde entonces ha estado con nosotros. ¿Conoces a Mike Leavitt?

—De vista.

—Dan prácticamente lo sacó de la cuneta. ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Clinch, que a menudo se había preguntado lo mismo acerca de Dan.

—¿Y qué ocurrió contigo? Te sacó de la cárcel, te ofreció un trabajo. ¿Por qué?

—Señora Moford..., no continúe preguntándome por qué —dijo Clinch con tono malhumorado.

—¿Y quieres que te diga algo más? Cuando conocí a Dan, yo había tocado fondo en Nueva York. No encontraba trabajo. ¿Qué estoy diciendo? De acuerdo, voy a hablarte llanamente. Ni siquiera podía entrar en una oficina de empleo. Una amiga mía me habló de Dan. Me dijo que era un buen partido; sí, dijo que era un buen partido con millones de dólares. Esperaba encontrarme un tipo horrible, pero cuando lo conocí no podía creérmelo. ¡Qué gran hombre!

Rhea bajó la cabeza y luchó para contener las lágrimas. Finalmente consiguió controlarse y levantó la vista para mirar a Clinch, que estaba pálido y parecía muy nervioso.

—¿Empiezas a comprender? Está bien, no soy un ángel, nunca dije que lo fuera. Pero con Dan lo he sido al cien por cien. ¿Debo volver a hablarte sin rodeos? Sería despreciable si no lo fuera.

—¡Ya! —respondió Clinch vagamente.

—Deberías avergonzarte de ti mismo —dijo Rhea de pronto—. Pero me imagino que no es posible.

—No lo sé. Supongo que soy humano —murmuró Clinch. Hubo un silencio. Clinch se revolvió en su asiento, luego sacó un pañuelo y se enjugó la frente—. Escuche, señora Moford —dijo—. De acuerdo, cometí un error. Pensé que... —dejó de hablar repentinamente y guardó el pañuelo.

—No importa lo que hayas pensado —dijo Rhea—. Quizá en parte fue culpa mía, la maldita bebida. Pero aun así no es excusa. ¿No te das cuenta?

—Sí —respondió Clinch—. Lo comprendo.

—De acuerdo, entonces —dijo Rhea—. Regresa a su lado y cuida de él mientras yo intento reorganizarme.

Clinch vaciló durante largo rato, luego dijo:

—Sí, señora.

Clinch recogió a Dan en el edificio Waverly a las siete en punto. Dan estaba totalmente sobrio y parecía deprimido. Clinch conducía la limusina. Dan se sentó en el asiento delantero con él.

—¿Te gusta la comida italiana, Clinch? —preguntó Dan después de un largo

silencio.

Clinch lo miró sorprendido.

—¿Espaguetis? ¡Claro!

Dan se rió discretamente.

—Hace algunos años ayudé a un tipo a montar su negocio. No he ido a verlo desde hace tiempo. ¿Qué te parecería cenar allí?

Clinch miró a Dan, preguntándose si podría aceptar la invitación.

—¡Muy bien! Pero tengo que llamar a Lola.

—¿Te estará esperando? ¡Joder! Lo había olvidado.

—No, no —respondió Clinch rápidamente—. Será una excusa para romper la rutina.

Dan pareció aliviado. Se encontraba solo, el gran tipo, no cabía la menor duda, pensó Clinch. Desde que había hablado con Rhea sus sentimientos hacia Dan habían cambiado radicalmente. Era como si alguien hubiera abierto una puerta y hubiera dejado entrar la luz. De acuerdo, solía beber, y a veces mucho más de la cuenta, ¿pero qué más se podía decir en su contra?

Clinch luchó contra un sentimiento de culpa mientras conducía en silencio.

El Carpaccio's ocupaba una planta baja en el barrio bohemio de la ciudad. Un italiano bajo y gordo, de pelo rojizo y ensortijado, fue corriendo a su encuentro con los brazos abiertos, como si se dispusiera a iniciar un combate de lucha libre. Su gorda mujer apareció también con los brazos abiertos. Abrazaron a Dan y le dieron palmadas en la espalda.

—*Siñor Dan* —gritó Carpaccio—. ¿Por qué tú no venir antes?

También abrazaron a Clinch y le dieron palmaditas en la espalda; luego les ofrecieron una mesa con gran ceremonia. El local estaba de bote en bote. Clinch se sentó y miró a los tipos extraños que había a su alrededor: todos llevaban un corte de pelo similar al de los reclusos, y la mayoría utilizaba gafas con montura de carey. Las tías vestían pantalones y llevaban el pelo tan corto como los hombres.

«Matones», pensó Clinch para sus adentros.

—¿Qué te parece si acompañamos la cena con algún vino y prescindimos de una copa previa? —preguntó Dan.

—Por mí, conforme —dijo Clinch.

—Últimamente he estado bebiendo demasiado, con todas esas reuniones, almuerzos y demás —dijo Dan—. Voy a dejarlo. Rhea es muy buena, intenta mantener mi ritmo y eso no es aconsejable para ella. Nunca bebió demasiado.

Dan parecía preocupado, sentado allí con la vista clavada en el mantel a cuadros. De pronto, sintió tal agrado de simpatía por aquel tipo descuidado, tosco, que se sobresaltó. Miraba a Dan como si fuera la primera vez que lo veía. ¿Cómo pudo haber estado tan ciego, tan equivocado?

Comieron jamón con melón, espaguetis con salsa de almejas blancas, *scampi* y ensalada, y Carpaccio les sirvió el mejor vino italiano que tenía.

De vez en cuando Carpaccio aparecía sudando como un toro y gritaba:

—¿Les gusta? Yo mismo lo preparé para ustedes. Es el *mijor scampi* de la ciudad, ¿no?

—Sí —estaba diciendo Dan—, no es que yo sea un bebedor de vino empedernido, o algo parecido. No necesito el alcohol para nada. Cuando estuve en la cárcel nunca lo eché de menos y eso que podría haber conseguido que me trajeran una botella. Es sólo un maldito vicio, como fumar. Y me lo voy a quitar. A Rhea no le gusta.

Condujeron de vuelta a casa en completo silencio. Dan parecía deprimido. Cuando entraron en el garaje del Crosley Arms eran las nueve y media. Harry estaba de servicio. Estaba sentado en un banco apoyado contra la pared, escuchando música en un pequeño transistor.

—Bien, buenas noches, muchacho —dijo Dan—. Te veré mañana.

—Sí —respondió Clinch—, y Dan...

Dan se volvió y lo miró.

—Dime.

Clinch quería decirle algo, pero no estaba seguro de qué. Quería que supiera que apreciaba todo lo que había hecho por él. Sin embargo, no le salían las palabras.

—Gracias por la cena —dijo—. Fue estupenda.

—Me alegro que te haya gustado —dijo Dan—. Buenas noches.

Las puertas del ascensor se cerraron y Clinch oyó el débil zumbido que producía al arrancar. Aparcó la limusina en la plaza correspondiente y salió.

—Buenas noches, hombre afortunado —gritó Harry.

Clinch lo miró al pasar y luego se detuvo.

—No hay duda de que tu jefe es un buen tipo —dijo Harry—. Me da un billete de cinco dólares tras otro por no hacer nada. Es realmente un tipo generoso. Eres afortunado.

—Quizá tengas razón, Harry —dijo Clinch—. Buenas noches.

A las doce y media Dan estaba aún sentado enfrente de la televisión, en pijama y batín. La casa permanecía en silencio. Jamie y Cleo se habían acostado hacía un rato. Finalmente Dan bostezó, luego se levantó con una exclamación de disgusto y apagó el televisor.

«Debo mantener mi firme propósito de abstinencia —pensó mientras se levantaba—, o de otra forma ya estaría castigando la botella.»

Decidió que al día siguiente por la noche invitaría a algunos tipos a jugar una partida de póker, quizá a Al, a Mike, y a varios habituales de la «gran partida». De pronto pensó que sería una buena idea telefonar a Rhea, pero tras echar una ojeada

al reloj cambió de opinión.

«Rhea nunca se acuesta hasta tarde, pero podría despertar a su madre. ¡Joder! De todas formas podría asustar a Rhea, hacerle creer que algo va mal.»

Bostezó, se rascó la cabeza, se puso a caminar por la habitación sin propósito fijo, recogiendo cosas y volviendo a posarlas.

«Vete a la cama, cabeza de asno —se dijo—. Duerme. Deja pasar el tiempo.»

Estaba apagando las luces cuando sonó el teléfono en el despacho, la línea privada. Desconcertado, entró corriendo para contestar.

—Dan —dijo una voz misteriosa, distorsionada.

—Sí. ¿Quién es?

—Escuche, soy un amigo. Quiero ponerle al corriente de algo que está ocurriendo.

—¿Quién es? —preguntó Dan impaciente.

—No puedo decírselo, pero me conoce bien, Dan. He llamado por la línea privada, ¿no es cierto? Escuche, intento hacerle un favor y no dispongo de mucho tiempo.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué sucede? —gritó Dan a través del teléfono.

—Los muchachos tienen una reunión secreta en el club. Se está celebrando en este momento. Hace mucho tiempo que los estoy vigilando y tienen la intención de acabar con usted, Dan, hablando desde el punto de vista político, claro. ¿De acuerdo? Ahora ya lo sabe.

El hombre colgó el teléfono. Dan se sentó, con los ojos abiertos de par en par y el auricular en su enorme mano. ¿Quién podría haber llamado? No cabía la menor duda de que el tipo había distorsionado la voz. ¿Bob Lint? ¿Tom Patrick? Tenía que ser uno de los «veinticuatro».

Dan comenzó a hervir de rabia.

—¡Vaya, esos cabrones! —gritó, luego se precipitó hacia el dormitorio y comenzó a vestirse. Por último soltó una carcajada—. ¡Dios! Casi no puedo esperar a ver las caras que van a poner cuando me vean entrar.

El garaje estaba desierto y casi a oscuras cuando Dan salió del ascensor. La gran limusina no estaba aparcada en el lugar correspondiente, sino que estaba de cara a la puerta, como si estuviera preparada para partir.

—¡Por qué diablos no aparcó Clinch el coche en su sitio! —pensó distraídamente mientras se sentaba al volante.

Se acomodó, buscó a tientas con las llaves durante un momento, giró el contacto y luego pisó el acelerador. Se produjo una tremenda explosión. Parecía que el mundo se elevaba tembloroso en medio de una nube de humo negro y apestoso. Y Dan tuvo la sensación de que estaba volando a través de la oscuridad y que se sumergía en otra más profunda e impenetrable. Luego en... la nada.

Un violento eco se expandió por el inmenso garaje, propagándose a través de la puerta abierta y haciendo vibrar las vajillas y los cristales de las ventanas de todo el

vecindario. La gente se despertaba sobresaltada y se preguntaban unos a otros: «¿Qué demonios ha sido eso?»

Clinch oyó la explosión y durante largo rato permaneció tumbado escuchando. Lola dormía. Tras lo que le pareció una espera interminable, las sirenas comenzaron a gemir en la distancia, acercándose cada vez más.

Clinch continuó tumbado, intentando liberarse de un espantoso presentimiento. Pero perdió la batalla y finalmente se levantó y se vistió en la oscuridad. Se estaba poniendo la cazadora de cuero, cuando oyó pasos en la escalera exterior. Se acercó corriendo al cajón, lo abrió y sacó el revólver. Llamaron a la puerta estrepitosamente. Lola se sentó en la cama, y medio dormida, sobresaltada, gritó:

—¿Quién es, Jerry? Por el amor de Dios, ¿quién es?

Intentaba encontrar a Clinch en la cama palpando a su alrededor frenéticamente. Luego Clinch oyó sus pies desnudos en el suelo.

—¡Quédate quieta! —siseó en la oscuridad—. ¡No hagas ruido!

Los golpes continuaron. Clinch se acercó de puntillas a la puerta y escuchó. Alguien estaba llorando y sollozando en el rellano.

—¿Quién es? —preguntó por fin.

—Soy yo, Jamie.

—¿Qué ocurre, Jamie? —gritó Clinch, abriendo la puerta.

Jamie se tambaleó dentro de la habitación y cayó de rodillas. Clinch encendió la luz. Jamie se incorporó lentamente. Tenía la cara mojada y brillante por las lágrimas.

—Tenes que venir, Jerry —sollozó—. Tienes que venir.

Clinch cogió a Jamie por un brazo y lo zarandeó suavemente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasó?

Jamie intentó contener los sollozos pero fue incapaz, y habló de manera casi incoherente.

—El señor Moford..., él..., voló por los aires. En el coche..., ¡boom!..., todo él voló por los aires...

Clinch palideció y se tambaleó ligeramente.

—¿Qué estaba haciendo en el coche?

—Yo..., nosotros no lo sabemos, Jerry. Nosotros..., lo juro por Dios..., no lo sabemos. Nos acostamos pronto. Estábamos dormidos. La última vez que lo vimos estaba sentado delante de la televisión, viendo algún programa. Dios mío, Jerry..., es..., es como si no hubiera ocurrido... ¡No puede haber ocurrido!

Clinch vaciló largo rato, luego preguntó con voz ronca:

—¿Está muerto?

—¡Dios mío! Es... está muerto, sí —sollozó Jamie—. Voló por los aires..., el coche está retorcido..., tienes que venir, Jerry. Cleo y yo..., no sabemos qué hacer.

Clinch se sentía repentinamente sosegado.

—De acuerdo, Jamie —dijo—. Tú vuelve ahora allí y yo iré enseguida.

Jamie salió, sollozando, poco dispuesto a marcharse. Clinch lo oyó bajar las

escaleras dando traspiés. Se volvió. Lola estaba en el medio de la habitación, mirándolo con una expresión casi de histeria.

—¡Vístete! ¡Rápido! —le espetó Clinch—. ¡O te dejaré aquí!

—Pero Jerry, no puedo ir allí..., no lo soportaría...

—Vístete rápido y no discutas. Nos marchamos de aquí.

—¿Quieres decir que dejamos nuestro...?

Clinch le dio un empujón.

—¡Sí, sí! ¡Date prisa!

—Pero Jerry, no podemos, no podemos. ¿Qué pasará con todas nuestras cosas?

—De acuerdo. Quédate. Arréglatelas tú con la bofia.

Lola comenzó a llorar y a vestirse al mismo tiempo.

—Está bien, Jerry, está bien.

—Sin maletas. Sin nada.

—Mi bolso, ¿puedo llevar mi bonito bolso? —sollozó Lola.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Deprisa!

Mientras se vestía, con las manos temblándole torpemente, dijo con voz entrecortada:

—Pero..., Jerry..., tú..., tú no hiciste nada malo, ¿verdad?

Clinch estaba casi conmocionado. En aquel momento no sentía nada y apenas sabía lo que decía. Se rió secamente.

—No, yo sólo soy el primo, nena. Sólo el primo.

Atravesaron el puente de la calle Kosciusko en un autobús medio vacío y penetraron en la maraña de calles mal iluminadas que configuraban la orilla occidental. Tres manzanas al este de la estación de autobuses se apearon, en la misma plaza donde Clinch lo había hecho aquel primer día. Para asombro de Lola, Clinch la llevó a un cine nocturno de sesión continua. Estaba lleno de borrachos y vagabundos durmiendo. Se sentaron en la parte de atrás.

—Ahora escucha con atención —dijo Clinch—. Alquila una habitación para ti en alguna pensión barata, no en un hotel, en un lugar en el que no les importe que las fulanas lleven a sus clientes. ¿Comprendes? Un lugar en donde no hayas vivido antes. ¡Pero tú debes conocer los tugurios adecuados!

—Sí, de acuerdo —dijo Lola moviendo la cabeza con aprensión.

—Paga una semana por adelantado y diles que volverás más tarde con el equipaje. Luego regresas aquí. Dales un nombre falso. Te llamas..., hum..., Dorothy Allen. ¿Comprendes? De acuerdo... Ahora, vete.

Le dio algún dinero. Lola se levantó indecisa, vacilante.

—¡Vamos! ¿Qué te ocurre?

—Me..., me esperarás, ¿verdad, Jerry?

—¡Maldita sea! ¡Claro que te esperaré! Me quedaré aquí sentado. Ahora, vete.

Lola se inclinó y lo besó, luego salió.

Clinch se arrellanó en el asiento y dirigió la vista a la pantalla, aunque sin prestar atención a la película de vaqueros que proyectaban. Sólo advertía el ruido: gritos, disparos, caballos al galope. Poco a poco la conmoción iba desapareciendo, como la Novocaína después de una visita al dentista. De pronto, fue presa de un violento ataque de desesperación, y mientras luchaba contra él, se dio cuenta vagamente de que aquella era una sensación que no experimentaba desde que había comenzado a trabajar para Dan. Aunque sí la había experimentado anteriormente. Recordaba haberla sentido la primera noche que pasó en libertad, antes de conocer a Lola. Entonces se había acostumbrado a ella, dentro y fuera de la cárcel, pero ahora le parecía tan desconocida que su intensidad le asustó.

«Tienes que pensar —se decía a sí mismo—. Es inútil lamentarse por algo que ya no tiene solución. Tienes que pensar.»

Pero no conseguía tranquilizarse. Y poco después, a la sensación de desesperación le sucedió otra de odio violento.

«¡Maldito hijo de puta! ¡Maldito piojo!», gritó para sus adentros, y comenzó a dar patadas a la butaca de delante.

Poco a poco el odio fue desapareciendo y comenzó a sentir un profundo dolor al pensar en Dan. ¡Vaya una forma de terminar! ¡Volando por los aires! ¡Sin tener una oportunidad! Los hombres deben tener una oportunidad.

«Tienes que pensar, Clinch —insistía—. Piensa, muchacho.»

Por fin consiguió calmarse y las cosas comenzaron a coger forma. Ahora todo estaba claro, demasiado claro. Dan había estado condenado desde el principio. En el momento en que las puertas de la prisión se cerraron tras él, había comenzado su hora. Y quizá todo había sido planeado para enviarlo a chirona y poder destruir su poder. Clinch recordaba cómo él mismo se había sorprendido de que las autoridades hubieran sido capaces de meter a Dan en la cárcel. Era probable que hubieran recibido una pequeña ayuda de alguna fuente inesperada. Al principio los muchachos se habían despreocupado. Les parecía que Dan estaba fuera de juego, mientras ellos planeaban sin prisa la derrota. Pero Dan les había tomado el pelo. En la reunión del comité los había vencido a pesar de todas las artimañas, les había dado un buen susto..., y entonces..., sin perder tiempo..., ¡boom!

Todo se había concebido y planeado a la perfección. La mano de un hábil maquinador resultaba evidente en todo este asunto. ¡Al! Con su expresión de preocupación y su ridículo bigote. ¿Quién si no? Un tipo mucho más peligroso y capaz de lo que parecía. Ahora no había ninguna duda sobre eso.

A Clinch le asaltó un repentino recuerdo que le hizo chasquear los dedos, un rápido destello de clarividencia. ¡Ted! Él era el tipo en ropa de faena que había visto pasar cuando subía con Dan las escaleras que conducían a la sala de juego en el Translate Trucking Company.

«Cómo pude ser tan estúpido —gritó, dando un puñetazo en la butaca de delante

—. ¿Por qué no me di cuenta entonces?»

Sí, Ted. Un hombre clave. Había trabajado en Crosley Arms el tiempo suficiente para familiarizarse por completo con la rutina diaria de los Moford, incluso del servicio.

Y encima, a los muchachos se les había presentado una maravillosa oportunidad que nunca hubieran sido capaces de planear por sí solos. El chófer ex-presidario, un tipo con un amplio historial delictivo. Un Gerald Clinch, el perfecto primo, el primero del que sospecharía la policía.

Clinch continuaba sentado, moviendo la cabeza en señal de desaprobación en la oscuridad del teatro. Ahora su mente estaba tranquila, fría, cautelosa, y funcionaba como una maquinaria bien engrasada.

«¡Vaya golpe! —pensó Clinch—. ¡Vaya golpe perfecto! No cabía la más mínima posibilidad de culpar a Al.»

¡Qué planificación! ¡Qué oportunidad! Rhea fuera de la ciudad (cualquiera podía apostar a que el viejo charlatán de Dan lo había estado pregonando aquel día por toda la ciudad), y el tipo, generoso y despreocupado, se había quedado solo.

«Excepto por mí —recordó Clinch—. Sí, excepto por mí.»

Harry había terminado de trabajar a las once y media, dando a Ted y a sus supuestos compinches el tiempo suficiente para colocar la bomba antes de la llamada telefónica. Tuvo que haber una falsa llamada telefónica, Clinch lo sabía. Era la única manera de hacer que Dan bajara al garaje y se montara en el coche. ¡Perfecto!

Y Al quedaba fuera de sospecha. Como el mejor y más antiguo amigo de Dan, la policía lo escucharía y él les tiraría una indirecta aquí, una duda allá. ¿Se podría construir un auténtico caso contra Clinch a partir de una hábil coartada? ¡Pero él tenía también una coartada! Lola. Aunque Lola era peor que no tener ninguna. Sería un detrimento para la defensa. Un buen fiscal la pondría en ridículo en cinco minutos. ¿Harry? No servía. ¿Cómo podría Harry estar seguro de que Clinch no había regresado después de las once y media?

De pronto se acordó de Dan, sentado enfrente de él en el pequeño restaurante italiano, cenando tranquilamente, pero preocupado por Rhea y la bebida. Le temblaron los labios. Tuvo que contenerse para no prorrumpir en sollozos. Entonces, de pronto, le asaltó tal desenfrenado deseo de matar, de destruir, de derribar todo aquel maldito lugar, que se agarró a los brazos de la butaca, sujetándose con fuerza, como un hombre en una montaña rusa desbocada. Poco a poco consiguió calmarse.

—De acuerdo, esos hijos de puta verán lo que es bueno —murmuró.

Un poco más tarde Lola regresó corriendo y sin aliento, se sentó a su lado, le cogió del brazo y apoyó la cabeza sobre su hombro. Él la apartó.

—¿Todo arreglado? —le preguntó con brusquedad.

Lola lo miró sorprendida, luego dijo:

—Sí, Jerry. Todo arreglado.

La cama con somier metálico de la pensión era vieja, y crujía cada vez que Clinch o Lola se movían. Lola dormía a rachas, sobresaltándose a cada momento e irrumpiendo en sollozos. Clinch no podía dormir. Permanecía tumbado con los brazos debajo de la cabeza, mirando el techo.

Pensaba en Rhea. No podía quitársela de la cabeza.

«¡Qué muñeca! —pensaba—. ¡Vaya mujer! ¡Cielos, sí que me ha dado una lección! Y yo hice que se marchara. Si no hubiera sido por aquel incidente, no se hubiera marchado, y entonces quizá... —pero se detuvo aquí—. Déjalo, Clinch. Lo hubieran matado tarde o temprano. Estaba todo calculado.»

—¡Esos hijos de puta! —dijo en voz alta, luego dio la vuelta e intentó dormir.

Era inútil pensar en Rhea. Tendría de él la misma opinión que el resto: le había jugado una mala pasada a Dan. ¿Y por qué no? Había intentado poseerla, ¿no era cierto? Ella le había dado una lección y quizá él hubiera querido vengarse. Quizá era un maldito asesino lunático. ¿Acaso no tenía antecedentes penales? Un mal tipo. No se podía culpar mucho a la tía.

Pero este pensamiento le molestaba e importunaba tan persistentemente que desistió de intentar dormir.

A las seis envió a Lola a comprar los dos periódicos de la mañana. Regresó aterrorizada. Clinch encendió un cigarrillo, se sentó a la mesa en calzoncillos y se dispuso a leer las noticias sobre el sensacional asesinato. El titular de uno de los periódicos decía:

UNA BOMBA MATA AL GRAN DAN MOFORD; y el subtítulo:
SE BUSCA A SU CHÓFER, UN EX PRESIDARIO

El otro titular decía:

DIRIGENTE POLÍTICO ASESINADO; y el subtítulo:
DAN MOFORD MUERE MISTERIOSAMENTE; SE BUSCA A SU CHÓFER.

Los titulares eran impresionantes, aunque no los contenidos; eran textos superficiales, imprecisos, escritos rápidamente, con limitación de tiempo. Los periódicos de la tarde ofrecerían una información más detallada, algo que mereciera la pena leer. Clinch los arrojó a un lado.

Lola había hecho café en un pequeño hornillo. Le llevó a Clinch una taza y se sentó en el borde de la cama mientras bebía la suya. Había en Clinch un cierto desabrimiento, una extraña rigidez que la intimidaba. Deseaba hablarle, decirle lo extraño que le parecía que el día anterior por la mañana estuvieran desayunando juntos en su propio apartamento, Clinch preparándose para ir a trabajar..., y ahora..., pero no dijo nada.

Clinch terminó el café, se metió de nuevo en la cama y dio la vuelta, quedándose de cara a la pared. Sintiendo rechazada, ignorada, Lola fue incapaz de mantenerse en silencio por más tiempo.

—¡Dios mío, Jerry! ¿Qué vamos a hacer?

Clinch se volvió malhumorado y gritó:

—Yo sé lo que voy a hacer. Si no te sobrepones, me libraré de ti.

Lola lo miró consternada.

—¿Librarte... *de mi*?

—Eso es lo que dije. ¿Qué diablos de ayuda puedes ofrecer si te comportas así?

Lola se calmó inmediatamente.

—De acuerdo, Jerry. Me..., me tranquilizaré. Ayudaré.

Clinch la observó durante un momento.

—¿Podrías teñirme el pelo de rubio?

Lola lo miró fijamente, luego reflexionó y respondió con rapidez:

—Sí, creo que sí. Hay un producto para hacerlo, incluso trae las instrucciones.

—Estupendo. Cómpralo tan pronto como abran las tiendas, y cómprame también unas gafas, que sean negras y de concha. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Lola inmediatamente.

Clinch estaba pensando:

«Quizá consiga parecerme a aquellos tipos que vi en el restaurante italiano.»

Rhea estaba tumbada en un sofá en el cuarto de estar del ático, en un estado que se aproximaba al desmayo. Tom Mitchell había ido a recogerla a la pequeña localidad rural y ahora estaba sentado cerca de ella en una silla de respaldo alto. El médico acababa de darle a Rhea un calmante y había insistido en que se metiera en la cama, pero Rhea rehusaba escucharlo.

—Tienes que contarle a la policía todo esto, Rhea —decía Mitchell—. Tienes que hacerlo. Es otra pista, quizá la más importante.

—¿Cómo pudo hacerlo? —sollozaba Rhea—. ¿Cómo *pudo*?

—Es un delincuente con un amplio historial. ¿Quién sabe lo que pasa por una cabeza como ésta? Yo se lo advertí a Dan, pero no me hizo caso. Esta mañana Al Cramer me contó que en varias ocasiones había notado una cierta tensión entre Dan y ese individuo.

Rhea movía la cabeza lentamente en señal de desaprobación.

—Si me hubiera quedado..., si no me hubiera alejado de Dan como una estúpida. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué hice eso? Aún ahora no puedo explicármelo.

—Acabas de decirme por qué —dijo Mitchell pacientemente—. Tenías un buen motivo, Rhea.

Hubo un silencio, luego Rhea dijo:

—Es difícil creer que alguien fuera capaz de hacer una cosa así, especialmente a Dan. A Dan, un hombre del pueblo —comenzó a llorar y sollozar violentamente, casi con histerismo.

Mitchell se levantó y cogió el calmante que el doctor había dejado.

—¿Quieres tomarlo? —preguntó.

Rhea intentó sosegarlo.

—No —dijo—. Estaré bien, Tom.

Tom se sentó de nuevo.

—Escucha, Rhea, cuando te sientas mejor, le diré al capitán Craig que pase por aquí. Es una buena persona, muy educada y tranquila. Cuéntale lo que me has contado a mí. Les ayudará a reconstruir el caso, créeme.

—Pero la prensa y todo lo demás, Tom. Ni siquiera soporto la idea de...

—Quizá podamos mantener alejada a la prensa, Rhea, al menos de momento. Pero eso establece un móvil, y es importante.Quieres que lo cojan y lo encierren, ¿no es así?

Rhea se incorporó de pronto.

—¡Quiero que lo maten! —gritó—. ¡Que lo maten!

Mitchell parecía un poco escandalizado.

—Me temo que habrá que dejarlo en manos de la justicia.

Rhea se tumbó y volvió la cara a la pared. Mitchell miró el reloj, luego se levantó y comenzó a pasear arriba y abajo lentamente. ¿Es que nunca iba a llegar esa enfermera? ¿Qué diablos la estaba entreteniéndola?

CAPÍTULO DIEZ

—¿Qué tal estoy? —preguntó Clinch.

Su pelo corto y áspero era ahora castaño claro, casi rubio, y llevaba gafas con gruesa montura de plástico negro. Él mismo se había comprado un traje barato de franela gris y en aquel preciso momento se estaba poniendo la chaqueta encima de una camisa blanca. Llevaba una corbata azul marino cuidadosamente anudada, que mantenía en su sitio con un pasador chapado en oro.

Lola lo miraba con escepticismo, incapaz de articular palabra.

—Una noche vi a Dan vestido así, regresaba a casa de ver un espectáculo. Fue la noche que acepté el trabajo.

La expresión de Clinch era de ligera crispación, pero a pesar de eso a Lola le pareció que estaba tranquilo, aunque ceñudo, muy ceñudo, como ocurría desde que habían abandonado el apartamento.

Lola se sentía intimidada, confusa.

—Pareces un extraño, Jerry —dijo dulcemente—. Si me cruzara contigo por la calle no te reconocería.

Clinch se volvió y la miró. Parecía nerviosa, pálida, preocupada. De pronto se dio cuenta de que apenas se había ocupado de ella desde que habían comenzado los problemas. Se acercó y la abrazó con torpeza.

—Todo está arreglado, nena —dijo—. Una maleta nueva, ropas; y ahora te voy a dar dinero suficiente para que puedas ir tirando.

Lola lo cogió por el brazo y lo miró suplicante.

—Pero Jerry, ¿por qué no nos vamos? ¿Por qué no nos vamos a otra ciudad? A Detroit, por ejemplo. Tú solías hablar siempre de ella.

—Quizá vayamos..., más adelante —respondió Clinch impaciente—. Ahora escucha lo que te voy a decir. Ten cuidado con el dinero. Yo estaré yendo y viniendo, pero nunca vendré cuando sea de día, ¿comprendes? Quédate aquí. Si alguna noche no aparezco a dormir, no te asustes. No te muevas de aquí, yo regresaré. Conserva la habitación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Jerry.

Sacó varios billetes de la cartera y se los entregó, luego la abrazó sin demasiado interés y la besó en la mejilla.

—Ya nos veremos, nena.

—¿Pero a dónde vas, Jerry? —preguntó Lola, intentando contener las lágrimas—. ¡Si al menos supiera a dónde vas!

—¿No oíste nada de lo que dije? Regresaré.

La miró durante un momento, luego se volvió y salió. Lola permaneció atenta al sonido cada vez más lejano de sus pisadas, luego corrió a la ventana y miró hacia la calle. Clinch apareció por fin, caminando lentamente, como si no tuviera interés en ir a ningún sitio en particular, y al llegar a la esquina se detuvo y encendió un cigarrillo.

«No lo reconocería —pensó Lola, luchando contra una inquietante sensación de extrañeza, de alienación—. No lo reconocería.»

Observó a Clinch hasta que desapareció, luego se sentó en el borde de la cama con la mirada perdida en el vacío, preguntándose qué podría hacer hasta que regresara Clinch.

Clinch compró un neceser pequeño y barato en una casa de empeños, también algunas camisas, corbatas y ropa interior; luego adquirió una habitación, bajo el nombre de Thomas Black, en una pensión desvencijada situada a un kilómetro y medio al sur de la Plaza. Para llegar a la pensión de Lola, a menos de un kilómetro, podía ir por las callejuelas, la avenida o el bulevar. Ahora tenía dos sitios en los que poder esconderse. Si uno resultaba peligroso, no estaría perdido en la calle, que siempre era malo.

La habitación de Clinch estaba en el segundo piso y daba a una calle estrecha, poblada de cantinas, pequeños talleres de reparación de automóviles, bares, almacenes y tiendas de varios tipos. En la esquina de enfrente había un local de venta de coches usados de aspecto desolador. Era un lugar perfecto, todo estaba a mano.

Mientras Clinch tramaba su plan, el caso Dan Moford continuaba de rabiosa actualidad, y en todas las ediciones de los periódicos aparecían fotos de Clinch facilitando su identificación. Era el principal sospechoso, el único. Leyó las noticias sobre el funeral de Dan con la sensación de que todo era un pretexto, un espectáculo montado para beneficio de los reporteros gráficos. Pero sintió una profunda y confusa emoción cuando vio una fotografía de la señora Moford, de Rhea, con un velo negro, sostenida por Al Cramer y Tom Mitchell, y con Mike Leavitt al fondo. A Rhea no se le veía la cara. Al parecía preocupado; Mitchell, desconcertado. Pero Mike Leavitt se enjugaba los ojos con un enorme pañuelo.

«¡Maldito irlandés! —pensó Clinch—. Quizá apruebe todo esto.»

Observó la fotografía durante largo tiempo. De pronto se sintió invadido por un violento ataque de odio. Recortó de la foto la cara de Al y la puso encima de la mesa, donde no pudiera evitar verla cada día.

—Servirá para recordármelo —dijo a la foto—. ¡Canalla! ¡Espera y verás!

Tan pronto como oscurecía, Clinch se acercaba a la habitación de Lola y pasaba allí el resto del día hasta aproximadamente media noche. Comían en la habitación, bebían uno o dos botes de cerveza, y estaban un rato juntos. Según pasaban los días, Lola se iba calmando cada vez más. Esta rutina, extraña como era, la tranquilizaba hasta el punto de dejar de hacer preguntas y aceptar las idas y venidas de Clinch como algo natural, como una parte imprescindible de sus vidas.

Una noche Clinch se presentó en su habitación con un nuevo mono de trabajo, de color blanco, y un metro de fieltro rojo. Lola le pidió prestadas a la casera unas tijeras grandes y bien afiladas, y luego se puso a observar como Clinch, sentado a la mesa,

dibujaba cuidadosamente con un lápiz y un cartón que le servía de regla una serie de letras mayúsculas en el fieltro rojo. Temía hacer preguntas, aunque le consumía la curiosidad. Entonces Clinch lenta y pacientemente cortó cada una de las letras con el enorme par de tijeras.

—Aquí tienes hilo rojo —dijo—. Cóselas como yo te diga, aquí en la espalda del mono, ¿ves? Así.

Lola hizo lo que le mandaba; luego se quedó boquiabierta cuando la inscripción comenzó a formarse y se completó: TRANSTATE TRUCKING CO.

—¡Jerry! —gritó—. ¿Vas a trabajar allí?

Clinch soltó un gruñido enojado y movió la cabeza con impaciencia:

—De alguna manera, nena, de alguna manera.

Sin decir palabra, Lola bajó la cabeza y comenzó a acariciar las letras y a enderezarlas un poquito. Clinch sintió de pronto un arrebató de lástima. Lola era como una niña perdida en el bosque, tan inocente. Se acercó y la abrazó torpemente.

—¿Qué te ocurre? —gritó Lola sobresaltada—. Casi consigues que me pinche.

—¡Eres un hacha! —dijo Clinch, dándole con el puño un ligero golpecito en la barbilla.

Lola miró las letras con orgullo.

—Me parece que lo he hecho muy bien —dijo.

Más tarde, Clinch hizo algunas nuevas adquisiciones: un gorro de lana azul marino del tipo usado por los estibadores, una saca de lona de las que se cierran con una cuerda, una escopeta de dos cañones del calibre doce (le resultó gracioso comprobar lo fácil que era comprar una escopeta del tipo utilizado para cazar, ninguna pega), una caja de munición, algunas herramientas, incluyendo un pequeño torno y una pequeña pero resistente sierra de acero, y finalmente un viejo cupé Ford de indescriptible aspecto, en bastante buenas condiciones.

Después contó el dinero que le quedaba y movió la cabeza negativamente.

«Si fracaso —pensó—, voy a andar muy mal de pasta.»

Alquiló una plaza en un pequeño garaje y taller de reparaciones situado en la acera de enfrente de la pensión y allí, trabajando por la noche, cuando no había nadie a la vista, no sólo revisó el Ford y lo puso a punto, sino que con la sierra y el torno convirtió la escopeta en un arma mortífera de corto alcance, serrando casi las dos terceras partes de los cañones. Un arma realmente «amenazadora».

Durante todo este tiempo, sólo le preocupaba realmente una cosa: Rhea. No conseguía quitársela de la cabeza. Los demás no le importaban. De acuerdo, ellos pensaban que era culpable, ¿y qué? Pero que ella lo pensase también..., bueno, era doloroso. Este pensamiento le mantenía despierto durante la noche, no podía reconciliarse con la idea. Al principio pensó que era cuestión de tiempo, que lo olvidaría. Pero el tiempo no lo ayudaba en lo más mínimo. Según iban pasando los

días, se iba convirtiendo en una obsesión.

Y finalmente no pudo aguantarlo más, y maldiciéndose a sí mismo por chulo, matón y aficionado, cogió un autobús con dirección al este, cruzó el puente de la calle Kosciusko hasta llegar al centro de la ciudad, luego se bajó y deambuló entre la multitud y el tráfico de la hora punta.

Eligió unos concurridos grandes almacenes, cuya cafetería estaba atestada de oficinistas y mecanógrafas que comían apresuradamente el tentempié de media mañana, mientras cientos de clientes entraban y salían por la amplia puerta principal, abierta de par en par. Nadie reparaba en nadie en un lugar como ese.

Clinch entró en una de las cabinas telefónicas, cerró la puerta, y manteniéndose de espaldas marcó el número de la casa de Dan. Le temblaban las manos y podía sentir como las gotas de sudor frío se deslizaban por sus omóplatos.

Hubo una larga espera, hasta que por fin Jamie contestó al teléfono con su voz lenta y cansina.

—Residencia de los Moford.

Clinch se aclaró la garganta con nerviosismo y vaciló. Tuvo que luchar contra el deseo de colgar el auricular. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía decir, por el amor de Dios?

—Quisiera hablar con la señora Moford, por favor —articuló por fin.

—La señora Moford está ocupada en este momento. ¿Quién la llama?

—Jamie, soy yo, Jerry —reveló.

—¿Quién? ¿Quién? —le llegaba la voz de Jamie. Parecía perplejo, horrorizado.

—Soy Clinch. Déjeme hablar con ella, Jamie. Es muy importante.

Un largo silencio. Luego Jamie preguntó:

—¿Seguro que eres tú, Jerry?

—Sí. Date prisa.

Clinch oyó un gran estrépito. Aparentemente Jamie había dejado caer el auricular, pero se dio cuenta de que aún había comunicación, así que esperó, sudando, lleno de inquietud.

Jamie atravesó corriendo el pasillo y llamó con los nudillos en la puerta abierta de la sala de estar. La señora Moford estaba hablando con el señor Mitchell y con aquel policía de pelo cano, como reconoció Jamie. Iba a ocurrir algo, algo importante, sin duda.

—Sí, Jamie, ¿qué deseas? —preguntó Rhea.

Jamie abrió la boca para hablar, pero no pudo articular palabra. Tanto Mitchell como el enorme policía se quedaron mirándolo. ¡Era lo máximo, el final! ¡Parecía imposible, Jerry telefoneando! ¡Era una locura!

—¿Qué ocurre, Jamie? —preguntó Rhea levantándose.

Jamie señaló hacia el *hall*.

—Al teléfono —dijo—. Un hombre. Él..., él dice que es Jerry. Yo no lo creo, pero eso es lo que dice.

Mitchell se quedó con la boca ligeramente abierta, luego se levantó.

—Yo me ocuparé de esto. ¿Quiere usted escuchar por el supletorio, capitán?

—No —dijo Craig—. ¿Hay otra línea desde donde pueda llamar a la compañía de teléfonos?

—En el despacho —dijo Mitchell.

Ambos corrieron en distintas direcciones. Jamie se quedó allí, desconcertado, mirando a Rhea, que le parecía que estaba muy pálida.

—¿Qué quería? ¿Qué dijo? —preguntó Rhea.

—¿Cree usted que realmente era él, señora Moford? ¿Por qué iba a llamar?

—¿Parecía su voz?

—Sí, señora. Creo que era su voz.

—Bien, ¿qué dijo?

—Dijo que quería hablar con usted, muy importante.

Rhea se levantó y se acercó a la ventana, allí se detuvo para mirar al exterior. Estaba temblando de odio, de temor. ¿Por qué tuvo que llamar? ¿Por qué?

—Pero Clinch —estaba diciendo Mitchell por el teléfono—, ¿por qué iba a hablar contigo? Me parece...

—Quiero decirle algo, Mitchell. Es importante.

—Bueno, dímelo a mí. Dímelo. Debes saber que la señora Moford no se siente lo suficientemente bien como para...

Clinch se enjugó la frente con un pañuelo. Hacía un calor casi sofocante en la pequeña cabina.

—Tengo que hablar con ella personalmente, Mitchell —dijo—. ¿Querrá ir a buscarla, por el amor de Dios?

Le parecía que a los picapleitos les gustaba mucho hablar, llevar la voz cantante, meterse en los asuntos de todo el mundo.

Pero de pronto tuvo un presentimiento y se rió irónicamente para sus adentros. Mitchell estaba distrayéndolo, hablaba muy despacio y con sensatez, mientras alguien intentaba localizar la llamada. ¡Típico!

—Es inútil que intenten localizar la llamada, Mitchell —dijo—. Incluso si la descubren, no le serviría de nada. ¿Va a ir a buscarla?

—No —respondió Mitchell—. Es imposible.

—Váyase al infierno, farsante —gritó Clinch, y colgó bruscamente el auricular.

Permaneció un momento en la cabina enjugándose la cara. ¡Vaya condenada estupidez había intentado hacer! ¿En qué habría estado pensando? Naturalmente Rhea nunca hablaría con él, pensando cómo lo hacía. Y ahora perseguirían al sospechoso por toda la ciudad. Pero de algún modo se sentía aliviado. Por lo menos se había esforzado para contarle a Rhea la verdad.

Rhea estaba aún en la ventana cuando Mitchell regresó. Antes de que pudiera hablar, el capitán Craig entró procedente del estudio.

—¿Puede localizar la llamada? —preguntó Mitchell.

—Sí —dijo Craig—. Lo sabremos dentro de un momento. Pero creo que no nos servirá de mucho. Es un profesional. Probablemente habrá llamado desde una cabina muy alejada del lugar en el que se esconde. Si me disculpan, regreso al centro de la ciudad. Debo organizar un nuevo grupo de hombres.

Cuando el capitán Craig se hubo marchado, Rhea preguntó:

—¿Qué quería? ¿Por qué telefoneó? ¿Estás seguro de que era Jerry?

Mitchell observó su cara y luego dijo:

—Por favor, siéntate, Rhea, y deja que te prepare algo de beber. Ésta ha sido una mañana muy movida.

Rhea se sentó en el enorme sillón de Dan, apoyó la cabeza en el respaldo y se cubrió la cara con las manos. Se sentía como si estuviera a punto de desmayarse. Mitchell le sirvió rápidamente una copa de coñac con soda y de tres tragos bebió la mitad. En sus mejillas comenzó a aparecer un toque de color.

—Era Clinch, no hay duda —dijo Mitchell—. Desconozco la razón por la que ha llamado. Dijo que era importante. Quería hablar contigo.

—¿No te parece extraño? —preguntó Rhea después de un largo silencio.

—Si se tratara de mí bajo estas circunstancias, de una persona normal, te diría que sí —respondió Mitchell—. Pero con un asesino, ¿quién puede decirlo? Sencillamente olvídale, Rhea.

Hubo un largo silencio. Rhea bebía lentamente, ensimismada en sus pensamientos.

—Me pregunto por qué se quedó en la ciudad —dijo—. Ha tenido tiempo suficiente para escapar, para irse a California, a cualquier lugar.

—Sucede lo mismo —dijo Mitchell reprimiendo su impaciencia—, con un hombre como ése, ¿quién lo sabe?

CAPÍTULO ONCE

Claire estaba en el Ingle, hablando con Charley junto al mostrador de recepción, cuando entraron dos detectives, Carmody y Trosky. Se acercaba la última hora de la tarde de un caluroso día de primavera, y los dos detectives estaban sudando y parecían cansados. Ambos eran de complexión fuerte y al verlos Claire se quedó inmóvil, luego se volvió y fingió estar revisando el correo que había encima del mostrador, enfrente de ella. Charley levantó la vista sonriendo amigablemente e hizo un jocoso saludo con el dedo índice.

—¡Hola, muchachos! —dijo—. ¡Un día caluroso, eh!

—¡Hola, Charley! —dijo Trosky—. No estás bromeando con el tiempo, no. Treinta y dos grados. ¿Qué te parece para un día de primavera?

Carmody se acercó a Claire y se puso a mirar por encima de su hombro, al tiempo que le guiñaba un ojo a Trosky.

—¿Quieres leer mi correspondencia? —preguntó Claire—. Si es que sabes leer.

Carmody se rió y se volvió hacia Charley, entregándole una fotografía revelada en el laboratorio de la policía.

—¿Viste alguna vez a esta chica, papi?

Charley sacó sus gafas y observó la foto largo tiempo, luego se la pasó a Claire, que la miró de mala gana.

—En este trabajo veo a muchas chicas —dijo Charley—. Dentro y fuera, en todas partes.

—¿Y tú que respondes, nena? —le preguntó Carmody a Claire.

Ella y Charley intercambiaron una larga mirada.

—Sí —dijo Claire—. La he visto, pero fue hace mucho tiempo.

—Sí —asintió Charley, siguiendo su ejemplo—, vivió aquí una temporada.

—¿Con qué nombre? —preguntó Trosky.

—Lola algo —respondió Charley.

—¿Smith? —preguntó Carmody.

—Sí —dijo Charley—. Creo que era eso.

Carmody arrojó otra fotografía sobre el mostrador.

—¿Con este tipo?

Tanto Charley como Claire observaron la fotografía durante largo rato. Era una foto robot de Clinch.

—Sí —dijo Charley—. Hace casi un año. Oye, ¿no es ese el tipo que...? —levantó las dos manos y gritó—: ¡Boom!

—Creemos que sí —dijo Trosky, volviéndose hacia Claire—. Tú te mueves mucho por el barrio, ¿has visto a la chica últimamente?

—No —respondió Claire—. De hecho, no estoy segura de que la reconociera si volviera a verla. Quizá lo hiciera, pero no era nadie, sólo una chiquilla raquíta.

Charley se rió disimuladamente y Claire le lanzó una mirada.

—¿Acaso no era una chiquilla enclenque? —preguntó.

—A mí me parece que era muy bonita —dijo Charley.

Claire recogió el correo y se dirigió hacia el ascensor, pero Trosky la cogió por el brazo.

—Escucha, Claire, haznos un favor. Si ves a esa muchacha, danos un telefonazo.

Claire se apartó bruscamente.

—¿Por qué? ¿Cuándo hicisteis vosotros, los gorilas, algo por mí?

Trosky la miró fijamente, enojado.

—No se trata de lo que hicimos, si no de lo que no hicimos. ¿Te ha estado molestando alguien últimamente?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Claire.

Se marchó. Trosky se quitó el sombrero, sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Y eso sirve para ti también, papi —dijo.

—¡Claro, claro! —respondió Charley amigablemente—. Ya me conocéis, muchachos.

Carmody sacó una cajetilla, él y su compañero encendieron un cigarrillo y se pusieron a fumar y charlar de espaldas al mostrador.

—Seguro que vamos a tener movimiento —dijo Trosky—. Ese maldito loco telefoneó a la señora Moford y la amenazó, o algo por el estilo. En comisaría están que explotan.

—¿Es eso cierto? —dijo Charley—. ¡Cielos! Nunca se sabe. Cuando vivía aquí parecía un tipo muy tranquilo. Pagaba las facturas y no causaba problemas —mover su poco respetada cabeza gris en señal de desaprobación.

—¡Joe! —llamó Trosky a su compañero—, será mejor que telefonees a tu mujer mientras tengas oportunidad. Ésta puede ser una noche muy larga.

Carmody dejó el mostrador y entró en la cabina telefónica.

—Tiene dos chicos enfermos —explicó Trosky—, y su mujer tampoco es muy fuerte.

—Es duro —dijo Charley.

Mientras Carmody hablaba por teléfono, Trosky continuó de pie fumando, enjugándose su cara grande y de aspecto rudo con un pañuelo arrugado, y mirando a la Plaza, en donde empezaba a caer la noche y comenzaban a encenderse algunas farolas.

Hubo un largo silencio, luego Lola, hablando con cautela, dijo:

—Jerry..., estás..., bueno, estás muy extraño esta noche.

—Es el calor —dijo Clinch—. Supongo que no va a refrescar lo más mínimo. Pásame otra lata de cerveza, ¿quieres, nena?

Estaban sentados en la oscuridad con todas las ventanas abiertas y la puerta entornada, intentando refrescarse. Clinch no llevaba nada más que los calzoncillos;

Lola, una bata amplia y muy ligera.

Se levantó a buscar la cerveza.

—Échale un vistazo al reloj —gritó Clinch.

En el pequeño comedor ardió una cerilla.

—Las nueve y cuarto, Jerry —gritó Lola.

Cuando volvió con la lata de cerveza, Clinch dijo:

—Tengo que marcharme enseguida, tan pronto como beba la cerveza.

—Nunca te vas tan temprano, Jerry —protestó Lola, preocupada.

—Lo sé, lo sé —dijo Clinch sin darle importancia.

Lola no respondió, pero había algo en su actitud que la perturbaba. Resultaba extraño, pero era esa especie de sensatez, de afabilidad, de gentileza..., no estaba segura de cómo definirlo, pero era algo muy distinto de su acostumbrada irritabilidad.

—Aún no hemos cenado —dijo Lola después de un largo silencio.

—Esta cerveza es suficiente para mí. Hace demasiado calor para comer. Quizá tome algo más tarde.

Clinch terminó la cerveza, se levantó y comenzó a caminar arriba y abajo por la oscura habitación.

—¿Qué haces, Jerry? —preguntó Lola.

—Nada, nada. Me voy a vestir, debo irme.

Estaba casi vestido antes de que ella hablara de nuevo.

—Jerry, no te enfades..., pero...

—De acuerdo, ¿qué quieres?

—Me pongo tan nerviosa por las noches después de que tú te vas —dijo Lola—. Siempre me acuerdo de cómo era nuestra vida en el apartamento. Tú regresabas a casa, cenábamos y luego estábamos juntos hasta la mañana siguiente. Me gustaría que ahora fuera igual, Jerry.

—Bueno, no lo es.

—¿No podría ser así?

—No.

Hubo un prolongado silencio. Clinch ya estaba preparado para salir. Lola lo acompañó hasta la puerta, agarrada a su brazo.

—Jerry —dijo, pronunciando con dificultad—, si al menos supiera a dónde vas cuando te marchas de aquí, me sentiría mejor. Tengo la impresión de que desapareces o algo parecido..., y me pongo a pensar que quizá no regreses. Si al menos supiera...

—No —dijo Clinch—. Deja que yo organice las cosas. Es mejor que no lo sepas.

—¿Nos marcharemos pronto? La otra noche dijiste que...

—Muy pronto —dijo Clinch, luego se volvió y salió.

Lola estuvo escuchando cómo bajaba las escaleras, luego se volvió y corrió a la ventana. Momentos más tarde, Clinch apareció en la acera, debajo de la ventana, pero estaba tan oscuro y las luces de la calle eran tan débiles que casi no podía distinguirlo. No era más que una sombra vaga y oscura. Luego desapareció.

Continuó mirando por la ventana con la vista perdida durante un momento, luego pensó:

«Tengo hambre. La cerveza nunca me llena como le ocurre a Jerry.»

Fue a la cocina, encendió la luz y buscó en la nevera algo que comer, pero no había nada que le apeteciera; en realidad casi no había nada.

«Bajaré al bar de Pat», pensó; luego comenzó a vestirse lentamente.

Eran casi las diez y media. Claire salió de un bar pequeño y oscuro, arrastrando a un hombre gordo y borracho de mediana edad, que se reía con risita sofocada. No dejaba de manosear y pellizcar a Claire subrepticamente mientras caminaban por la acera. Claire se esforzaba en no bostezar.

—¿Qué te parece si cogemos un taxi, papaíto? —preguntó ella, dándole una palmadita en la cara—. Ya sabes, para evitar a la bofia.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo el hombre afablemente; luego la preocupación le invadió por un momento y preguntó—: ¿A qué distancia está?

—A un kilómetro y medio, quizá menos.

—De acuerdo, de acuerdo —gritó, manoseándola y pellizcándola de nuevo.

—¿No puedes refrenar tus malignos impulsos durante un minuto? —preguntó Claire.

El hombre la miró fijamente, luego estalló en una carcajada.

—¡Qué mujer! —dijo—. ¡Sí, señor! ¡Una auténtica mujer!

—Hay una parada de taxis al final de la calle —dijo Claire, luego lo cogió por el brazo con amabilidad, aunque también con firmeza, impidiéndole que realizara más demostraciones de cariño mientras caminaban.

Cuando pasaron por delante del bar de Pat, Claire observó que había un taxi aparcado a la puerta, y a través de la ventana vio al taxista comiendo en la barra. Lo conocía, era un tipo llamado Bud.

—Aquí tenemos uno —dijo—. No es necesario que vayamos hasta la parada. El taxista terminará dentro de un minuto.

El hombre no sabía a qué se refería y tampoco le importaba. Continuaba intentando manosear a Claire. De pronto Claire lo empujó a un lado bruscamente y se quedó mirando con atención. Una muchacha joven de pelo largo y negro, más bien baja, estaba saliendo del bar.

—¡Hola! —dijo Claire.

Lola se detuvo y la miró fijamente, con su boca infantil ligeramente abierta.

—¡Oh, hola!

—¿Otra vez por el barrio? —preguntó Claire, sonriendo de forma amistosa.

Lola la observó de nuevo, luego le devolvió la sonrisa. Claire siempre le había dado miedo, pero ahora se mostraba tan agradable y amistosa.

—¡Sí! —dijo—, en casa de la señora Taylor.

—¿Quién es? —preguntó el hombre.

—Una amiga, una amiga —dijo Claire, y luego volvió a dirigirse a Lola—: Ya ves que estoy ocupada y no puedo detenerme ahora, pero podría pasar a visitarte.

De pronto Lola sintió miedo. Clinch le había advertido una y otra vez..., y ahora, si daba la casualidad de que Claire se acercaba por allí cuando estuviera Clinch..., pero qué podría decir. Claire parecía tan amable y...

—¡Sí, estupendo! —exclamó—. Bueno, supongo que sería mejor... —vaciló, luego dio la vuelta y se marchó.

—Encantada de haberte visto —gritó Claire detrás de ella.

—¿Quién era esa chica? —preguntó el hombre—. Es condenadamente guapa. Pero por una menor puedes terminar en la cárcel, ¿verdad, encanto? En la cárcel.

Claire apretó los labios y cerró el puño con fuerza. Se abrieron las puertas del bar y Bud, el taxista, salió.

—¡Hola, Claire! —dijo—. ¿Qué tal te va?

—Monta a este «caballero» en tu taxi, Bud. Vuelvo dentro de un momento.

Se dispuso a entrar en el bar de Pat, pero el hombre la sujetó.

—¡Oh, no, no te vayas! —gritó—. No me vas a dejar colgado, nena.

Claire lo apartó.

—Tengo que llamar por teléfono. Regreso enseguida.

Bud sujetó al hombre mientras Claire se iba.

—¿Qué diablos es esto? —gritó el hombre—. ¿Una conspiración? Me gusta esa tía, es mi tipo. ¿Por qué se marcha?

—No se marcha, majadero —dijo Bud—. ¿Estás bromeando? Enseguida regresa. Métete en el taxi, tranquilízate y no me des más problemas.

El hombre miró detenidamente el rudo rostro de Bud, luego se metió en el coche sin protestar y se sentó a esperar.

A las once y diez Clinch entró en la cabina telefónica de una bolera situada a una o dos manzanas de su pensión, y llamó al River 2-1000. Era el tercer intento en dos semanas. Las dos veces anteriores, la partida se había organizado en la sala de billar.

Finalmente, el mismo tipo de siempre, con su monótona voz de siempre, contestó al teléfono:

—¿Diga?

—¿River 2-1000?

—Sí.

—Aquí un amigo de Al. ¿Hay partida esta noche?

—Sí.

—¿En dónde?

—En el garaje.

—De acuerdo, gracias.

Clinch tuvo que intentarlo dos veces antes de conseguir colgar el auricular. ¡Por fin! Salió de la cabina y atravesó con paso ligero la amplia bolera, sin mirar a derecha ni izquierda. En aquel momento tenía la extraña sensación de que cualquier persona podría leer su rostro. Cuando llegó a la acera, sacó el pañuelo y se enjugó la frente, pero no dejaba de sudar.

«¡Dios, qué calor! —pensó—. ¿No vamos a tener un poco de brisa?»

Lola estaba tumbada en la cama sin zapatos y con una lata de cerveza en la mesita de noche, hojeando una revista de cine. La señora Taylor le había dado un montón de revistas atrasadas que había encontrado en la habitación de un cliente que se había marchado hacía dos días.

—¿Quieres todas estas revistas, nena? —había preguntado la señora Taylor—. A mí no me interesa mucho todo ese asunto de Hollywood, pero tú eres joven y a todas las jovencitas parece gustarle.

—Sí, gracias, gracias —dijo Lola muy efusiva, pues tenía bastante miedo de la señora Taylor, una mujer gorda, malhumorada y corta de vista, que se quedaba mirando de forma extraña, como si fuera una enorme carpa, a través de los cristales extremadamente gordos de sus gafas.

Lola no leía las revistas, sino que se limitaba a mirar las fotografías, deteniéndose de vez en cuando en aquellas que a su parecer mostraban lugares paradisíacos..., palmeras, playas de arena blanca llenas de bañistas afortunados, hoteles de lujo, coches de grandes dimensiones como el que Jerry conducía para llevar al pobre señor Moford, y una atmósfera, un ambiente de..., ¿de qué?... ¿de tranquilidad y llamativas novedades...? Suspiraba y pasaba las páginas lentamente. Quizá Jerry la llevaría a uno de esos lugares. Jerry se daba ahora mucha importancia. Y aunque en el fondo de su corazón sabía que nunca iría al sur de California, por lo menos resultaba algo agradable en que pensar.

En el piso de abajo, la señora Taylor oyó unas enérgicas pisadas en el vestíbulo, como si alguien atravesara la puerta principal, y sacó la cabeza para ver quién era. La señora Taylor no tenía muy buena vista, pero su oído funcionaba estupendamente, como muchos de sus inquilinos habían descubierto a través de los años. Su cabeza siempre estaba asomando por la puerta a cualquier hora del día o de la noche.

—¡Hola, señora Taylor! —exclamó Trosky—. ¿Cómo le va?

—Así, así, sargento —dijo preocupada—. ¿Y a usted?

Trosky asintió con la cabeza amablemente. Detrás de él, Carmody se había quitado el sombrero y se enjugaba la cara.

—Parece que no refresca —gruñó.

Trosky le entregó a la señora Taylor una fotografía.

—¿Se hospeda aquí?

La señora Taylor fue hacia la lámpara para observar la foto, acercándola mucho a

sus gafas. Trosky intercambió con Carmody una mirada de irritación. Ambos esperaron.

—No van a causarme ningún problema, ¿verdad? —preguntó la señora Taylor, bajando la fotografía.

—No —dijo Trosky—. Todo irá sobre ruedas.

—Está aquí —dijo la señora Taylor—. Dorothy Allen. Justo al final de la escalera. Aquella puerta de allí. ¿Pero qué pudo haber hecho una pobre chica como ésa? Es muy agradable. Ustedes me conocen, muchachos, estoy acostumbrada a tratar con putas, con criaturas sucias e inmundas, no intento bromear, éste es mi negocio, pero les digo que es una buena chica.

—¿Ha traído a algún hombre últimamente?

—Bueno, les diré que no acostumbro a espiar a mis inquilinos...

Trosky y Carmody intercambiaron una mirada sardónica, pero no hicieron ningún comentario.

—Pero..., en fin..., sentí curiosidad por esta chica. En primer lugar pagó una semana por adelantado y eso es bastante inusual. Luego..., no trae a nadie. Pasa casi todo el día en casa, cantando y tarareando para sí misma, y a veces llorando. La he oído al pasar por delante de su puerta. No es una buscona, si es eso lo que quieren saber, muchachos.

—¿Y algún amigo?

—Sí, tiene uno —dijo la señora Taylor—. Es de su estilo diría yo, aunque no lo he visto mucho. Viene por las noches. Siempre sereno. Lo habré visto media docena de veces. Siempre educado.

—¿Ha estado aquí esta noche?

—Sí. Estuvo y se fue.

—¿Qué aspecto tiene?

—Muy bien vestido —dijo la señora Taylor—. Un traje muy bonito, camisa blanca, corbata. No es un vago, créanme. Pelo rubio.

—¿Alto o bajo?

—Estatura mediana, diría yo.

—¿Fornido, delgado, gordo?

—Más bien delgado. Camina despacio, como si no fuera a ninguna parte.

—¿Alguna vez la oyó llamarlo por su nombre?

—Sí, una vez; dio la casualidad que pasaba por delante de la puerta.

Trosky y Carmody intercambiaron otra mirada, pero no hicieron ningún comentario.

—Jerry. Así fue como lo llamó.

Trosky asintió con la cabeza.

—De acuerdo, señora Taylor. Ahora subiremos y hablaremos un rato con ella.

—¿Hizo algo? —preguntó la señora Taylor—. ¿Qué hizo, por el amor de Dios? No sería capaz de matar una mosca. Escuchen, he visto a muchas en mi vida. He

tenido harpías capaces de envenenar a un tipo por cinco pavos. Ella es una pobre muchacha, asustada.

Los dos detectives se limitaron a mirarla, luego se volvieron y subieron las escaleras.

—Ya se lo dije —gritó la señora Taylor, y al no obtener respuesta, volvió a su cuarto y cerró la puerta de golpe.

Lola saltó de la cama esperanzada cuando oyó un leve golpe en la puerta. ¡Jerry! Pero de pronto su corazón comenzó a latir más deprisa. No podía ser Jerry. Nunca llamaba. A petición suya, ella nunca cerraba la puerta con llave, pues él le había explicado que quizá necesitara entrar corriendo.

Se repitió la llamada. Lola estaba paralizada. ¿La señora Taylor? Pero no era su forma de llamar. Ella parecía arañar la puerta, o algo por el estilo. Sin saber qué hacer, Lola se sentó en el borde de la cama y comenzó a ponerse los zapatos. Se disponía a ponerse el derecho, cuando la puerta se abrió lentamente y se encontró de frente con dos hombres de aspecto rudo y gran estatura.

—¿Eres Dorothy Allen? —preguntó Trosky.

Lola se puso de pie de un salto con el zapato en la mano.

—Sí, señor.

—Policía —dijo Trosky—. ¿Podemos entrar?

Un terror frío invadió lentamente el cuerpo de Lola.

—Sí, señor. Pasen.

Mientras Carmody recorría el apartamento, mirando dentro del cuarto de baño, del pequeño comedor y del armario, Trosky se acercó a Lola y la miró de arriba abajo, con melancolía. Medía más de un metro ochenta y parecía elevarse por encima de ella como el gigante de un cuento de hadas.

—¿Cuántos años tienes, encanto? —le preguntó con amabilidad.

—Veintiuno, señor —dijo Lola, le temblaban los labios y le flaqueaban las rodillas—. Tengo mi tarjeta de la seguridad social y mi... —se detuvo bruscamente y miró desesperada a su alrededor en busca del bolso.

Carmody, que lo había estado examinando, se lo entregó al momento.

—¿Es esto lo que estás buscando, Lola?

Lola lo miró sin comprender.

—Me llamo... —pero se detuvo de nuevo, sentándose en el borde de la cama y prorrumpiendo en lágrimas.

Trosky movió la cabeza negativamente.

—Éste es un caso para el tribunal tutelar de menores. Apuesto a que no pasa de los dieciséis.

Lola continuaba llorando, sin levantar la vista.

—Ése sí que es un bolso bonito, encanto —dijo Carmody—. ¿Te lo regaló tu novio?

—No, señor —sollozó Lola.

—¿Dónde lo conseguiste? Con todos esos chismes, debió costar cincuenta dólares.

—Me lo regaló una señora.

—¿Qué señora?

—Una..., una señora, sencillamente.

—Quieres decir que lo robaste en Bergman, ¿no es cierto? —Carmody se volvió hacia Trosky—. Sacado de Bergman. Artículos de calidad —le guiñó un ojo a Trosky—. ¿Crees que debemos encerrarla por ratera?

Lola se levantó y comenzó a llorar.

—No lo robé. Es mío. Me lo dieron. Por favor, no se lo lleven. Nunca robé nada.

—¿Dónde está Jerry? —preguntó Trosky de pronto.

Lola respondió al momento.

—No lo sé. Yo... —Entonces se detuvo, dándose cuenta de lo que había dicho y se sentó de nuevo en el borde de la cama, mirando al suelo.

Trosky se llevó a Carmody a un lado.

—Llévatela. Es ella, no hay duda. Yo llamaré y montaré la vigilancia. Él regresará.

—Vamos, nena —dijo Carmody—. Ponte el zapato. Daremos un pequeño paseo hasta el centro de la ciudad.

—¿Puedo coger mi bolso? —preguntó Lola.

—Claro, claro —dijo Carmody—. Cógelo.

Después de que Carmody y Lola se hubieran marchado, Trosky revisó detenidamente el apartamento sin encontrar nada de interés. Luego bebió la última lata de cerveza que había en la nevera y bajó a hablar con la señora Taylor.

La vieja mujer parecía un poco nerviosa y lo miraba fríamente a través de sus gafas de culo de botella.

—¿Qué hizo? —le espetó—. ¿No tengo derecho a saberlo?

—Señora Taylor —dijo Trosky—, durante años usted se ha mantenido alejada de los crímenes de este barrio. Sea amable, sea amable.

La señora Taylor comprendió la amenaza implícita e hizo un gran esfuerzo para calmarse.

—Me gustaba esa pobre chiquilla —dijo—. No sabe qué alivio suponía para mí tener una criatura como ésa con quien poder hablar, en lugar de esas putas apestosas todo el día.

—Su caso es para el tribunal tutelar de menores —dijo Trosky—, así que deje de preocuparse.

—Tribunal tutelar de menores —dijo la señora Taylor sardónicamente, como si hablara consigo misma—. ¿Es eso bueno?

—Es mejor que la cárcel normal. ¡Y ahora al diablo con todo ello! Escúcheme, ¿está segura de que ese tipo, Jerry, es rubio?

—Sí.

—¿Lo ha visto alguna vez sin chaqueta o con las mangas remangadas? Ha hecho mucho calor últimamente.

—No. Siempre va vestido como un caballero. Un joven muy educado.

—¿Ojos grises?

—No lo sé. Lleva gafas.

Trosky asintió con la cabeza para sí mismo.

—De acuerdo. Ahora necesito utilizar su teléfono. Y quiero que colabore, mamaíta. Vamos a vigilar este lugar. Si no me equivoco, es un tipo peligroso y puede haber un tiroteo. Nosotros esperamos que no sea así, pero puede ocurrir.

La señora Taylor palideció ligeramente, luego asintió con la cabeza.

—Está bien, sargento, está bien. Lo que usted diga —le tiró ligeramente de la manga mientras entraban en el cuarto—. ¿Cree que esto podría causarme algún problema, sargento? Tengo que ganarme la vida.

—No veo por qué —dijo Trosky—, siempre que colabore.

—¡Oh, colaboraré al cien por cien! No se preocupe.

Así era su vida. Estaba acostumbrada a ella. Primero había colaborado con un marido vago e inútil, después con la policía, con las putas, con los chulos. ¡Claro que colaboraría!

CAPÍTULO DOCE

Mientras Clinch conducía hacia el sur por el River Boulevard, su mente iba recordando de forma automática, casi palabra a palabra, la conversación que había mantenido con Dan la noche en la que ambos hicieron aquel mismo recorrido.

Dan le había estado hablando de las grandes partidas de póker, explicándole las precauciones que Al había tomado para mantenerlo en secreto, en privado, y Clinch había apuntado que era un buen sistema para mantener alejada a la bofia.

Dan había estallado en una carcajada.

—¿La bofia? ¿Quién se preocupa por la bofia? No. Hace unos cinco años entraron dos tipos armados y limpiaron el juego. Todavía hoy nadie sabe de dónde vinieron ni a dónde fueron. Así que desde entonces, Al y los muchachos se han vuelto muy precavidos.

—Debió haber sido un buen botín —había dicho Clinch.

—Lo fue —había respondido Dan—. Y ni siquiera se denunció a la policía. Un par de tipos listos y afortunados.

Grandes gotas de sudor le corrían bajo el gorro de lana azul marino que llevaba puesto, y mientras atravesaba el River Boulevard en dirección al sur, maldecía para sus adentros. Un tipo no puede pensar en todo, anticiparse a los acontecimientos. ¿Cómo iba a saber que tendría que dar un golpe tan perfecto en una noche sofocante como ésa, sin una brizna de aire? Llevaba el traje gris debajo del mono. Una vez terminara, se desharía del mono y al instante dejaría de ser un mecánico, un tipo de garaje insignificante, para convertirse en un ciudadano honrado y bien vestido. ¡Maldito calor! Con toda la ropa que llevaba se sentía como si estuviera en un baño de vapor. Pero era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

A su izquierda discurría el río; a su derecha se alzaban los altos bloques de apartamentos, cuyo aspecto era cada vez más pobre conforme se iba acercando al sur. Finalmente, los edificios de apartamentos eran sustituidos por almacenes y bares, y más adelante por pequeñas naves industriales y amplios depósitos de mercancías. La distancia entre las farolas aumentaba y el tráfico se reducía a un lento transcurrir.

En el paso a nivel —la esquina de los suicidas, como la había llamado Dan—, el semáforo intermitente estaba apagado y por todas partes parecía cernirse un silencio absoluto. Sin embargo, al recordar cómo el interurbano había surgido de la nada, oscilándose rítmicamente, Clinch redujo la velocidad y escudriñó la vía con atención. ¡Sólo oscuridad y silencio! En aquel momento no había ningún automóvil a la vista.

Y entonces, como si estuviera viviendo la misma experiencia paso a paso, vio la enorme draga en el río, mucho más lejos esta vez, pero con el mismo aspecto, con su traquear de máquinas y bombas de agua, con la cubierta superior iluminada por arcos de pálida luz azulada, y los obreros yendo y viniendo en ropa de trabajo por la superestructura.

Clinch no giró al llegar a la calle Setenta y Seis como había hecho siguiendo las

indicaciones de Dan. Continuó dos manzanas más allá, hasta llegar a la Setenta y Ocho; entonces enfiló una ancha callejuela pavimentada que llevaba hacia el norte, luego giró repentinamente hacia el oeste, apareciendo en Avalon, en el lugar exacto para sus propósitos. Clinch había explorado el barrio una docena de veces por la noche y ahora lo conocía tan bien como las calles de la ciudad canadiense en la que había nacido.

Se metió por Avalon, avanzó una manzana, luego torció por una callejuela que aunque ancha y bien pavimentada estaba tan oscura como el interior de una mina de carbón. Encendió la luz de cruce y circuló lentamente por la callejuela hasta encontrar el Depósito 3 de la empresa de desguace de automóviles, que ocupaba casi una manzana entera del barrio. Gran parte de la valla que daba al callejón había sido derribada para poder meter un avión estropeado de grandes dimensiones, y hasta el momento nadie se había preocupado de volver a levantarla. Clinch había descubierto este precioso escondite en una de sus salidas de reconocimiento. Los depósitos no estaban vigilados. En el Depósito 1, al final de la callejuela, había una pequeña garita donde un viejo vigilante parecía no hacer nada excepto fumar en pipa, leer una revista y escuchar la radio. Clinch lo había observado varias veces.

Metió el coche en el solar marcha atrás y lo escondió tras una parte de la valla que estaba levantada, de cara al oeste. Dejaría el motor en marcha. Cuando volviese, sólo tendría que salir disparado calle abajo. Conduciría hacia el oeste por Camden Boulevard, luego, tras unos dos kilómetros, torcería hacia el este por River Boulevard, y de nuevo se encontraría en su propio barrio. Había hecho el recorrido muchas veces. A esas horas de la noche apenas funcionaba ningún semáforo. Casi podía llegar a casa sin tener que detenerse.

Clinch sacó la escopeta de debajo del asiento y la cargó, luego la metió en la saca de lona, que la cubría casi por completo, menos por tres o cuatro centímetros de la culata. También cogió el revólver de debajo del asiento, lo sacó de la pistolera, comprobó si estaba debidamente cargado y luego, desabrochándose el mono, lo sujetó en el cinturón del pantalón. Probablemente no lo necesitaría, pero era conveniente llevar un arma de repuesto.

A la luz del salpicadero y con la ayuda del espejo retrovisor, se aseguró de que cuando echara el pasamontañas de lana sobre la cara, los agujeros para los ojos cayeran en el sitio adecuado. La imagen que vio reflejada en el espejo le impresionó un poco; parecía un horrible monstruo, el personaje de una pesadilla.

—Mucho mejor —dijo en voz alta, luego se echó a reír con una risita sofocada.

Una vez comprobado que el gorro de lana se ajustaba debidamente, lo enrolló con cuidado hasta dejarlo en su posición normal, luego se llenó los carrillos con tiras de papel de seda para alterar el timbre de la voz y desfigurarla. Un viejo sabio se lo había enseñado en chirona. Le había dicho:

—Muchos han sido identificados por la voz. Incluso me ocurrió a mí en cierta ocasión, cuando era un novato.

Clinch estaba preparado para llevar a cabo su plan. Pero ahora que todos los preparativos habían terminado, comenzó a invadirle lentamente un frío temor.

«Estás loco, Clinch, loco —insistía una voz familiar—. Éste no es trabajo para un solo hombre. Tienes muchas posibilidades de que te vuelen la tapa de los sesos.»

Tenía miedo. Estaba allí sentado, frío como un témpano, pero sudando como un toro.

El enorme solar de desguace empezó a tomar el aspecto de una pesadilla. A la izquierda se levantaba el descomunal avión, escorado de forma extraña, con la única ala en buenas condiciones apuntando hacia el cielo sin luna.

«¿Por qué no te largas de aquí? —se preguntó Clinch—. ¡Lárgate! Tienes dinero suficiente para llegar a Canadá.»

Pero entonces recordó a Dan en el restaurante Carpaccio, deprimido, preocupado por Rhea, solitario. ¡Qué gran tipo! Y luego estaba aquella rata apestosa, mediocre, de aspecto preocupado y medio muerta: Al Cramer. Clinch continuó sentado mirando al frente durante un momento, sin dejar de mover la boca.

Sin darse más tiempo para pensar y especular, salió del coche con la escopeta, caminó hasta el final de la valla y se dirigió por una callejuela lateral hacia la Translate Trucking Company, una construcción descomunal que surgía frente a él, en donde la callejuela lateral se unía con la principal. La misma bombilla desnuda, encendida en lo alto de la pared, era la única luz que se divisaba en toda la zona. Ella le servía de guía.

En aquel momento pasaba por delante del pequeño aparcamiento en el que había estacionado el cupé dos puertas aquella noche lejana. Ahora había más de media docena de coches de gran tamaño.

«Ya estamos, muchacho. Aquí es», no dejaba de decirse.

Vio las enormes puertas del almacén delante de él. Apenas estaban abiertas más de una rendija, igual que entonces. Según se iba acercando pudo oír el ruido metálico procedente del interior, vibrando y retumbando como en una piscina.

De pronto, sin que hubiera para él una razón aparente, se sintió totalmente calmado, luego exultante.

«Quiero ver la cara de Al —pensó—. Sí, sobre todo cuando meta el dinero en la saca y luego apriete el gatillo sobre él», rió violentamente.

Se detuvo junto a las enormes puertas que se alzaban por encima de él y atisbo en el interior. Nadie a la vista. Se coló sin dificultad y, con la escopeta todavía en la saca, se dirigió lentamente hacia la escalera que conducía al entresuelo, a la sala de juego.

De pronto oyó pasos. Por el rabillo del ojo vio a un individuo en ropa de faena salir de la parte trasera de un enorme camión y dirigirse al fondo del local. Clinch le dio la espalda, dejando ver la inscripción que Lola había cosido: TRANSTATE TRUCKING CO. El individuo no le prestó la más mínima atención, y un momento después había desaparecido tras un recodo de la pared.

Clinch comenzó a subir las escaleras. Por lo que concernía a los tipos de la planta

baja estaba tranquilo, a menos que Ted apareciera por allí. ¡Ted! ¡Esa rata asquerosa! Clinch casi se había olvidado de él. Después de todo, ¿qué era un asesino a sueldo, sino un loco? Pero de pronto le invadió un profundo odio al imaginarse a Ted colocando la bomba sin más escrúpulos que los que tendría un tipo arreglando un carburador. ¡Rata! ¡Rata asquerosa!

Había llegado ya al descansillo. La puerta de la sala de juego estaba abierta como la otra vez, y pudo ver el humo saliendo por ella y elevándose hacia el techo de aquella espaciosa estancia que recordaba a un hangar. Abajo, el ruido metálico continuaba y Clinch sentía cómo retumbaba en sus tímpanos.

Distinguió el sonido tenue de una conversación y luego una risa estridente procedente de la sala de juego. Alguien se quejaba y protestaba considerablemente. Luego volvió a oír la risa estridente. A Clinch le resultaba familiar. ¡Mike Leavitt! ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Tenía ahora tanto dinero? Lo ponía en duda. Pero Mike era un salvaje y probablemente jugaba fuerte, tanto si lo tenía como si no.

Clinch ya estaba casi al final de la escalera. Se sentía tranquilo y seguro. Se volvió y miró hacia la planta del garaje, muy por debajo de él. Nada. Nadie. Entonces echó con rapidez el gorro de lana sobre la cara y desenvainó la escopeta, sujetando con fuerza la saca de lona bajo el brazo izquierdo.

Se acercó con extremo cuidado a la puerta abierta, mirando de vez en cuando hacia el amplio garaje. El humo y la conversación parecían ir a la deriva.

De repente Clinch entró en la sala. Alguien había comenzado a reírse y se detuvo bruscamente. En torno a la mesa había alrededor de una docena de hombres. Los que se encontraban de cara a la puerta se quedaron paralizados y palidieron al ver a un hombre encapuchado con una escopeta de cañones recortados, de aspecto mortífero. Los que estaban de espaldas a ella notaron la tensión y se volvieron para ver qué ocurría. Mike Leavitt, de pie entre Emilio y Bernie, en el otro extremo de la estancia, miraba con la boca abierta, mientras su cara iba del blanco al rojo. Nadie dijo una palabra.

—Levantad las manos hasta tocar el borde del sombrero —dijo Clinch—. Mataré al primer hijo de puta que las mueva.

Todos subieron las manos automáticamente.

—¡Tú! —dijo Clinch, señalando a un hombre de mediana edad y llamativa chaqueta de sport, que estaba situado en el extremo más cercano de la mesa—. ¡Tú, tío gordo! ¡Toma! —arrojó la saca sobre la mesa frente a él—. Puedes bajar las manos. Mete el dinero en la saca. Un movimiento en falso y volaré tus gordas posaderas.

El tipo gordo se puso a temblar como una hoja, y con gran rapidez comenzó a recoger el dinero.

De pronto Clinch se sobresaltó ligeramente.

—¿Dónde está Al? —preguntó en voz alta y amenazadora.

Nadie contestó. Clinch se dirigió a Emilio, señalándolo con la mano izquierda.

—¡Tú, dago!^[1] ¿Dónde está Al?

La cara de Emilio se volvió verde de rabia y frustración. ¡Dago! ¡Él! ¿Emilio? ¿Un tipo abriéndose paso ahora en la ciudad? Mike Leavitt estalló en una carcajada contenida. Emilio se negó a hablar.

—¿En dónde está, Mike? —gritó Clinch.

Mike se sobresaltó ligeramente y se inclinó un poco hacia adelante, mirando a Clinch de hito en hito.

—Está enfermo —dijo Mike—. En su casa.

Clinch comenzó a maldecir para sus adentros. ¡Qué suerte, qué maldita y apestosa suerte la de ese cabrón!

—Ya está todo —dijo con voz temblorosa el tipo gordo.

—De acuerdo —respondió Clinch—. Ata la cuerda. Bien, ahora dámela y levanta las manos.

El tipo gordo le entregó la saca con cautela y luego levantó las manos. Estaba sudando y tenía un color verdoso, como si estuviera a punto de desmayarse.

—¡Súbelas hasta tocar el borde del sombrero, maldita sea! —gritó Clinch.

El tipo gordo lo miró con ojos vidriosos, luego se desvaneció, cayó sobre la mesa y rodó hasta golpear el suelo con un ruido sordo.

Clinch puso la saca bajo el brazo izquierdo (estaba llena y pesaba terriblemente) y luego comenzó a retroceder con cautela hacia la puerta. Entonces notó una extraña expresión de miedo en el rostro de Bernie, una mirada que no supo explicarse. Todos los hombres parecían petrificados excepto Mike, que parecía mirar algo con la boca abierta.

De repente Bernie se tiró debajo de la mesa. Una pistola se disparó desde algún lugar, rompiendo violentamente el silencio de la humeante habitación.

Clinch se volvió a mirar con rapidez. Un hombre en ropa de faena huía por la puerta. Llevaba un arma en la mano. Había disparado contra Clinch y había errado el tiro. Presa del odio, olvidando toda precaución, dándole la espalda a los jugadores, Clinch salió precipitadamente de la sala. El hombre del mono bajaba a gran velocidad la escalera, víctima del pánico. Clinch levantó la escopeta y disparó. El hombre se detuvo, se agarró a la barandilla, el arma se le escapó de las manos y fue a parar al suelo del garaje, en donde se disparó con un ruido ensordecedor, luego resbaló y rodó por las escaleras sin soltarse de la barandilla.

Clinch pudo ahora ver su cara. ¡Ted! ¡Lo había matado por casualidad!

De pronto se dio cuenta de lo precario de su situación y volviéndose miró hacia la puerta de la sala de juego. No había nadie. Los grandes tipos no querían arriesgarse a que les pegaran un tiro por un montón de pasta, tenían más de la que necesitaban, pero sólo tenían una vida.

Se volvió y bajó corriendo las escaleras, evitando el cuerpo de Ted en su camino. Luego cruzó el garaje y salió a la calle por la enorme puerta apenas abierta. Cuando salía, vio a varios tipos en ropa de faena en el otro extremo del local. Estaban junto a

un enorme camión observando lo que ocurría, pero sin tomar medidas. ¡Tipos inteligentes!

Clinch corrió hacia el solar de desguace, en donde se quitó el mono y el gorro de lana, los metió debajo del asiento, y luego arrojó la escopeta dentro de un coche viejo y despedazado que había por allí cerca.

—¡Ya no tengo que volver a usarte, nena! —exclamó.

Una voz no dejaba de decirle:

«Terminado. Todo ha terminado. Lo conseguiste, muchacho. Lo conseguiste.»

Enfiló la callejuela con la luz de cruce encendida. Al pasar por delante del Depósito 1 vio al viejo vigilante sentado confortablemente en la garita, bebiendo café en un vaso de cartón, leyendo el periódico y escuchando la radio.

Clinch se inclinó sobre el volante y rió a carcajadas. Luego se puso serio al acordarse de AL.

«¡Ese afortunado hijo de puta! ¡Ese afortunado y apestoso cabrón!», se decía.

Habían movido el cuerpo de Ted hasta el pie de la escalera y lo habían cubierto con una manta. Emilio se había ocupado de ello, mientras Bernie miraba, rascándose la cabeza y dando lentas chupadas a un cigarro. Emilio estaba ahora hablando con los cuatro hombres del garaje que siguiendo sus indicaciones habían movido el cuerpo. Sus caras estaban muy pálidas a la luz de los potentes focos, que alguien había encendido en medio de la confusión que siguió al tiroteo.

—Escuchad, muchachos —estaba diciendo Emilio con una voz apacible e indiferente—, vosotros no visteis nada. No sabéis nada. Sencillo, ¿verdad?

Los hombres se miraron unos a otros, luego todos asintieron con la cabeza.

—De acuerdo —dijo Emilio—. Volved al trabajo. Yo lo sacaré de aquí.

Se volvió para decirle algo a Bernie mientras los hombres se dispersaban por el garaje, pero en aquel momento los jugadores comenzaron a bajar las escaleras. El tipo gordo que había llenado la saca para Clinch y luego se había desmayado, un contratista millonario llamado Ed Boggess, estaba muy pálido y tembloroso. Mike Leavitt y otro hombre lo ayudaban a bajar.

Emilio y Bernie se volvieron y observaron cómo bajaban las escaleras.

—Un puñado de infelices —dijo Emilio, y Bernie rió con disimulo.

Al llegar al pie de la escalera, Boggess se asustó al ver el cuerpo tapado con una manta, como un caballo de carreras se asustaría ante una sombra que surgiese en la pista. Mike lo soltó y se acercó a Emilio y Bernie.

—Vamos, Ed —dijo el hombre que había estado ayudándolo—. Te llevaré a casa. Deja aquí tu coche. Mañana puedes mandar a recogerlo, o incluso alguien de aquí puede llevártelo.

Boggess asintió sin levantar la vista y luego se dejó llevar hacia la salida. Los otros lo siguieron, todos abatidos y silenciosos.

Emilio y Bernie esperaron, pero Mike no se marchaba.

—Juro por Dios que pensé que era una broma —dijo Mike—. ¡Con aquel mono y aquella escopeta de juguete!

—Una broma bastante buena —dijo Emilio—. Debajo del pasamontañas había un tipo inteligente.

—Sí —dijo Mike—. ¿Pero quién podría ser? ¡Dios! Es suficiente para ponerle a un hombre la carne de gallina. Primero pregunta por Al, luego me llama por mi nombre. No lo entiendo. Me imagino que debe haber trabajado por aquí, pero la cosa es que yo sólo he venido dos o tres veces en cinco años. ¿Tienes idea de quién pudo haber sido, Emilio?

—No, ni idea.

Emilio miró impaciente a Bernie, que cambió el cigarro de sitio, se rascó de nuevo la cabeza y luego se puso el sombrero.

Pero Mike no se dio por aludido.

—¿Llamaste ya a la bofia? —preguntó Mike.

Emilio titubeó por un momento, luego dijo irritado:

—Mike, ¿te importaría dejarme llevar a mí este asunto? Márchate a casa.

Mike enganchó los pulgares del chaleco y miró primero a Emilio y luego a Bernie.

—¡Nada de policía!

—¡Mike, Mike! —protestó Emilio, empezando a perder la paciencia.

—No intentes quitarme del medio —dijo Mike. En sus ojos negros había un destello de odio—. Yo estaba aquí. Estaba en el ajo. Sólo quiero saber qué se va a hacer.

—De acuerdo, entonces —dijo Emilio—. Nada de policía. ¿Qué tal quedaría en la prensa? Mike Leavitt, un pez gordo; Ed Boggess, un pez gordo; yo, Bernie, el resto. Doce, trece tipos. Un individuo entra y limpia el juego. ¿Quién cae? Un mecánico que intenta salvar nuestra pasta. ¿Qué hacemos nosotros? Desmayarnos.

Bernie rió con disimulo y miró fijamente el extremo del puro.

—Tienes razón —dijo Mike—. De acuerdo, ya nos veremos —dijo adiós con la mano y salió.

—¡Cabrón irlandés! —murmuró Emilio, luego se volvió hacia Bernie—. Ahora es todo tuyo, Bernie. Llama a Rig y haz los preparativos, luego quédate aquí con el fiambre hasta que llegue Rig. Quiero que le pongáis un peso y lo arrojéis al río, al sur de la ciudad. No quiero que haya problemas más tarde, como pasó con Mackenson.

—Está bien, chico —dijo Bernie.

Emilio lo miró con severidad, todavía molesto por el «dago» que el pistolero le había colocado. Bernie fingió no darse cuenta.

—¿Quién crees que pudo haber sido? —preguntó Bernie cuando Emilio se disponía a marcharse.

—Yo sé quién ha sido —dijo Emilio—. Ahora tengo que ver a Al.

—¿Quién diablos era? —insistió Bernie.

—Quizá te lo diga más adelante. Pero utiliza tu cabeza, hombre, utilízala. Para eso está.

Emilio rió lacónicamente, sintiéndose un poco mejor. Luego se volvió y salió.

Al vivía solo en un viejo edificio de apartamentos que daba al río, justo al norte del centro de la ciudad. A pesar de todo el dinero que tenía, y tenía mucho, su apartamento era pequeño, viejo y vulgar en todos los aspectos. Al no era partidario de gastar dinero innecesariamente. No era partidario de hacer nada innecesario. Era una simple cuestión de vitalidad. Nunca había tenido suficiente. Desde hacía años, vivía con la cautela egoísta de los ancianos.

En aquel momento estaba en pijama y batín sentado enfrente de la ventana, intentando respirar un poco de aire fresco.

«¡Dios! ¡Me siento fatal! Me gustaría que comenzara a llover, que hubiera una tormenta, algo», se decía.

La ciudad estaba cubierta por un manto de calor. No había indicios de que fuera a correr la brisa. Procedente del río llegaba un olor a agua estancada, que no traía una pizca de frescor.

Al intentó fumar un cigarro, pero tenía un sabor amargo y desagradable.

«Quizá sea por todas esas pócimas que el doctor me hizo tragar», se dijo, suspirando profundamente.

Acababa de regresar del hospital, en donde lo habían sometido durante tres días a una serie de intrincadas torturas conocidas como pruebas médicas. Hasta ahora no había recibido el resultado.

«Sin embargo, yo sé que tengo algo —se dijo—. No me encuentro en condiciones de hacer nada. No tengo apetito. No me apetece acostarme. No me apetece levantarme. ¡Todo un sufrimiento!»

Por un momento luchó contra un repentino sentimiento de terror. Tenía casi cuarenta y cinco años. Todos los días leía en los periódicos alguna noticia sobre tipos de cuarenta y cinco años que morían de un ataque al corazón. ¿Por qué no él? ¿Era tan diferente a los demás?

«¡Dios! —se quejó—. Si al menos se pusiera a llover. Si cayeran unas gotas, me sentiría muchísimo mejor.»

Se oyó un golpe seco en la puerta. Al dio un respingo y notó que se le ponía el pelo ligeramente de punta. Luego se tranquilizó, se levantó y caminó hacia la puerta. Se detuvo. Era cerca de la una y media. ¿Quién podría ser?

Volvieron a llamar, luego alguien dijo:

—¡Al, Al!

—¿Eres tú, Emilio? —preguntó Al.

—Sí, sí.

Al abrió la puerta y lo dejó entrar.

—¿Te saqué de la cama? —preguntó Emilio.

—No —dijo Al—. No podía dormir. Hace demasiado calor. Entra y siéntate.

Nunca le había gustado Emilio, con él se comportaba con pies de plomo, pero en aquel momento se alegró de verlo. Se habría alegrado de ver prácticamente a cualquiera.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras se sentaban.

—De todo —dijo Emilio, luego le contó toda la historia, tal como había sucedido, omitiendo sólo un detalle: el pistolero había preguntado dónde estaba Al.

Al pareció contraerse.

—¡Dios mío! —gimió—. ¿Ted?

—Sí —dijo Emilio—. Y ese tipo realmente lo acribilló. Una escopeta de gran calibre. Lo destrozó por completo.

Al hizo una mueca de dolor, luego empezó a moverse en la silla con nerviosismo, como si no pudiera encontrar una postura confortable.

Hubo un breve silencio. Un ligero rumor llegaba desde la ciudad dormida. A lo lejos, hacia el sur, se oía la sirena de un barco.

Al intentaba dominarse con todas sus fuerzas. ¡Esto tenía que haber pasado precisamente cuando tenía los nervios destrozados y estaba enfermo!

—Al —dijo Emilio—, creo que sé quién era el tipo.

—¿Quién? —Al se echó hacia delante ansioso.

—Aquel chófer de Dan Moford, Gerald Clinch.

De pronto Al se echó hacia atrás, y con las manos sobre las rodillas miró a Emilio fijamente, con la boca abierta.

—Pero si llevaba un gorro de lana..., un mono... —murmuró Al.

—Sí, sí —dijo Emilio, reservando lo mejor para el final—. Pero preguntó por ti. Quería saber en dónde estabas.

La noticia no pareció producir ninguna reacción en Al. Continuaba sentado muy rígido, sin dejar de mirar.

—Así están las cosas —dijo Emilio—. Es un tipo inteligente, se imaginó que podía matar dos pájaros de un tiro. Limpiar el juego llevándose una fortuna y divertirse un poco quitándote del medio.

—No —dijo Al, que parecía tener problemas al respirar.

—Sí —respondió Emilio—. Ese tipo no es un imbécil. Se le hizo pasar por culpable y no le gusta. Por esa razón vine a avisarte, Al. Puede tratarse de un tipo terco.

Emilio se detuvo y observó a Al. No parecía estar escuchando. De pronto, sin mediar palabra, Al resbaló de la silla y cayó de rodillas.

—No puedo respirar —gritó—. Emilio, llama al médico. No puedo respirar. Que venga una ambulancia, tienen que llevarme al hospital.

—Espera un momento —dijo Emilio atónito.

—¿Quieres que muera? —gritó Al—. En el cajón del teléfono, el doctor Anders. Dile que llame a una ambulancia. Date prisa, date prisa.

Mientras se levantaba, Emilio exclamó:

—¡Jesús, vaya noche!

Al se deslizó lentamente hacia adelante y se echó de costado, apoyando la cabeza sobre un brazo doblado y respirando con dificultad.

En el vestíbulo, mientras buscaba torpemente la agenda, Emilio se dijo:

«¡Joder! No se puede poner enfermo tan de sopetón. Este tipo lo que está es asustado.»

Vaciló durante un momento y luego marcó el número, invadido súbitamente por un inquietante pensamiento. Quizá sí *estaba* enfermo. Siempre *parecía* enfermo. Y si algo le pasaba a Al, sería Mike Leavitt el que ocupara el sillón de mando... y entonces sería el fin, o se entablaría una amarga lucha que no beneficiaría a nadie.

«No se podría negociar con ese hijo de puta —gruñó—, más de lo que se podía con el Gran Dan.»

Esperó impaciente mientras el teléfono del médico sonaba una y otra vez.

Clinch esperaba en el oscuro garaje situado enfrente de su pensión, esperaba y maldecía. Todo había salido a la perfección, sin problemas de ningún tipo. Había regresado del atraco conduciendo como cualquier sumiso ciudadano que vuelve a casa después de ver una película. Pero cuando el viejo cacharro estaba ya a salvo en el garaje y él se disponía a subir a la habitación y contar el dinero, ¿que ocurrió? Voces y gritos, sirenas, dos coches patrulla: un gran jaleo en la pensión contigua a la suya. La bofia rondaba por los alrededores y los curiosos habían salido de los bares del final de la calle para ver qué ocurría.

Clinch miraba la escena desde una sucia ventana del garaje. Por fin dos policías salieron del fondo de la pensión, medio arrastrando, medio llevando a una mujer que no dejaba de gritar y patalear, y cuyo largo y tupido cabello se metía en la cara de los policías, impidiéndoles ver. Metieron a la mujer sin ceremonias en el asiento trasero del coche patrulla, en donde Clinch pudo oírla blasfemar, gritar y dar patadas al asiento. Luego se oyó el penetrante sonido de una sirena y una ambulancia de la policía dobló la esquina, pasó a gran velocidad por delante del garaje y se detuvo con un estridente chirriar de frenos, que dispersó a la multitud.

Los enfermeros sacaron en camilla a dos personas, mientras la multitud estiraba el cuello para ver qué pasaba, empujándose unos a otros, dándose codazos, y hablando en voz muy alta y excitada.

Finalmente la ambulancia arrancó llevando la sirena encendida, y seguida casi inmediatamente por los dos coches patrulla. La mujer aún gritaba y daba patadas al asiento.

Poco a poco la multitud se dispersó, la mayoría volvió a los bares abiertos del

final de la calle, pero algunas personas se quedaron allí, formando pequeños grupos: uno enfrente de la pensión en la que había ocurrido el incidente, otro enfrente de la pensión de Clinch.

Clinch esperó con resignación un rato más, luego perdió la paciencia.

«¡Qué diablos!», exclamó, y dejando la ventana, cruzó el oscuro garaje y se dirigió a la puerta lateral. La única cosa que le preocupaba era la saca, estaba muy llena. La colocó debajo del abrigo, sujetándola con el brazo izquierdo. De este modo, si alguien sospechaba, pensaría que llevaba envuelta una botella de alcohol.

Salió por la calle lateral y cruzó en diagonal hacia la pensión, pasando junto al grupo de hombres y mujeres que discutía sobre lo ocurrido.

—Ella los encontró cuando volvió de trabajar, ¿sabes? —estaba explicando una mujer—. Ella trabaja media noche y él...

Clinch pasó de largo. Nadie le prestó atención hasta que entró en el edificio. Estaba cruzando el vestíbulo mal iluminado, cuando una puerta se abrió inesperadamente y la patrona, la señora Penny, salió envuelta en una vieja bata de guata.

—¡Hola, señor Black! —dijo—. Ha habido jaleo, ¿eh? Vine a ponerme algo más grueso. Empezaba a tener frío ahí afuera.

¡Frío! Clinch la miró asombrado. Su camisa estaba empapada de sudor.

—¡Estos hombres! Siempre engañando —dijo la señora Penny—. Nunca aprenderán.

Rió en voz alta y salió corriendo a unirse al grupo. Por lo que Clinch pudo percibir, ella no había notado que llevara algo.

Suspirando aliviado, subió corriendo a su habitación, y una vez dentro cerró la puerta con llave, corrió las cortinas, encendió la luz, puso la saca encima de la mesa y se sentó. Estaba tan nervioso e impaciente que mientras intentaba sin éxito desatar la cuerda, las manos le temblaban y el corazón le latía muy deprisa. Por fin consiguió abrirla. Le dio la vuelta y miles de billetes comenzaron a caer: billetes grandes, billetes nuevos, billetes arrugados, toda clase de billetes.

Clinch pegó un grito y levantó el brazo derecho en señal de triunfo. Luego se dijo:

«Deja de gritar, estúpido, y cuéntalo.»

Mientras contaba los billetes y los colocaba en diferentes montones, le temblaban las manos, se le nublaban hasta la vista. Perdió la cuenta repetidas veces y tuvo que volver a empezar.

—Esto parece un banco —dijo en voz alta, y se echó a reír—. Bueno, así que me equivoqué por algunos cientos, o miles.

En el quinto recuento, le salieron cincuenta y ocho mil dólares. En el sexto, sesenta y dos mil y algunos cientos. En el séptimo, más de setenta y cuatro mil. Luego desistió.

Estaba asombrado, atónito, y el triunfo le hacía sentirse lleno de vida. Se levantó

de un salto y comenzó a caminar por la habitación, pasándose aturcido la mano por el cabello. Sentía un intenso deseo de contarle a alguien su gran golpe. Era un momento importante, realmente importante. Había sido el tipo de golpe con el que todos los muchachos soñaban en chirona. El gran y último golpe, y luego ya no se volvería a estar fuera de la ley.

Clinch se sentó e intentó calmarse. Lo que debía hacer era recoger a Lola y marcharse a Canadá. Ahora. Esta noche.

«¿Pero por qué Lola? —preguntó la voz familiar—. ¿Por qué no largarse ahora, solo?»

«Maldita sea, tendré que estar con alguien, ¿no?»

«¿Por qué?», preguntó la voz.

Sí, ¿por qué? Toda su vida había estado solo hasta que se enredó con Lola, Rhea y Dan. ¿Por qué iba ahora a necesitar a alguien? ¿Por qué?

Y de pronto se acordó de Al. Se levantó molesto y comenzó a caminar por la habitación. Estaba irritado, furioso, y de pronto le asaltó tal sensación de desesperación que se sentó de nuevo y se puso a mirar la alfombra fijamente. Todo estaba trastocado, deteriorado.

«Tengo que pensar, tengo que pensar —se decía—. Debo esperar hasta mañana. Son casi las dos. No puedo ir a molestarla ahora...»

Pero no quería esperar. Deseaba enseñarle el dinero. Era el momento más importante de su vida. Pero al instante pensó: «Bueno, en cierto modo, en cierto modo.»

Volvió a levantarse.

«Cálmate, Clinch, cálmate», no dejaba de decirse.

Emilio caminaba arriba y abajo por el pasillo del hospital, maldiciendo en voz baja y enjugándose la cara con un enorme pañuelo de seda de color amarillo. ¡Sí que hacía calor! Incluso en Upper River; incluso en el East Shore Hospital, un selecto lugar de reposo para borrachos, drogadictos, perturbados, hipocondriacos, pertenecientes a la clase alta, y también para hombres prominentes, como Al Cramer, que deseaban alejarse de la lucha durante un tiempo. Los políticos que Emilio conocía se refugiaban a menudo en el East Shore para hacerse un chequeo, especialmente cuando el gran jurado se mostraba demasiado activo, o cuando un fiscal recién nombrado intentaba romper la vieja rutina. Emilio se reía con ironía mientras se enjugaba la cara.

Al volverse, vio a una enfermera que se acercaba hacia él desde el otro extremo del pasillo. Daba la sensación de frescor y finura. Emilio se preguntó cómo lo conseguiría. Le sonrió.

—¿Sabe si el doctor está aún con el señor Cramer? —preguntó con corrección.

La enfermera esbozó una sonrisa de cortesía.

—¿El doctor Anders? Sí, señor.

—¿Se demorará mucho? Se está haciendo un poco tarde y...

La enfermera dudó, luego se volvió.

—Creo que ya viene.

Sonrió de nuevo y se marchó. Emilio se volvió y miró como se alejaba. Tan fresca como una lechuga.

Entonces apareció el doctor Anders. Él no daba sensación de frescor, sino que parecía tener calor y estar cansado. Era un hombrecillo de escasa estatura y aspecto eficiente, que rondaba los sesenta. Para Emilio era un tipo nervioso. Llevaba una bata blanca encima del chaleco.

—¿Cómo está, doctor?

—Le juro que no lo sé —dijo el doctor Anders—. Si tuviera algún síntoma, diría que está sufriendo una conmoción. Él afirma que todos sus asuntos están en orden, que nada va mal. El señor Cramer no es un hombre fuerte. Poca vitalidad. Durante meses sospeché que tenía algún tipo de infección, pero hasta ahora...

Emilio se apoyaba sobre un pie y luego sobre el otro, pero sonreía atentamente. ¡Cómo hablaban estos matasanos!

—De todas formas quiere verle a usted —dijo el doctor—. Pero no se quede mucho tiempo, sólo unos minutos.

—Sí, señor. De acuerdo —dijo Emilio.

—Volveré por aquí dentro de un rato —dijo el doctor—. Quiero verlo de nuevo antes de marcharme.

Emilio encontró a Al recostado en la cama, con una lamparita de lectura encendida a la altura de su codo.

—¿Cómo te va? —preguntó alegremente.

Pero Al, que parecía muy nervioso, ignoró la pregunta.

—Mira, Emilio. Tienes que hacer algo por mí.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué?

—Encárgate de Clinch.

—¿Cómo?

—Encuétralo antes de que él me encuentre a mí.

Emilio se rascó la barbilla pensativo, luego asintió para sus adentros, pero no hizo ningún comentario.

—¿Sabes cómo están las cosas, Emilio? Si me ocurriera algo, tú tendrías problemas.

—¿Mike? Sí, lo sé.

—¿Y bien?

—Habrás que tenerlo en cuenta —dijo Emilio—. Primero debemos encontrarlo. Los muchachos pueden hacerlo, ellos pueden hacerlo.

—¿Conforme, entonces? —preguntó Al impaciente.

Emilio asintió con la cabeza, luego se volvió y se encaminó hacia la puerta. Al

llegar a ella se detuvo.

—Ahora duerme. No te preocupes. Aquí estás bien.

Emilio salió. Al apartó la cara. ¡Todo esto *tenía* que pasar cuando él estaba enfermo y tenía los nervios destrozados!

Emilio condujo de vuelta al centro de la ciudad y entró en el vestíbulo del Hotel Regent, luego se encaminó al piso de abajo, en donde había una larga hilera de cabinas telefónicas.

No conseguía levantar a nadie. El teléfono sonaba y sonaba. Emilio echaba pestes y maldecía. Por fin alguien contestó con voz soñolienta y malhumorada.

—¿Diga? ¿Diga?

—Soy E.

Hubo un silencio, luego el hombre al otro lado del hilo dijo cortésmente:

—Sí, señor. Siento no haber contestado antes, señor, pero...

—Se supone que debe haber alguien despierto toda la noche —dijo Emilio con severidad.

—Sí, señor. Pero Rig salió y se llevó a cuatro de los muchachos. Y Benny...

Entonces Emilio recordó lo de Rig.

—¿En dónde está Benny?

—Puedo encontrarlo, señor, en cinco minutos.

—Búscalos. Dile que venga al centro de la ciudad. Rápido. Ya sabes adonde.

—Sí, señor.

Emilio movió la cabeza negativamente. ¡Este Benny, siempre andando por ahí!

CAPÍTULO TRECE

A Benny Shepanek se le conocía en la ciudad por el Tuerto. Naturalmente nadie en su sano juicio se lo llamaba a la cara, pues era muy susceptible al hecho de que su ojo izquierdo fuera de cristal. Nadie deseaba ofender a Benny, no sólo porque era un tipo mezquino de temperamento violento, sino también porque se rumoreaba que mantenía buenas relaciones con el cabecilla. Benny podía entrar en cualquier sitio y en todos lo agasajaban.

Clarence Drew, mejor conocido por Hoppy, estaba preparándose para cerrar su bar nocturno, cuando Benny entró caminando lentamente, vistiendo una llamativa camisa hawaiana y unos pantalones blancos. Benny, un ex-boxeador de los pesos pesados, caminaba con la cabeza baja y la barbilla casi tocando el pecho. Tenía el pelo negro, rizado y áspero, una nariz que había sido operada una docena de veces por los cirujanos plásticos y que ahora parecía una patata, y una cara descolorida y de facciones duras. Su ojo derecho funcionaba correctamente, pero el izquierdo siempre estaba quieto. Era un tipo con el que resultaba desconcertante trabar conversación.

En la gran ciudad comenzaba a amanecer. Toda la parte este estaba cubierta por una neblina de color rojizo, y en las ventanas de los últimos pisos se reflejaban los rayos horizontales del sol naciente.

Hoppy refunfuñó para sus adentros. Estaba cansado y de mal humor, pero a pesar de todo esbozó una enorme sonrisa para Benny.

—Mucho tiempo sin verte —dijo.

—¡Hola, Hop! —exclamó Benny—. ¿Preparándote para cerrar?

—Estaba a punto, pero siempre hay una copa para ti, muchacho.

—Nada de copas. Sentémonos allí —dijo Benny, señalando una de las mesas.

—Negocios, ¿eh? —dijo Hoppy, sintiendo como una fría mano le agarraba la boca del estómago. ¡Con esos tipos uno nunca sabía!—. De acuerdo, pero deja que cierre.

Hoppy cerró con llave la puerta principal, mientras reprimía un fuerte deseo de salir corriendo y marcharse a casa. Luego, con una sonrisa forzada, se acercó cojeando a la mesa y se sentó enfrente de Benny. Tenía la pierna izquierda amputada desde la rodilla y no había podido conseguir una pierna artificial que funcionase correctamente y no le irritase la piel. Se moría de ganas de ir a casa, quitarse la maldita pierna y rascarse.

Benny le entregó una fotografía. Había sido recortada de un periódico y pegada en un naípe.

—¿Has visto alguna vez a este tipo?

Hoppy cogió la fotografía y la examinó, comenzando a sentirse mejor. Benny iba en busca de información. Nada que ver con él, ninguna queja. La sonrisa fingida se fue convirtiendo en una sonrisa auténtica.

—No —respondió Hoppy—. Pero sé quién es.

—¿Quién es?

—He visto esa fotografía en los periódicos. Es ese tipo llamado Clinch.

—Bueno, no importa quién demonios sea —dijo Benny—. ¿Lo has visto?

Hoppy comenzó a sentirse nervioso de nuevo. El tono de voz que empleaba Benny le preocupaba.

—No —dijo—. Si yo fuera él, ya estaría en Chi..., en cualquier lugar lejos de aquí.

—Creemos que anda por aquí y queremos hablar con él. ¿Estás seguro de que no ha venido por el local?

—Estoy seguro —respondió Hoppy.

—Este es el tipo de bar por el que iría.

—Lo hubiera reconocido. Tengo buen ojo para las caras.

Benny se rió entre dientes, haciendo un ruido que no parecía humano, como el que se esperaría de un oso malhumorado.

—Eso he oído, eso he oído.

Hoppy tenía fama de soplón. Una fama inmerecida, excepto por un inevitable episodio que le había arruinado la vida. Se inclinó hacia adelante y dijo con seriedad:

—Lo que se comenta de mí es falso, Benny. Falso. Tú lo sabes.

—Yo no sé nada —respondió Benny—. Tú tienes un negocio, ¿no es así? ¿De acuerdo? La ciudad tiene unas leyes, ¿no es cierto? La hora de cierre es a las dos de la mañana. ¿Cómo te las arreglas?

—Soborno al concejal, así es como me las arreglo. ¿Cómo crees que se las arreglan los tipos que tienen su negocio en la Plaza?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Benny; luego sacó un puro del bolsillo de su camisa hawaiana, lo encendió y se puso a fumar pensativo.

Hubo un largo silencio. Hoppy estaba muy nervioso. Benny estaba de mal humor. Y cuando Benny estaba de mal humor, era propenso a meterse en problemas de un tipo o de otro.

—Tengo a seis tipos vigilando por el barrio —dijo Benny—. Nada. Me imaginé que tú podrías ayudarnos.

—Os ayudaría si pudiera.

—Quizá estés ayudando a la bofia. ¿No hay algún tipo de recompensa?

¡La bofia! De pronto a Hoppy le vino a la cabeza una feliz idea. Si al menos pudiera contar algo a Benny, algo de interés, quizá se calmaría un poco.

—Hablando de bofia —dijo—, mantienen vigilancia a unas dos manzanas de aquí.

Benny se animó de repente.

—¿Vigilancia?

—Sí. Dos tipos que conozco me lo contaron no hace más... —Hoppy se volvió y miró el reloj—. No hace más de dos horas. Vienen a descansar a la casa de al lado. Debe ser algo importante. Durante toda la noche ha habido polis por los alrededores.

¿Sabes en dónde está la casa de la señora Taylor?

—No conozco ninguno de esos tugurios —respondió Benny desdeñosamente.

Hoppy le explicó dónde estaba. Benny seguía sentado rascándose la cabeza. Finalmente se levantó:

—De acuerdo, me largo —dijo.

—Siento no poder ayudarte —dijo Hoppy—. Pero mantendré los ojos abiertos por si viene ese tipo. Te daré un telefonazo si...

—Sí, sí, de acuerdo —contestó Benny impaciente—. Déjame salir.

Hoppy le abrió la puerta, volviendo a cerrarla con llave una vez que había salido. Luego fue hasta la barra, abrió uno de los armarios, sacó una botella del mejor whisky escocés y se sirvió un gran trago que bebió con manos temblorosas.

—¡Ese hijo de puta! —murmuró.

Benny tomó un camino circundante y llegó a la casa de la señora Taylor por la parte sur de la Plaza. Su coche estaba estacionado en un aparcamiento cercano, así que podía justificar su presencia allí en el caso de que se encontrara con algún policía conocido. No era que necesitara una excusa, pero siempre era bueno tener algo que decir en su favor.

Se detuvo a una manzana de la casa de la señora Taylor, enfrente de un bar que permanecía abierto durante toda la noche, y echó un vistazo al final de la calle. Vacía. Totalmente vacía. Ni siquiera un gato callejero. Benny continuó allí murmurando un rato más, luego se volvió y se dirigió hacia el bar.

«Tomaré un café —pensó—. ¡Joder! No he dormido en toda la noche. ¡Y esa muñeca va a enfadarse conmigo! Parece que el jefe tiene ojos en la espalda, cada vez que yo... ¡Oh, al diablo! Cállate, Benny. Lo estás haciendo bien, ¿no es cierto?»

Entró en el bar. Al primer tipo que vio fue al sargento Gus Trosky, del centro de la ciudad. Estaba sentado en la barra bebiendo una taza de café y leyendo la página de chistes del periódico. No levantó la vista.

Benny encargó su consumición, luego se sentó intentando recordar algo que le remordía en la cabeza. ¿No estaba Trosky en el caso Moford? ¿No había leído en el periódico que...?

Le echó una ojeada. Trosky lo observaba por encima del periódico. ¡Un gran lince ese Trosky! Un tipo duro.

—¡Hola, sargento! —dijo Benny—. Veo que madruga.

—¿Y tú? —preguntó Trosky, mirándolo con desconfianza—. ¿Qué estás haciendo por aquí? ¿Visitando los barrios bajos?

—Quizá tenga una chica por aquí, o algo por el estilo.

—Quizá. ¿Qué ocurre con el Distrito Sur?

—¡Joder! Yo solía pasear por la Plaza cuando todavía peleaba. Me gusta. Y a ella también le gusta, así que...

—Trasnochas mucho.

—Tanto como ella me deja.

Trosky volvió a su periódico. Después de un silencio, Benny preguntó:

—¿Cómo le va a Dagwood esta mañana?

—No aparece en este periódico. Toma, léelo tú mismo —dijo Trosky, arrojando el periódico sobre el mostrador.

Momentos después Benny reía al leer los chistes.

—Me llama la atención cómo lo consiguen cada día —dijo. Finalmente se levantó y le devolvió el periódico al sargento—. Gracias, sargento. Me voy a dormir un rato. Le veré por ahí.

Benny abandonó el local. Trosky se levantó, caminó hasta la ventana y lo siguió con la vista. Benny se encaminó en dirección contraria a la casa de la señora Taylor y al momento desapareció.

«¿Qué diablos estará haciendo por aquí?», se preguntó Trosky. Luego movió la cabeza en señal de desaprobación y regresó a la barra.

—Siento despertarlo, señor —estaba diciendo Benny por el teléfono—, pero usted dijo...

—De acuerdo, de acuerdo —la voz de Emilio le llegaba a través del auricular, cansada, impaciente^. ¿Qué pasa?

Benny le explicó lo ocurrido con gran detalle, riéndose entre dientes.

«Está bien —pensaba—. Él me molestó a mí, ahora yo le molesto a él.»

—Podría ser, Benny —dijo Emilio—. A nosotros no nos importa quien le dé caza, con tal de que alguien lo haga. Te diré qué debes hacer. Mantén a los muchachos trabajando en el barrio, no sea que se trate de una pista falsa. Tú vete a casa y duerme un poco. Los muchachos pueden llamarte allí. Pero diles, por el amor de Dios, que se mantengan alejados de la calle en la que está esa casa de la que me hablas, la de la señora Taylor, ¿no es así? Si no pasara nada, vuelve al barrio tan pronto como anochezca. No pierdas de vista la casa. Si la policía detiene a nuestro hombre, estupendo. Eso es todo lo que queremos saber.

—¿Supongamos que se escapa?

—No dejes que vaya demasiado lejos.

—De acuerdo, señor, de acuerdo —dijo Benny mientras pensaba—: «Bueno, ahora vuelve a tus sábanas de seda, fino matón».

A pesar de ser aún muy temprano, Emilio telefoneó a Al al hospital. Quería calmarlo, tranquilizarlo. ¡Joder! El tipo se había hundido, como si todo se le hubiera ido a pique.

«Necesitamos a este tipo —se dijo Emilio—. Lo necesitamos de verdad.»

Emilio logró por fin convencer a la enfermera para que le permitiera hablar con Al.

—¿Emilio? —le llegaba ávida la voz de Al—. ¿Alguna noticia?

—Sí —dijo Emilio—. De ahora en adelante, el tipo del que hemos estado hablando va a estar ocupadísimo. Dejará de preocuparse por *ti*, Al; tendrá que preocuparse de *sí mismo*. Así que tranquilízate. Descansa durante unos días. Reponte. No te molestaré.

—Gracias, Emilio —dijo Al, exhalando un profundo suspiro de alivio. Muchas gracias.

Al paseó arriba y abajo por la habitación, sonriendo al sentir cómo todos sus miedos comenzaban gradualmente a abandonarlo. ¡Este Emilio era un hombre de palabra! Se sentó en un sillón al lado de la cama y encendió un cigarro. Tenía un sabor agradable, y aspiró el humo con satisfacción.

Clinch estaba tumbado en la cama con los brazos debajo de la cabeza, esperando a que cayera la noche. Se hallaba en un extraño estado de ánimo, orgulloso de que a pesar del calor del triunfo hubiera sabido resistirse a la tentación de marcharse corriendo a ver a Lola, lo que a las dos de la madrugada hubiera sido una auténtica tontería. Pero no se sentía tan orgulloso del resultado del robo y de sus detallados planes. Era cierto que el dinero era importante y que nadie iba a arrebatarárselo, pero su principal objetivo había sido enfrentarse con Al Cramer, reírse de él y luego pegarle un tiro, y no tenía sentido engañarse. Era una deuda contraída consigo mismo, ¿con que el cabeza de turco, eh? Era una deuda contraída con Dan, pero sobre todo con Rhea. Incluso ahora le atormentaba pensar que Rhea estuviera convencida de su culpabilidad en la muerte de Dan. Eso lo echaba todo a perder.

«Pero, joder, ¿cómo podría encontrarlo? —continuaba preguntándose—. Ni siquiera sé dónde vive.»

De pronto recordó cómo había buscado en la agenda negra de Dan los distintos números de teléfono de Al y cómo los había copiado en el interior del botiquín que había en el piso situado encima de la droguería. ¿Por qué habría hecho eso? ¡Sí que había sido un presentimiento!

Continuó dando vueltas en la cama.

«Olvídalo, olvídalo —se decía—. Lo intentaste, lo intentaste. Entonces se dieron las circunstancias adecuadas. ¿Pero ahora? ¿Qué vas a hacer? ¿Buscar a Al por toda la ciudad con la bofia pisándote los talones? ¡Por el amor de Dios, emplea el sentido común! Coge el dinero, vete a buscar a Lola y lárgate.»

Y así, intentando alejar cualquier pensamiento sobre Al, comenzó a trazar sus planes. Él y Lola saldrían como si fueran a dar un paseo, dejando en la habitación tanto las pertenencias de Lola como las suyas. Entrarían en el garaje situado al otro lado de la calle por la puerta que daba a la callejuela, subirían al coche, saldrían a la

callejuela marcha atrás y pondrían rumbo a Detroit, a Canadá, a quién sabía dónde. ¡Muy sencillo!

Era la hora de marcharse. Pero el dinero era un problema. Clinch hizo dos grandes fajos con los billetes de mayor tamaño y metió uno en cada bolsillo del pantalón. Luego apiló el dinero que quedaba, lo envolvió bien apretado en una hoja de papel de periódico y lo puso sobre su vientre desnudo, justo debajo del cinturón, sujetándolo con cinta adhesiva. Renunció a la chaqueta del traje gris y se puso una amplia cazadora de cuero, que escondía mejor la pistola sujeta al cinturón al estilo de la policía.

Cuando todo estuvo preparado, bebió una lata de cerveza para calmarse, y antes de apagar la luz contempló la habitación durante un momento.

—¡Hasta luego, habitación! —dijo—. Te has portado bien.

De pronto el temor le atenazó, causándole desasosiego.

Fue hacia la puerta, la entreabrió y se quedó allí escuchando, pero sólo reconoció los ruidos de costumbre: una radio al otro lado del pasillo, sonando a todo volumen porque su dueño era sordo y utilizaba un audífono durante el día; los Murray gritando y discutiendo en la planta baja; ruido de platos..., nada anormal; simplemente el zoo de la señora Penny —como lo llamaba el anciano sordo— atendiendo sus ocupaciones nocturnas.

A pesar de todo, Clinch decidió salir por la puerta trasera. No sabía el porqué. ¡Pero qué diablos le importaba el porqué! Dejó la puerta entreabierta por si tenía que regresar corriendo, y se dirigió lentamente hacia la planta baja.

—¡Sí, sí! —gritaba Art Murray, un obrero del metal—, déjame decirte algo, hermana..., tienes un marido condenadamente bueno, sólo que no lo sabes apreciar...

Se oyó una risa femenina burlona. Un plato cayó y se rompió.

—¡Eso es! —gritó Art—. Destroza la habitación. Los platos cuestan dinero, tú...

—Bueno, me pones tan nerviosa con...

Un niño lloraba en la parte trasera de la casa. Luego una mujer empezó a cantar, en voz baja y sensual, una voz de contralto que lo hacía muy bien. Era Myrt, una prostituta. Clinch la había visto muchas veces yendo y viniendo durante la noche; una muñeca del campo metida en carnes, una mujer llana y corpulenta.

La escalera trasera rezumaba el olor picante de la cebolla frita. Clinch salió sin que nadie reparara en él, aunque vislumbró a una mujer desconocida agachada enfrente de un viejo frigorífico, luego cruzó el porche trasero, viejo y destartado, atravesó el patio y salió a la calle, por donde caminó con atención para no tropezar con los cubos de basura.

Al final de la oscura callejuela brillaba la luz débil de una farola que le servía de guía. Se detuvo al llegar a la esquina. Varios coches pasaron lentamente, dando botes por el pavimento irregular en dirección a la Plaza iluminada, situada a varias

manzanas de allí.

Clinch aún se sentía muy nervioso.

«Quizá sea porque nos largamos —se dijo—. A veces uno se pone nervioso cuando abandona una ciudad.»

Pero su propia explicación no le satisfacía. Podía ir al piso de Lola por tres caminos distintos y escogió el más seguro y laberíntico, el que transcurría por callejuelas y al final conducía a la puerta trasera. Había estudiado esta ruta, pero nunca antes la había utilizado.

Avanzó con cuidado, pero no vio nada fuera de lo normal, ni siquiera el habitual coche patrulla en alguna de las calles laterales. Según se iba acercando a la Plaza, la brisa templada que ahora soplaba procedente del río le traía el ruido de las atracciones. Pudo reconocer los estallidos irregulares y lejanos de la caseta de tiro y el tintineo de las campanillas de las dianas; y comenzó a recordar su primera noche en aquel lugar, cómo había recorrido los bares y el paseo central en busca de una mujer, y cómo finalmente había conocido a Lola.

Rió con ironía al recordarlo, y luego el resto acudió a su memoria: cómo había intentado abandonarla, cómo no había tenido valor cuando ella regresó con aquella corbata rancia, y cómo poco a poco se había ido comprometiendo, al igual que cualquier oficinista o conductor de autobús. Rió de nuevo, pero el nerviosismo no le abandonaba.

«¿Qué soy yo, un cobarde? —se preguntó—. Durante largo tiempo he estado yendo a esa casa cada noche.»

Al cruzar una calle lateral se fijó en un tipo corpulento, sin sombrero y con una camisa hawaiana, que estaba parado enfrente de un bar hablando con otro individuo de escasa estatura y traje ajustado.

«Un par de tipos peligrosos», se dijo.

El tipo corpulento miró hacia donde él estaba, luego apartó la vista, luego miró de nuevo. Pero continuó hablando con el individuo de escasa estatura, que se encontraba de espaldas a Clinch.

Sin embargo, había algo en la forma de mirar de aquel tipo corpulento que perturbó a Clinch. ¿Qué podría ser? Estaba claro que no era un poli y que nunca lo había visto antes. Sin embargo, decidió que no era conveniente continuar por aquella calle. Si el tipo corpulento se había fijado en él, por la razón que fuera, podría pensar que era extraño que caminase por una callejuela. Además, Clinch recordó que llevaba encima más de sesenta mil dólares, y que el barrio estaba lleno de indeseables capaces de abrirle a uno la cabeza por el precio de una copa. Y aquel tipo realmente parecía un indeseable, ¡y de los peores!

Clinch dio la vuelta y empezó a caminar por la calle lateral hacia el próximo cruce. También ese camino era bueno. Aún podía llegar a la casa de la señora Taylor siguiendo la ruta de las callejuelas.

—¿Qué ocurre, Benny? —preguntó el tipo de escasa estatura y traje ajustado, un

pistolero conocido en el negocio como Wish.

—No te muevas. No mires hacia atrás. Continúa hablando —dijo Benny.

Wish obedeció, incluso encendió un cigarrillo con indiferencia para disimular mejor.

Benny hablaba de cosas sin importancia, mientras miraba a Clinch por el rabillo del ojo hasta que desapareció al doblar la calle.

—¡Astuto hijo de puta! —exclamó—. Espero que no lo hayamos echado a perder. De alguna manera se ha dado cuenta. El jefe no bromeaba, es un tipo listo.

—¿Nuestro hombre? —preguntó Wish con indiferencia.

—Sí. Y creo que va camino de la encerrona, si es que no lo hemos alertado. Aunque por qué iba... —Benny se rascó la cabeza perplejo—. No lo entiendo. ¡Demonios! Quizá cambió de calle porque nos vio aquí. De acuerdo, síguelo. Pero por el amor de Dios, ten cuidado. Si la bofia lo coge, ¡estupendo! Si no...

—¡Joder!, yo soy una sombra —dijo Wish—. Ya lo sabes.

—¡Al diablo tú y tu fanfarronería! —dijo Benny—. Pon manos a la obra.

Wish miró con agrado a Benny durante un momento, luego dijo:

—Benny, a veces no eres amable conmigo, nada amable.

Benny observó la cara de Wish. Wish era un mal tipo. Sería capaz de disparar por la espalda.

—Estoy nervioso, nervioso —dijo Benny—. No he dormido nada y con el jefe encima de mí...

—Sólo tienes que ser amable conmigo —dijo Wish, luego se volvió y se dirigió hacia el cruce.

«Me gustaría tirarte al río con un bloque de cemento —pensó Benny—. Y quizá algún día lo haga.»

Un poco desconcertado por la extraña mirada del tipo de la camisa hawaiana, Clinch, intentando no correr riesgos, caminó una manzana más allá de su punto de destino por una callejuela paralela a la que pasaba por detrás de la casa de la señora Taylor. Luego continuó por una calle lateral hasta que encontró la callejuela que buscaba y dobló la esquina. Nunca antes había utilizado aquel camino para llegar a la casa. No le resultaba familiar. En el otro extremo de la callejuela había una luz pálida que le producía una ligera sensación de estar desorientado. Pero cuando vio la vieja construcción de tres pisos surgiendo en la oscuridad se sintió de nuevo en casa.

En el pasado lejano, la pensión de la señora Taylor había pertenecido a un hombre rico, incluso la plaza misma había sido uno de los lugares más exquisitos de la ciudad. La vieja casa tenía muchos tejadillos y balcones, y una gran cantidad de pequeñas ventanas distribuidas de forma extraña, muchas de las cuales estaban ahora iluminadas. A Clinch le parecía un poco mágica aquella noche, elevándose por encima del conjunto de viejos cobertizos, verjas y garajes, como un castillo

abandonado a su suerte en medio de la jungla.

La callejuela estaba desierta. Allí todo estaba en silencio, pero llegaban ruidos de la plaza y de las calles cercanas, inconexos, vagos, como suspendidos en el aire caliente y quieto de aquella noche de finales de primavera.

Evitando los cubos de basura, Clinch abrió con cuidado la puerta trasera, vaciló, echó una ojeada, luego sin meter ruido la cerró de nuevo. Había vislumbrado a un tipo corpulento, de hombros anchos y sombrero, que bajaba la escalera trasera. ¿Un detective? Esperó. Las pisadas continuaron durante un momento, luego cesaron. Clinch abrió de nuevo la puerta. El tipo estaba en el pasillo del fondo. ¿Por qué? ¿Qué estaba haciendo allí?

Y de pronto Clinch lo comprendió. Una encerrona. Naturalmente esperaban que entrara por la puerta principal. Tenía sentido. Imaginaban que si él albergara la más lógica sospecha de que algo iba mal, no iría por allí. Lógico. Así que el tipo del fondo estaba allí sólo por si surgía alguna dificultad y el pichón intentaba escapar por la puerta trasera. La bofia no era tan lista, después de todo.

¡Una encerrona! ¡Santo Dios! Eso significaba que habían cogido a Lola. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿En dónde estaría ella, por el amor de Dios? De pronto se sintió perdido, en un mar de confusiones. Casi no podía asimilar este duro revés. Esperaba ver a Lola de nuevo, lo daba por hecho, naturalmente, era sólo cuestión de bajar una calle y entrar en la casa. ¿Y ahora...?

«¿Qué voy a hacer?», pensó Clinch, y entonces, durante unos segundos, deseó tener a alguien con quien hablar..., alguien como Dan.

Pero en ese momento oyó un ruido en la callejuela, un pie que resbalaba, un gato que se restregaba contra los cubos de basura..., ¿el qué?

Una especie de pánico ciego dominó a Clinch, y volviéndose, empezó a correr por la misma callejuela por la que había venido. En algún lugar dispararon una pistola, y un fogonazo rojizo y fugaz iluminó una pequeña parte de la tapia. Dispararon de nuevo.

«¡Dios, también hay polis en la callejuela!», pensó Clinch, y comenzó a correr en zigzag, encorvado.

Volvieron a disparar. Entonces Clinch oyó lo que parecía el ruido de una persona escalando la tapia. Continuó corriendo con la cabeza agachada, atravesó una calle lateral, bajó por una callejuela, atravesó otra calle lateral, bajó por otra callejuela, y de pronto, bruscamente, topó con un callejón sin salida.

«Voy por un camino equivocado —se dijo—. Tengo que volver y coger el coche.»

A su espalda parecía que se había desencadenado un infierno. Oyó gritos y fuertes pisadas de alguien corriendo, luego una sirena de la policía comenzó a sonar en algún lugar detrás de los tejados.

Clinch escaló una tapia, cruzó un solar y, caminando entre dos oscuros edificios, llegó a un cruce poco iluminado y se dirigió hacia el garaje.

La calle estaba desierta y Clinch avanzaba deprisa. Había sacado el revólver y lo

llevaba en la mano derecha, escondido bajo la cazadora desabrochada. No dejaba de mirar un gran letrero de neón rojo que había a lo lejos, al final de la calle. Decía CASSON STORAGE. Estaba en lo alto de un enorme edificio situado a media manzana de su casa, un objeto familiar en un mundo que había estallado de pronto, una guía, un faro en medio de la niebla.

En una ocasión tuvo que zambullirse entre unos arbustos para esconderse de un coche patrulla; en otra, tuvo que entrar en un oscuro portal para evitar que dos hombres que caminaban por la otra acera lo vieran. Pero poco a poco iba acercándose a su destino.

«Una vez que suba al coche —murmuró—, quiero ver cómo me dan caza. Realmente tengo ganas de verlo.»

Ya sólo le faltaba doblar una esquina, pero era un lugar delicado, un cruce en una calle principal con tráfico, muchos anuncios de neón y tiendas iluminadas. Era inútil ir ahora por las callejuelas, dar rodeos. Quería subir rápidamente en su coche y pisar el acelerador. ¡Broom! ¡Y se habría escapado!

Se dio ánimos, luego bordeó la parte trasera de un edificio y penetró en la zona más iluminada. Pero justo cuando acababa de doblar la esquina, casi chocó con un tipo corpulento que parecía tener bastante prisa. Clinch se fijó en la camisa hawaiana. El tipo se paró en seco. Clinch y él se quedaron mirándose fijamente.

—¿Quieres algo? —preguntó Clinch.

El tipo corpulento no parecía saber muy bien qué partido tomar. Clinch sabía que a él le ocurría lo mismo, pero no importaba la forma de resolverlo. Con un repentino y violento movimiento, Clinch le golpeó en el estómago. El tipo corpulento dio un alarido de dolor y cayó de rodillas, pero se las arregló para agarrar a Clinch por el borde de la chaqueta. Con un grito de rabia, Clinch le propinó un golpe con la culata del revólver. El tipo corpulento gimió y cayó al suelo. Clinch lo apartó a un lado, luego cruzó corriendo la calle sin hacer caso del semáforo, mientras la gente le gritaba y los coches tocaban la bocina.

Benny se puso de pie tambaleándose. Varias personas se apresuraron a ayudarlo pero él se las quitó de encima, cruzó la calle lateral precipitadamente, justo cuando el semáforo acababa de cambiar, atravesó la calle principal y se lanzó tras Clinch por la acera opuesta. Benny corría maldiciendo frenéticamente para sus adentros.

«¡Ese mierda! ¡Ese matón de mierda! —decía—. ¡Le romperé el cuello como si fuera un plátano!»

Podía ver a Clinch corriendo al otro extremo de la calle. Y de pronto pareció desaparecer. Benny se detuvo y miró a ambos lados, luego se echó a reír frenéticamente. El estúpido hijo de puta había entrado en el pequeño garaje de la esquina. Benny pudo ver como se cerraba la puerta lateral.

«¡Ya es mío!», se dijo, pero en aquel momento un coche patrulla apareció al final de la calle, avanzando lentamente hacia él.

Benny vaciló, luego alargó la mano y agarró a un tipo joven que en aquel

momento pasaba a su lado. El tipo joven lo miró aterrorizado. Benny habló deprisa.

—¿Ves aquel coche patrulla que avanza lentamente? Páralo. Diles que el tipo que buscan está en el garaje de la esquina. ¿Entendido?

—Sí, pero... —tartamudeó el joven, mirándolo fijamente.

—Díselo —ordenó Benny—, o te arranco los dientes de una patada.

—Está bien, de acuerdo —dijo el tipo joven.

Benny lo soltó, luego corrió a esconderse entre dos edificios y se quedó en la oscuridad mirando lo que pasaba sin que pudieran verlo. El tipo joven detuvo el coche patrulla, explicó, señaló hacia el garaje situado al final de la calle. Pero los polis no quedaron satisfechos y, a pesar de sus protestas, lo metieron en el coche.

Según se alejaban, Benny rompió a reír para sus adentros, luego, de pronto, se pasó la mano por la barriga, después por la cabeza.

«Esto exige una compensación», murmuró.

Una vez en el garaje, Clinch abrió con rapidez la enorme puerta que daba a la callejuela, luego subió al Ford y lo sacó marcha atrás. Cuando estaba a punto de girar el volante para poder torcer hacia el sur, vio un coche patrulla blanco y negro que avanzaba por la calle lateral y se disponía a enfilarse por la callejuela por el otro extremo.

Clinch reaccionó rápidamente. Giró el volante en dirección contraria, pisó a fondo el acelerador, y el viejo Ford trucado, casi dando un salto, salió disparado hacia el coche patrulla, que en aquel momento se metía en la callejuela. Clinch dio un volantazo justo a tiempo y rozando las defensas del coche patrulla giró hacia el este por la calle lateral, acelerando el coche a fondo.

«Ahora tiene que dar la vuelta —se dijo Clinch triunfante—. ¡Que intente cazarme!»

Mientras el conductor del coche patrulla maldecía en voz alta y comenzaba a dar la vuelta en la estrecha callejuela, el otro policía abrió la puerta trasera y le dijo al tipo joven, que estaba muy pálido y temblaba de miedo:

—De acuerdo, bájate, bájate.

El tipo joven saltó del coche y se quedó mirando con la boca abierta. ¿Qué ocurría, por el amor de Dios? ¿Qué ocurría?

El segundo policía se puso a hablar por la radio del coche, mientras el conductor giraba en redondo, chocaba contra el bordillo y salía veloz en persecución de Clinch.

—¡Ese afortunado hijo de puta! —gruñó el conductor—. ¿Dónde diablos habrá ido?

—Debe haber torcido por algún sitio —dijo el otro policía; luego continuó hablando por la radio con voz experimentada, paciente, interrumpido de vez en cuando por las interferencias.

Clinch había llegado ya a River Boulevard y en vez de torcer hacia el norte, que era el camino para ir a Detroit, lo hizo hacia el sur. Que él supiera, había logrado

despistar al coche patrulla, y hasta el momento nadie más lo seguía. De todas formas, conocía bien esta parte de la ciudad, lo que no ocurría con la parte norte. Si llegara a haber una persecución en aquella zona, podría terminar en una calle sin salida. Pero eso no ocurriría en la zona sur.

Eran las primeras horas de la noche y todos los semáforos del bulevar estaban funcionando. Clinch se detenía en cada uno de ellos, mirando receloso por el espejo retrovisor los coches parados detrás del suyo. No tenía sentido saltarse un semáforo en rojo y que un policía de tráfico se lanzara tras él. Poco a poco las paradas empezaron a ponerlo nervioso, así que al llegar a un cruce torció hacia el oeste y encontró una calle poco iluminada que corría paralela al bulevar. Allí no había semáforos, pero de todas formas avanzaba despacio, pues la calle estaba llena de enormes baches y socavones y necesitaba ser reparada con urgencia.

«Sólo faltaría que rompiese el eje», se dijo.

Estaba a punto de volver al bulevar, cuando un coche patrulla que pareció salir de la nada se estacionó en el cruce, justo en su camino. Clinch giró violentamente el volante, se metió por un camino privado y sorteando un pequeño cobertizo utilizado como garaje, salió a otra callejuela llevando por delante una parte de la vieja verja, que se rompió con un fuerte crujido, como si los clavos se hubiesen arrancado de cuajo.

Maldiciendo para sus adentros, Clinch torció por una calle lateral y salió de nuevo al bulevar. Era una zona más estrecha y peor iluminada, y por lo que él recordaba ya no había más semáforos.

«Seguro que me cogen —pensó Clinch—. Acabarán cogiéndome.»

Y entonces Clinch comenzó a pisar de verdad el acelerador. La aguja del velocímetro marcó ciento quince kilómetros por hora, luego ciento veinte, y finalmente se detuvo en los ciento veinticinco. A su espalda comenzó a sonar una sirena. Clinch echó una ojeada por el espejo retrovisor.

—Ese cabrón conduce de verdad —murmuró. La aguja del velocímetro pasó los ciento treinta y el pequeño cacharro comenzó a balancearse y a pegar saltos como si fuera a despegar.

«Si tuviéramos alas, volaríamos», se dijo Clinch, luchando para mantener el coche sobre el pavimento.

Miró por el espejo retrovisor. El coche patrulla le estaba ganando terreno. Entonces oyó otra sirena, y una moto salió de una calle mal iluminada y se lanzó tras él.

—¡Jesús, un policía de tráfico! —murmuró Clinch.

Apretó el acelerador un grado más y la aguja marcó temblorosa ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. El viento silbaba con fuerza en el enrejado de ventilación, y Clinch lo veía todo borroso, como si estuviera conduciendo en medio de la niebla.

De pronto se sobresaltó. A lo lejos, enfrente de él, vio las parpadeantes luces rojas de la Esquina de los Suicidas.

«Bueno, aquí se acaba todo —pensó Clinch—. Si no lo paso, no voy a ninguna parte.»

Apretando los dientes, luchando para no cerrar los ojos ni echarse atrás, pisó el acelerador a fondo y el coche casi dio un salto. El descomunal interurbano surgía amenazador, como si fuera un monstruo marino de ojos incandescentes que despiadadamente se dispusiera a atropellarlo. Hubo un tremendo silbido, que le pareció dado en su propia oreja, y una espantosa corriente de aire. Pero lo hizo; lo consiguió por los pelos, la máquina pasó rozando el parachoques trasero. El maquinista accionó el freno de emergencia y el largo interurbano redujo la velocidad con una serie de violentas sacudidas. Los pasajeros sobresaltados sacaron la cabeza por las ventanillas iluminadas. Más allá, las sirenas dejaron de sonar.

Riendo a carcajadas, Clinch se metió por una calle oscura, con los faros encendidos llegó a Avalon por una callejuela amplia y pavimentada, pero oscura como la boca del lobo, y finalmente encontró el Depósito 3 de la empresa de desguace de automóviles. Entró marcha atrás y aparcó junto a una parte de la valla que estaba levantada, apagó el motor, y se quedó allí sentado, enjugándose la cara y riendo entre dientes.

«Parece que no he olvidado cómo se conduce», se dijo lleno de orgullo.

A su izquierda se alzaba el enorme avión estropeado, con una de sus alas apuntando hacia el cielo. Pero ahora parecía un amigo más que el objeto de una pesadilla. Las sirenas comenzaron a gemir por todo el barrio.

Clinch se arrellanó en el asiento, colocó el revólver a su lado y se dijo:

«Bueno, ahora puedo descansar.»

En su mente comenzaba a forjarse un plan. Se quedaría allí hasta la mañana siguiente. El barrio estaba ahora lleno de policías y coches patrullas y si intentaba escapar, había muchas probabilidades de que lo cogieran. No había duda de que iban a peinar el barrio durante las próximas horas. ¿Pero a quién se le iba a ocurrir buscarlo en un solar de desguace? Por la mañana, la búsqueda la dirigirían hacia otra parte, probablemente hacia el sur, la dirección que él llevaba la última vez que lo vieron. Todo lo que necesitaba ahora era un poco de paciencia. Estaba en un barrio industrial. Por la mañana temprano sería un hervidero de tipos dirigiéndose al trabajo en viejas cafeteras como la suya. Clinch, con su mono y conduciendo su viejo Ford, entraría perfectamente a formar parte de la escena. Poco a poco, iría poniendo rumbo al norte entre el tráfico de trabajadores, y muy pronto estaría camino de Detroit, de Canadá, de Dios sabía dónde. Libre. A salvo. Y con dinero suficiente para pasar el resto de su vida, si sabía administrarlo.

«¿Hay algo malo?», se preguntaba Clinch desafiante.

No contestó, pues conocía la respuesta demasiado bien. Todo estaba trastocado. Lola estaba bajo custodia; Rhea pensando que él era de ese tipo de personas que por maldad pondría una bomba y mandaría a Dan al infierno. Al sano y salvo. Nada estaba en su sitio, nada estaba ultimado. Todo había sido un fracaso, excepto la pasta.

Y a Clinch le sorprendía lo poco que le importaba el dinero en este momento. Para animarse un poco, sacó uno de los fajos de billetes grandes del bolsillo del pantalón y comenzó a contarlo a la luz del salpicadero. Billetes de cien, de cincuenta pasaban uno tras otro por sus dedos. Finalmente suspiró y apartó el fajo. Si se pensaba detenidamente, ¿qué era el dinero? Sucios y grasientos trozos de papel con retratos de políticos impresos. Suponiendo que hubiera de pronto una revolución y los nuevos tipos dijeran: «Ese dinero que tienen ahora no vale nada», ¿qué se podría hacer? Pero esos tipos no podrían devaluar a Lola, a Rhea, o a Dan. Ellos aún tendrían valor.

Clinch rió con tristeza.

—¡Jesús! —exclamó—. Me voy a volver loco como todos los ex-presidarios.

Continuó allí sentado, moviendo la cabeza desconcertado.

Las sirenas de las fábricas sonaban por todo el barrio. Llovía ligeramente mientras despuntaba un día gris. Clinch se despertó sobresaltado, bostezó, salió del coche, y se puso a caminar arriba y abajo durante un rato para desentumecerse. Luego sacó el mono y la gorra de lana de debajo del asiento y se los puso. Un obrero preparado para una jornada de ocho horas. Subió de nuevo al coche, listo para partir, pero su pie se negaba a posarse en el acelerador.

¿Irse? ¿A dónde? Y recordó a la vieja mujer que le había proporcionado comida caliente y un abrigo, preguntándole por qué no se iba a su casa. ¿A su casa? ¿En dónde estaba eso?

Maldiciendo en su interior, luchando contra un sentimiento de desaliento, de desesperación, Clinch pisó el acelerador y sacó el coche de su escondite. Luego condujo hasta el final de la valla y enfiló la callejuela. El vigilante nocturno estaba en el pequeño patio que había al lado de la garita, desperezándose y fumando una pipa. Miró a Clinch al pasar. Clinch le saludó con la mano. El viejo le devolvió el saludo sonriendo.

Torció hacia el norte entre el tráfico de obreros y comenzó a notar que tenía un hambre voraz. ¡Joder! ¿Por qué no comer algo? Se las estaba arreglando muy bien. Ya se había cruzado con dos coches patrulla sin levantar sospecha. Más adelante, a la derecha, vio un bar con un buen aparcamiento justo al lado. El local estaba atestado de trabajadores que desayunaban apresuradamente. Era el sitio adecuado. Encajaría a la perfección en el ambiente.

Encontró un buen sitio para aparcar, un sitio en donde no podían rodearlo, y metió el coche marcha atrás. Así podía salir disparado hacia la callejuela si se veía en un apuro. El pequeño local tenía una barra que iba de pared a pared y era tan ruidoso como una pajarería. Clinch consiguió un sitio al final de la barra. El tipo que lo había ocupado antes que él había dejado el periódico. Clinch encargó su consumición, luego abrió el periódico y se puso a hojearlo. Lo primero que vio fue un retrato robot suyo, de mala calidad por cierto, podría corresponder a cualquiera. Luego se fijó en el titular: SE INTENSIFICA LA PERSECUCIÓN DEL CRIMINAL.

La camarera puso una taza de café delante de él.

—¿Qué tal una taza de café mientras esperas, encanto?

—Gracias, nena —dijo Clinch.

Mientras tomaba el café, leyó el artículo. Intensa vigilancia. El criminal había escapado, pero no podía haber ido muy lejos. Se esperaba su detención de un momento a otro. Etc., etc. La porquería de siempre. Nada de interés. Clinch se encogió de hombros y ni siquiera pasó la página para leer el resto del artículo. Cuando estaba a punto de dejar a un lado el periódico, se fijó en un recuadro al pie de la primera página. El titular decía: AMIGO DE LA VÍCTIMA SUFRE UN COLAPSO. Clinch leyó el recuadro con manos temblorosas. ¡Al! Lo habían llevado al East Shore Hospital.

Clinch bajó el periódico y permaneció allí sentado con la mirada perdida. Conocía bien el East Shore Hospital. Había llevado allí a Rhea media docena de veces a visitar a alguno de sus amigos. Incluso había llevado a Dan en una ocasión. No se parecía a ninguno de los hospitales que había visto antes. Sólo tenía dos pisos y ocupaba una buena extensión de terreno, un lugar realmente ostentoso, que hacía pensar en un hotel de recreo, o algo por el estilo. Sólo para la clase alta. Para entrar había que formar parte de las altas esferas sociales o ser condenadamente rico. Clinch continuaba sentado con la mirada perdida.

—Es mejor que comas los bollos mientras están calientes, encanto —dijo la camarera con una sonrisa—. ¿Qué te ocurre, una mala noche?

—Sí —dijo Clinch—. Muy mala.

—Tuviste compañía, ¿verdad, encanto? —dijo la camarera, riendo con arrogancia.

Clinch entró en el hospital por la puerta que daba al aparcamiento. Había dejado el coche en un buen sitio, desde donde podía salir disparado hacia el bulevar. Mientras aparcaba el coche marcha atrás, había visto en la distancia, destacando por encima de los árboles y los edificios, los últimos pisos de Crosley Arms. Apenas estaba a más de un kilómetro y medio. Clinch había mirado hacia el ático, preguntándose si Rhea estaría durmiendo. Su corazón aún latía más deprisa a la vista de aquel conocido lugar.

No había nadie en los pasillos. En el mostrador, sólo una mujer, una enfermera de mediana edad y cara agradable. A Clinch le recordó aquellas monjas que solía ver en la ciudad canadiense en la que había nacido.

—¿Qué desea? —preguntó la enfermera, levantando la vista.

—Me dijeron que viniera aquí y viera a Mr. Cramer, señora —explicó Clinch.

—Tengo instrucciones para que no se le moleste.

—¡Bueno, tiene gracia! —dijo Clinch—. El jefe me dijo que viniera. Trabajo en la Transíate, señora.

—¿En dónde?

—En la Transtate Trucking Company —se volvió y le enseñó la inscripción de la espalda—. Es una de las compañías del señor Cramer y...

—Francamente, no sé qué hacer —dijo la enfermera.

—¿Está en este piso, señora?

—Sí, está allí —dijo la enfermera, señalando hacia el pasillo—. En la habitación L3. Pero es demasiado temprano y..., ¿cree que debería llamarlo?

—Le diré qué podemos hacer —dijo Clinch—. Yo aún no he desayunado. Iré a comer algo y llamaré a la oficina desde el bar. Veré qué desean que haga. No quiero molestar al señor Cramer si...

—Me parece una buena idea, joven —dijo la enfermera con una sonrisa.

Clinch se estaba controlando muy bien. Era fácil; incluso demasiado fácil. Mucho más de lo que había esperado. Se forzó a sonreír a la enfermera, luego se volvió y salió por la puerta lateral. El cielo se estaba despejando, pues un fuerte viento primaveral arrastraba las nubes. El sol brillaba en las calles y se reflejaba en las ventanas y en los cromados de los pocos automóviles que había en el aparcamiento. Clinch levantó la vista y miró hacia el último piso de Crosley Arms, que destacaba por encima de los árboles y los edificios de North River.

Sintió un violento deseo de ver a Rhea, de hablar con ella, de hacer que entrara en razón.

«¿Clinch, estás loco?», se preguntó.

Miró hacia la puerta. La enfermera estaba de pie de espaldas a él, ocupada en mirar algún fichero. Pero justo cuando se disponía a entrar, se volvió hacia el mostrador. Clinch retiró la cabeza. Luego oyó el timbre de un teléfono. La enfermera comenzó a hablar. Él volvió a mirar. Estaba sentada junto al teléfono, de espaldas a él.

Entró sin hacer ruido y recorrió el pasillo hacia la habitación L3. La enfermera continuaba hablando, sin notar nada. Clinch encontró la puerta. Era un panel sólido y oscuro con un rótulo de madera más clara, muy ostentoso. Clinch entró rápidamente, empuñando el revólver por debajo del mono, pero quedó sorprendido al encontrarse en una especie de antesala llena de flores. Nada de camas, como si fuera el cuarto de estar de cualquier persona. ¡Claro, Al era un pez gordo! Nada de habitaciones compartidas con gente normal.

A su izquierda había otra puerta. Clinch se acercó de puntillas y se quedó escuchando. Oyó un movimiento. Alguien estaba dando la vuelta en la cama o levantándose. Clinch abrió la puerta centímetro a centímetro, y allí estaba Al, sentado en pijama en el borde de la cama, rascándose la cabeza, con la mirada perdida.

—¡Hola, Al! —dijo Clinch.

Al no respondió. El miedo le atenazaba. Su cara se puso verde. Continuó sentado sin moverse, mirando a Clinch.

—Quiero que sepas por qué voy a hacer esto —dijo Clinch—. ¡Por Dan!

Al empezó a abrir la boca.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? ¡Dan! ¿Por qué yo...?

Estaba a punto de mentir, de arrastrarse. Clinch lo podía ver en su cara. Con los labios apretados en implacable línea, Clinch levantó el revólver y disparó dos veces a quemarropa. Al cayó sobre la cama, luego intentó incorporarse, pero fue resbalando hasta llegar al suelo y quedar tumbado boca abajo.

Clinch se sentía lleno de júbilo. Levantó el revólver, lo hizo girar y pegó un alarido. Luego dijo:

—¿Estás loco? Lárgate, lárgate.

Se volvió, salió de la habitación y cerró la puerta. Luego cruzó de puntillas la antesala, abrió la puerta que daba al pasillo y asomó la cabeza. En el otro extremo del pasillo, un hombre vestido de blanco bajaba corriendo las escaleras y se dirigía hacia el mostrador. Luego Clinch vio a la enfermera. Estaba delante del mostrador, de espaldas a él, haciendo señas al hombre para que se diera prisa.

Clinch salió con la cabeza agachada y corrió por el pasillo hacia la entrada principal. No sabía si el tipo lo había visto o no, pero no le importaba. ¿Qué podía hacer? Telefonar a la policía. Eso era todo.

El aparcamiento estaba vacío, exceptuando los pocos vehículos que ya había antes. Nadie a la vista. Clinch subió al coche y se alejó. Mientras atravesaba el bulevar, sintió una tremenda alegría, una intensa sensación de alivio. Se sentía a salvo, fuerte, grande, casi un hombre nuevo.

«De acuerdo, Detroit —pensó—. Allá vamos.»

Pero sabía que no estaba yendo a Detroit, al menos por el camino correcto. Tenía que hacer otra parada y entonces todo estaría en su sitio. Todo; es decir, si lograba su objetivo.

Oyó una sirena a lo lejos, detrás de él, desvaneciéndose hasta dejar de sonar. Probablemente un coche patrulla que se detenía enfrente del hospital. Nadie tendría las cosas claras hasta que pasaran por lo menos otros cinco o diez minutos, y para entonces sería tan difícil encontrarlo como a una aguja en un pajar. Abandonó el bulevar y torció por una calle lateral que cruzaba perpendicular. Momentos más tarde pasaba por delante del pequeño parque de juegos, luego por la droguería de Frank y el apartamento en donde Lola y él habían vivido.

«Las cosas no iban tan mal en aquella época —reflexionó Clinch, perplejo—. Sin embargo me parecía que llevaba una vida horrible. Nunca aprenderemos.»

Tomó otra calle lateral y por fin desembocó en la callejuela situada detrás de Crosley Arms. Aunque eran más de las siete y media, todo el mundo estaba aún durmiendo y el lugar parecía desierto. El vigilante diurno del garaje no llegaría hasta las ocho. Resultaba muy fácil subir hasta el último piso sin ser visto. Una vez que estuviera allí, entraría en el apartamento. Tanto Cleo como Jamie no se preocupaban nunca de cerrar la puerta de servicio. Pero si por casualidad estaba cerrada, se las

ingeniaría para abrir ésa o la puerta principal. En los viejos tiempos había logrado mucha experiencia en asuntos de puertas.

Aparcó el Ford en la callejuela que daba al norte y luego entró en el enorme garaje por una pequeña puerta trasera que solían utilizar los empleados. No había nadie. Los elegantes cochazos dormían en sus plazas correspondientes, esperando un nuevo día. La ranchera y el cupé dos puertas estaban aparcados uno al lado del otro. La visión le produjo una desagradable sensación.

Subió en un montacargas hasta el último piso. Una vez en el descansillo se detuvo lleno de dudas.

«Voy a darle un susto de muerte, de eso no hay duda. Pero debo lograr que entre en razón. Tengo que hacerlo.»

Probó la puerta de servicio. Abierta, por supuesto. ¡Qué gente tan insensata! Cualquiera podría entrar. Pasó, cerró la puerta con suavidad y cruzó de puntillas la cocina. Jamie y Cleo dormían justo al lado. Podía oír unos suaves ronquidos. Movié la cabeza negativamente mientras entraba en el comedor y lo atravesaba camino de la sala de estar. Las persianas de una de las ventanas estaban levantadas y entraba la luz del sol, dando de lleno en el sillón de Dan. Clinch se quedó mirando el sillón durante un momento, luego apretó los labios, se volvió y se dirigió hacia el vestíbulo del fondo. De pronto se detuvo. La puerta de la habitación de Rhea estaba abierta y el suelo de madera acababa de crujir bajo sus pies.

—¿Eres tú, Cleo? —llamó Rhea.

Clinch vaciló, perturbado por el sonido de su voz, luego caminó hacia la puerta y se detuvo allí. Rhea estaba sentada en la cama, en pijama. Por un momento se quedó mirando sin comprender, como si aquello fuera una alucinación, luego su cara comenzó lentamente a palidecer. Pero no era la palidez del miedo, aunque Clinch así lo juzgara.

Clinch extendió la mano derecha intentando apaciguarla.

—No me tenga miedo —dijo—. No tiene nada de que tener miedo.

Pero los ojos azules de Rhea despedían un brillo de fuego. Abrió la boca momentáneamente, y de pronto se inclinó sobre la mesita de noche, abrió el cajón y se volvió con una pequeña pistola negra automática en la mano. Clinch notó que la mano no le temblaba y que sus ojos miraban ahora imperturbables.

Esforzándose en cada palabra, como si no quisieran salir de su boca, dijo:

—¿Qué quieres..., asesino...?

—Tranquílcese —dijo Clinch, sin dejar de mirarla. Una tía con una pistola... ¡Dios Santo!—. Intenté telefonar para decirle que yo no tuve nada que ver con la muerte de Dan, pero ese condenado picapleitos...

—¡Eres un cochino embustero! —gritó Rhea.

—Preste atención a la pistola, ¿quiere? —dijo Clinch—. Va a acabar pegándome un tiro, si no tiene cuidado. Y luego lo lamentará.

Rhea lo miró durante un momento en desdeñoso silencio, luego dijo:

—Está bien. Habla, Jerry. Estoy escuchando.

—Tuve que huir —dijo Clinch—. ¿No lo comprende? Yo soy un ex-presidiario y eso me convertía en el primo perfecto. En cuanto me pusieran las manos encima, iría a parar a la silla eléctrica.

En su ansia por convencerla, hizo un movimiento hacia la cama, pero al notar la fría determinación de sus ojos se volvió atrás rápidamente. El odio comenzó a apoderarse de él, seguido de un sentimiento de desesperada frustración. ¿Por qué no podía comprender? ¿Qué creía que había ido a hacer allí?

—¡Maldita sea! —gritó—. ¿Es usted estúpida? ¿Por qué iba a matar a Dan? ¿Para qué? ¿Por nada? ¿Para divertirme? ¡Joder!, yo tenía un buen empleo. Estaba bien colocado. ¡Use la cabeza!

La cara alargada de Clinch estaba pálida, contraída, los labios apretados formando una línea recta. ¡Maldita tía! ¿A quién pensaba que estaba apuntando con una pistola? ¡Aquello se pasaba de la raya! Se volvió lentamente como si fuera a marcharse, luego dio la vuelta y pegó un salto hasta la cabecera de la cama. Se abalanzó sobre el borde de la cama, y con un movimiento rápido y preciso le quitó la pistola de la mano.

Rhea saltó de la cama por el otro extremo y se quedó de pie, mirándolo desafiante.

—¡Por favor, por favor! —dijo Clinch, colocando la pistola sobre la mesita de noche—. Escúcheme, ¿quiere? Debemos terminar con esto.

—¡Fuera de aquí! —Dijo Rhea con severidad.

Clinch movió la cabeza de un lado a otro, luego buscó en los bolsillos del mono y sacó dos grandes fajos de billetes.

—¿Ve toda esta pasta? —preguntó—. Es igual que la que Dan trajo a casa la noche del juego. De allí es de donde la saqué yo también. Limpié el juego. Pegué un tiro a Ted, el hijo de puta que colocó la bomba. Y habría terminado con Al, sólo que no estaba allí. Estaba enfermo. Pero lo encontré.

Los ojos de Rhea mostraban ahora una ligera expresión de desconcierto.

—Creo que estás loco —dijo en voz baja y entrecortada—. Eso es. ¡Estás loco!

—Escúcheme —gritó Clinch—. ¡Maldita sea, sólo escúcheme! Fue Al ¿No puede comprenderlo? Quería quitarse a Dan del medio, así que contrató a ese tipo para que colocara la bomba en el coche de Dan. Usted estaba fuera de la ciudad. Era una bonita ocasión. Y yo cargaría con el mochuelo. El tipo adecuado, en el lugar idóneo. El perfecto primo. ¿Comprende?

El rostro de Rhea mostraba ahora una cierta indecisión, aunque se mantenía a distancia y observaba a Clinch con atención.

—A ese Ted —continuó Clinch—, me lo cargué casi de casualidad. ¡Bum!, con la escopeta —hizo una demostración—. ¿Y a Al? —estalló en una carcajada—. Entré en su habitación y le dije: «Quiero que sepas por qué hago esto, por Dan», y luego le di su merecido —los macilentos ojos de Clinch brillaron y su cara mostró una gran satisfacción—. Ahora todo terminó. Y Dan puede descansar en paz.

Rhea permanecía de pie mirándolo, sin decir nada. Pero por el fondo de su mente desfilaron los recuerdos que le hablaban de su vieja desconfianza hacia Al Cramer.

—Tenía que decírselo, ¿comprende? —continuó Clinch—. Que los demás piensen lo que quieran, pero no deseaba que usted creyese que yo había matado a Dan. Fue bueno conmigo..., ¿y por qué razón? Por ninguna. Sencillamente era un tipo generoso. Me llevó algún tiempo darme cuenta. Usted tuvo que hacérmelo comprender, ¿recuerda?

La cara de Rhea comenzó a relajarse. Ahora miraba a Clinch con una especie de asombro. En contra de su instinto, de todo lo que había oído, de todos los juicios preconcebidos, estaba empezando a creerlo.

El teléfono de la mesita de noche sonó débilmente. Rhea vaciló.

—Conteste —dijo Clinch—. Pero tenga mucho cuidado con lo que dice.

Rhea descolgó el auricular sin dejar de mirar a Clinch.

—¡Diga! Sí, Tom, estoy despierta desde hace un rato.

Clinch vio cómo abría ligeramente la boca. Ella continuó escuchando sin dejar de mirarlo. Hubo un largo silencio.

—¿Cuándo? Comprendo.

Otro silencio.

—Sí. De acuerdo, Tom. Digamos que hacia las dos. Hasta luego.

Se quedó con el auricular en la mano durante largo rato antes de colgar.

—Jerry —dijo, y su voz sonó casi natural—, será mejor que te marches. Cleo se levantará pronto.

—¿Qué quería ese picapleitos? —preguntó Clinch.

—Era sobre Al Cramer —dijo Rhea—. Le pegaron un tiro en la habitación del hospital. Está muerto.

—Está muerto, conforme —dijo Clinch—. Yo me aseguré de que así fuera.

Permanecieron mirándose a través de la cama deshecha. En algún lugar, un pequeño reloj de pared marcaba los segundos ruidosamente.

—¿Me cree ahora? —preguntó Clinch.

Rhea asintió con la cabeza sin decir nada. Abrió la boca. Estaba a punto de llorar y luchaba para que no ocurriera así.

—Ahora tiene que hacer algo por mí —dijo Clinch—. Es acerca de Lola.

Rhea se mostró muy sorprendida.

—¿Lola?

—Sí. Creo que la han llevado a un reformatorio. Sáquela de allí. Mitchell puede ayudarla. No importa lo que yo haya hecho, ella no hizo nada. Es sólo una chiquilla tonta e inocente. ¡Sólo le faltaba pasar una temporada en un reformatorio rodeada de drogadictas y lesbianas! Ayúdela. Haga algo por ella. No sé qué puede ser, pero haga algo.

Observando todavía su cara con detenimiento, Rhea asintió con la cabeza lentamente.

—De acuerdo, Jerry. Lo haré.

Clinch se quedó mirándola largo rato, luego se volvió y salió. Rhea escuchó cómo se alejaban sus pisadas..., luego, el silencio. De pronto recordó el último día con Dan, cuando no quería que ella se marchase pero tampoco deseaba convertir el asunto en una tragedia. Dan dolido, desconcertado, pero amable, siempre amable. Bajó la cabeza y rompió a llorar.

—¡Dan! —llamó en voz alta—. ¡Dan!

Cuando salió por la puerta de servicio y se dirigió hacia el coche, Clinch tuvo la inquietante sensación de que algo iba mal. Sin embargo no había un alma por los alrededores. La callejuela estaba desierta. Por encima de él, Crosley Arms dormía.

Se quitó el mono y la gorra de lana, los colocó debajo del asiento, luego se puso la holgada cazadora de cuero, subió al coche y partió en dirección norte por una calle lateral que lo llevaría al bulevar. Se notaba un poco torpe, un poco apático. Bueno, ahora todo había terminado. De eso no cabía la menor duda. Todo terminado. No le quedaba nada por hacer excepto largarse de la ciudad. Salir pitando. Comenzar una nueva vida. Quizá en Detroit. Quizá en Canadá. ¡Y vaya si tenía pasta! Por primera vez en su vida tenía un buen fajo, un fajo de billetes que nadie podría despreciar. Pero por alguna razón no era capaz de ir más allá de sus pensamientos.

«Vamos, Clinch —se animó—. Ponte en acción. ¿Qué te pasa, muchacho?»

Giró hacia el este, en dirección al río. A lo lejos, al sur, pudo ver los altos edificios del centro de la ciudad que en la distancia no parecían más que meras y vagas líneas verticales.

«Bueno, ¡adiós, ciudad! —pensó Clinch—. Esta será la última vez que me veas.»

El bulevar estaba a tan solo dos manzanas de allí. Llevaba directamente al norte, una vía hacia la salvación. Pero al detenerse en el último cruce, vio un coche patrulla blanco y negro: dos policías delante y dos detectives detrás. Nada bueno. Resultaba evidente que estaban peinando el barrio. El coche patrulla se acercaba lentamente al cruce. Clinch vaciló, luego cruzó y se dirigió hacia el bulevar, mirando por el espejo retrovisor. Finalmente se despabiló, pisó el acelerador y girando el volante se coló por una callejuela asfaltada que llevaba al nordeste.

—¡Me han visto, maldita sea! —murmuró—. De alguna manera esos tipos me han reconocido.

Entonces oyó una sirena y al momento el coche patrulla enfiló la callejuela detrás de él.

Clinch pisó el acelerador maldiciendo. Conducir de día a toda velocidad no era lo mismo que hacerlo de noche, eran dos cosas muy diferentes. De día resultaba difícil, hermano, muy difícil.

La callejuela torcía repentinamente enfilando el norte casi por completo, luego volvía a torcer hacia el este. Clinch tuvo por fin una panorámica de la circulación, de

las señales de carretera, de los grandes brazos apuntando al este, de las parpadeantes luces amarillas.

—¿Qué diablos es esto? —dijo con voz entrecortada, observando el estado de la vía. Y entonces comprendió. La callejuela desembocaba en una de las entradas de la larga autopista del norte. Ahora lo recordaba. En aquella zona un túnel pasaba por debajo del bulevar, luego había una curva pronunciada que salía a la autopista en Upper River. No se podía girar a la izquierda. No había elección. Nada. A menos que se quisiera dar la vuelta y volver por la callejuela. Daba risa.

«Bueno, aquí se acaba todo», pensó Clinch.

La sirena sonaba cada vez más cerca. Clinch se unió a la riada de vehículos que se dirigía hacia la autopista, y escabulléndose de un carril a otro, a pesar de los bocinazos y los insultos, consiguió situarse en el carril izquierdo, por el que conducían los tipos más rápidos. En aquel momento estaba vacío. Pisó el acelerador a fondo y en cuestión de segundos puso el Ford a ciento treinta kilómetros por hora. Miró por el espejo retrovisor y vio acercarse el coche patrulla, cambiando de un carril a otro con la sirena encendida.

«Bueno, esta vez no hay nada que hacer —se dijo—. Una bonita trampa.»

Pero el coche patrulla no podía alcanzarlo, el tráfico se lo impedía.

Manteniendo el Ford a ciento treinta, o incluso a más, Clinch intentó recordar con qué se iba a encontrar más adelante. Había utilizado esta autopista en algunas ocasiones, al llevar a Dan y a Rhea a casa de sus amigos, pero no la conocía muy bien. De pronto se acordó de River Village, donde la autopista se dividía y discurría alrededor de una gran isleta, en una maraña de puentes y pasos subterráneos. Allí siempre había que reducir la velocidad, y durante las horas puntas se formaban atascos.

«¡Dios! —pensó—, si me meto ahí estoy perdido.»

Comenzó a buscar un lugar para dar la vuelta. Pero para eso tenía que cambiar de carril. Las salidas que llevaban a los puentes o a las calles principales estaban a la derecha, en el carril lento.

Miró por el espejo retrovisor. El coche patrulla avanzaba detrás de él. Avanzaba, sí, pero no llegaba a alcanzarlo. Esos payasos tenían que preocuparse por los contribuyentes que había en la autopista. Él, no.

«Si no me encuentro con un policía de tráfico, quizá lo consiga», se dijo.

Continuó con la vista clavada al frente, en busca de un lugar para dar la vuelta. No le interesaba un puente; eso sería seguro el fin. Finalmente vio lo que estaba buscando: Crescent Drive, con una calle principal y una carretera que bordeaba la parte norte del pueblo. La salida de la autopista estaba a poco más de medio kilómetro. No tenía mucho tiempo para alcanzar el carril lento, y si quería hacerlo sin chocar, iba a necesitar un poco.

Avanzó con cuidado hasta lograr colarse en el carril de al lado, pero al cerrar el paso a un enorme cupé dos puertas de color verde, se produjo una explosión de

bocinazos. Miró por el espejo retrovisor y comprobó que había perdido terreno, pero ahora el conductor del coche patrulla había conseguido pasar al carril rápido.

«Creo que lo he despistado —pensó—. No se imagina que voy a intentar alcanzar la salida. Si lo consigo, él tendrá que continuar o causará un fenomenal embotellamiento en toda la maldita autopista.»

Por los carriles laterales el tráfico era muy denso, camiones, mujeres al volante, y viejos cacharros temblorosos. Clinch vio la salida justo delante de él. Ahora o nunca. Ganó un carril, luego otro. Un camión de grandes dimensiones le pasó rozando, el conductor lo amenazó con el puño. Y entonces Clinch vio un espacio abierto en el carril exterior, justo al comienzo de la desviación. Giró el volante con rapidez, los neumáticos chirriaron, pero lo consiguió. Se sintió exultante. Pero de pronto sucedió algo..., algo inesperado. Notó un violento impacto, luego el Ford pareció despegar, separarse del pavimento y volar por los aires describiendo un ángulo imposible... Clinch oyó un agudo chirriar de frenos, un violento choque..., luego nada...

La primera cosa que vio cuando abrió los ojos fue una alta pared de cemento que se elevaba por encima de él. Luego, al mirar a su alrededor, vio a unos tres o cuatro metros un montón de hierros y chatarra. ¿Podría ser eso el Ford?

Volvió la cabeza. La policía había llegado y mantenía alejada a la alborotada multitud que se había ido congregando.

Los distintos rostros miraban a Clinch fijamente, pero para él todos estaban borrosos. Por fin uno se mostró con más claridad. Era el rostro de una anciana con gafas. Lo miraba con compasión. Y entonces dijo como para sí misma:

—¡Es tan joven!

«... el abrigo —murmuró Clinch en su interior—. La vieja mujer..., nieve..., la comida. Luego el abrigo...»

Se preguntó que estaría haciendo allí aquella misma mujer, luego regresó la oscuridad...

Unos minutos más tarde, un policía que acababa de llegar dijo:

—Es él, conforme. Y él mismo se ha dado caza —se quitó la gorra y se enjugó la frente, suspirando cansado—. Quizá ahora todos podamos dormir un poco.



WILLIAM RILEY BURNETT, nacido a fin de siglo en Ohio, es uno de los grandes innovadores de la literatura policíaca norteamericana. La edición en 1929 de *El pequeño César*, abrirá las puertas a una literatura del mundo gangsteril visto desde su interior, sin baratos maniqueísmos ni moralismo liberal burgués de tercera.

Sus narraciones del bajo mundo de Chicago, su descripción del territorio fronterizo entre las fuerzas policíacas y el crimen organizado, su información sobre las presiones sociales, el *status* del gángster, el reconocimiento de la sociedad las telas de araña que unen a los grandes capitalistas y los nuevos barones del crimen, hacen de la literatura de Burnett una de las más ácidos del período.

La producción literaria de Burnett se desarrolla a lo largo de los años 30 y los 40 cuando escribe *El último refugio* y *La jungla de asfalto* (1949).

Tras haberse dedicado al cine, donde varias de sus historias se convierten en espectaculares éxitos de pantalla, Burnett regresa en 1981 con *Adiós Chicago* a sus temas literarios favoritos; la depresión y el gangsterismo organizado.

Notas

[1] Término peyorativo aplicado a españoles, portugueses e italianos. (*N. de la T.*) <<